

SAN ELREDO DE RIEVAL



PADRES CISTERCIENSES

ELREDO DE RIEVAL

Figura preponderante del monacato inglés del siglo XII, es uno de los principales autores cistercienses de los orígenes. Nacido en Hexham, Escocia, en 1110 fue formado por los benedictinos de Durham. En 1124 el rey David I de Escocia le hace vivir en su corte para acompañar a sus hijos. El afecto y la confianza que supo despertar entre ellos le hicieron una suerte de mayordomo de palacio, pero ni la amistad de su rey ni los halagos de la vida cortesana pudieron acallar sus ansias del Absoluto.

En 1134 se hace monje cisterciense en la abadía de Rievaulx. No tarda Elredo en destacarse por sus cualidades humanas y espirituales; en 1142 es enviado a Roma en una delicada misión al regreso de la cual es nombrado Maestro de Novicios. Al año siguiente es designado abad de Revesby, la reciente fundación de Rievaulx. Allí permanece hasta 1147 en que sus hermanos le llaman como abad de Rievaulx, cargo que desempeñará hasta su muerte, el 12 de enero de 1167.

La fecundidad de su vida fue múltiple. Padre de centenares de monjes, importante personaje del reino, maestro y predicador del espíritu, fecundo escritor. Se le llamó el san Bernardo inglés.

HOMILIAS LITURGICAS son una serie de enseñanzas espirituales dadas a sus monjes en ocasión de las grandes fiestas del Año Litúrgico. En ellas quedaron familiarmente plasmadas sus vivencias de la Palabra. El lector encontrará una exposición del misterio cristiano predicado por un maestro del espíritu a quien importa sobremanera el crecimiento de las almas.

Homilías Litúrgicas

SAN ELREDO DE RIEVAL



PADRES CISTERCIENSES

Contenido

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

PUEDE IMPRIMIRSE

† Mons. Manuel Marengo

Azul, 29 de Mayo de 1978

Tapa: Monjas benedictinas de Sta. Escolástica

monasterio
riopense
(AZUL) 589
Biblioteca
P241.71, R1E

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

(c) Monasterio Ntra. Sra. de los Angeles

Azul - Argentina

IMPRESO EN ARGENTINA

Contenido 7

Nota del editor 9

HOMILIAS LITURGICAS

Introducción, traducción y notas por el P. María Damián
Yáñez Neira, OCSO 11

INDICE BIBLICO 369

INDICE GENERAL 379

SIGLAS Y ABREVIATURAS 381

El "sermón" era un momento importante en la jornada cisterciense; en él el padre del monasterio, el abad, comunicaba familiarmente a los monjes su doctrina espiritual. Las grandes fiestas del Año Litúrgico eran la ocasión propicia para especiales celebraciones, de entre las cuales el sermón adquiría particular relieve.

De la vasta predicación de Elredo de Rieval tan asólo nos han llegado hasta el momento tres colecciones de sermones: "Sermones de Onéribus", "25 Sermones de Tiempo y Santos" y los que aquí presentamos bajo el título de HOMILIAS LITURGICAS y que corresponden a los publicados por el Dr. Charles H. Talbot bajo el nombre de "Sermones inéditos".

En ellos Elredo nos expone el misterio cristiano a medida que en el tiempo se lo celebra. Su propósito es edificar e instruir a sus monjes en los caminos del espíritu. Haciendo uso de los recursos expresivos de la época —simbología— para imprimir las mentes de su auditorio aquello que deseaba comunicar, su enseñanza brota del contacto con la Biblia, la propia experiencia espiritual y su peculiar interés por la psicología al servicio de la mística. Posiblemente aquí es donde con mayor espontaneidad encontremos la vivacidad, el ardor y la riqueza de esta alma grande enamorada de la amistad con Dios y con los hombres.

Esta primera traducción castellana que ofrecemos de los "Sermones inéditos" de Elredo de Rieval la ha realizado el P. María Damián Yáñez Neira, o.c.s.o del texto latino presentado por Talbot en SERMONES INEDITI B. AELREDI ABBATIS RIEVALLENSIS en "Series Scriptorum S.O.C.", vol. I, Romae 1952. En ella hallará también el lector la tradición manuscrita.

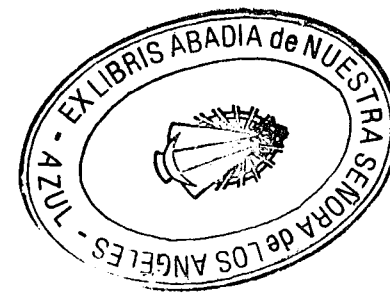
Con profundo agradecimiento al P. Yáñez y a su comunidad de Osera, España, quisiéramos también expresar nuestra gratitud a la Hna. Roselyne De Wilde, Or. A, por su valiosa colaboración en la impresión de esta obra.

Por la Comunidad de Ntra. Señora de los Angeles

Eduardo Gowland, o.c.s.o.

Homilías Litúrgicas

(Sermones inéditos)



Introducción

Elredo de Rieval nació en Hexhan (Inglaterra) en 1110. Sus padres, de posición social distinguida, procuraron darle una formación cultural adecuada, en las escuelas que por aquellos tiempos funcionaban en la comarca, dependientes de los monasterios. Allí aprendió a traducir los clásicos latinos, se le hicieron familiares sus obras, hasta el punto de que sus enseñanzas le servirán algún día para amenizar e ilustrar sus sermones.

Pasó la juventud en la corte del rey David I de Escocia, manteniendo estrecha amistad con el príncipe Enrique. Sin embargo, aquella vida, por más que se presentaba seductora y alegre para un espíritu superficial, a Elredo se le hacía insoportable, su corazón añoraba con nostalgia otro ambiente muy distinto que no tardó en descubrir.

(En 1132, monjes cistercienses, discípulos de San Bernardo, hicieron su aparición en las Islas Británicas fundando el monasterio de Rieval. La fama de virtud y austeridad comenzó bien pronto a irradiar, atrayendo las simpatías de muchos jóvenes que corrieron presurosos a encerrarse entre sus muros. Uno de ellos fue Elredo. En 1134 había visitado por primera vez el monasterio y, tanto le agradó aquella vida, que no tardó en pedir el hábito cisterciense.

Tuvo por maestros a Godofredo, uno de los principales confidentes de San Bernardo, y a Simón, monje también de Claraval. Recibió, por tanto, las enseñanzas frescas si no directamente de labios de San Bernardo, a través de aquellos discípulos suyos que supieron recogerlas con cariño, convertirlas en sustancia propia y

transmitirlas luego a generaciones de monjes con resultados maravillosos.

La abadía de Rieval creció pujante, las vocaciones afluían sin cesar numerosas y selectas. Sobre todos descollaba la virtud de Elredo, quien a poco de profesar fue considerado digno de poner al frente del noviciado, y en 1143, con sus 33 años, y siete de vida religiosa, fue escogido para echar los cimientos de la primera fundación que realizaba la comunidad. Cuatro años permaneció en ella, hasta que los monjes de la casa madre le reclamaron para que les gobernara a ellos.

Era el año 1147, y regiría la comunidad por espacio de 20 años. Veinte años de entrega total a la perfección de su vida, a la formación de sus súbditos y a hacer el bien en todas las esferas sociales, llegando a ser un afamado maestro de espíritu, según lo delatan los tratados espirituales que han llegado hasta nosotros. Predicó centenares de sermones, en su mayoría a sus monjes, y en otras circunstancias cuando se veía arrastrado fuera de la clausura reclamado por los sínodos y otras asambleas similares. La mayoría de estos sermones se han perdido, o al menos en el momento presente se desconoce su paradero. Quizá el transcurso del tiempo nos depare agradables sorpresas, aumentando el catálogo con nuevos descubrimientos, como el aparecido no hace muchos años, y que fueron publicados por primera vez por C.H. Talbot en su idioma latino original, traducidos también por primera vez al español y ofrecidos en el presente volumen (1).

(1) Para una más amplia información sobre San Elredo, consultar PC. 4.

1. Fuentes

Haciendo caso omiso de los demás tratados del Santo, y fijándose únicamente en el presente, diremos que en él se descubre la misma tónica que en los demás escritos. Aunque no son muy numerosas las citas, de vez en cuando nos sorprende con frases de algún autor pagano, lo que delata en el santo una formación humanística destacada. Entre ellos cabe mencionar a Terencio, Aristóteles, Boecio, etc. También los santos padres afloran con insistencia en su oratoria cuando llega el caso, lo que permite suponer las lecturas que le eran familiares: San Ambrosio, San Gregorio, pero, sobre todo, San Agustín, a quien en una ocasión llama "mi Agustín". Nada decimos de San Bernardo, cuya doctrina tenía asimilada y obtenía la preferencia en sus lecturas.

La santa Regla, su espiritualidad, le brotaba a cada paso, le era familiar, sobre todo al hablar de ciertas materias, como por ejemplo el ayuno. Por él sabemos ciertas costumbres de aquellos tiempos que han perdurado hasta nosotros, tales como leer al principio de la cuaresma el Cap. 49 de la santa Regla; la colocación de una cortina —durante ese mismo tiempo— que cubría todo el presbiterio, y que sólo se descorría a la elevación, así como en todos los domingos y fiestas; la lectura en el oficio de maitines de la vida del santo, práctica que ha durado hasta el C. Vaticano II, etc.

Pero la fuente principal, el hontanar inagotable de donde San Elredo sacaba el agua, los materiales para construir su oratoria vibrante, sus alocuciones a los monjes y al pueblo, era la Biblia, la palabra de Dios viva e inmarcesible que escuchaba primero en el silencio de la oración, la convertía en sustancia propia por la asimilación contemplativa, y brotaba luego a raudales de sus labios

vigorosa y ardiente, comunicando al auditorio el mensaje de Dios.

Para Elredo no existe distinción entre el antiguo y nuevo Testamento, por el contrario, de ambos forma un todo armonioso del que echa mano indistintamente cuando llega la ocasión. Al lado de los santos evangelios, que comenta sin cesar, y aduce siempre que se le ofrece la ocasión, está el libro de los salmos que brota de su alma a chorro inexhausto e incontenible, demostrando bien claro que no se contentaba con cantar en el coro, sino que vivía intensamente la espiritualidad de los mismos. Los aplica en sus distintos sentidos, literal, espiritual, alegórico. Para todos los problemas que tiene que resolver, en seguida echa mano del texto adecuado, con una exactitud y seguridad como lo hiciera el mejor padre de la Iglesia.

La exégesis de Elredo es detallista, vigorosa, exhaustiva. Toma el texto, lo aduce, lo comenta, lo explota, por decirlo así, y saca de él las conclusiones pertinentes, no perdiéndolo de vista hasta haber extraído de él todo el jugo sabroso ofrecido luego con generosidad a las almas.

La asiduidad y soltura con que maneja los libros santos, colocan a San Elredo en la vanguardia de nuestros escritores místicos del siglo de oro, cuando era la Biblia su estudio predilecto, el yunque donde forjaron su recia personalidad, el libro por antonomasia donde aprendieron a enamorarse de Cristo.

2. Historia de la salvación

El hombre, creado por Dios a imagen y semejanza suya, es propiedad divina, partícipe de su naturaleza divina, "*divinae consors naturae*", como nos dice San Pedro. Por un acto de amor inmenso, le adoptó por hijo

suyo, haciéndolo heredero del reino que le preparó en el cielo para galardonar sus actos. Y para que tal adopción no fuera mero formulismo, le hizo partícipe de la vida divina, por la cual podía pregonar ya en la tierra, por medio de la fe y el amor, de aquella visión beatífica, para la cual fue destinado.

A esta gracia, llamada habitual —por perfeccionar y divinizar el alma— añadió Dios las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, así como la gracia actual que pone en movimiento todo ese organismo sobrenatural que le hace capaz de actos meritorios.

Mas, al mismo tiempo Dios creó al hombre libre, le sometió a una prueba sencilla para descubrir su fidelidad y al mismo tiempo para verse obligado, por decirlo así, a galardonar sus obras. Consistía en el cumplimiento de las leyes divinas, en un precepto positivo que le impuso, sobreañadido a la ley natural impresa en el corazón de todo hombre. Nos lo narra el Génesis bajo la forma de prohibición de comer del "árbol de la ciencia del bien y del mal". Ya sabemos el resultado, la desobediencia de nuestros primeros padres, arrastrados por la soberbia. Fue un delito grave al rehusar someterse a la autoridad divina, una negación del dominio supremo de Dios, una ansia inaudita de usurpar la dignidad divina.

A veces se nos ocurre pensar: ¿cómo pudieron pecar, si estaban exentos de la concupiscencia? La respuesta la tenemos en que ninguna criatura libre es impecable. En un instante puede apartar su amor del bien verdadero y colocarlo en el aparente; abrazar éste, prefiriéndolo a aquél. Tal preferencia del bien aparente al verdadero, es lo que constituye realmente el pecado.

El castigo no se hizo esperar: expulsión del paraíso, privación de los dones de integridad y justicia originales, dones que constituían una especie de patrimonio familiar que hubieran transmitido a sus descendientes sólo

en caso de haber permanecido fieles a Dios. Como no cumplieron tal condición, el hombre nace privado de justicia original, sometido a las pasiones, expuesto a la condenación eterna. Porque aunque Adán hizo penitencia, recobró la gracia sólo para sí, sin poderla transmitir a sus descendientes.

Sólo Jesucristo, nuevo Adán, podía expiar el gran delito y regenerar a la humanidad caída, mediante el precio de su sangre, de valor infinito, que se nos aplica por medio de los sacramentos.

San Elredo, en varios sermones, traza una pintura magnífica de la historia de la salvación. Fijémonos, por vía de ejemplo, en el sermón de Navidad, que dejó incompleto por hallarse enfermo. En él aparece el hombre creado en dignidad excelsa, adornado de grandes cualidades, señor del mundo, feliz en el conocimiento de Dios, superior a todos los demás seres, mas, dotado de libertad para elegir. Pero la soberbia le cegó, aspiró a igualarse a Dios, por insinuación del enemigo faltó al precepto divino y quedó despojado de los dones gratuitos que recibiera, no solamente para sí, sino también para su descendencia, quedando ésta contaminada en su raíz al nacer hija de ira. No se harta de insistir el santo que el hombre no fue creado así, en estado de degradación, sino arrojado a él por la culpa.

El santo no culpa directamente a Adán del inaudito pecado, sino a la soberbia, que fue la que arrebató a Dios toda la humanidad destinada a poblar la Jerusalén celeste. Introduce una imagen genial al chancearse del proceder de Adán cuando comió de la fruta y se vistió con hojas de higuera, se encara con él y le dice: "Gustasti, Adam, gustasti: procul, nunc rogo, cum tuo illo pellico, ut novi dei novas divitias contemplemur", ¡sal, oh Adán, sal, por favor, con ese lindo traje, para que

podamos contemplar las riquezas nuevas del nuevo dios!

Impotente de poder satisfacer a Dios por tamaño delito, hallándose corrompido, manchado, se veía incapaz de sacar a la humanidad de aquel atolladero profundo. Y es aquí cuando introduce la figura radiante de un libertador que va buscando entre los profetas: Moisés, Isaías, Jeremías..., pero a todos va descartando por defectuosos: el primero tenía la lengua trabada, el segundo reconocía sus labios impuros, el tercero se creía un niño balbuciente... No podía ser otro más que Cristo, único capaz de salvar y regenerar a toda la humanidad caída.

No solamente en el sermón de Navidad, también en otros sermones recalca la misma idea de Cristo Redentor y Salvador.

3. Cristología

La doctrina elrediana es hondamente cristocéntrica. En Cristo ve el santo al restaurador del hombre caído de su primer estado, el que le extrae del abismo de la impotencia en que yacía sumergido. Sólo Cristo y únicamente Cristo pudo sacar al hombre de las profundidades y colocarle de nuevo en camino de salvación.

Todo a lo largo de sus sermones salta a la vista la obra redentora de Cristo, y en ocasiones, en breves pinceladas, nos traza el cuadro de la Redención con sus consecuencias maravillosas. Así, en el sermón de Pentecostés nos dice: "Oh hijos de Adán, ingratos! ¿Por qué murmuráis, a qué vienen esos lamentos? ¿Qué más debía hacer por vosotros, que no lo haya hecho? Di la vida por vuestros pecados, resucité para vuestra justificación, subí al cielo para vuestra defensa y para que nada falte, hoy os envío al Espíritu Santo para vuestro

consuelo". No es posible decir más en tan breves palabras.

San Elredo atribuye de manera especial al Hijo la obra restauradora del hombre, si bien, en su mente concurrieron también a ella las otras dos personas divinas, el Padre y el Espíritu Santo, aunque no de una manera tan clara y terminante: "Fijáos, hermanos —dice el santo—, cómo la augusta Trinidad se ocupó, y en cierto modo se desdobló, en nuestro rescate. El Padre no perdonó a su propio Hijo, llevado del excesivo amor con que nos amó, se entregó a la muerte y fue confundido con los facinerosos; mas, en el presente día, el amor de Dios se difundió en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado".

Bellísimo el recorrido que hace el santo por los antiguos patriarcas destacando en ellos la virtud favorita: en David la humildad, en Job la maravillosa paciencia, en José la castidad, en Moisés la bondad, en Josué la valentía, en Salomón la sabiduría... para sacar la conclusión de que sólo Cristo posee todas las virtudes en plenitud, su fragancia excede a la de todos los aromas de la tierra, "es como campo florido al cual el Señor echó la bendición".

Y así como a nuestro padre San Bernardo se le aplica el calificativo de Doctor Melífluo por la dulzura con que habló y escribió sobre los misterios de Cristo, podemos decir que San Elredo sigue idéntica conducta cuando nos describe la suavidad de Cristo. Adelantemos breves conceptos.

En el sermón de Navidad, escribe: Atiende, hombre, cuánto te conviene amar a aquel que por amor tuyo se hizo nonada y pequeñez, "Quomodo te amare oportet eum qui pro te factus est quasi nihilum et inane!". En la fiesta de la Epifanía, considera a Jesucristo "dulce, humilde, misericordioso y suave". Al tratar de las per-

fecciones de Cristo, enumera las más destacadas: es el más hermoso entre los hijos de los hombres, "su espíritu es más dulce que la miel", es manso de corazón, misericordioso hasta el exceso, compasivo hasta el punto de haberse "revestido de nuestra naturaleza". Por esto concluye el santo: "Los que le conocen le aman, los que le conocen le desean, los que le conocen saborean cuán dulce es el "Verbo"; "sciunt qui amant, sciunt qui desiderant, sciunt qui gustant quam dulce est Verbum".

Desea morir "ut eum arctius teneret amplexibus cordis Jesu Christum", para estrechar con toda la ternura de su alma a Jesucristo. Para él le resultaba tan sabroso el amor entrañable de Cristo, que repetía sin cesar el pensamiento paulino de que ni la muerte, ni la vida... era capaz de separarle del amor de Cristo, "sic sapidus nobi esse amor Christi, ut neque mors neque vita... possit nos separare a caritate Dei quae est in Christo".

Al tratar de cuatro grados indispensables al alma para lograr ser santuario de Cristo, pone como única condición el soportar todo por Cristo, si se quiere llegar a gustar las dulzuras de Cristo, "ut assuescat gustare dulcedinem Christi".

Profundiza como pocos en la característica marcada que distingue a San Pedro y a San Pablo en su amor a Cristo. El primero se enamora con gozo obsesionante de la humanidad de Cristo, mientras el segundo, cual águila potente, clava sus ojos en la divinidad y de ella saca fuerzas para recorrer ansioso todas las rutas del mundo en una ansia evangelizadora.

4. Mariología

Como buen hijo de San Bernardo, San Elredo dedi-

ca parte de sus sermones a cantar las grandezas de la Santísima Virgen, si bien no tanto como fuera de desear. Y ojalá esos sermones dedicados a Ella fueran todo doctrina mariana: con frecuencia las digresiones le apartan por completo del tema central, aunque siempre son provechosas sus palabras.

Cuando se dirige a la Señora, cuando habla de nuestra Madre, diríase que pidió prestada la pluma de oro de nuestro Padre, o se inspiró en su doctrina, pues coincide con él en multitud de ocasiones, por ejemplo, cuando afirma que nadie es capaz de pregonar como es debido las grandezas que se deben tributar a la Santísima Virgen, aunque sea un ángel, o cuando la considera como medianera universal de todas las gracias. El santo ve en María a la mediadora entre Jesucristo y el hombre, al igual que Cristo desempeña el mismo cometido entre Dios y el hombre.

Con más claridad que ninguno de nuestros padres, San Elredo afirma la asunción gloriosa de la Santísima Virgen a los cielos en cuerpo y alma. Trata el santo de que Saulo, cuando todavía respiraba amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, obtuvo tan grande misericordia, que se gloriaba después en la esperanza de los hijos de Dios y fue arrebatado al tercer cielo. "No debe causar admiración —dice el santo— si la Madre santa de Dios que desde la misma cuna permaneció con él en sus tentaciones, fuera asumpta al cielo aún en el cuerpo, "etiam in corpore assumpta sit in coelum", y exaltada sobre todos los coros de los ángeles".

Al igual que Cristo —guardando las debidas distancias entre Dios y la criatura—, María es para el hombre, modelo de toda virtud. Es más, toda alabanza tributada a Cristo, se le puede aplicar a María, en el sentido explicado, por su excelsa dignidad, por ser

voluntad de Dios, mas, siempre en atención a los méritos de Cristo. Doctrina sólida, tradicional, ajustada a la mentalidad del Vaticano II que propuso a María como algo fundamental en la economía cristiana.

Describe la vida de la Virgen en Nazaret, "ciudad más preciosa que el cielo", la sorprende incluso en algunas de sus frecuentes meditaciones, y hasta llega a sospechar el texto bíblico que rumiaba en su alma cuando la visitó el ángel de la anunciación, aquel pasaje de Isaías: "Una virgen concebirá y dará a luz un hijo". Capta en el alma de la Virgen los suspiros de aquel pecho virginal, las ansias de que se acercara la hora de la venida del Redentor al mundo, las ternuras de un corazón enamorado que sólo vivía para Dios.

La encarnación fue, en el sentir del santo, premio a su obediencia. Al exclamar María: "Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra", renunció a la libertad, se abrazó con la esclavitud, se sometió al mandato ajeno, obedeció a la palabra y concibió al Verbo. "¡Magnífica obediencia esta de la Virgen! que debe ser propuesta por modelo a todos los hombres. Por haber sido María la mujer fuerte que buscaba el Señor, descendió a ella la plenitud de la divinidad".

Se pregunta el santo con Salomón: "¿Quién hallará una mujer fuerte?". Supone que el Sabio fijaba su mirada en lontananza, y poniendo los ojos en aquella mujer débil que introdujo la muerte en el mundo, ansiaba descubrir otra tan fuerte que restaurase a la humanidad caída. Su razonamiento es éste: Aunque Eva fue creada en el paraíso exenta de incorrupción, de dolores y enfermedades, con todo, fue débil y flaca en demasía. Por eso insiste en buscar una mujer fuerte, y pregunta si será posible hallarla en este valle de lágrimas.

mas la que no fue posible hallar en la felicidad del paraíso.

Al fin da con ella, la misma que Dios Padre santificó, la misma que Dios Hijo escogió por morada, la misma que el Espíritu Santo adornó con todo el cúmulo de gracias, la misma a quien el ángel saludó llena de gracia. Tal es la mujer fuerte, la cual —en antítesis de Eva— presenta gravedad en vez de curiosidad, humildad en vez de vanidad, virginidad en vez de sensualidad, porque la Virgen no fue hallada derramada en el exterior de sus sentidos, ni disipada en mercados y plazas, sino en el retiro, en su aposento, orando al Padre desde lo íntimo de su corazón.

Al modo que San Bernardo saboreaba las dulzuras del nombre de Jesús, San Elredo encuentra en el nombre de María una suavidad inefable por haberla constituido Dios trono del cielo. Las figuras que aplica a la Virgen son tradicionales, corrientes en la mayoría de los padres de la Iglesia. Para Elredo, María es la “mujer fuerte”, “templo de la divinidad”, “reclinatorio de la piedad eterna”, “trono de la gracia”, “arca de madera incorruptible”, “aurora refulgente”, “escogida como el sol”, “valle de Ebrón por su humildad”, “Ebrón por su fortaleza”, etc.

Sin embargo, tiene frases lapidarias y geniales, de propia cosecha, al menos no conocemos a ningún otro que haya pronunciado la siguiente. Considera el santo a la divina Justicia irritada ante el descarrío constante de la humanidad, con la espada levantada en alto, dispuesta a descargar el golpe. Mas, he aquí que se le presenta la Virgen, se postra en el acatamiento divino, intercede por el hombre y viene lo inesperado, “hace envainar otra vez la espada de Dios”, sin permitir descargar el golpe. Bellísimo cuadro que nos descubre el amor entrañable que Dios tiene a su Madre y el que

Ella tiene a sus hijos. Con razón es considerada “omnipotencia suplicante”.

Otro tipo de imágenes los extrae de los personajes bíblicos al preguntarse de qué alabanzas no será digna la Santísima Virgen después de haber nacido de ella el sol de justicia, Cristo, si antes de concebir y dar a luz al hijo de Dios fue saludada del ángel y digna de toda alabanza. Si María Magdalena la pecadora, de la cual arrojó Cristo siete demonios, mereció ser alabada de Jesús, de manera que su alabanza perdurara para siempre: la Virgen, que no conoció varón, que mantuvo incólume su lecho, que vivió en el mundo permaneciendo virgen en cuerpo y alma, ¿quién podrá sondear la alegría y regocijo de los justos en la presencia del Señor? Si San Pedro, que no pudo vigilar una hora, es más, negó al Señor, obtuvo sin embargo después tantas gracias y las llaves del reino de los cielos: la Virgen, que jamás pecó, que fue fiel a Cristo desde la misma cuna, que en sus labios jamás fue sorprendido el engaño, no hay duda de que merece una alabanza regocijante inmensamente superior a la de todos los santos.

En una palabra, la idea mariana es descanso para San Elredo, es fruición del alma. En ella ve un nuevo sol cuyos fulgores benéficos se extienden sobre todo el mundo produciendo luz y calor. Es la verdadera reina del mundo cuyo trono se halla colocado a la derecha de Dios Padre.

6. Ascésis monástica

San Elredo fue ante todo un gran contemplativo, maestro de contemplativos. Su vida de entrega total a Dios, sus virtudes fuera de serie arrastraron al monasterio a multitud de jóvenes. Rieval floreció como un

nuevo Claraval bajo su gobierno. Sus monjes ansiaban escucharle y le importunaban sin cesar para que les expusiera la palabra de Dios.

En una ocasión en que estuvo enfermo de gravedad, él mismo dice cómo fue arrancado de las garras de la muerte para poder ser útil a sus hermanos.

Le encantaba la soledad. Es un gran panegirista de la vida solitaria y del alejamiento del mundo. Su espíritu perspicaz se fija en los grandes modelos bíblicos de vida solitaria, Elías, San Juan Bautista, y los propone por modelo a los monjes por ser hombres llenos de Dios, alejados del mundo, que se enfrentaban sin vacilaciones con los tiranos cuando era preciso salir en defensa de los intereses de Dios.

Describe con minuciosidad los orígenes de la vocación monástica. Fuimos llamados por Cristo a su servicio “para seguir sus huellas, para seguir el camino que el anduvo”, “Salga, por tanto, el discípulo —dice el santo— siguiendo las huellas de Cristo y venga a Betel, es decir, a la casa de Dios. Por casa de Dios se entiende el lugar de la conversión donde se renuncia al mundo y se consagra a Dios por medio de la castidad, pues sin esta virtud nadie puede aspirar a cosas más altas”.

La soledad del claustro es —en su concepto— “paraíso terrenal, no inferior sino más hermoso que aquel donde fue colocado Adán”. Pero no se contenta el santo con pregonar su hermosura, concretiza sus ideas diciendo: “Al estar colocados los monjes en este paraíso, deben florecer copiosamente cual árboles frutíferos en toda suerte de buenas obras”. Habla también de otro segundo paraíso constituido por la tranquilidad de la buena conciencia, la paz reinante en el corazón del monje que vive su ideal monástico. De aquí que no acierte a creer que pueda hallar en la casa de Dios

ningún monje viviendo la plenitud de su entrega a Dios sin rebosar en dulzuras interiores, en inmensa paz.

Se dedicó de manera especial a fomentar las virtudes monásticas así como a perfeccionar la observancia entre sus hijos. Describe a maravilla la virtud de la abstinencia, asegurando que es el mejor freno contra la lujuria, virtud “rara y despreciada por la mayoría de los hombres, fundamento y principio de todas las virtudes”. A renglón seguido pondera los desastrosos efectos del dejarse arrastrar por la gula.

Su lenguaje se orientaba siempre al terreno práctico. Así, cuando habla del ayuno, lo divide en espiritual y corporal, asegurando que el ayuno corporal sin el espiritual, de nada o de muy poco sirve. El monje debe abstenerse no sólo de manjares, sino principalmente de los vicios. El ayuno es apto para refrenar la soberbia y envidia, mas, si está influenciado de la propia voluntad, carece de mérito. La abstinencia refrena la lujuria. Le extraña que los hombres se entreguen a diversiones en tiempo de ayuno, y exhorta vivamente a sus monjes a abrazarse con él, sobre todo al ayuno espiritual, o lo que es lo mismo, a refrenar los vicios.

Se extiende en demostrar las maravillas obradas por el ayuno unido a la oración, haciendo un recorrido —como tantas veces suele hacer— por los santos patriarcas. En Moisés advierte que con su ayuno desarmó la cólera divina contra su pueblo, hizo huir a Amalec, mereció oír la voz de Dios y recibir de sus manos las tablas de la ley. David, con idéntico procedimiento frustró las asechanzas de Absalón. Elías se vio libre de la impía Jezabel, Ezequiel aniquiló al ejército de Senaquerib...

Cuando trata de la virtud de la paciencia, no le basta al santo perdonar al que nos ha hecho daño y alejar toda venganza, sino va más allá y quiere incluso

impregne el exterior humano de modo que respiremos paz y afabilidad en todo momento.

Llevaba metida en el alma muy profundamente la doctrina de San Benito relativa a la machacona insistencia con que advierte a los superiores el estrecho juicio que les espera. Por eso exhorta a los abades “a gobernar con tal solicitud a sus súbditos, corregir a los que caen, levantar a los caídos, amar a los justos”. Por el contrario, les ordena que corten sin miramiento alguno los excesos de sus súbditos, les nieguen aquellos permisos que son impropios del monje, como es asistir a fiestas, banquetes, bodas, etc., recordándoles que “se les pedirá estrecha cuenta de aquellas cosas que debían haberse hecho en casa por tales religiosos y no se hicieron, así como de los males que obraron fuera de casa”.

6. Peculiaridades

San Elredo no se limitó a predicar a sus monjes: le arrancaban de la soledad los obispos cuando tenían sus reuniones sinodales y en ellas le obligaban a hablar. El santo lo rehusaba, es más, le imponía hablar a sacerdotes, sin embargo, no se hacía rogar mucho, porque a poco de recogerse breves momentos, se lanzaba al ruedo y les exponía las verdades claras, con la misma sencillez y naturalidad que lo hacía a sus monjes. Censuraba los vicios más frecuentes del clero.

Buena prueba de ellos la tenemos en los dos sermones que integran esta colección. Pinta, en primer lugar, un vivo retrato de lo que debe ser un buen pastor de almas, poniéndole delante el ejemplo del divino modelo, cuya conducta debe servir de pauta a quienes tienen la misión de cuidar ovejas, enseñándoles la manera de poder conquistarlas fácilmente.

Saca a relucir los defectos más corrientes en los

ungidos del Señor. Se queja del excesivo apego al dinero, grave obstáculo que mina la actividad de todo pastor de almas. Ya en su tiempo los sacerdotes eran más amantes de la bolsa que de las Sagradas Escrituras. Este es un fallo muy perjudicial, pues quien manifiesta demasiado apego al dinero, tiene perdida gran parte de su eficacia en el apostolado, por más que se mueva y agite.

Censura, a la vez, la gran ignorancia reinante entre el clero de la época, cosa harto nociva no sólo para ellos, sino principalmente para las ovejas confiadas a su custodia, por cuanto no es posible alimentar a otro en el espíritu cuando se carece de ciencia y más aún de otros valores que puedan suplir.

Enumera las virtudes propias del buen discípulo de Cristo: prudencia, fortaleza, templanza, justicia, sumisión a los prelados, misericordia y caridad para saber convivir en paz con sus compañeros.

Les recuerda que nadie que esté manchado de pecado mortal está en disposición de limpiar a otro, al menos con aquella pulcritud que el Señor exige de sus consagrados. Es preciso esté limpio de manchas, sobre todo mortales, para que el súbdito no le pueda responder: “medice, cura te ipsum”.

El santo ofrece algunos cuadros plásticos del vivir diario, aplicables a toda suerte de almas. Maravillosa la descripción que hace de la manera de pescar a caña. Debíó fijarse bien en los utensilios, o tal vez ejerció él mismo este deporte en sus primeros años pues detalla la manera de poder pescar. Para ello, se necesitan cuatro cosas: caña, cordel, cebo y anzuelo. A la caña se ata el cordel, y de éste pende el anzuelo que se reviste de una lombriz o un trocito de carne. Era uno de tantos símiles sencillos empleados para mejor comprender su doctrina; de ellos sacaba la moraleja, siem-

pre encaminada a mejorar la vida de sus oyentes.

Impresionantes y realistas los cuadros que nos traza del hombre airado: "Fíjate en un hombre airado, desatado en cólera, cómo se vuelve frenético, le centellean los ojos, le tiemblan los labios, se le agitan los hombros, la cabeza apenas se sostiene sobre el cuello, los brazos casi no se adaptan a los hombros, le rechinan los dientes, está fuera de sí...".

Otro tanto hace al describir al envidioso: "Veréis su cara pálida, la frente abatida, los ojos hundidos, los labios marchitos, la piel adherida a los huesos, la lengua pegada al paladar, en una palabra, todos sus sentidos aparecen embotados". Explica el motivo de tal degradación, porque dentro del alma reina el enemigo que "devora y se emborracha en sangre".

Abundan en los sermones las frecuentes "digresiones. Tomemos, por vía de ejemplo, el segundo sermón de San Benito, donde ni una sola vez menciona el nombre del santo; todo su afán es desarrollar las ideas que aflúan a su mente en provecho siempre de las almas. Otras veces se da cuenta de haber olvidado el tema central del discurso, propone rectificar, lo intenta, pero luego se le marcha de nuevo y continúa su exposición bíblica resultando sus enseñanzas en extremo formativas.

El estilo, por lo general, es sencillo, asequible a un público donde abundaban los oyentes poco capacitados. En ocasiones aparece oscuro, siendo no poco difícil captar el pensamiento del santo, no obstante, la riqueza de su doctrina, el celo de su alma y lo profundo de su pensamiento hacen de esta obra que por primera vez aparece en nuestra lengua, un rico tesoro de conocimiento divino y humano que dejamos con gozo en manos del lector.

P. María Damián Yáñez Neira, o.c.s.o.
monje de Osera, España

Adviento

En el año que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono excelso y elevado.

Dice el apóstol: "Todas las cosas que se han escrito, para nuestra enseñanza se han escrito" (1). Puesto que estamos en tinieblas y en tinieblas caminamos (2), con todo, tu palabra, Señor, es lámpara para mis pasos (3). Porque en la palabra del Señor recordamos las cosas pasadas, contemplamos las presentes y prevenimos las futuras. A las pasadas, pertenece la obra de la creación; a las presentes, la de la redención; a las futuras, la de la remuneración. En lo primero se nos recomienda la sabiduría de Dios; en lo segundo, la misericordia; en lo tercero, la justicia. Pues el que nos creó sabiamente, nos conserva misericordiosamente, mas también nos ha de juzgar con rigor. Fuimos creados en altísima dignidad, redimidos por la caridad inmensa de un Dios, pero seremos igualmente juzgados conforme a su justicia. Pues "el hombre, creado en el honor, no tuvo discernimiento, se igualó a los insensatos jumentos y se hizo como uno de ellos" (4).

Así pues, habiéndose malogrado la dignidad de nuestro primer estado, te cantaré ahora, Señor, la sublimidad de tu bondad y justicia (5): bondad de quien redime, justicia de quien ha de juzgar. "Estas dos cosas he escuchado: que Dios tiene el poder, y tú, Señor, la misericordia" (6). Estas dos cosas —repito— he oído:

(1) Rom. 15,4.

(2) I Jn. 1,6.

(3) Sal. 118,105.

(4) Sal. 48,13.

(5) Sal. 100,1.

(6) Sal. 61,12.

"Que la fe proviene del oír (7), Dichosos los ojos que ven" (8). Afortunado Isaías que vio ambas cosas: "Nosotros —dice— le hemos visto y nada hay que atraiga nuestros ojos ni llame nuestra atención hacia él. Le hemos visto despreciado, el desecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer" (9). Esto, tocante a la misericordia.

Por lo que respecta a la justicia, añade: "Vi al Señor sentado sobre un trono excelso y elevado" (10). ¡Oh visión preclara, gloriosa, singular, a la cual nadie puede ser admitido a no ser un varón extraordinario en santidad como lo fue Isaías! Y mirad la diferencia de una y otra visión: "Le hemos visto —dice— y nada hay en él que atraiga nuestras miradas". Hermanos carísimos: mirad al varón de dolores, al enfermo, al despreciado, carente de forma y hermosura. Lo vio no solamente Isaías, sino también muchos otros. Por eso dijo: "Le hemos visto". Lo vio Judas y le entregó, lo vio Caifás y lo acusó, lo vio Pilato y lo juzgó. Yo en cambio —dice— vi al Señor sentado sobre un trono excelso y elevado.

Señor, Dios mío, ¿cuándo os veré sentado? porque San Esteban vio los cielos abiertos y a Jesús en pie a la derecha de Dios (11). Todavía permanece en pie Jesús, Señor y Dios mío. Esto me interesa en gran manera.

Mientras peleo y soy atacado, es necesario que el Señor permanezca en pie a mi lado a fin de protegerme, ayudarme y levantarme. Por tanto, hermanos, mientras los miembros se hallen en peligro en la tierra, es conveniente que la Cabeza se compadezca en el cielo, y estando en pie, como el que va a entrar en batalla, se halle siempre dispuesto a consolar a los pusilánimes, sostener a los débiles, levantar a los caídos y socorrer a los muertos. ¿Cuándo, pues, Señor mío, os veré sentado?

(7) Rom. 10,17.

(9) Is. 53,2.

(11) Hech. 8,55.

(8) Lc. 10,23.

(10) Is. 6,1.

"En el año en que murió el rey Ozías —dice— vi al Señor que estaba sentado". Ozías significa muerte, enemigo, pecado. Ozías, ¿cuándo morirás y desaparecerá tu nombre? ¿Cuándo será arrojado el acusador de nuestros hermanos que les acusaba día y noche? (12) ¿Cuándo la muerte y enemigo serán precipitados en aquel fuego de azufre ardiente? Esto sucederá indudablemente cuando la muerte haya sido absorbida por la victoria (13), y una vez destruida la enemiga muerte, todos tus miembros, oh Señor, quedarán en paz (14), rebosarán de alegría al escuchar esta voz: "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (15). Unidos de esta suerte todos los miembros a su Cabeza, en la felicidad eterna por los vínculos del amor, cuando todos sus enemigos hayan sido colocados por estrado de sus pies (16), se sentará mi Señor Jesús sobre un trono excelso y elevado.

Ahora, entretanto, se está construyendo aquel trono de doble materia, de ángeles y de hombres. Los ángeles están ya realmente preparados en el cielo, mas, echó una mira desde su firmísimo trono sobre todos los habitantes de la tierra (17), a fin de recoger piedras de lo más ínfimo, y una vez labradas y pulidas convenientemente, trasladarlas del abismo a la excelsitud. Cuando hayan sido conducidas todas a las regiones sublimes del cielo, se sentará el Señor sobre el trono excelso y elevado: excelso por razón de los ángeles, elevado por causa de los hombres. En consecuencia, hermanos, no se nos haga molesto si las cosas que aparecen torcidas en nuestra alma son allanadas por la suela de la disciplina, las torcidas igualadas por la regla de la justicia, pues es el único medio para merecer asiento en aquel solio

(12) Ap. 12,10.

(14) Lc. 11,21.

(16) Sal. 8,8.

(13) I Cor. 15,54.

(15) I Cor. 15,55.

(17) Sal. 32,14.

excelso y elevado, en el cual no puede encontrarse nada que esté curvo, torcido o manchado.

“Vi al Señor —dijo— sobre un trono excelso y elevado, y toda la tierra estaba llena de su majestad”. “Toda la tierra —repito— estaba llena de su majestad”. ¡Oh tiempo deseable, precioso! (18), tiempo por el cual suspira a diario toda alma santa pidiendo en su oración: “Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo” (19). Toda la tierra estaba inundada de su majestad: estoy viendo esta tierra que piso, siento la tierra de mi mismo que llevo; en una y en otra hay trabajos, gemidos, ira de Dios más bien que majestad. Aún reina el príncipe de este mundo sobre los hijos de la desobediencia (20), cada día se levanta contra los creyentes y apenas hay santo que no haya experimentado la vehemencia de su furor. Pero toda la tierra estaba llena de su majestad. Sé muy bien que toda esta tierra que piso algún día se verá libre de la esclavitud de la corrupción, y resultará una tierra y un cielo nuevo y dirá aquel que está sentado en el trono: “He aquí que renuevo todas las cosas” (21).

También la tierra que de mi mismo llevo se llenará de la majestad del Señor. Si bien al presente esta tierra mía da voces contra mí y la carne apetece cosas contrarias al espíritu (22), ¿por qué estás triste, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios (23) que llenará de su majestad toda la tierra (24). Al presente la tierra maldita en Adán me produce cardos y espinas: es débil y negligente, perezosa y molesta, sometida a todas las pasiones, expuesta a toda suerte de enfermedades. Mas, ¿por qué estás triste, alma mía, por qué te me turbas?

(18) II Cor. 5,2.

(19) Mt. 6,10.

(20) Ef. 2,2.

(21) Ap. 21,5.

(22) Gal. 5,17.

(23) Sal. 41,6.

(24) Sal. 71,19.

(25) Gn. 3,18.

Llena estaba toda la tierra de su majestad. Pero, ¿cuándo acontecerá esto? Sin duda cuando se sentare sobre el trono excelso y elevado, cuando transforme nuestro cuerpo vil y lo haga glorioso conforme al suyo (26), cuando aquella majestad que se manifestó en el cuerpo del Redentor al ser iluminado en el Tabor, se manifieste en nuestra tierra, obtenida la inmortalidad eterna después de la resurrección, entonces se entonará un cántico nuevo y resonarán voces de alegría y júbilo en las moradas de los justos (27), “pues pasó ya el invierno, disipáronse y cesaron las lluvias, despuntan las flores en nuestra tierra” (28).

Y para que conozcamos de qué naturaleza sea aquella mutación, ahora es mortal, o por otras palabras, nuestra carne está muerta, conforme lo dice el apóstol: “El cuerpo está muerto por causa del pecado” (29). Luego está muerta, inmunda, enferma, deleznable, de tiempo limitado. Mas, llena será de la majestad de Dios que inundará de vida a la muerta, purificará a la inmunda, sanará a la enferma, ensalzará a la que era de humilde condición y hará eterna a la que era temporal.

Y si tan grande ha de ser la felicidad del cuerpo, pregunto, ¿cuál no será la que corresponda al alma? Nos lo da a entender el profeta en aquel su lenguaje místico con estas palabras: “Y las franjas de sus vestidos llenaban el templo. Alrededor del solio estaban los serafines” (30). De aquí proviene, a mi modo de ver, aquella gran abundancia de dulzura divina (31) en la que nuestra alma, saturada por completo, rebosará en delicias espirituales inefables, ofuscará con su luz radiante las miradas de los hombres. Procediendo tal hambre de felicidad de triple objeto, dirá con el profeta: “Como lo

(26) Fil. 3,21.

(27) Sal. 117,15.

(28) Cant. 2,11.

(29) Rm. 8,10.

(30) Is. 6,2.

(31) Sal. 30,20.

oímos, así lo hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios”(32), puesto que será materia de nuestro gozo la contemplación del Creador en sí mismo, la alabanza del Creador en ambos. “Las franjas de sus vestidos —dice— llenaban el templo”. ¿Qué templo? “El templo de Dios —añade— que sois vosotros, es santo” (33).

Aunque a decir verdad nuestros cuerpos son templos de Dios, como quiera que esto sucede por causa del alma que en realidad es considerada templo especial de Dios: el mismo cuerpo también es templo, pues mientras peregrina en la vida presente ofrece a Dios un sacrificio grato, es decir, un corazón contrito y humillado (34); es templo porque una vez arrojado el lastre de esta carne corruptible, cuando hayamos sido trasladados al reino de la claridad eterna (35) y Dios haya enjugado de nuestros ojos toda lágrima (36), ofreceremos a Dios un sacrificio de alabanza (37), como dice el mismo profeta: “El sacrificio de alabanza me honrará” (38). Mientras ese día llega, te aplacará, Señor, el sacrificio de nuestro arrepentimiento, a fin de que cuando te sentares sobre el trono excelso y elevado, te colme de honor el sacrificio de alabanza. Isaías, el contemplador de los arcanos celestes, añade: “Y las franjas de sus vestidos llenaban el templo”.

¿Qué cosas había debajo de él? De sobra lo sabe vuestra caridad, porque todo cuanto tiene ser, o es Creador, o es creatura. ¿Y habrá quien ignore que toda creatura está debajo de su Creador? ¿Cómo, pues, toda creatura llenará el templo, o con qué lo llenará? Lo dice el profeta: “Cuando el Señor cambiare la suerte de Sión, entonces la boca se nos llenará de risas, la lengua de

cantares” (39). ¡Oh, hermanos! aún sigue clamando el profeta. “Sacude de tu cuello el yugo ¡oh esclava hija de Sión!” (40). Todavía yace Sión miserable y cautiva, aún en llanto derramando lágrimas, todavía abrumba a los hijos de Adán un ominoso yugo (41). Mas, en sentándose el Señor sobre el trono excelso y elevado, y en cambiando la suerte de Sión, entonces la boca se nos llenará de risas, la lengua de cantares.

Este gozo, esta alegría procederá, en primer lugar, de la contemplación del Señor en la creatura, por cuanto el cielo, la tierra, el mar y cuanto se contienen en ellos (42), toda esencia, toda voluntad, todo movimiento y afecto, toda obra, toda pena, toda gloria y consuelo, hasta la misma persecución aprovecharán para alabar a Dios y contribuirán al bien de sus escogidos (43).

Considerad, os suplico, cuál será aquella alegría de nuestra alma, aquel regocijo de nuestro corazón, cuando nos sea dado contemplar en el mismo Dios las causas y razones de todas las cosas, tales como son o han sucedido, con todos los males padecidos por los justos, que han sido perpetrados páfida y vergonzosamente por sus enemigos; a saber, por qué razón al presente, por permisión o cooperación divinas, la condición de la vida humana presenta tanta variedad de males, tantos bienes; tan pronto frecuentes consolaciones como toda suerte de persecuciones hasta el extremo de que algún día redunden en alabanza divina y en regocijo nuestro. Aquel día, del corazón de todos los elegidos brotará un himno de alabanza clara y perfecta al Señor, no sólo de parte de los ángeles del cielo, y de todas las virtudes, no sólo de los jóvenes y de las vírgenes, de los ancianos y de los niños, sino también de parte de todos los cetáceos y abismos del mar y de la tierra (44).

(32) Sal. 47,9.

(35) Ap. 21,11.

(37) Sal. 49,14.

(33) I Cor. 3,17.

(36) Ibíd. 4.

(38) Sal. 49,23.

(34) Sal 50,19.

(39) Sal. 125,1.

(41) Eclo. 40,1.

(43) Rm. 8,28.

(40) Is. 52,2.

(42) Sal. 145,6.

(44) Sal. 148,12.

En la actualidad, casi todas las creaturas me hacen guerra, distraen mi corazón de la contemplación de las cosas celestes, y por lo mismo privan a mi alma del gozo inherente a la alabanza de su Creador. Dichoso aquel estado en que me sea concedido contemplar a mi Creador en la creatura, conocer su sabiduría que abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas y las ordena con suavidad (45).

Pues si el alma recibirá tan inefable gozo de la contemplación de la criatura, ¿cuál no será el que reciba del amor de su Creador? Dice el profeta: "Alrededor del trono estaban los serafines" (46). La palabra serafín significa ardiente, abrasado. En aquella hora, en aquel estado, ¿quién nos encenderá, quién nos abrasará? Solamente tu amor, tu caridad, Dios mío. ¿Y dónde hallaremos la perfección de aquella caridad, sino es en la incoacción de ésta? Por otras palabras: "La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado" (47).

Traigamos a la memoria, si no, lo que escribió Moisés del Espíritu Santo: "Y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas" (48). También el apóstol hablaría sobre la caridad: "Todavía he de enseñaros un camino excelente en sumo grado", pues añadió Isaías: "Alrededor del trono estaban los serafines", esto es, alrededor del templo del que había prometido: "Y las franjas de sus vestidos llenaban el templo". ¿No véis cómo en todos los textos citados se nos manifiesta la caridad? En primer lugar se dice que se movía, en el segundo muestra un camino excelente en sumo grado, por último, se nos presenta en un lugar muy elevado.

Y a fin de que la creatura informe adquiera forma,

(45) Sab. 8,1.

(46) Is. 6,2.

(47) Rm. 5,5.

(48) Gn. 1,1.

sea movida, se reforme, en una palabra, cuanto hay defectuoso en ella, se le recomienda permanecer en el camino en que llevada a cabo la reforma de sí, obtenga la felicidad eterna. Porque dicha creatura por nadie ha sido creada sino por el Espíritu Santo que —hablando con propiedad— es el amor del Padre y del Hijo, sustancial y consustancial a ambos.

Es igualmente figura y semejanza de Dios, por la cual todo ser creado de la nada por la bondad del Creador, subsiste tanto en variedad como en especie y forma. Pues no existe criatura, considerada en su ser limitado, en que no aparezcan rasgos de semejanza divina, si bien de un modo escalonado: en los seres insensibles, poco; en los animados, más; y en los racionales mucho más. Porque un ser tendrá más o menos valor, en cuanto partícipe de la mayor o menor semejanza con Aquel ser único, excelso e inmutable por naturaleza.

Por lo tanto, para que una creatura aún informe y vacilante adquiera la debida forma, es menester que el Espíritu del Señor se mueva para que cada cosa, según su grado, reciba la forma establecida por la bondad del Supremo Hacedor.

Con todo, la creatura racional deformada por la transgresión de nuestros primeros padres, por ningún otro será restablecida si no lo es por el Espíritu Santo; por esto la caridad de Dios se derramó en nuestros corazones, de suerte que caminando por derroteros firmísimos y llegando al extremo de amar a nuestros propios enemigos, lleguemos a asemejarnos a nuestro Padre que está en los cielos y hace nacer su sol sobre los buenos y malos, y llover sobre justos y pecado-

res (49). Además, al pintarnos aquella suprema bienaventuranza, consistente en el perfecto conocimiento y amor de nuestro Creador, también allí, en lo más encumbrado, se halla el serafín, es decir, la caridad; por eso nos recomienda permanecer allí con el objeto de hacernos enteramente felices, viendo cómo todo nuestro ser es arrebatado por el amor divino a aquello de que “ni ojo vio, ni oído oyó ni pasó a hombr por pensamiento” (50), de manera que el hombre, de la contemplación de las cosas creadas, en las cuales se palpa las huellas del Creador, se remonte a la contemplación —sin estorbo alguno— del sumo Bien, y a la vez amarle con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas (51).

No olvidemos que tanto en la formación como en el perfeccionamiento de las criaturas, se nos recuerda que el amor está como en continuo movimiento, puesto que aquí se mueve, allí se halla en camino; mas, una vez obtenida la felicidad eterna, mediante la contemplación y el amor de Dios, entonces se manda permanecer en quietud. Es claro que nuestro aprovechamiento, o sea, pasar de las cosas visibles a la contemplación de las invisibles no se realiza sin notable esfuerzo personal, por cuanto la perfección consiste en un estado, o por mejor decir, en una especie de inmutabilidad, pues “alrededor del trono estaban los serafines: cada uno de ellos tenía seis alas; con dos cubrían su rostro, y con dos cubrían los pies y con dos volaban”.

Supongo que a nadie de vosotros parecerá absurdo oír decir que la caridad es alada o vuela. Pues nadie, a no ser la caridad, alada con multitud de virtudes, nos hace caminar ante las insidias del enemigo y el escollo de los vicios, a nosotros, peregrinos en el destierro, sumergidos en el cieno profundo y en la charca fango-

sa (52), con leve esperanza de salir a flote, hasta el punto de regocijarnos al advertir que se cumple en nosotros el testimonio del Sabio: “En vano se tiende la red a la vista de las aves” (53).

Ahora bien, si atentamente lo consideramos, tres cosas debe amar el hombre: a sí mismo, al prójimo y a Dios. Por el amor tiene seis alas: con dos de ellas, el hombre se aparta del mal y mira por el bien de sí mismo; con las otras dos, hace el bien para servir al prójimo; finalmente, con las otras dos, dejando a un lado las cosas terrenas, se remonta al amor del Creador.

Dos son, repito, las alas con las cuales nos vemos libres de los males: la confesión y la satisfacción; otras dos sirven para favorecer al prójimo: la misericordia y la beneficencia; por último, las otras dos sirven para volar hacia Dios: el deseo y el amor.

De estas alas se vale la caridad para mover nuestra alma en la presente vida, o sea, por la confesión y la satisfacción evitamos los lazos de los vicios; con la misericordia y la beneficencia hacemos bien a todos; por el deseo y el amor nos remontamos no sólo con el pensamiento, sino también con verdadera avidez a las cosas celestiales. Entretanto, mientras vivimos rodeados de asechanzas, conscientes de la desigualdad reinante entre los hombres, necesitamos auxiliarnos mutuamente.

Pero en aquella dichosa bienaventuranza, cuando el Señor se sentare sobre el trono excelso y elevado, en aquella dichosa patria donde reina la justicia, ¿acaso habrá algún pecado que confesar o algún demérito por que ofrecer satisfacción? O cuando el Señor recompensare a cada cual según sus obras, ¿por ventura habrá necesitados a quienes poder socorrer, enfermos de quienes poder compadecerse? Indudablemente todas estas

(49) Mt. 5,45.

(50) I Cor. 2,9.

(51) Mt. 22,37.

(52) Sal. 39,3.

(53) Prov. 1,17.

cosas, lo mismo los trabajos que las enfermedades, son patrimonio de esta miserable vida. "Mas, ya desde ahora, dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos" (54).

Respecto de las alas, está escrito: "Sus obras las acompañan" (55). Tendremos también aquellas otras cuatro alas, no para volar, sino para cubrirnos con ellas. Oye, sino, describir en lenguaje místico el estado de aquel templo o, por mejor decir, de la eternidad: "Con dos alas cubrían su rostro y con dos cubrían los pies y con dos volaban" (57). ¿Por qué razón se cubrían el rostro y los pies? Tal vez porque nadie hay en esta vida con la cara tan limpia que en ella no advierta alguna mancha de la mirada escrutadora del Creador, en quien nada manchado puede haber (58). Pero mientras vivimos en esta vida, saturada de trabajo y corrupción, es difícil no se adhiera a nuestros pies algún polvo que escape a la mira de aquel Señor purísimo y terrible.

"Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado; dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito" (59). ¿No véis cómo unos pecados no se tienen en cuenta, otros se perdonan y otros se borran? Porque existen tres géneros de pecados: original, mortal y venial. El original no se tiene en cuenta, el mortal se perdona, el venial se borra. Consecuencias del pecado original son todos aquellos movimientos pasionales heredados de la transgresión de Adán, inherentes a nuestra naturaleza, según el dicho del apóstol: "Reconozco que nada bueno hay en mí, esto es, en mi carne" (60). Y en otro lugar: "Ya no lo ejecuto yo, sino el pecado que habita en mí" (61).

En realidad tal pecado no se imputa a quienes han sido regenerados en la fe de Jesucristo. Mas, habiendo

(54) Ap. 22,12.

(55) Ibid. 14,13.

(56) Ibid.

(57) Is. 6,2.

(58) Sab. 7,25.

(59) Sal. 31,1-2.

(60) Rom. 7,18.

(61) Ibid. 20.

contraído esta enfermedad por culpa ajena, de la misma manera nos vemos libres de ella por la justicia ajena, y lo contraído por generación, desaparece por la regeneración.

Los pecados mortales, por ser voluntarios, no sólo se imputarán, sino también han de ser castigados. Con todo, si se confiesan sinceramente y se hace justa penitencia, se obtiene perdón de la misericordia de Dios. Por último, son veniales aquellos pecados procedentes de ignorancia o flaqueza humanas. La ignorancia es un defecto que afecta a la razón, la flaqueza a la voluntad. Porque así como cuando la vista está anormal, da lugar a muchos errores, estimando grandes, por ejemplo, cosas en sí pequeñas, y al revés; o que está torcido lo que es recto, y viceversa: de la misma manera puede haber equivocación en las demás cosas.

La razón es como el ojo del alma, la cual obscurecida por la ignorancia, muchas veces juzga malo lo que es bueno, o bueno lo que es malo; que la oscuridad es luz, o que la luz es oscuridad; que lo amargo es dulce, o que lo dulce es amargo. Tales pecados se consideran consecuencia de la ignorancia. Mas, la caridad cubre la muchedumbre de los pecados (62) cuando adornare la fachada del templo con dos alas, esto es, el alma de los justos, a fin de que todo aquello que apareciere imperfecto aún al ojo más perspicaz, cuando apareciere en la presencia del Señor la diaria confesión y oportuna satisfacción, los haga desaparecer de la mirada escrutadora de aquella Majestad.

Los pies del alma son sus afectos con los cuales se inclina o se aparta de los objetos. Ofuscada la razón por la flaqueza de éstos, no se inclina igualmente a todas las cosas, ora sean temporales, ora espirituales, ni

(62) Sant. 5,20.

siguen siempre el dictamen de la razón, sino su propio capricho. Al presente nuestros pies tienen adherido algo de polvo, el cual desaparecerá de los elegidos en aquella felicidad suprema, cuando la caridad perfecta cubra los "pies" del alma con las alas de la misericordia y beneficencia ejercidas en esta vida en favor de los necesitados. Con razón, por lo tanto, dijo el profeta: "Con dos cubrían su rostro, y con dos cubrían los pies" (63).

Restan las otras dos alas, con las cuales no cesan de volar los elegidos por el camino de la perfección, tanto en la presente vida como en la futura, el deseo y el amor. Por su medio, ahora nos encaminamos hacia Dios, después en cierto modo iremos todos a gustar y ver cuán suave es el Señor (64), no deseando ver otra cosa fuera de su divino rostro. Seremos como ángeles de Dios, de quienes dice el evangelista San Juan: "En cuyas cosas los ángeles desean penetrar con su mirada (65)*. A su vez el divino Salvador: "Os aseguro que sus ángeles están viendo siempre la cara de mi Padre celestial" (66).

Por consiguiente, le veremos siempre, y siempre estaremos con ansias de contemplarle, de suerte que la visión saciará el amor, y el ansia desterrará todo vestigio de cansancio. Esta es aquella abundancia de tu dulzura reservada para aquellos que te temen (67), porque no la descubres sino a quienes te aman, o bien se aman a sí mismo en lo más íntimo. Todo esto sucederá el día en que el Señor se siente sobre el trono excelso y elevado; cuando se haya disipado toda corrupción, cuando haya sido curada toda enfermedad y devorada la muerte, entonces le veremos como es en sí (68).

"Y con voz potente clamaban a coro diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos. Llena está

toda la tierra de su gloria" (69). Luego veremos a nuestro Creador, le amaremos, le alabaremos. El amor proviene de la visión, la alabanza del amor, según está escrito: "Dichosos, Señor, los que viven en tu casa alabándote siempre" (70).

Esta alabanza nos la quiso dar a entender el Espíritu Santo en aquellas voces de los serafines, en cuyo eco resalta el fuego del amor inefable de aquella felicidad futura, alabanza dichosa originada por la fuerza del amor. En consecuencia, será alabado Dios en sí mismo, será alabado en sus criaturas. Por esta razón las palabras proféticas entonadas: "Santo, Santo, Santo es el Señor. Dios de los ejércitos". Esta es —repito— la verdadera alabanza del Creador, consistente en confesar la Trinidad en la unidad, y la unidad en la Trinidad. Y supuesto que la adorable Trinidad es mi Dios, por eso repiten tres veces Santo: Santo el Padre, Santo el Hijo, Santo el Espíritu Santo. Pero como los tres son uno solo (71), no se dice Señor Dios en plural, sino en singular. "Señor Dios de los ejércitos".

Y respecto a la alabanza del Creador en las creaturas, añade: "Llena está toda la tierra de su gloria", en las cuales palabras se describe el estado dichosísimo de aquel tiempo cuando sentado el Señor sobre el trono excelso y elevado, será Dios de todas las cosas en todos (72). Pues entonces verdaderamente estará Dios con nosotros y en nosotros, y nosotros con él y en él. al cual corresponde honor y gloria, fortaleza y poder, ahora, después y por los siglos de los siglos. Amén.

(69) Is. 6,3.

(70) Sal. 83,5.

(71) I Jn. 5,8.

(72) I Cor. 12,6.

* El texto de la nota 65 es de San Pedro, no de San Juan, como dice el Santo.

(63) Is. 6,2.
(64) I Pe. 2,3.

(65) Ibíd. 1,12.
(66) Mt. 18,10.

(67) Sab. 7,25.
(68) I Jn. 3,2.

II

Navidad

En otras circunstancias, mi deber me obligaba indudablemente a dirigiros la palabra: hoy, en cambio, la necesidad interna del corazón se impone. Mas, ¿de dónde sacar palabras para expresarlos? Realmente, aunque todo mi ser se convirtiera en lenguas, con todo eso, no me sería posible expresar los afectos del corazón. No lo extrañéis, antes considerad cuán grande es este Señor que viene hoy a redimir a su pueblo (1). Atended cómo aquel Ser supremo que no cabe en los cielos, origen de la luz y luz verdadera, que es manjar de los ángeles, Ser inteligentísimo como ellos, delicias de toda la creación, ese mismo se digna descender hacia nosotros.

“Señor, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?” (2). Escucha al profeta: “Todas las naciones de la tierra son en su presencia como si no fueran; como una nonada o cosa que no existe, así son consideradas por él” (3). Como nonada y cosa vana, dice. ¡Oh hombre, nonada y cosa vana! ¡oh insignificancia y polvo!; ¡cuánto te conviene amar a aquel que por amor tuyo se hizo nonada y pequeñez!

Vayamos, os ruego, hasta Belén y contemplemos (4) en qué lugar, el grande, el excelsa, el sublime e inefable se hizo nonada y apariencia. Aquel que llena el cielo y la tierra (5) se oculta en un pesebre; el soberano del mundo y dueño de cuanto en él se contiene (6), no halló lugar en el mesón (7). ¿Por qué razón esto? Lo diré en una

(1) Is. 63,1.

(2) Sal. 8,5.

(3) Is. 40,17.

(4) Lc. 2,15.

(5) Jr. 23,24.

(6) Sal. 23,12.

(7) Lc. 2,17.

palabra, por nosotros, ¿Qué necesidad teníamos de él? Que se estableciera la paz. Me explicaré.

Existían desavenencias entre Dios y el hombre, entre el hombre y el diablo, finalmente, entre el hombre y el ángel. Dos cosas exigía Dios del hombre, el ángel una, el diablo una de Dios en contra del hombre. Dios reclamaba del hombre satisfacción por su culpa y restitución de lo quitado. Oid de qué manera.

En primer lugar, considerar la dignidad humana en que Dios creó al hombre. Echase de ver esta dignidad en tres cosas: libertad, poder y felicidad. Era libre, poderoso, feliz. Su libertad era triple: de elección, de apetito y de uso. Tenía ante sus ojos el bien y el mal, la tierra y el cielo, la muerte y la vida, la felicidad y la miseria, las criaturas y el Creador. Poseía libertad de elección entre todos estos elementos, poseía igualmente libertad en el apetito, pues la carne no tenía deseos contrarios al espíritu (8), ni la razón ansiaba una cosa y el apetito obligaba a hacer otra; por el contrario, cualquier cosa que deseaba, eso mismo quería en la medida en que lo quería y como lo quería.

Tenía libertad de uso, pues usaba de este mundo para colmo de su placer y aumento de su felicidad, no para desgracia de su flaqueza o esclavitud de sus apetitos. Si experimentamos, como es razón, el infortunio de nuestra servidumbre, comprenderemos fácilmente la felicidad de tal libertad. Pudo elegir el bien sin obstáculo del mal; pudo apetecerlo sin delectación del mal; usar del bien sin molestias ni contradicciones. Reconoced tal poder en aquellas palabras del Creador: "Creced y multiplicaos y llenad la tierra" (9).

Ahora bien, la felicidad del hombre consistía en la presencia, conocimiento y amor de Dios. Presencia de

(8) Gal. 5,17.

(9) Gn. 1,22.

Dios en la memoria, conocimiento de Dios en el entendimiento, amor de Dios en la voluntad. La memoria era a manera de abrazo del alma, por el cual se retenía a Dios sin olvidarse de él. El entendimiento, semejante a un ojo por el que se comprendía a Dios sin sombra de error; el amor era cual paladar del corazón, que saboreaba a Dios sin deseo de ninguna otra cosa.

Miserable Adán, ¿qué más deseas? Ingrato, maquinabas la maldad para tu propia casa. En manera alguna, respondes, antes seré como Dios (10). ¡Desgraciado! Dios te crió de tal suerte que toda criatura fuera igual o inferior a ti; por encima de ti, solamente Dios, y ¿te atreves a envidiar esta grandeza? "Seré —dices— como Dios" (11). ¡Oh soberbia intolerable! Poco ha fuiste formado de barro fétido, y ¿ambicionas arrogante asemejarte a Dios?

Tal vez el diablo, sondeando el pensamiento de tu necia fantasía, diga: "Yo os enseñaré: comed y seréis como dioses" (12). Así, de la soberbia brotó la desobediencia. Estos dos pecados, soberbia y desobediencia, son la desgracia y la causa de todos nuestros males.

Ya que comiste y probaste de la fruta, oh Adán, sal, por favor, con ese lindo traje para que podamos contemplar las riquezas nuevas del nuevo dios. "Ved ahí a Adán que es como uno de nosotros" (13).

Hermanos: Dios exigía satisfacción de este doble pecado; y no sólo esto, sino también restitución de lo que habían robado. Y bien, ¿qué robaron? Recordad al hombre tal como os lo acabo de describir, cuán poderoso, cuán feliz. Así hubiera sido su descendencia de no haberse contaminado su voluntad en la raíz. Por lo tanto, toda la humanidad que la providencia divina creó

(10) *Ibid.* 3,5.

(11) *Ibid.*

(12) *Ibid.*

(13) *Ibid.*

para restaurar los muros de la Jerusalén celeste, se la arrebató a Dios indudablemente la soberbia humana. De aquí proviene la queja de los mismos ángeles contra el hombre, pues la perfección de la bienaventuranza angelica consiste en la consumación de aquella ciudad santa, la cual —como acabamos de probar— no sólo fue diferenciada, sino más bien arrebatada por el hombre, en cuanto estuvo de su parte.

En definitiva, conociendo el enemigo la misericordia y poder divino, temiendo vaya a moverse a piedad, despliega en contra suya no la justicia, sino más bien la violencia y poderío. Ved ahora lo que incumbe al hombre: en primer lugar satisfacer dignamente a Dios por tamaña soberbia e inobediencia, restituir a su pristina dignidad a cuantos hombres estaban predestinados a la vida, luchar contra el enemigo, no con la violencia, sino más bien con la santidad.

Pero hallándose corrompido, desconcertado, condenado, ¿dónde hallar todos estos auxilios? ¿De qué magnitud deberá ser su humildad, si la hemos de comparar con su soberbia? ¿Cuál deberá ser su obediencia, para poder saldar la culpa? ¿Cómo se arreglará el cautivo para redimir a otro cautivo, o un ser inmundo purificar a otro inmundo? ¿Qué va a suceder? ¿Acaso perecerá tu criatura, Señor? ¿Olvidará Dios usar de clemencia, o detendrá con su ira el curso de su misericordia? (14). “Lejos de eso —dice el Señor— sé los designios que tengo sobre vosotros, designios de paz y no de aflicción” (15).

Date prisa, Señor, date prisa. Atiende a las lágrimas de los pobres, lleguen a tu presencia los gemidos de los cautivos (16). Dichoso tiempo, oh día digno de ser amado y deseado, cuando se oyó la voz del Padre

(14) Sal. 76,10.

(15) Jr. 29,11.

(16) Sal. 78,11.

diciendo: “Por la opresión del humilde, por el gemido del pobre yo me levantaré, dice el Señor” (17). Pero, ¿a quién enviaré y quién irá por nosotros? (18). Envío a Moisés, pero tenía trabada y entorpecida la lengua (19); se ofreció Isaías, mas, reconoce sus labios impuros (20); también Jeremías falló, por creerse niño y no saber hablar (21): Sálvame, Señor, por no hallarse hombre de bien sobre la tierra (22).

(17) Sal. 11,6.
(18) Is. 6,8.(19) Ex. 4,10.
(20) Is. 6,5.(21) Jr. 1,6.
(22) Sal. 11,2.

III

Epifanía

Tres clases de bodas

En aquella dulcísima festividad, en la cual un párvulo nació y se nos dio para nosotros (1), con gusto os hubiera hablado de tanta dulcedumbre, si la salud me lo hubiera permitido. Mas, no creáis esté exenta de dulzura la presente festividad. En la primera, Cristo se nos ofrece recién nacido, en la segunda, se nos da a conocer. En aquélla recibe la visita de los pastores, en ésta es obsequiado por los magos. En una los espíritus angélicos dejaron oír sus voces, en otra, la voz del Padre resonó desde el cielo y descendió sobre él el Espíritu Santo en forma de paloma. En la primera fue hallado en un pesebre niño débil, en la segunda se manifiesta poderoso en el milagro.

Tres cosas, por lo tanto, se nos recuerdan en este santísimo día, carísimos hermanos: los Magos, procedentes del Oriente, adoraron a Cristo; en medio de la plebe, Cristo fue bautizado por San Juan, y en Caná de Galilea convirtió el agua en vino. Ahora bien, como en reiteradas ocasiones me habéis oído hablar de las dos primeras, vamos hoy a limitarnos a tratar de la tercera.

En realidad aquellas bodas carnales celebradas en Caná de Galilea (2), simbolizan aquellas otras tres espirituales: las que tuvieron lugar en Belén cuando el Verbo, saliendo del claustro virginal a manera de un esposo que sale de su alcoba (3), apareció a los ojos de los mortales revestido de nuestra naturaleza; aquellas otras con

(1) Is. 9,6.

(2) Jn. 2,1.

(3) Sal. 18,6.

III EPIFANÍA: TRES CLASES DE BODAS

las cuales hoy se aumenta la iglesia al incorporarse a ella el pueblo gentil; finalmente, aquellas por las cuales en este día Cristo unió a sí en el Jordán, en alianza nupcial, el sacramento del sagrado bautismo proporcionado a su iglesia. Ella es el pueblo que el amigo del esposo preparó para su esposo, según había predicho San Gabriel: "Delante del cual irá él, revestido del espíritu y de la virtud de Elías, a fin de preparar al Señor un pueblo perfecto" (4).

Mas, volvamos a las bodas carnales de las cuales habla el evangelista: "Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea" (5). Veamos, en primer lugar, el procedimiento seguido para celebrarlas. Quiere uno tomar esposa adecuada. De entre muchas elige una, le envía mensajeros para concretar la boda, alaben su hermosura, ponderen sus riquezas, pregonen su sabiduría. De esta manera se despierta el amor en aquella mujer, el amor estimula el deseo de verse, el deseo la hace suspirar por entrevistarse, y de la entrevista resulta el consentimiento, al cual sigue el banquete de boda. Se buscan diversas clases de pan y de bebida, mátanse los animales, y se procuran diversiones en abundancia.

Levantemos ahora la mirada y pasemos de las bodas terrenas a las espirituales. El Hijo de Dios, viviente en el seno del Padre, el mismo Rey de los cielos, echando una mirada desde su firmísimo trono sobre todos los habitantes de la tierra (6), vio uno entre otros muchos, y al punto prendóse el Rey de su hermosura (7). ¿Y quién es ese tal? Me explicaré con claridad.

El es aquel pueblo santo, elegido antes de la creación del mundo (8), predestinado para sí, con objeto de santificarle y recompensarle eternamente. ¿De qué ma-

nera le vio? No como nosotros, que ignoramos las cosas pasadas, no vemos las futuras, y hasta las mismas presentes apenas las vemos.

Pero no sucede así con aquel ojo divino que sondea e ilumina todas las cosas. Ve claramente todo aquel pueblo santo desde el primer elegido hasta el último, no diferente el primero del último, ni primero a uno y después a otro, sino todos del mismo modo y siempre; le ve todo él ennegrecido por su culpa, blanqueado y hermozeado por él; prostituido a sus enemigos, mas, levantado por él a los más íntimos abrazos.

A éste fue a quien eligió y amó, no para beneficiarse a sí mismo, sino para limpiar a quien estaba manchado, sanar al enfermo, librar al cautivo, hacer dichoso al miserable, desposándole consigo. Mas como suele acontecer si no se ama voluntariamente al amado, envió mensajeros que lo den a conocer, alaben su hermosura, pregonen su sabiduría, ensalcen hasta las nubes su poder y riquezas. Mensajeros suyos fueron, sin duda, aquellos a quienes se dignó revelar sus secretos, mostrándoles por medio de una luz inefable el misterio de su encarnación, la profundidad de la elección, la anchura de la vocación, la sublimidad de las promesas y longitud de la esperanza. Lo que ellos aprendieron, por lo tanto, mediante la revelación, hallándose como estaban dispuestos para entender cuál fue la anchura, largura, altura y sublimidad (9) de los misterios, eso mismo enseñaron a los demás.

Si bien es verdad el pueblo de los elegidos es uno solo, según aquello: "Una sola es la paloma mía" (10), sin embargo, con razón son llamados mensajeros del Salvador quienes a través de una luz sobrenatural anunciaron su venida. Por esto San Juan Bautista fue llamado

{ 4 } Lc. 1,17.
{ 5 } Jn. 2,1.

{ 6 } Sal. 32,14.
{ 7 } Sal. 44,12.

{ 8 } Ef. 1,4.

{ 9 } Ibíd. 3,18.

{ 10 } Cant. 6,8.

ángel (11), esto es, mensajero, y según el profeta en los labios del sacerdote ha de estar el depósito de la ciencia (12), y de su boca ha de proceder la ley, por ser el ángel del Señor.

Pasemos ahora a tratar de la manera como estos mensajeros despiertan el amor del esposo en la esposa escogida del Señor. Hablando de ello Moisés, dice: "Dios suscitará un profeta al cual escucharéis como a mi mismo en todas las cosas que os dijere" (13). "Como a mí" —dice. Grande es esta alabanza para aquellos tiempos. ¿Quién de los contemporáneos no se encendería en amor, pensando que podía ser semejante a Moisés? Ante su santidad prodigiosa, el mar abrió paso, brotó el agua de la roca, descendió el maná del cielo, el aire se pobló de codornices, levantando las manos aniquiló a sus enemigos, a sus rivales bien los tragó la tierra, bien fueron consumidos por el fuego.

Inmensamente superior a Moisés es aquel cuya hermosura ponderaba el salmista diciendo: "Eres el más bello de los hombres, en tus labios se derrama la gracia" (14), y ensalzando sus riquezas, añade: "Tuyo es el cielo, tuya es la tierra" (15), y por lo que atañe a su persona: "Mía es la tierra y cuanto la llena" (16). En cuanto a su sabiduría: "Nuestro Señor es grande y poderoso, su sabiduría no tiene medida" (17).

También Isaías, fijando los ojos de su corazón en la hermosura de su rostro, exclamó: "Se enrojecerá la luna y el sol se oscurecerá, cuando sea glorificado en presencia de sus ancianos" (18). Y respecto a su poder: "Con sólo tres dedos sostiene la mole de la tierra y pesa los montes y los collados como en una balanza" (19). Por eso le llama admirable por su hermosura, consejero

(11) Mt. 11,10.

(12) Mal. 2,7.

(13) Deut. 18,18

(14) Sal. 44,3.

(15) Sal. 38,12.

(16) Sal. 23,1.

(17) Sal. 146,5.

(18) Is. 24,23.

(19) Ibid. 40,12.

por la prudencia, señor por la omnipotencia, fuerte por la fortaleza, padre del siglo futuro por la eternidad, y príncipe de la paz a causa de su felicidad rebosante.

Cuán dulce, cuán humilde, misericordioso y suave sea, nos lo dice el mismo profeta poniendo en su boca las palabras del Padre: "He aquí mi siervo, mi escogido a quien elegí y derramé sobre él mi espíritu". Y poco más abajo: "No voceará ni clamará, no se oirá su voz en las calles. No quebrará la caña cascada ni apagará el pabilo vacilante" (20).

Fijáos cómo en estas palabras se contienen lo que hoy se realizó en el Jordán. Aquí se distingue la voz del Padre, allí se oye, pues se oyó decir: "He aquí mi siervo, mi escogido a quien elegí"; y allí: "Este es mi hijo muy amado en el cual tengo puestas mis complacencias". En un sitio se dice: "derramaré sobre él mi espíritu"; en otro, el Espíritu Santo en forma corporal, como de paloma, bajó del cielo y se colocó sobre él.

Vemos también se cumplió en él aquello: "El Espíritu del Señor se posó sobre mí, porque el Señor me ha ungido y me ha enviado a evangelizar a los pobres". ¿Por qué razón el manso ha de evangelizar a los humildes? Sí, ciertamente, el que es manso y bondadoso. Por eso dice: No voceará ni clamará, etc. El profeta David, para recomendar tal dulcedumbre a la esposa, exclama: "Gustad y ved cuán suave es el Señor" (21).

También Jeremías pregonó sus alabanzas al decir: "Este es nuestro Dios y ningún otro sería reputado por tal en su presencia" (22). Así pues, hermanos, de entre los innumerables pasajes escriturísticos que pudiéramos citar, basten los aducidos para abrasar en amores del Esposo al alma elegida. El amor excitará el deseo de entrevistarse, el deseo conducirá al acercamiento espi-

(20) Ibid. 42,3.

(21) Bar. 3,36.

(22) Jn. 2,1.

ritual de ambos, y de esta suerte, a través de la fe, llega a consumarse el consentimiento entre ambos y se dispone ya el convite nupcial. ¿Dónde? ¿Quién lo preparará? Oigamos al evangelista: "Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea" (22). En Caná de Galilea —que quiere decir "celo en mudar de país", "transmigración"— fueron preparadas estas bodas. La primera transmigración de los hijos de Israel fue a Egipto; la segunda, desde Egipto a la tierra prometida; la tercera, de la tierra prometida a Babilonia, y la cuarta, de Babilonia a Jerusalén.

La primera fue pesada, la segunda llena de penalidades, la tercera ignominiosa y la cuarta, formidable. Realmente fue pesada la cautividad, al verse obligados a servir a Faraón, trabajando el barro para cocer ladrillos (23), al ser castigados los capataces, quienes escatimándoles la paja, exigían de ellos la misma cantidad de ladrillos estipulada. No poco penoso y llena de afanes fue la peregrinación por el desierto, en que al cabo de cuarenta años de continuos sufrimientos, no les fue posible contemplar la tierra prometida.

Ignominiosa sobre toda ponderación fue aquella otra en que, con las manos esposadas a la espalda, fueron conducidos a la cautividad de Babilonia. Por último, una vez transcurrida la cautividad, la historia nos refiere con cuántos temores regresaron a Jerusalén.

Mas todas estas cosas sucedían como en figura (24), porque a Adán y a sus descendientes les sucedió una transmigración pesada de la luz a las tinieblas, del paraíso de delicias a las ollas de Egipto. Por eso dice el Señor por el profeta: "Mi pueblo bajó al principio a Egipto para morar allí como forastero, pero Asur le maltrató sin motivo alguno (25).

A la manera como todos hemos muerto en Adán,

así también en él hemos descendido igualmente. Gracias te sean dadas a ti, buen Jesús, porque Asur le calumnió sin motivo. Este es aquel Asur, príncipe de las tinieblas que reclamaba para sí el despótico derecho no sólo sobre los réprobos, sino también sobre el pueblo de Dios, o sea, sobre los elegidos.

Pero salieron fallidos sus planes, sino, escucha las palabras del ángel a María: "Y le pondréis por nombre Jesús, el cual salvará a su pueblo de sus pecados" (26).

Otra transmigración se efectuó desde tierra egipcia a la de promisión, es decir, de la ley al Evangelio, de la letra al espíritu, del antiguo testamento al nuevo. Todos los santos deseaban ardientemente esta transmigración resultante de la venida de Cristo, poseídos de un gran celo por la casa de Israel (27). Sabían muy bien cómo la ley no conduce a la perfección, ni el hombre puede hallar de nuevo expédita la entrada del paraíso, mediante las obras de la ley, si no se aparta primero de la entrada la espada de fuego fulgurante, por medio de la pasión y sangre de Cristo.

No debe admirar que el celo abrasase los corazones de los santos y les hiciese suspirar con gran ansiedad por aquella dichosa transmigración. Para ellos, sin duda, como en otro Caná de Galilea, se preparaba este convite nupcial. "Se celebraron, dice, unas bodas en Caná de Galilea". ¿Quién las preparó? Juzgo que el glorioso Moisés fue el encargado de prepararlas: él suministró maná del cielo, agua de la roca, carne de aves en el desierto; él determinó matar los toros, sacrificar los carneros, degollar los cabritos. En su presencia advertimos diversas clases de pan, a saber: panes de la proposición, cocidos al horno, en la parrilla, en la sartén.

Para condimentar este banquete, no podía faltar el

(23) Jud. 5,10.

(24) I Cor. 10,11.

(25) Is. 52,4.

(26) I Cor. 15,22.

(27) Zac. 1,14.

aceite ni el vino ni las ofrendas de las libaciones. El hizo la distinción entre las viandas, señalando cuáles eran únicamente para el rey, cuáles para el pontífice, para los sacerdotes, para los servidores y para el resto del pueblo (28), pues manda servir sólo al esposo todo el sebo, los riñones y la telilla del hígado (29), la parte alta del pecho y la paletilla separada, se servirán sólo al pontífice; a los sacerdotes y levitas señaló las demás partes, sin olvidar lo correspondiente al resto del pueblo.

Todo esto, si no se refiere a las bodas de que estamos tratando —mandado por Dios ordenar al gran profeta—, ¿no parecerán cosas indignas, frívolas, inútiles?

También el santo rey David desplegó no poco aparato en estas bodas, al determinar cantores y salmistas con variedad de instrumentos músicos, para alegrar a los convidados espirituales en sinfonía de regocijo espiritual.

¿Por qué Salomón construyó con tanta solicitud un templo —destruido poco después por los babilonios— y lo consagró al Señor colocando en él gran cantidad de vasos de plata y oro —profanados más tarde por las concubinas del rey Baltasar—, si en todo esto no hubiera previsto un sentido espiritual? Sobre este particular trataremos en otra ocasión. Ahora, en cambio, de las palabras que allí se dijeron.

“Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús”. Ella, la sinagoga —en la cual se dispone toda esta preparación— es sin duda madre de Jesús según la carne. Por eso dice expresamente: “Estaba allí la madre de Jesús”, dando a entender que todo ese ceremonial corresponde a la sinagoga del viejo testamento, mas las espirituales —prefiguradas por ellas— han de realizarse a través de los sacramentos de la Iglesia.

(28) Lev. 4-7.

(29) Lev. 3,4-10.

Por lo demás, la misericordia es madre de Jesús que le hizo descender a tan sublime majestad, achicar a tan grande sabiduría, empobrecer en beneficio nuestro a la suma riqueza. Ella ofrece sin duda estas cosas tangibles en señal de las futuras, por su medio lo corporal da paso a lo espiritual. Luego todo lo que en el antiguo testamento hubo de preparación en tal sentido, o sea, la extraordinaria solicitud con que la adorable Trinidad procuró nuestra redención, no es obra de nuestra justicia, sino de su misericordia.

Fue invitado Jesús con sus discípulos a unas bodas. Fue invitado —repito— Jesús. Pues bien, ¿quién de entre los santos de la ley antigua, que tuvieron revelación de estas bodas, no amó a Jesús, no deseó verle, no le invitó? Por eso dice en el Evangelio: “Muchos profetas y justos ansiaron ver lo que vosotros estáis viendo” (30). Indudablemente por su venida suspiraba y pedía aquel santo Moisés cuando al ordenarle el Señor poner en camino para Egipto, replicó: “Te suplico, Señor, que envíes al que has de enviar” (31). Había advertido a no dudar lo que el esposo celeste asistiría a estas bodas en aquellas palabras que le dirigiera el mismo Señor cuando se acercaba a la zarza: “Quítate de los pies las sandalias, porque la tierra que pisas es santa” (32).

Esta tierra santa era el pueblo de los elegidos del antiguo testamento, el cual juntamente con los que pertenecen al nuevo constituyen la verdadera esposa de Cristo, en cuyo honor se celebran las bodas en Caná de Galilea, asistiendo a ellas Jesús. Por lo tanto, con razón el santo Moisés, enviado a esta esposa para sacarla de Egipto, oyó que se le decía: “Quítate de los pies las sandalias” para darle a entender que no era su esposo, sino amigo del esposo, siervo, no señor, por el cual

(30) Mt. 13,13.

(31) Ex. 4,13.

(32) Ibid. 3,5.

se hace la ley de Dios, no se cumple, manifestador de las cosas futuras, no la verdad y realidad de las mismas. Por eso, "quítate de los pies las sandalias", porque es señal de cesión en Israel. Conociendo esto Moisés por inspiración divina, enardeciéndose en ansias de aquel que había de venir, exclamó: "Te suplico Señor, que envíes al que has de enviar".

También el santo rey David, suspirando por su venida, le convida con gran devoción a estas bodas diciendo: "Muéstranos, Señor, tu rostro y seremos salvos" (33). Sabía muy bien cómo no puede haber salvación sin el Salvador, y cómo no dudó en descender a lo profundo del abismo a sacar de la prisión, mediante estas bodas, a tantas almas como sabía estaban suspirando con ansiedad por su presencia. Por lo cual, vuelto al Padre, decía: "Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación" (34). De aquí que sus lágrimas le sirvieron de pan cuando exclamaba: ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios? (35).

Isaías, a su vez, invitándole ardientemente a estas bodas, le decía: "Ojalá, Señor, rasgaras los cielos y descendieras" (36). Y para demostrar cuán impaciente está el santo de su venida, fijémosnos cómo pide al hijo de Dios no que abra, sino que rasgue los cielos para más rapidez, según se dice en otro lugar: "Apresúrate, Señor, no tardes" (37).

De aquí provino que a los pueblos que suspiraban por su venida, y se impacientaban por la tardanza, les advierte el mismo profeta: "Su tiempo está próximo a llegar y sus días no están lejos" (38).

La esposa a su vez, invitada por las alabanzas de los convidados, prorrumpe enardecida en estos admirables

acentos: "Reciba yo un beso de su boca" (39). ¡Oh si nos fuera dado podernos detener aquí para disfrutar largo tiempo las delicias de este beso! ¿Qué es el beso, qué deseaba? Deseaba un beso, y un beso de su boca. El beso es símbolo de paz y amistad. Los que se besan, estiran los labios y unen sus bocas. A través de la boca manifestamos nuestro interior y penetramos en el de los demás. Ya ves de qué manera en el beso se encuentran por distintos caminos los espíritus de quienes se besan, se unen en el mismo beso, y una vez cerrados los labios ansiando ir más allá, fúndense en un mismo beso para que de los dos haga uno mismo Aquel que es único de ambos.

¿Qué pedía, pues, aquella que decía: "Reciba yo un beso de su boca"? Buscaba la unión de la divinidad y humanidad a través del contacto de unos labios ajenos. Por eso dice "Un beso de su boca". El Espíritu Santo desea con vivas ansias tomar parte en esta unión, por eso quien se une a él, se hace un mismo espíritu con él (40), son dos en una misma carne, en un abrazo, en un mismo espíritu.

Para todas estas cosas expuestas fue llamado sin duda Jesús a las bodas, y no solamente él, sino también sus discípulos, aquellos de quienes está escrito: "Véisme aquí a mí y a mis hijos que me dio el Señor" (41). Estos discípulos de Cristo son los hijos del esposo, y también hijos de las bodas, cuya elección justificación y vocación predijeron los profetas, teniendo en cuenta que su sonido se propagó por toda la tierra y hasta los límites del orbe su lenguaje.

Y he aquí que apareciendo Cristo en carne mortal, conforme al vaticinio y deseo de los profetas, saliendo del vientre virginal como esposo de su alcoba, faltó el

(33) Sal. 79,4 y 8.
(34) Sal. 84,8.

(35) Sal. 41,3.
(36) Is. 64,1.

(37) Sal. 39,18.
(38) Is. 14,1.

(39) Cantl. 1,1.

(40) I Cor. 6,17.

(41) Is. 8,18.

vino. ¿Por qué sucedió esto? Por haberlo preparado Moisés. Aquellas ceremonias instituidas por él, llevaban consigo no poca gracia y utilidad, por cuanto la circuncisión borraba el pecado original y los sacrificios diarios borraban las culpas de cada día. En ellas estaban adorables Salvador, de la cual se esperaba no sólo la remisión plena de todos los pecados, sino también el fruto de la remisión, imposible de obtener por los sacrificios legales, a saber, el ingreso en el reino de los cielos. Con sobrados motivos, pues, habiendo aparecido en el mundo el que estaba preconizado, sobraba cuanto se había dicho de él; aparecida la verdad, estaba demás toda figura; en dejándose ver la persona, carece de valor toda sombra.

Faltó el vino, repetimos, faltó el vino ciertamente, pues cuanto de utilidad, de sabor divino o de gracia espiritual pudiera haber o se pudiera advertir en aquellas ceremonias, quedó desvalorizado al aparecer Cristo y el vaso de la letra permanece vacío.

Sabía muy bien esto la madre de Jesús, o sea, que en el vaso de cosas santas y perfectas de la sinagoga no se puede hallar nada de vino espiritual, por eso dijo: "No tienen vino", a lo que respondió Jesús: "Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? aún no ha llegado mi hora" (42).

En estas palabras se encierra, a mi entender, una profecía acerca de la reprobación de la sinagoga y vocación de la Iglesia, para la cual ha de ser preparado aquel vino nuevo, por eso dice: "Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí?" al faltar el vino añejo, pides uno nuevo, mas esto, ¿a ti qué te importa? Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Ella, carnal, se aferra a la letra más bien que al espíritu, a la figura antes que a la verdad. ¿Qué nos importa, repito, a ti y a mí? habiéndote desechado y dado

(42) Jn. 2,4.

acta de repudio, llamando pueblo mío al que no es mío, y amado al que no era amado, y objeto de misericordia al que no había conseguido misericordia (43).

Entonces se prepara el vino nuevo a fin de que una vez saciada y embriagada, llegue mi hora en que vuelva mi rostro hacia ti para que saciada y embriagada con el mismo vino, prorrumpas con el maestresala: "Tú, al contrario, has reservado el buen vino para lo último" (44). Una parte de Israel ha caído en la obcecación hasta tanto que haya entrado la plenitud de las naciones: entonces se salvará todo Israel (45). "Había allí seis tinajas de piedra destinadas a las purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros" (46).

Estos son aquellos vasos en los cuales faltó el vino y permanecían vacíos. Hidrias de piedra, según el texto: naturalmente de piedra, porque la ley fue escrita en tablas de piedra. ¿Por qué razón había seis? A mi entender, porque toda aquella observancia literal se reduce a seis especies.

La circuncisión es como la primera hidria; la segunda, la oblación de los distintos sacrificios; la tercera, las diversas clases de purificaciones legales; la cuarta, la separación o señalación de los distintos alimentos; la quinta, el juzgar entre clases de lepra; la sexta, el festejar el sábado y las demás solemnidades.

¿Por qué faltó el vino en la primera hidria? San Pablo nos lo dice: "Os declaro que si os hacéis circuncidar, Cristo de nada os aprovecha" (47). De la misma manera faltó en la segunda, según testimonio del profeta: "Tú no has querido sacrificio ni oblación, sin embargo, me has dado un cuerpo" (48). Adaptado un cuerpo mortal a su divino hijo, añade que todos los sacrificios legales, por virtud de la divinidad, se vuelven imperfectos.

(43) Rom. 9,25.

(44) Jn. 2,10.

(45) Rom. 11,25.

(46) Jn. 2,10.

(47) Gal. 5,2.

(48) Sal. 39,7.

Respecto a la tercera, San Pablo manifiesta claramente en su carta a los Hebreos el por qué a la llegada de Cristo no quedó nada de vino, sencillamente porque consistía en manjares y bebidas, y diversos géneros de abluciones y ceremonias impuestas hasta el tiempo de la reforma (49). Respecto de la cuarta, dice el mismo apóstol: "Para los limpios, todas las cosas son limpias; y no debe rechazarse cualquier cosa recibida con acción de gracias" (50).

El mismo Jesucristo nos demuestra, tocante a la quinta hidria, cómo no quedó nada de gracia espiritual, cuando al tocar con su mano al leproso, dijo: "Quiero, sé limpio" (51). Ahora bien, por disposición del divino Salvador, quien fue crudamente perseguido por los judíos, según leemos, porque quebrantaba el sábado, faltó todo el vino. No habiendo vino en las tinajas, a ruegos de su madre, dijo Jesús a los sirvientes: "Llenad de agua las hidrias" (52).

Hermanos, no penséis que Jesús vino a abolir la ley, sino a cumplirla (53). ¿De qué clase es esta agua? La observancia de la ley escrita, ordenada por Dios para enseñar, y útil mientras fue menester, quiso cumplirla el mismo que había de transformar en espiritual todo lo carnal. Por esta razón dijo a los sirvientes: "Llenad las hidrias de agua".

Sirvientes en esta administración fueron la Santísima Virgen y San José, los cuales llenaron las vasijas hasta rebosar de agua, cumpliendo al pie de la letra aquellas seis cosas establecidas en la ley acerca de Cristo. Se llenó la primera hidria de agua en el momento de ser circuncidado Cristo, según estaba escrito y recibió el nombre de Jesús. Llenóse la segunda, cuando permitió que

se ofrecieran víctimas por su rescate. La tercera tuvo fiel cumplimiento cuando su madre santísima, exenta por completo de cumplir la ley, sometióse a las ceremonias legales de la purificación, que no necesitaba, siendo recibida humildemente en el templo con su hijo en brazos. La cuarta se cumplió plenamente cuando, absteniéndose de manjares usados por los gentiles, tomaron solamente aquellos establecidos por la ley mosaica como limpios. El mismo Salvador dio cumplimiento a la quinta, distinguiendo entre lepra y lepra, al lanzar aquella sentencia, cuando los diez leproso: "¿Acaso no son diez los curados? y los nueve, ¿dónde están? No ha habido —añadió— quien viniese a dar a Dios gracias, sino este extranjerio" (54). Por último, la sexta la cumplió al subir a la fiesta de Pascua, cuando tenía doce años, y al celebrar la pascua con sus discípulos.

He aquí el agua convertida en vino, la letra en espíritu, las cosas materiales transformadas en espirituales.

También nosotros tenemos una circuncisión no carnal, sino espiritual, según aquello del apóstol: "Nosotros somos circuncisos que servimos en espíritu a Dios" (55). Y en otra parte: "En el cual hemos sido circuncidados con circuncisión no ejecutada por mano" (56), puesto que no cortamos lo superfluo de este o aquel miembro, sino limpiamos mediante la piedra de la fe firme, todos los miembros tanto interiores como exteriores.

Del mismo modo cámbiase el agua de la otra hidria en vino, según dice el Señor por el profeta: "Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, en cambio me abriste el oído" (57). Añade en otro lugar: "Porque los sacrificios no te satisfacen; si te ofreciera un holocausto, no lo querías" (58). ¿Pues de qué manera se aplacará Dios?

(49) Heb. 9,10.
(50) Tit. 1,15.

(51) Mt. 8,3.
(52) Jn. 2,7.

(53) Mt. 5,17.

(54) Luc. 17,17.
(55) Fil. 3,3.

(56) Col. 2,11.
(57) Sal. 39,7.

(58) Sal. 50,18.

¿Acaso cambiando esta agua en vino? El sacrificio de becerros es considerado como agua, la mortificación de la carne, simbolizada en los becerros, se tiene por vino. La degollación de una oveja, es agua, mas si por la oveja entendemos la obediencia, entonces es vino. Por eso dice: "Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, en cambio me abriste el oído". Cuales sean estos oídos perfectos, se nos declara en otra parte: "Apenas hubo oído me obedeció" (59).

Es agua igualmente, la inmolación de una tórtola o paloma, en cambio es vino la pureza de la castidad y la gracia de la compunción, conforme a las palabras de David: "Mi sacrificio es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias" (60).

Convertida en vino el agua de esta hidria, de esta suerte, alegrará con su sabor a todos los convidados a estas bodas espirituales.

En la tercera hidria tienes también agua, porque los judíos se purificaban según la ley ora con el agua exiatoria, ora con la aspersión de la ceniza, ora, finalmente, al contacto de la sangre. Pero en realidad, cuánto mejor y con más eficacia se purifica el alma mediante la confesión. A decir verdad, quien reciba estas tres clases de purificaciones, no dude quede convertida el agua en vino. Pero si ves un ladrón, corres con él, te mezclas con los adúlteros (61), si procuras abstenerte de manjares inmundos y prohibidos, si en una palabra, te has percatado de lo insípida que es la abstinencia literal de los judíos, como por el contrario, lo útil y sabrosa que es ésta espiritual contenida en la cuarta hidria, no lo dudes, el agua se mudó en vino.

En cambio, si entiendes a la letra lo referente a la lepra en la cabeza, en la barba, en la casa, en la pared,

en la tela o en el vestido; ciertamente en todas estas cosas no hallarás nada atractivo o alegre. Supongamos ahora que esta lepra de la cabeza simboliza el error del maestro, la de la barba, el de los discípulos, y la de la casa, la destrucción de toda la comunidad. Si conforme ordena la ley, que es espiritual, distingues entre lepra y lepra de las enunciadas y aplicas a cada cual su oportuno remedio, sentirás regocijo al haber mudado en vino el agua de la hidria.

Atended, además, cuánto más saludable es estar libre de la esclavitud del pecado, que estar de fiesta y sin ocupación; vivir tranquilos considerando cuán suave es el Señor, que llenando el vientre de manjares suculentos; cuánto más regocija el corazón la solemnidad pascual en la cual fue inmolado Cristo (62), que la comida de aquel cordero de cuatro patas: atended, repito, cómo el agua de la sexta hidria queda convertida en vino. "Podéis sacar ya y darla al maestresala" (63).

Amigo del esposo es este que está en pie para asistirle y atender a todas sus disposiciones, gozándose de oír la voz del esposo (64). Juan es el nombre de aquel que, advirtiendo el primero mutación tan saludable, gustó y vio cómo las cosas viejas pasaron ya y todas se han renovado (65). No es de extrañar que dijera: "Tú al contrario, has reservado el buen vino para lo último (66).

Luego aquel primer vino no estaba bueno. Indudablemente no lo estaba. Si te atreves a ponerlo en duda, escucha las palabras del Señor por el profeta: "Mira, yo les di preceptos no buenos y leyes en las cuales no hallarán vida (67). Has reservado el buen vino para lo último". De aquí las frases por Zacarías: "¿Cuál será

(62) I Cor. 5,7.

(64) Jn. 3,29.

(66) Jn. 2,10.

(63) Jn. 2,8.

(65) Apoc. 21,5.

(67) Ez. 20,25.

(59) Sal. 17,45.

(60) Sal. 50,19.

(61) Sal. 49,18.

el bien que nos venga de él, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes?" (68).

Hermanos carísimos: debiéramos detenernos a explicar el sentido espiritual de todos estos misterios, así como a examinar con diligencia los que se realizan en nosotros, mas la premura del tiempo nos lo impide a causa de la celebración de la santa misa. No obstante, lo que resta por explicar de la lectura del santo evangelio, lo dejamos para otra ocasión, rogando a la misericordia divina se digne otorgarnos la dicha de participar en las bodas de esta vida, para que algún día merezcamos también poder participar de las inefables delicias del Esposo y de la Esposa, amén.

Encuentro de Simeón con el Señor *

De diversas costumbres

Hoy, amadísimos hermanos, vamos a tratar del amor. Los que me escucháis, atended (1) y saboread las dulzuras, si es que algo dulce y sabroso acertamos a ofrecer al paladar de vuestro corazón. Mas no todos comprenden esta palabra (2). A mi modo de ver, el temor posee un lenguaje que nadie entiende a no ser el que teme; el dolor a su vez tiene el suyo, que nadie entiende sino es el que sufre; por último, también el amor posee su propio lenguaje, que nadie lo entiende fuera del que ama. ¿Quién dudará de esto?

Realmente de una manera se expresa el que está embargado de temor, de otra distinta el que está seguro; de una el que reboza de gozo, de otra quien está consumido de dolor; de una el que ama, de otra quien está falto de amor.

Así pues, de cualquier modo que hable quien está poseído de dolor, no lo entenderás si no te condues con él; por lo mismo, tampoco percibirás el sentido de las palabras por las cuales exterioriza la alegría quien se halla alegre, si no te regocijas con él. Si estás completamente seguro y no temes lo más mínimo, te reirás de las palabras del que tiene miedo; igualmente se te antojarán insípidas las palabras del amante, si tú, duro e insensible, no amas a nadie.

(1) Mt. 24,15.

(2) Mt. 19,11.

* El título dice **In Ypapanti Domini**, término griego que significa memoria del encuentro de Simeón con nuestro Señor en el templo.

Pero ¿por qué motivos queremos hablar en este día del amor? Bien sabéis cómo hace pocos días predicamos —no sin motivo, a mi modo de ver— de las bodas. Pues, ¿qué más oportuno poder tratar del amor, después de las bodas? En realidad de verdad, el amor es la causa, el ejercicio, en una palabra, el fin de las bodas.

El amor, causa de las bodas, se excita por el afecto; el amor, ejercicio del matrimonio, acreciéntase con el deseo; el amor, fin del matrimonio, se goza por el consentimiento. ¿Acaso no sucede así cuando se trata de bodas carnales? Primeramente el amor entre el esposo y la esposa se aviva con alguna ocasión exterior como coincidiendo y recordándose con afectos mutuos. En segundo lugar, del contacto entre ambos nace el deseo, acrecentando más y más cada día, hasta cristalizar en la culminación del matrimonio. Por último, el amor es el fin del matrimonio en que ambos se gozan en la consumación de la entrega mutua.

Pero pasemos ya de las bodas carnales a las espirituales. Si mal no recuerdo, tres clases de bodas se nos recomiendan: la primera aquella en que el Verbo unigénito de Dios se revistió de naturaleza humana; la segunda, cuando Cristo, esposo divino, se desposó con la Iglesia; la tercera, cuando el Verbo de Dios se une cada día con el alma santa.

En el primer caso, las dos naturalezas, divina y humana, se funden en una sola persona; en el segundo, el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, para ser los dos una sola carne (3); en el tercero, el hombre dando de mano a todas las cosas, se une a su Creador, para ser los dos un solo espíritu.

La primera clase de bodas se nos dio a entender en el nacimiento de Cristo, cuando el Verbo se hizo car-

ne y habitó entre nosotros (4); la segunda en su aparición, cuando —como ya dijimos— la reina de Sabá —representada en los reyes Magos— vino de los últimos confines de la tierra a escuchar la sabiduría de Salomón (5); la tercera, en el presente día, cuando el alma enamorada y apasionada se aproxima a los abrazos y besos del Salvador. Tal sucedió con el santo Simeón, a quien el Espíritu Santo le había revelado que no moriría antes de ver a Cristo (6).

Veamos de qué manera este amor tan ardiente y apasionado se aviva por el amor, aumentase con el deseo para luego saborearlo en el consentimiento. El amor es, a mi modo de ver, cierta inclinación espontánea del alma hacia alguno, juntamente con la fruición. Tal inclinación suscítase a veces en el alma contra la voluntad del hombre, por cuya motivo se le muestra resistencia; con todo, invita ora a la voluntad, ora a la razón de prestar su asentimiento, y una vez conseguido esto, la inclinación se convierte en amor. Ahora bien, esta inclinación del alma —llamada también afección— es el resultado unas veces de oír, otras de ver y no pocas también del contacto en el oficio. Porque cuando vemos un hombre con rostro alegre, modales finos y palabras agradables, al punto nuestro ánimo se inclina hacia él con afecto irresistible. Esto mismo experimentamos cuando nos ponderan la virtud y santidad de una persona.

Otro tanto acaece en nosotros cuando nos prevenimos con mutuos servicios. El santo anciano Simeón no había visto sin duda a Jesucristo, sin embargo, la fe le había encendido en su amor, por cuanto la fe proviene del oído (7). Le constaba por los profetas que había de

(4) Jn. 1,14.

(6) Lc. 2,26.

(5) I R. 4,34.

(7) Gal. 3,5.

(3) I. Cor. 6,16.

venir, sabía el modo como vendría, cuándo y para qué vendría.

Había oído que vendría el hijo de Dios. ¿De qué manera? En carne mortal. ¿De qué naturaleza? Si te fijas en su hermosura, viene ciertamente el más hermoso entre los hijos de los hombres (8); si paras mientes en su dulzura, su espíritu es más dulce que la miel (9); por último, si atiendes a sus costumbres, es manso y humilde de corazón (10), misericordioso hasta el extremo de sentarse a la mesa con publicanos y ramera, compasivo sobre toda ponderación hasta revestirse de nuestra débil naturaleza, lleno de caridad y amor para con sus mismos enemigos, sufrido hasta la muerte.

Y bien, ¿un ser tan hermoso, dulce y lleno de virtudes, a qué vino? En realidad para redimirnos, justificar a los redimidos, y glorificar a los justificados. Estas o parecidas cosas había oído de los profetas el santo anciano Simeón, las había leído en las escrituras, por eso se enardecía en afectos inefables hacia tan grande Señor, dulce ciertamente para él y útil no menos para nosotros. Enardecida, pues, la voluntad con tales afectos, la razón aplaude con tal vehemencia, ardor e impulso —ora al excitado y al que excita, ora a la movida o al que mueve— que entonces se origina cierta delección ardiente y se inicia la unión espiritual.

Luego se dispone el banquete y se enciende el deseo. Pero dirás, ¿qué clase de banquete será éste? Nadie es capaz de definirlo, sino solamente quien lo ha gustado. Leed, os ruego, en el libro de la experiencia. Vosotros ya habéis prestado asentimiento a todas aquellas cosas futuras que decíamos el santo Simeón había aprendido de Cristo. Así pues, al oírlas, al leerlas, digo más, al recordarlas en la imaginación y pensar en ellas.

(8) Sal. 44,3.

(9) Eclo. 24,27.

(10) Mt. 11,29.

me cuesta creer que no reboisés de dulcedumbre interior.

Mas, pasemos ya al convite. Cuando al principio de vuestra conversión repaséis los prístinos años transcurridos en la amargura de vuestra alma (11), y el aguijón del pecado punzando fuertemente la conciencia aleje de vuestra alma el temor, el pudor os haga bajar los ojos y la tristeza os induzca a la desesperación, ¿acaso si acudisteis con el pensamiento a Jesús y os postrásteis ante sus plantas, al oír su comportamiento con la mujer adúltera y ver cómo trató a la pecadora pública, diciendo a una: “¿Nadie te ha condenado, mujer? tampoco yo te condeno” (12) y a la otra: “Le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho” (13); acaso ¿no irá cobrando aliento vuestra alma, pasando de la desesperación a la esperanza, del temor a la seguridad, teniendo presente que Jesús es manso y humilde de corazón (14), y que sus misericordias exceden a sus obras? (15).

No es posible hallar a nadie que mordido de la calumnia o la detracción, cercado de las espinas y abrojos de los escándalos, inducido, en una palabra, por la ira e impaciencia a la venganza y a desterrar la paz del corazón; si tal vez acude nuevamente a Jesús y contempla su dulcísimo rostro expuesto a los bofetones y su cuerpo acardenalado a latigazos; no desarme el ímpetu de su ira, y recobre nuevamente la paz perdida.

En las tentaciones, cuando la pereza os domina o se enardezca el fuego de la carne, si os acogéis a Aquel cuyo espíritu es más dulce que la miel, y tenéis la suerte de saborear la dulzura de su persona, al punto se desvanecerá la aparente dulzura del placer y el espíritu del error se alejará a la carrera de vuestro lado.

Así pues, cuantos lográis salir de estos lugares tris-

(11) Is. 38,15.

(13) Lc. 7,47.

(15)

(12) Jn. 8,11.

(14)

tes y respirar cierto aire de libertad, os regocijaréis de contemplar a aquel que es el más hermoso entre los hijos de los hombres (16), actuando tan liberalmente en los suyos, que me admiro si vuestra alma no se mueve hacia aquellas cosas por cierta suave inclinación, ni se derrite en afectos de suavidad maravillosa, hasta el punto de crecer el amor por este afecto, y del amor nazca el deseo.

Pero volviendo al santo anciano Simeón, pregunto, ¿qué cosa puede haber más clara que su contemplación, más suave que su afecto, más vehemente que su amor? Mas no conviene retrasar por más tiempo el convite. Pongamos ya los panes. Preguntarás qué clase de panes hemos de poner. Escucha al real salmista: "Las lágrimas son mi pan día y noche" (17). Por tanto, sea alimentado con pan de lágrimas y reciba de bebida el vino de la compunción (18) y no le falte el aceite de la devoción.

Sea sacrificado sobre el ara del corazón todo lo carnal, desordenado, obstinado, orgulloso; sea llenada el alma como de enjundia y de manteca, (19) de aquella suavidad de amor, y el mismo gusto creciendo y enardecándose de modo inefable y dirigiéndose en alas del deseo hacia aquel a quien ama, e impaciente de su tardanza, ansía de una vez verle y abrazarle. De aquí brotan los suspiros, las lágrimas, los requiebros, reveladores de aquel deseo interior. ¿Cuándo vendrá? ¿Cuándo nacerá? ¿Cuándo tendré la dicha de verle? ¿Será posible vivir sin él? (20).

¡Oh alma santa!, ¿por qué te deshaces en lágrimas? Ten más reverencia a Dios; no está en tu mano saber

(16) Mt. 11,29.

(18) Sal. 41,4.

(20) San Ber. De dilig. Deo c. X.

(17) Sal. 144,9.

(19) Sal. 62,6.

los tiempos y circunstancias que el Padre tiene determinados. ¿Con qué atrevimiento, oh dichoso Simeón, pretendes saber lo que ni dejó escrito, ni predijo ángel, ni anunció ningún apóstol? Oigamos su respuesta: "Vosotros todos sois consoladores bien pesados" (21). El amor ama, el deseo prorrumpie en gritos, el afecto presente. El amor todo lo cree, todo lo espera (22). No quiero, o tú, cualquiera que seas el que habla, no quiero que disputes conmigo sobre mi decisión ni me envuelvas en el peso de tus razones. El amor busca a aquel que el juicio no conoce e ignora la razón; es impulsado por el deseo, no por el juicio. Mi alma rehusa morir, mi inteligencia no quiere tener consuelo hasta tanto le sea dado contemplar a quien ansía con vehemencia.

Veré a aquel en quien desean mirarse los ángeles (23), de esta suerte quedará satisfecho el deseo del amante y del amado. Viviré en esta carne mortal podré ver con los propios ojos la salvación de Dios (24). Amando de esta suerte, ardiendo así, orando de esta manera, abrasándose de veras, buscándole incansable, llamando de continuo, recibirá la respuesta del Espíritu Santo que no verá la muerte sin haber contemplado a Cristo Señor (25).

Ten ánimo pues, oh Simeón santo, ya que el Señor se dignó escuchar el deseo del pobre. Cesen ya tus lágrimas, desaparezcan tus suspiros. Le veré en realidad, fiel es, sin duda, el que me lo ha prometido (26). Le he de ver, ¿pero cuándo? ¿dónde? ¿en qué lugar buscaré o dónde poder encontrar al que ama mi alma? "Por las noches busqué en mi lecho al que ama mi alma. Le busqué y no le encontré. Me levantaré y daré vueltas a la ciudad, buscaré por calles y plazas al que

(21) Job, 16,2.

(23) I Pe. 1,12.

(25) Lc. 2,26.

(22) I Cor. 13,7.

(24) Sal. 97,3.

(26) Heb. 10,23.

ama mi alma". Daré voces y preguntaré a los centinelas de la ciudad: "¿No habéis visto al amado de mi alma? (27).

Queda patente, a mi modo de ver, la solicitud del alma en buscar a Dios con afán: le busca en el lecho, le busca igualmente en las calles y plazas, le busca en la ciudad. ¡Dichosa alma que ama de esta suerte, y arde de tal manera, que busca a Dios en todas partes, hasta poder exclamar: "En todos esos lugares busqué descanso"! (28).

El alma santa tiene ciertamente su lecho del cual está escrito: "Cuando los hombres rendidos del sueño están descansando en sus lechos, entonces les abre Dios sus oídos" (29). Entendemos por lecho el ocio santo; por ciudad santa, la concordia de los santos; por calles y plazas, la vida del siglo u ocupaciones exteriores. Así pues, hemos de buscar a Dios en nuestro ocio cuando nos hallamos solos; le hemos de buscar, cuando nos hallemos en compañía de otros; le hemos de buscar aún cuando nos ocupemos en cosas materiales. Vergonzoso es nuestro estado de tibieza. ¿Por ventura amamos, buscamos o estamos solícitos en su búsqueda?

Hago caso omiso de tratar del lecho, pues a la manera que oigo, así juzgo. Cada cual atienda qué cosas busca en el ocio, qué hace cuando está quieto, cuando está solo, cuando reina la soledad en el corazón. No quiero juzgar sobre estas cosas. Allí donde de veras existe la soledad, habrá su juez, pues aquel Dios justo que sondea el corazón y las entrañas (30), todo lo tiene presente. Las cosas que hacemos en la ciudad, están patentes ante sus ojos, y por eso a veces no juzgamos de ellas ligeramente.

¡Así pues, carísimos hermanos, cuantos nos hemos

(27) Cant. 3,1.

(29) Job, 33,15.

(28) Eclo. 24,11.

(30) Sal. 7,10.

reunido en este lugar, ¿qué buscamos? (31). Cada cual busca indudablemente lo que ama.

No hay excusa que valga, hermanos. Nadie hay que no habla de buena gana de aquel a quien ama, porque de la abundancia del corazón habla la boca (32). Unos, todo su lenguaje es tratar de comida y bebida, otros, de los rumores que corren; éstos de cargos, aquellos de ganados, los de más allá de edificios. Uno no cesa de proferir palabras ociosas que muevan a risa, otro ríe a carcajadas. Apenas se encuentra quien busque al Verbo, apenas quien pregunte a los centinelas: "¿No habéis visto al amado de mi alma?" (33).

Estén lejos de nosotros lo que tanto abunda en las reuniones donde hay muchos individuos, detracciones, murmuraciones, enfados, riñas, disputas, contiendas, oprobios y afrentas de unos con otros (34). Ahora bien, hallándonos colocados en las calles y plazas, es decir, entre los seglares, ¿qué buscamos? Vergüenza da decirlo: los primeros saludos en las plazas, los primeros asientos en las sinagogas, y que los hombres nos den el título de maestros (35). En esto parece hallamos nuestras delicias, mas, no en la búsqueda del Señor. Los que le conocen le aman, los que le conocen le desean, los que le conocen saborean cuán dulce es el Señor (36).

Realmente le conoció el glorioso Simeón, por eso le buscó en la ciudad (37) con los buenos, quiero decir, tratando y conversando de Cristo, le buscó por calles y plazas (38), esto es, buscando en la criatura externa a su Criador, le buscó entre los centinelas (39), o sea, preguntando por él a doctores y maestros de la ley: "Y vino en espíritu al templo".

Pues también tú, si le buscares de veras, es decir,

(31) I Cor. 11,20.

(32) Lc. 6,45.

(33) Cant. 3,3.

(34) I Tim. 6,4.

(35) Mt. 23,6.

(36) I Pe. 2,3.

(37) Cant. 3,2.

(38) Ibid.

(39) Ibid. 3,3.

en el lecho de tu descanso, bien sea leyendo, orando o meditando; o en la ciudad, preguntando igualmente a aquellos con quienes vives, tratando, conversando en las calles y plazas, sirviendo a los demás con palabras y ejemplos; también entre los centinelas, quiero decir, escuchando a los perfectos: entonces vendrán en espíritu al templo diciendo con David: "Desahogo mi alma conmigo: cómo marchaba a la cabeza del grupo hacia la casa de Dios" (40). "Y vino en espíritu al templo" (41). Indudablemente quien pide recibe, quien busca halla, a quien llama se le abre (42). Y vino en espíritu al templo, lugar adecuado a todas luces, en el cual se realiza el encuentro entre el Verbo y el alma: quien ha de ser buscado en todas partes, ha de ser hallado en el templo.

Se le ha de buscar en el lecho, en la ciudad, en calles y plazas, se le ha de buscar también entre los centinelas. Escuchad sus palabras: "Habiendo andado pocos pasos, encontré al que adora mi alma" (43). ¿En dónde, por favor? En el templo, con toda seguridad.

Busca, pues, busca en todas partes, busca en todas las cosas, busca entre todos los hombres, pasa y repasa todo el orbe, hasta detenerte por fin en el lugar del tabernáculo, y no hay duda lo hallarás allí. "Y vino en espíritu al templo". En espíritu, dice, porque los que viven en carne, no pueden agradar a Dios (44). Cuando sus padres condujeron al niño Jesús al templo, y Simeón le recibió en sus brazos (45), vemos el amor gozando por el consentimiento, uniéndose a él por los abrazos, saboreándole por el afecto.

Hermanos, enmudezca aquí la lengua, pues hasta este momento la voz expresó de algún modo lo que pudo: nada hay más apetecible aquí como el silencio.

(40) Sal. 41,5.

(42) Mt. 7,8.

(44) Rom. 8,8.

(41) Lc. 2,27.

(43) Cant. 3,4.

(45) Lc. 2,27,

Estos son secretos del esposo y de la esposa, éstas sus delicias singulares imposibles de comunicar al profano. "Mi secreto es para mí, mi secreto es para mí" (46). ¿Dónde está tu secreto, oh esposa, única confidente de tal dulcedumbre, en que el espíritu creado y el increado se encontraron en ósculo espiritual y se fundieron en uno solo, de tal suerte que de dos se hizo uno, digo más, una misma cosa, el que justifica y es justificado, el que santifica y es santificado, el que deifica y es deificado?

Diré, pues, lo que tal vez ellos mismos experimentaron mejor y más claramente. La lengua es vehículo del amor; esto sólo lo puede entender quien ama. Por lo tanto, cuando el alma, purificada de la escoria de los vicios, experimenta las dulzuras de la afición, el amor de la dulzura, el deseo del amor; si tiene acallados los demás sentimientos y aficiones y no se deja impresionar por ningún otro deseo de cosas temporales, si no varía ante cualquier movimiento interno, antes vive sumergida en el piélago profundo de ternura que es mi Señor Jesús, si vive unida a él por los dulces lazos del amor entrañable, de suerte que no piense en otra cosa más que en él, nada fuera de él; entonces dicha alma se sentirá apasionada al sentir que abraza al amado y a su vez es abrazada por él, pudiendo decir con verdad: "Encontré al que ama mi alma" (47). "Le tengo y no le dejaré" (48).

Ojalá nos fuera dado conseguir lo que mereció el santo Simeón cuando dijo: "Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz" (49). Ansio ser desatado o desatar, ansio ser desatado de las cadenas de la carne, para poseer y estrechar con más ternura contra su pecho a Jesucristo Señor nuestro, a quien corresponde todo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

(46) Is. 24,16.

(48) Ibíd.

(47) Cant. 3,4.

(49) Lc. 2,29.

Del ayuno cuaresmal

Recibimos hoy, hermanos, el ayuno solemne, llamado así por ser común a todos los cristianos. Pues existen diversas clases de ayunos: unos abrazados voluntariamente por muchos, otros impuestos por aquellos que tienen necesidad de purgar alguna culpa. Este ayuno está fijado, en general, para todos los católicos, no sin cierta imposición evangélica, no sin cierta razón de misterio, no sin cierta dignación de excelencia espiritual. Porque en ninguna solemnidad celebrada durante él es dispensado, ni siquiera cuando llegaren huéspedes al monasterio (1); solamente en caso de imposibilidad física, como cuando se está enfermo (2).

Ahora bien, el ayuno se nos recomienda en la ley por autoridad divina. Habiendo Moisés ayunado 40 días, recibió los diez mandamientos escritos en tablas de piedra (3). Se nos recomienda en los profetas, de los cuales Elías, el principal de ellos, después de un ayuno de cuarenta días en una cueva, mereció ser visitado por Dios (4). Se nos recomienda en el Evangelio, donde se cuenta que el mismo Señor y Salvador nuestro consagró al ayuno idéntico número de días (5).

Mas, ¿quién será capaz de investigar las causas y razones saludables de esta práctica, la cual tiene su origen en el consejo divino? Porque ningún hombre es capaz de conocer los pensamientos de otro hombre. Sólo el espíritu del hombre que está en él, los conoce.

(1) Reg. S.
Benito, c. 53.
(2) *Ibid.* c. 36.

(3) Ex. 32,16.
(4) 1 R. 19,9.
(5) Mt. 4,2.

De la misma manera, nadie más que el espíritu de Dios conoce los pensamientos de Dios (6). Según esto, ¿quién se atreverá a decir con San Pablo: "Nosotros tenemos el espíritu de Cristo"? (7). O por otras palabras. ¿qué cristiano no se atreverá a decir esto, si bien de distinta manera que San Pablo? Porque todo lo que es verdad, todo lo que es santo, todo lo que es conforme a la fe y a la caridad (8) lo sacamos de las Santas Escrituras, procede del espíritu de Dios que hemos recibido. Intentemos, pues, guiados de ese espíritu de fe en las Escrituras, descubrir algunas causas de esta práctica recomendada por la razón y la justicia, no menos que por su utilidad.

Consideremos, en primer lugar, dónde estuvimos, dónde estamos; además, qué hemos de esperar y qué hemos de temer. Dios, conocedor de todos los acontecimientos futuros, no podía ignorar la naturaleza del hombre, a qué estado quedaría reducido por la culpa, a cuál volvería a ser restituído por la gracia y el destino futuro después del juicio. Por eso creó desde el principio los lugares adonde cada cual será destinado según sus méritos. Esto es, creó el paraíso, creó también este mundo, creó el cielo, creó el infierno; en el cielo puso el colmo de todos los bienes, en el infierno el colmo de todos los males; en el paraíso, un bien moderado, en el mundo un mal moderado. Sumo bien es aquel que se posee sin temor de que pueda faltar; sumo mal es cuando no hay ninguna esperanza de salir de las tinieblas; bien moderado, el que se posee con temor de perderse; mal moderado, cuando es posible librarse de él.

Realmente sumo bien es aquel que esperamos hemos de gozar en el cielo sin temor alguno de perderlo jamás; en cambio, la condenación eterna, subsiguiente

(6) I Cor. 2,11.

(7) Ibid. 5,16.

(8) Fil. 4,8.

al juicio, es aquella en la cual una vez incurrida, jamás tendrá fin, conforme la sentencia del Señor a los reprobos: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno" (9).

Aquella felicidad que tuvo Adán en el paraíso también fue un bien, pero inconsistente, pues podía aumentarse y perderse. Por último, el mal que padecemos al presente en este mundo, lo llamamos moderado porque podemos librarnos de él mediante el auxilio de la gracia divina.

Así pues, el sumo bien corresponde a los perfectamente santos; el sumo mal, a los perfectamente malos; el bien moderado, a los moderadamente buenos, y el mal moderado, a los moderadamente malos.

Es necesario, ante todo, no apartar de nuestro corazón la memoria del sumo bien, a fin de no reputar por bien sumo el de la presente vida, nos apeguemos a él, y echando en olvido aquél, corramos el riesgo de perderle. De la misma manera, si no se considera debidamente el sumo mal, se podrá creer que los males de este mundo son los mayores, y al tratar de evitarlos, incurramos en los eternos. El sumo bien, por lo tanto, ha de ser conocido por deseirlo, y el sumo mal también debe conocerse para evitarlo.

Conviene, no obstante, hacer saber a los cristianos que el hombre no fue creado en tal estado, sino arrojado en él; en qué lugar fue colocado, y adónde fue arrojado por su culpa. Fuimos creados en el paraíso, arrojados a este mundo como a lugar de destierro; subiremos al cielo si usamos bien de las cosas de este mundo, mas, si anteponeamos el destierro a la patria, seremos sumergidos en el infierno.

Consideremos ahora cómo un bien puede poseerse de diversas maneras. Porque se puede disfrutar de un bien pequeño, de un bien grande o de un bien pleno y

(9) Mt. 25,41.

perfecto. Bien pequeño es aquel que no basta para echar fuera el mal; bien grande el que excluye todo mal; en cambio, bien pleno y perfecto es el que basta a la buena voluntad.

Según esto, el hombre posee en esta vida un bien pequeño, debido a la mezcla de mal, el cual lo recibió en grande en el paraíso, donde no existía mezcla de mal. Bien perfecto tendrá en el cielo, donde no falta nada de cuanto se puede desear, ni existe mal alguno que pueda ocasionar temor. ¡Oh, si siempre sacudiese nuestra alma la memoria del lugar donde estuvimos colocados y donde ahora nos hallamos! Allí, cuánta dignidad, aquí, cuánta indigencia; allí seguridad, aquí temor; allí descanso, aquí fatiga; allí regocijo, aquí tribulación. Diríamos, sin duda, con el profeta: ¡Ay de mí que se ha prolongado mi destierro" (10), y así se tendría como cosa vil la presente vida, y en cambio la futura aparecería rebosante de dulzuras, la primera ocasionaría fastidio, en cambio se suspiraría por poseer la segunda.

Hermanos, el primer hombre, Adán, que experimentó uno y otro estado, pudo distinguir fácilmente entre ambos y despreciar cualquier clase de bien que pudiese ofrecerle el mundo, comparado con aquel otro bien perdido. Mas, no sucede así a su desgraciada descendencia, la cual habiendo nacido rodeada de tinieblas, tampoco siente en derredor suyo sino tinieblas. Mas, por cuanto Dios no se olvidó de su bondad ni la cólera cerró sus entrañas (11), facilitando muchos consuelos a los miserables y proporcionando los dolores según las cualidades de cada uno, más impresiona y halaga sin duda el alma este bien que experimenta, que aquel otro que le está prometido.

Pero el hombre, capaz de bienaventuranza, jamás

(10) Sal. 119,5.

(11) Sal. 76,10.

abandona ese apetito de felicidad en el cual halla ciertamente la suma excelencia, la suma abundancia, el amor y seguridad perfectos.

La naturaleza humana, no obstante, a pesar de apeteer todas estas cosas y las futuras, en las cuales están todas las perfecciones dichas, engañada por la apariencia de las cosas temporales, mira con desdén aquéllas e intenta saciar el apetito de éstas que se palpan y deleitan en gran manera.

Por lo mismo busca su excelencia en el mando, abundancia de riquezas, placeres en las seducciones de la carne, seguridad en los muros, torres y centinelas nocturnos; de esta suerte, tomando el destierro por la patria, ni se recuerdan del lugar donde estuvieron algún día, ni consideran los males en que están sumergidos al presente. Así, mientras los malos abusan de los bienes presentes, los buenos son inclinados a distribuirlos o administrarlos, sucediendo que los primeros olvidan siempre —los segundos a veces— ora los males presentes, ora los bienes futuros como perdidos.

Con cuánta razón, por tanto, dispuso el Espíritu Santo dedicar cierta parte del año a considerar esto, en la cual, dando de mano a todos los negocios, apliquemos el ánimo a la consideración de las miserias de la presente vida, y a deplorar amargamente las ligerezas de todo el año. En estos santísimos días, pues, se nos proponen a la consideración cuatro cosas: la muerte, por la cual arrancándose el alma del cuerpo, éste se convertirá en polvo; la ignorancia, a causa de la cual entenebrecidos nuestros ojos, no nos es dado contemplar a cara descubierta la gloria del Señor (12); el dolor y llanto, los cuales torturan de continuo nuestro corazón; el trabajo y fatiga, que tanto quebranto ocasionan a nuestro cuer-

(12) II Cor. 3,18.

po (13). En estas cuatro cosas nos hallamos de continuo sumergidos, con estos látigos somos diariamente castigados.

Estas son las cosas que debemos tener presentes de manera especial durante este tiempo, que nos demos cuenta dónde estuvimos, a fin de llorar el bien perdido, y suspiremos por el bien que esperamos conseguir después de la vida presente, y de esta suerte vivamos temerosos no suceda que de estos males temporales y mediores, seamos arrojados a los eternos, colmo de los males.

Atended cómo las cuatro cosas dichas se nos recomiendan en ciertas imágenes simbólicas: la muerte corporal se nos recuerda en la imposición de la ceniza; la ignorancia se simboliza en el correr de la cortina*; el llanto, en la supresión de todo cuanto signifique alegría. Porque al modo como pecamos en Adán (14), de la misma manera oímos en Adán todos: "Polvo eres y en polvo te has de convertir" (15). Esto lo oyó sin duda alguna Adán, cuando fue arrojado de las delicias del paraíso a las miserias presentes. Esto lo oímos igualmente nosotros, cuando pasamos de los gozos ordinarios de cada día a considerar y deplorar —mediante la observancia cuaresmal— las miserias inherentes a nuestra flaqueza.

Acordaos, hijos de Adán, acordaos al menos durante el tiempo de la cuaresma, de vuestros novísimos (16) para no pecar. ¿Qué novísimos son éstos? "En polvo te has de convertir", por lo cual decía el santísimo Job:

(13) Eclo. 1,14.

(15) Gn. 3,19.

(14) I Cor. 15,22.

(16) Eclo. 7,40.

* Alude el santo a la costumbre en la Orden del Cister, suprimida en nuestros mismos días, de colocar una cortina que ocultaba el presbiterio durante toda la cuaresma, y que sólo se descorría en los domingos y fiestas.

"Soy reputado como lodo y asemejado al polvo y a la ceniza" (17). Dichosa el alma que trae de continuo en su memoria estas cenizas, o sea, su propia fragilidad, el recuerdo de los pecados, el pensamiento de la muerte, diciendo: "He de quedar reducido a podre y ser como una ropa roída por la polilla" (18), y con el profeta: "Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado" (19).

Esta meditación tan saludable debiera estar también de continuo en el corazón de los cristianos, mas, siendo esta cosa muy difícil, por no decir imposible, se estableció este ayuno cuaresmal para compensar de alguna manera semejante miseria. Y lo que se estableció para todos los cristianos, nos obliga de manera especial a aquellos que habiendo renunciado a las obras de este mundo, no tenemos ninguna otra preocupación familiar, ninguna solicitud terrena que nos impida vacar por completo y a practicarlo con ánimo esforzado.

Arrojado Adán a este destierro, fue colocada una espada de fuego entre él y el paraíso, le fue velada aquella felicidad celeste que primero le había sido manifestada, en cuyo estado de desgracia, realmente de triste recuerdo, se suspendió al presente un velo entre nosotros y el santo de los santos, para que nos demos cuenta, cómo estamos privados de los gozos que disfrutaban los ángeles en la contemplación de Dios. También en el antiguo testamento pendía un velo ante el sancta sanctorum, el cual muy razonablemente fue hecho pedazos, según sabemos, con la muerte de Cristo.

Consideremos, pues, la ira y la misericordia de Dios. Creó al hombre cuando no existía, le castigó cuando pecó, le redimió de los pecados y le libra de las miserias. Pero habiendo impuesto al hombre dolores y trabajos

(17) Job, 30,19.

(18) Ibid. 13,28.

(19) Sal. 50,5.

materiales, su condenación era segura, su redención hipotética. Se le estaba preparando, pero se le ocultaba; se le prometía, mas, se le disimulaba, pues se le encubría entre figuras y enigmas, y la observancia exterior del ceremonial era para los judíos a manera de velo corrido ante sus ojos.

Con razón, una vez realizada la redención del linaje humano, mediante la muerte de aquél que se entregó a sí mismo por nosotros (20), fue rasgado el velo (21) y quedaron al descubierto todos los secretos de nuestra redención. Pero mientras permanecemos en este cuerpo, vivimos ausentes del Señor (22), caminando en la te, no por la visión clara y real (23), sino considerando la gloria futura como en espejo y a través de imágenes oscuras (24).

Por hallarse encubierta, dice el apóstol: "Estáis ya muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (25). Si está escondida, está por lo mismo cubierta con un velo, para que echemos de ver que nos falta aquella felicidad que el ojo no vio (26).

Al presente, mientras vivimos sometidos a las miserias de la vida, tenemos un velo suspendido ante nuestros ojos que en cierto modo nos oculta al santo de los santos, imagen viva del cielo, a fin de que una vez entendida con perfección la ocultación, se desee con más ansia la revelación, y así, sentados junto a los canales de Babilonia, lloremos con nostalgia de Sión (27), al no contemplar su gloria ni oír el canto del aleluya, expresión de la alabanza divina, a la cual se refería David cuando cantaba: "Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre" (28), porque el llanto de la vida pre-

sente excluye toda alabanza, según aquello: "¿Cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera"? (29).

Síguese la maceración de la carne, tan reiteradamente recomendada a nosotros en este tiempo, en trabajos, vigiliias, ayunos (30). Desisto de tratar en la presente ocasión de los trabajos corporales ni de las vigiliias, notorios, habituales y continuos para vosotros, de suerte que no necesitamos el recomendarlos. Existe, en cambio, un trabajo espiritual, necesario a todas luces, en el cual nos conviene ejercitar de manera especial, a fin de que entablado combate contra las tinieblas del mundo, conservemos la paciencia, objeto de sus ataques.

Conservemos la constancia de corazón, la tranquilidad de espíritu, y lograremos defender varonilmente todas las virtudes frente a los vicios.

Respecto a las vigiliias, el alma debe permanecer siempre vigilante, como si se hallara en una atalaya, para otear los males inminentes, guardarse de los próximos, rechazar los presentes, soportar con entereza y valor los que la oprimen.

Sobre el ayuno, llamado más solemne y frecuente en el presente tiempo, en el cual se encierran, a mi modo de ver, todas las demás prácticas, reconozco debo tratar de él más detenidamente. Porque existen cuatro clases de ayunos: corporal, sensual, actual y espiritual. El ayuno corporal consiste en privar al estómago de manjares carnales; el sensual en negar a los sentidos toda delectación; el actual, en poner un freno de quietud a la alteración o excesiva actividad externa; el espiritual, en preservar el corazón de todo pensamiento inútil o nocivo.

¿Qué más? El manjar recrea el gusto, ¿y será posible no haya nada capaz de recrear el oído y la vista?

(20) Gal. 2,20.

(21) Mc. 15,38.

(22) II Cor. 5,6.

(23) Ibíd. 7.

(24) I Cor. 13,12.

(25) Col. 3,3.

(26) I Cor. 2,9.

(27) Sal. 136,1.

(28) Sal. 83,5.

(29) Sal. 136,4.

(30) II Cor. 6,5.

Todo lo contrario. Desgraciadamente con harta frecuencia la mirada curiosa y lasciva deleita la vista, el lenguaje inútil y perjudicial, al oído, el manjar exquisito, o delicadamente condimentado, el ojo no se sacia de ver, ni el oído de oír (31). Lo que decimos del ojo y del oído, lo podemos aplicar también a la mano, al pie, a la lengua y a todos los demás miembros y sentidos. Para muchos tanto recrea sin duda una conversación inútil o un trabajo exterior, como saborear un manjar delicado.

Referente a la imaginación, dejo a vuestra consideración propia el juzgar cuántas veces se recrea en pensamientos halagadores de la sensualidad o inútiles; cómo le agrada entrometerse en vidas ajenas, cómo se regocija en alabanzas propias y en ver reprendidos a los demás. Con razón se nos recomienda a todos nosotros un ayuno general de todos los placeres sensuales, según poco ya hemos escuchado en la regla del glorioso San Benito: "Cada uno mortifique su cuerpo cercenándole algo de la comida, bebida, sueño, conversación y chanza" (32).

Por eso, hermanos carísimos, no debemos contentarnos con el ayuno de los judíos, que por haber sido solamente corporal y no espiritual, fue rechazado por el Señor al decir el profeta: "¿Cómo es que hemos ayunado y no has hecho caso, hemos humillado nuestras almas y te hiciste el desentendido?" (33). Seguidamente, se lee la respuesta del Señor explicando la causa del rechazo de tales ayunos: "Porque en el día mismo de vuestros ayunos, hacéis todo cuanto se os antoja" (34).

Esta respuesta me llena de terror y hace estremecer todos mis huesos. Porque si Dios no mira el ayuno en el cual campea la propia voluntad, ¿quién no temblará?

(31) Ecls. 1,8.

(33) Is. 58,3.

(32) Cap. 49.

(34) Ibid.

En realidad, hermanos, ningún ayuno le es más grato que el de la propia voluntad. No existe bocado más dulce, más suave, más atractivo y jubiloso para el alma, como el afecto a la propia voluntad. ¡A cuántos trabajos no se entrega gustosamente! Ella es casi insensible a la dieta del estómago, apenas le fatiga ningún trabajo, no se siente abatida ante cualquier género de escasez. El que está saciado del manjar de la propia voluntad, es activo en todo, pronto en el obrar, delicado y alegre por doquier. Comida indudablemente dulce, pero nociva. ¿Por qué razón tan nociva? ¿Por qué hemos ayunado y no nos has hecho caso?, ¿hemos humillado nuestras almas y te hiciste el desentendido? Responde el Señor: "Porque el día mismo de vuestros ayunos hacéis vuestra propia voluntad".

Y bien, ¿qué cosa habrá más nociva, como alejar de nosotros los ojos piadosos de Dios, y hacer ignorar nuestras acciones a aquel que lo tiene todo presente? Si esta expresión fuese mía, sea condenada, burlada, desatendida; mas, como es de mi Señor que se expresa no en figuras y enigmas, sino claramente, debe ser escuchada, atendida, temida. "Por esto habéis ayunado y yo no he escuchado —dice— por eso habéis humillado vuestras almas y me he hecho el desentendido, porque en el día de vuestros ayunos hacíais todo cuanto se os antojaba y oprimíais a vuestros deudores" (35).

Realmente en materia de negocios pecuniarios existen deudores a quienes en tiempo de ayuno no se les debe abrumar con reclamaciones importunas. Mas, dejo a un lado este asunto por ser ajeno a nuestro intento. Existen absolutamente otros deudores de los cuales decimos en la oración dominical: "Perdónanos nuestras

(35) Ibid.

deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (36).

¿Y quién habrá que no tenga tales deudores? ¿Pero qué se debe pedir de tales deudores? Existen dos clases de peticiones, interiores y exteriores. Exige exteriormente al deudor, quien vuelve mal por bien, maldición por maldición, quien exige ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie (37).

Exige interiormente al deudor, quien en su ánimo le engaña o disputa con él; quien le injuria para sus adentros, se ensoberbece, se irrita y busca ocasión de poder vengarse. Tal sujeto no es posible pueda elevar sus manos puras exentas de furor y engaño. Ahora bien, Dios nos libre de incurrir en estos reproches: "Es porque vosotros ayunáis para seguir los pleitos y contiendas, y herir despiadadamente a vuestros hermanos" (38). "Al siervo del Señor —añade el apóstol— no le conviene meterse en altercados" (39). Y en otro lugar: "Cuando todavía hay entre vosotros envidia y contiendas, ¿acaso no indica que sois aún carnales?" (40).

Hermanos: la santidad de nuestra Orden, la perfección de vuestra vida exige alejéis de ella completamente toda disputa y altercado, y nada digamos si se trata de heridas o puñetazos. Sin embargo, existe otra clase de heridas interiores, surgidas en el fondo de las almas imperfectas, las cuales es necesario desterrar a toda costa. A ellas alude el apóstol: "Pecando de este modo contra los hermanos y llagando su conciencia, pecáis contra Cristo" (41).

No creáis, hermanos, se trata de cosa leve, esta

(36). Mt. 6,12.

(37) Ex. 21,24.

Mt. 5,38.

(38) Is. 58,4.

(39) I Cor. 3,3.

(40) Ibid. 8,12.

(41) San Bernardo,

cart. 142,2.

herida que ofende al Autor de todo lo creado. Supongamos un hermano dedicado a la lectura santa, fervoroso en la oración, disciplinado en sus pensamientos y pacífico (42). Si por casualidad se le acerca otro y con su liviandad intenta apartarle de tales prácticas piadosas, este tal hirió a su hermano en la mejilla, mas, no de manera despiadada. Con todo, cuanto más sabrosa era tal vida de entrega, más lastimada queda con tal herida.

En cambio, si con una seña desacreditase a otro, o se metiese en el monasterio en la conducta de sus hermanos, demostrando desagrado contra el modo de ser de alguno, este tal le hirió despiadadamente en la mejilla. Así, cuantas veces ocasionaste molestias a tus hermanos, cuantas les escandalizaste con tus vicios, otras tantas les heriste sin piedad.

En todos estos males, abundantes aquí en demasía, que están muy lejos de encontrarse en aquella felicidad futura, hallamos motivos suficientes para deplorar las miserias de este destierro y ansiar las delicias venideras de la patria.

Queden clavadas, hermanos, estas cosas en vuestros corazones, a fin de poder proseguir así los ayunos incoados, de los cuales obtendremos frutos abundantísimos de gracia divina por mediación de Cristo, Señor nuestro.

De tres clases de ayunos

Como bien sabe vuestra caridad, tres ejercicios nos recomienda el Señor en el Evangelio: ayuno, oración y limosna (1). Por el ayuno, el hombre se vuelve a sí mismo, por la limosna al prójimo, y por la oración a Dios. Nada, en efecto, arrebató tanto al hombre a sí, como la lujuria; nada distancia tanto al hombre de sus semejantes, como la crueldad; ni nada aparta tanto al hombre de Dios como la ingratitud.

Ahora bien, el ayuno prepara a la templanza para vencer a la lujuria; la limosna fomenta la misericordia para evitar la crueldad; la oración aumenta la devoción para evitar la ingratitud. Estas son las armas de Dios con las cuales podemos hacer frente a las insidias del enemigo. Pertrechado con ellas, Moisés desarmó la cólera de Dios contra su pueblo, hizo huir a Amelet y mereció la simpatía de la voz de Dios.

También David, armado de ellas, frustró las asechanzas de Absalón. Empuñando tales armas, Elías se libró de las manos de Jezabel. También Ezequías aniquiló al ejército de Senaquerib, no con lanzas y espadas, sino con ayunos y oración. El mismo Señor igualmente consagró con oración y ayunos los albores del Evangelio, mas, en la ley nueva se destinan al ayuno ciertos tiempos y ciertos días.

El profeta Zacarías nos recomienda del mismo modo cuatro clases de ayunos al decir: "El ayuno del mes cuarto, y el ayuno del mes quinto, y el ayuno del mes séptimo

(1) Mt. 17,20;
6,2.

y el ayuno del mes décimo se convertirán para vosotros en gozo y alegría y en festividades solemnes" (2). Atended, hermanos: en la ley donde se prescribe el ayuno, está escrito: "Cualquiera que no hiciere penitencia en este día, será exterminado de su pueblo" (3). Me causa admiración constatar: siendo el ayuno maceración de la carne, no me explico cómo se pueda compaginar con el jolgorio y las fiestas, siendo así que en éstas se entregan los hombres a comilonas y algazara, en cambio, cuando ayunan, andan tristes y cabizbajos.

Escuchemos qué clase de ayuno nos recomienda el Salvador: "Cuando ayunas —dice—, perfuma tu cabeza y lava tu cara" (4), por cuanto tales cosas no son signos de tristeza, sino de alegría, señales de fiesta más que de pesadumbre. En consecuencia, existen muchos géneros de ayunos y muchos motivos para ayunar. Hay ayunos de necesidad, de devoción, de piedad y de caridad. El primero lo ofrece el hombre por sí mismo, el segundo para sí, el tercero para el prójimo y el cuarto para Dios. A su vez, el ayuno de necesidad puede ser triple: si se carece de alimento, si se practica por penitencia y si se hace por precaución.

Quienes ayunan por necesidad impuesta, como evitarían el ayuno si estuviera en su mano, carecen de mérito, por no tener la virtud de la templanza, sino sólo la apariencia. Existe otra necesidad de ayunar, cuando el hombre pecador se abraza con la maceración de la carne en castigo del deleite voluntario.

La tercera necesidad de ayunar es por precaución, o sea, para que la concupiscencia, excitada por el incentivo de los manjares, no arrastre al alma a cometer el pecado. En tales ayunos no existe la alegría, sino tristeza, nada de gozo, sino aflicción, amargura, en vez de

(2) Zac. 8,19.

(3) Lev. 23,29.

(4) Mt. 6,17.

fiesta. Porque el primero carece de todo consuelo, en el segundo hay dolor proveniente del recuerdo de los pecados, en el tercero hay angustia y temor de pecar.

Respecto al ayuno de devoción, unas veces se practica por un voto, otras por un deseo. Por un voto, porque es preciso cumplir los votos prometidos con nuestros labios; por deseo, cuando, mediante el ayuno, intentamos obtener de Dios algún beneficio.

Aun cuando nos urja la necesidad de cumplir los votos prometidos, sin embargo, estando como estamos sometidos en la voluntad a esta necesidad, más bien podemos calificarlo de devoción que de propia necesidad. Es ayuno de devoción, el encaminado a obtener alguna virtud, la revelación de algún secreto, atraerse la gracia divina con reiteradas privaciones. A su vez, el ayuno de piedad es el emprendido en beneficio de otros. Si hubiera alguno que a fuerza de abstinencia, de contrición de corazón y de una oración constante, una vez sometida la carne hubiera ascendido al más alto grado de perfección: a este tal no le obligaría, a mi modo de ver, la necesidad de ayunar, según aquello: "No está bien que los amigos del esposo ayunen mientras el esposo está presente" (5). Con todo, aun cuando no te obligue la necesidad, aconseja la piedad que ayune. Pues si él no lo necesita, lo necesitan sin embargo los incapaces de ayunar, a quienes conviene edificar con el ejemplo.

Esta es, tal vez, la limosna espiritual que debe repararse entre todos los cristianos. Porque al modo como ha de darse a los indigentes de aquello que sobra en los bienes temporales, así también los más ricos espirituales han de repartir con los necesitados, dando ejemplo de esplendor.

Y si por casualidad existiera alguno viviendo en la

(5) Mc. 2,19.

soledad que no tuviera necesidad de ayunar por esta causa, por estar habituado a las cosas celestiales, alimentado con abundantes dulzuras de gracia divina, le fastidiarían los manjares corporales hasta el extremo de no tomar sino lo más insignificante para la vida, rehusando todo placer; este tal practica en rigor el ayuno de caridad, derramando sobre el alma de su amigo afectos de suavidad, al no permitirse la menor satisfacción terrenal.

Luego existe un ayuno corporal y otro espiritual. A mi entender, en el primero hay pesadumbre, en el segundo gozo. El profeta Zacarías nos recomienda en primer término el ayuno espiritual cuando dice: "El ayuno del mes cuarto, el ayuno del mes quinto, y el ayuno del mes séptimo y el ayuno del mes décimo, se convertirá para vosotros en gozo y alegría y en festividades solemnes (6). En realidad el ayuno espiritual sin el corporal puede servir de provecho, en cambio, el corporal sin el espiritual puede sernos nocivo. Por eso dijo el Señor: "El ayuno que yo elegí, ¿consiste acaso en que el hombre aflija su alma por un día? ¿o que tuerza la cabeza como círculo y se acueste sobre lecho y ceniza?" (7). Todo esto pertenece al ayuno corporal, inaceptable para el Señor, pues añade: "¿Acaso llamarás esto ayuno y día aceptable para el Señor?". A continuación añade la clase de ayuno que le es grata: "Por ventura el ayuno que yo escogí, no es más bien éste: rompe las ataduras de la impiedad, desata los hacecillos deprimentes" (8).

Hemos de abstenernos, por tanto, no sólo de manjares, sino mucho más aún de los vicios. Por eso, romped los lazos de la impiedad. ¡Oh hermanos! todo aquel que peca, o peca contra sí mismo, contra el prójimo o contra Dios: infamia contra su propia persona, delito

(6) Zac. 8,19.

(7) Is. 58,5.

(8) Ibid. v. 6.

contra el prójimo, impiedad hacia Dios. Dice el apóstol: "El que comete fornicación, peca contra su cuerpo" (9). En consecuencia, peca contra sí mismo quien ofende su propia carne dejándose arrastrar de vergonzosas pasiones.

En cuanto a los medios, actos, falsos testimonios y otros procedimientos de que se vale el hombre para hacer daño, son pecados contra el prójimo. En cambio, la herejía y blasfemia van directamente contra Dios por tener sus raíces incrustadas en la soberbia. Por cuyo motivo también la soberbia es llamada con propiedad lazo de la impiedad, la cual toma asiento sobre el ánfora (10), cuya boca está obstruida por una masa de plomo y es llevada a tierra de Senaar, que quiere decir "hedor de ellos", dando a entender la inmundicia de los soberbios, porque donde hay soberbia, allí reina el oprobio.

Muchos son los lazos de la impiedad con los cuales está aprisionada el alma miserable, por eso no le es fácil ese ayuno repugnante de los vicios. La soberbia, en efecto, ciega los ojos del corazón de suerte que privado de la luz de la verdad, se alimenta de errores infundados. De esta suerte, algunos hinchados de soberbia, ignoran la justicia de Dios, y presumiendo de la suya propia, que no dejan de ponderar, dejan de someterse a la divina. Tales son los que se creen grandes, siendo en realidad pequeños; sabios, cuando son necios; buenos, siendo de sí malos en sumo grado: los cuales —mientras son objeto de irrisión o desprecio para los demás— aspiran a cosas grandes o elevadas sobre su capacidad, se creen grandes a sus propios ojos. Desgraciada el alma que, atada con estas ligaduras, se recrea en las tinieblas de su error.

Hay otro vínculo de impiedad, la envidia, estirpe pési-

(9) I Cor. 6,18.

(10) Zac. 5,5
y sigs.

ma de madre perversa, la cual todo cuanto ve en otro digno de alabanza, o no lo quiere saber, lo disimula, echa a mala parte o desprecia. Se apacienta en las sospechas, creyendo engordar con manjares exquisitos cuando quita la fama o disminuye la buena reputación de los demás.

Para refrenar semejantes seducciones, es muy grato a Dios el ayuno. Mas, el amor propio, es obligación de impiedad, porque la soberbia, por la cual el hombre se juzga suficiente para sí mismo, le hace rebelde al consejo ajeno y obedecer a sus propias definiciones. Muchos son conscientes de cuán grave cosa es hallarse enredado en las redes de la propia voluntad, y cuán difícil, por no decir imposible, desenredarse de ellas. Quien una sola vez haya estado bajo el influjo de la propia voluntad, se habrá convencido fácilmente que cuanto ha procedido de ella, o se atrevió a dictar, es intolerable.

Ella es la que estima cosa gratisima el ayuno de dos o tres días, y le parece nonada soportar todo el día el peso del calor (11). Ella la que hace pasar en vela los días laboriosos y las noches de insomnio. Ella, la que se somete al silencio establecido, la que aconseja la lectura y se somete a ella.

Sí en todas estas cosas le da por la parte contraria, lo que antes estimaba como útil, luego lo ve perjudicial. Cualquiera que se halle cautivo entre estos lazos, tanto hallará deleite en estas cosas, cuanto siguiere en ello los impulsos de la propia voluntad.

La impiedad liga además a la miserable alma con el desprecio, para no temer a Dios ni reverenciar al hombre, recreándose en sí misma y despreciando a los demás, y juzgándose digna de honra, y los demás de odio,

(11) Mt. 20,12.

deleitándose en cierta vana complacencia, haciendo caso omiso de cuanto puedan sentir los demás.

Guardaos, hermanos, de esta peste, la más oculta de todas, pero la más perniciosa. Hay quienes no buscan las alabanzas de los hombres, abominan de los blasfemos, y con todo, deleitándose en sí mismos, echan a perder todo sus méritos. De tal manera consideran todos los desprecios, de tal suerte se gozan y recrean en sí mismos, que desprecian la propia estima, ora sea buena, ora mala, reposando en la gloria vana de su conciencia. No encontrarás comida más sabrosa para el alma, tampoco más perjudicial.

Existen otros muchos lazos de impiedad de la misma calaña, mas, por ahora baste con haberlos mencionado. Oigamos, entretanto, el ayuno elegido por el Señor: "Rompe las ligaduras de la impiedad. Cualquiera que se hallare enredado en las ligaduras anteriormente enumeradas, no podrá practicar un ayuno saludable. Aun cuando durante el día atormente su carne con ayunos corporales, con todo, apacentado en la inmundicia de los vicios, se halla cebado interiormente en los manjares de sus inmundos pensamientos". "Desata —dice el Señor— los hacedillos que deprimen" (12).

Con harta frecuencia somos abatidos y deprimidos por muchos haces no distintos de los enumerados anteriormente, los cuales es grato a Dios los desatemos y esparzamos para que el ayuno los consuma. Pues aunque el alma parezca restablecerse con el quebrantamiento de estos lazos, sin embargo, tal refección abate y deprime no poco, a la cual sigue inevitablemente la destrucción de las virtudes. Pues, hermanos, el alma sale fuera de sí misma en la meditación de las cosas temporales, y recorriendo con su ojo avizor las bellezas de los

(12) Is. 58,6.

distintos seres, recoge sus imágenes a través de la vista y con todas ellas forma una especie de hacecico que deposita en la despensa de la memoria.

Esto lo realiza por medio del oído, por el gusto, por el olfato, por el tacto, y una vez que esas imágenes han penetrado en el alma, la recrean con diversidad de pensamientos, y al mismo tiempo la abaten y oprimen con multitud de deleites y tentaciones.

Con vistas a poder desatar convenientemente estos haces, el profeta propone dos medios, a los que ayunan, confesión y consideración de juicio divino: "Dejan en paz a los oprimidos" (13). Hermanos, "a cada día le basta su malicia" (14). Hay muchos que degradan sus sentidos, pensamientos y afectos en una torpe esclavitud, esclavizan por completo el alma al cuerpo, pasan toda la vida preocupados de él, sin recibir gozo ni alegría de ninguna otra parte. No es posible detenernos en esta ocasión a referir cómo el alma, gimiendo bajo yugo tan oneroso, bien sea de la ira, del furor, de la vana alegría o de la tristeza perjudicial, queda por completo arruinada.

Libra, pues, con tu ayuno, a los oprimidos, con objeto de que tus pensamientos, libres de los cuidados del cuerpo, puedan volar libremente a la cima de las virtudes, "y cancela toda obligación deprimente" (15).

Sobre las cargas con las cuales el alma está oprimida, recuerdo haber hablado lo bastante en otras ocasiones, a saber, cuando juzgábamos debía imputársele alguna cosa, bien a la costumbre, bien a la corrupción; ora a la muerte, ora al infortunio; ya a la concupiscencia de la carne, ya a la vejación de los enemigos infernales.

Rompe, en primer lugar, toda carga, quien venció la mala costumbre, quien no cedió ante la corrupción, quien venció la muerte, quien soportó las miserias con ánimo

esforzado, quien resistió a la concupiscencia carnal, quien no condescendió con las instigaciones del maligno espíritu. Estos son, indudablemente, ayunos gratos a Dios, recomendados por el profeta Zacarías con estas palabras: "El ayuno del cuarto mes, y el ayuno del quinto mes, y el ayuno del séptimo mes, y el ayuno del décimo mes se convertirán para vosotros en gozo y alegría y en festividades solemnes" (16).

El número cuaternario se aplica al mundo, el cual por estar compuesto de cuatro elementos, comprende también cuatro partes. El quinario se refiere más bien a los sentidos corporales, los cuales distribuyó la sabiduría divina en cinco partes del cuerpo. El séptimo ordena el descanso que se tomó Dios a los siete días de haber creado el mundo. El décimo, alude al decálogo de la ley, en cuyo cumplimiento quien trabaje por ser fiel a ella, se promete el denario de la eternidad.

El amor del mundo engendra soberbia, arrastra a los deleites carnales, la inquietud del cuerpo produce desasosiego, el peso de la costumbre, de la concupiscencia carnal, son un obstáculo para el cumplimiento de los mandamientos divinos. Según esto, el que se especializa en el desprecio del mundo, no se envanece de sí, ni tiene envidia a los demás, ni se recrea en alabanzas ajenas, ni se gloria de sí mismo: observa, en una palabra, el ayuno del mes cuarto.

A su vez, el que tapa sus oídos para no escuchar propuestas sanguinarias, y cierra sus ojos para no ver la maldad (17), el que no comió la vianda regia, como Daniel (18), no buscó satisfacciones sensuales ni extendió su mano a cosas ilícitas: ofreció a Dios el sacrificio del quinto mes de ayuno.

Por su parte, quien desatiende la inquietud por el

(13) *Ibid.*

(14) Mt. 6,34.

(15) Is. 58,6.

(16) Zac. 18,19.

(17) Is. 53,15.

(18) Dan. 1,8.

propio cuerpo, no se preocupa del mañana, no provoca querellas por el alimento de cada día, observando a su manera cierta especie de sábado espiritual y huye de toda discusión. este tal observa alegremente el ayuno séptimo. Mas, si quebrantare las cargas oprimientes, poco ha enumeradas, por el auxilio de la gracia divina, y se sometiere devotamente al yugo de sus preceptos, entonces completará espiritualmente el ayuno del mes décimo.

En estos ayunos puede hallarse sin duda la alegría proporcionada por tal cúmulo de virtudes, entre las cuales no puede faltar la limosna, pues el profeta, al prometer con el ayuno aceptado por Jesucristo, "rompe las ataduras de la impiedad", al punto añade —refiriéndose a la limosna—: "Parte tu pan con el hambriento" (19), lo cual, si lo hemos de entender a la letra, no parece dirigirse a quienes un día dieron todo cuanto tenían. Mas, si por pan entendemos la palabra o el ejemplo oportuno, si por vestido entendemos el consejo, si por casa entendemos el afecto, entonces deduciremos cómo tal clase de limosna nos obliga a todos.

Por consiguiente, si al hermano hambriento y sediento de justicia (20) le ofrecieres palabras de edificación y ejemplo de buena vida, has alargado pan al hambriento. Si encontrándote tú por casualidad rico en virtudes, conocieres a alguno necesitado de ellas, si no desprecias tu carne en él, es decir, la semejanza de tu antigua flaqueza, antes en tu afecto le tiendes unos brazos compasivos, entonces has abierto la puerta de tu casa al necesitado.

A quien vieres, por otra parte, carente de consejo, expuesto a tentaciones, acércate a él, atiéndele, consuélale rodeándole de afecto: has vestido al desnudo.

Purificado el hombre con tal ayuno, recreado con

(19) Is. 58,7.

(20) Mt. 5,6.

semejante limosna, penetre en el aposento de su corazón (21), y cerrada la puerta a todas las impresiones de los sentidos, desahogue su alma, se acerque al lugar del tabernáculo admirable, hacia la casa de Dios entre cantos de júbilo y alabanza en el bullicio de la fiesta (22).

Festividad realmente admirable, no tanto con los hombres como con los espíritus evangélicos, donde se renueva a diario el gozo, no con sonido de palabras, sino con regocijo del alma, no con viandas materiales, sino con delicias espirituales, donde cuantas veces la conciencia rememora sus virtudes, con "accimiento" de gracias, otras tantas se repite la festividad. De esta suerte, hermanos carísimos, el ayuno cuarto, el ayuno quinto, el ayuno séptimo y el ayuno décimo, os servirán de gozo y alegría en las festividades solemnes. De tal manera hemos de mortificarnos con el ayuno corporal, que por el fruto de tan buena obra, seamos recreados en el alma por Jesucristo Señor nuestro, Amén.

(21) Mt. 6,6.

(22) Sal. 41,5.

VII

Fiesta de San Benito

Es notorio cómo no existe nadie que no desee ser feliz. Todos, sin duda, convienen en el mismo apetito de felicidad, mas, disienten en cuanto a los medios conducentes para adquirirla. El fruto de la felicidad, apetecida por todos, es ciertamente dulce, mas, el camino conducente a la vida, es decir, a la bienaventuranza, ¡cuán angosto y estrecho es! (1). Por eso son pocos los que entran por él (2), pues muchos son los llamados, y pocos los escogidos. ¿Por qué razón? Explica el apóstol: "Porque por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los cielos" (3). Y también "Todos aquellos que desean vivir piadosamente en Cristo, padecerán persecución" (4).

Según esto, el reino de Dios es la bienaventuranza, el camino por el cual se llega a él, son las tentaciones, tribulaciones, persecuciones, por eso pocos caminan por él. Bienaventurados, por tanto, los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que tienen hambre y sed, bienaventurados los que padecen persecuciones (5). Bienaventurado también el varón que sufre la tentación (6), no porque la experiencia de estos males constituya la bienaventuranza, sino la tolerancia de todos ellos por amor a Cristo, es camino para dicha bienaventuranza. "Bienaventurado aquel hombre que soporta la tentación, porque después que fuere probado, recibirá la corona de la vida" (7).

(1) Mt. 7,14.

(2) Ibíd.

(3) Hech. 14,21.

(4) 2 Tim. 3,12.

(5) Mt. 5,3.

(6) Sant. 1,12.

(7) Ibíd.

La tentación es fuego, el hombre es oro, el cual si no pasare por la prueba del fuego, se considerará inepto para fulgurar en la diadema real, mas, si fuere probado, recibirá corona de vida, él mismo será engastado en la corona del gran Emperador. Quien desee, pues, el premio, no le acobarde el trabajo, y quien desear ser coronado, abrácese con las pruebas, teniendo presente que no puede ser probado si rehusa ser tentado, pues está escrito: "El que no es tentado, tampoco es probado" (8).

Por este camino, hermanos, anduvo nuestro P.S. Benito. Primero fue tentado, después probado, mas, hoy aparece coronado. Padebió tentaciones de la carne, del mundo, del enemigo. Ya habéis oído en las vigiliass de esta noche, al leer su vida, cómo fue atormentado y probado con tentaciones carnales. Igualmente se lee la persecución proveniente de parte del mundo, de sus amigos del mundo, esto es, no sólo de parte de los extraños, sino lo que es peor, de parte de sus domésticos, aquellos falsos y perversos hermanos (9). Bien sabéis todos cuántos ataques no tuvo que soportar de parte de sus allegados. Por eso es bienaventurado, porque sufrió la tentación, porque en el día de hoy, habiendo sido probado, recibió la corona de vida prometida por Dios a quienes le aman (10).

Esto ni es cosa nueva ni inusitada, pues leemos de los hijos de Israel que habiendo salido de Egipto, a causa de las muchas tentaciones sufridas en el desierto, entraron en la tierra de promisión; otros, en cambio, a quienes la tentación no probó, sino abatió, quedaron aniquilados en el desierto (11).

Por lo cual dice el apóstol: "No seáis adoradores

(8) Eclo. 34,9.

(10) Sant. 1,12.

(9) II Noct.
lec. 4ª.

(11) Ex. 12, ss.

de los ídolos" (12). "Todas estas cosas que les sucedían, eran en figura y están escritas para escarmiento nuestro" (13). Pues aquellos que salieron de Egipto, pasaron el Mar Rojo, que pelearon con feliz éxito primero contra Amalec, luego contra Seón y por fin contra Og, rey de Basán, todo les sucedió figurativamente y fue escrito para enseñanza nuestra.

Sin duda todavía hoy saca el Señor a su pueblo de Egipto, de las tinieblas de este mundo, según aquello del apóstol: En algún tiempo érais tinieblas, mas, ahora sois luz en el Señor (14). Por Egipto debemos entender la conversación mundana; el trabajo de cada día en la soledad, y la suavidad de la contemplación en la tierra de promisión. Por eso, a los que habitábamos en tinieblas y sombras de muerte (15) nos envió Dios a nuestro Moisés, es decir, a nuestro Padre San Benito, el cual habiéndonos sacado de Egipto, mediante su doctrina, su regla y sus oraciones, nos conduce de la diversidad de conversaciones mundanas, por medio del trabajo de cada día, hasta la contemplación celeste.

Pues hijo, iniciado el servicio de Dios, persevera en tu puesto varonilmente, y prepara tu alma para la tentación (17). Bienaventurado el varón que sufre la tentación.

Amalec levantó su ejército para ser vencido por el arrojo de Moisés. Después emprenderás la batalla contra Seón, a fin de que una vez aniquilado, midas tu brazo contra Og, el cual también vencido, volverás las armas contra Madián. Hasta aquí has combatido a las órdenes de Moisés antes de entrar en la tierra de promisión, una vez pasado el Jordán.

Seguidamente, a las órdenes de Jesús, ha de ser

(12) I Cor. 10,7.

(14) Ef. 5,8.

(16) Eclo, 2,1.

(13) Ibíd. v. 11.

(15) Sal. 106,10.

atacada Jericó, y de tal manera llegar hasta Hai, que puedas emprender la batalla contra cinco reyes. Examinemos ahora cuántas clases de luchas y victorias hay en esto.

Amalec fue vencido tan pronto levantó Moisés el ejército; la tierra no fue ocupada ni el botín repartido. Rogado Seón que permitiera el paso del pueblo por su estado, no sólo lo rehusó, sino también salió con su ejército al encuentro; Og, en cambio, no se le pidió nada, mas, habiendo sido aniquilados uno y otro, se les ocuparon sus estados. Nada dice la Escritura del botín. Parte del pueblo peleó contra Madián, parte del botín es consagrado al Señor. Jericó sucumbió no por el ímpetu de las armas, sino por las vueltas que dio el arca y el sonido de las trompetas. Josué levantó el escudo en su mano, y no lo soltó hasta no ver muertos a los habitantes de Hai. Los cinco reyes fueron atropellados y sus ejércitos dispersados por el granizo.

Pasemos ahora a interpretar las tentaciones simbolizadas en sus nombres. Amalec se interpreta pueblo que lame o chupa; Seón, tentación ardiente; Og, el que acumula; Madián, el que pierde el juicio; Jericó, luna; Hai, caos.

Ya sabéis, hermanos, cómo la primera discordia tuvo origen en la soberbia del diablo que deseaba dominar más que estar sometido. Luego si todo el que se ensalza será humillado (17), quien ambicionó las cosas altas, fue arrojado al fondo del abismo. A pesar de ello, no abandonó el ansia de mandar, antes eligiendo por asiento los fríos corazones de los mortales, toma consigo compañeros de entre sus príncipes y potestades, espíritus de las tinieblas y del error (18), los cuales son destinados a provocar toda suerte de vicios en las diver-

(17) Lc. 14,11.

(18) Ef. 6,12.

sas reuniones de personas. Así, en unos excitan el estímulo bajo de la gula, denominado espíritu de glotonería; en otros hacen que se recreen en las inmundicias de la sensualidad, llamado espíritu de fornicación; en los de más allá despiertan el ansia por las riquezas, llamado por otro nombre espíritu de avaricia; del mismo modo se denomina espíritu de ira cuando irritan con impacencias el ánimo de los miserables. Por la misma razón se denomina espíritu de pereza, según la etimología de la palabra, cuando con su inacción ocasionan impaciencia en sus semejantes. Igualmente llaman espíritu de tristeza, cuando se refleja en el exterior cierta especie de pesadumbre infundada. El espíritu de soberbia es el más orgulloso de todos, cuando se deja arrastrar el corazón por una vana ostentación. De ellos dice el apóstol: "No es nuestra pelea contra la carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos en los aires" (19).

Así pues, por Amalec se significan los espíritus de glotonería, derivando su nombre de "limpiar, chupar", propio de los ventrílocuos; por Seón, el espíritu de fornicación, significado así de su etimología "tentación abrasadora"; dando a entender el fuego de la lujuria en el cual se abrasa el corazón y la carne de los inmundos. No sin razón es comparado Og al espíritu de avaricia, más propenso en atesorar que a soltar prenda; por Madián, esto es, el "carente de juicio", se expresa el ímpetu de la ira, la cual ciega, hace preferir la locura a la razón; nuestra primer batalla debe ser, por lo tanto, contra Amalec, es decir, contra el espíritu de glotonería, porque a mi modo de ver, la abstinencia es principio y fundamento de todas las demás virtudes.

(19) *Ibid.*

En mi concepto, la virtud de la abstinencia no por otro motivo es tan rara y despreciada por la mayoría de los hombres, cuando en realidad es como la nodriza de todas las demás virtudes, sin la cual ninguno puede aspirar a practicar las demás.

Hay muchos que guardan abstinencia, pero están muy lejos de poseer la virtud de la abstinencia, como sucede con los indigentes y otros. También hay muchos que no se abstienen de manjares, y con todo poseen la virtud de la abstinencia. Nadie hubo jamás más parco en la comida que Nuestro Señor, y no obstante, por sus frecuentes predicaciones y comunicación con el pueblo fue tildado de glotón (20) y otras cosas por el estilo. Tampoco Timoteo se abstuvo de beber vino (21), con todo eso practicó la abstinencia en sumo grado.

No quieras, alma mía, erguir la cabeza tan aceleradamente, lisonjarte, saltar de gozo, vanagloriarte, ni en modo alguno deslizar tu corazón a palabras maliciosas, presentando excusas en tus pecados (22). No quieras poner por excusa la debilidad de estómago o tus enfermedades frecuentes.

Demos un paso más y busquemos con toda diligencia cuál es la virtud de la abstinencia, con objeto de que o bien te gloríes en la verdadera virtud, no en la aparente, o bien evites confundirla con los verdaderos vicios.

En fin, esté tu mano sobre ti, y tu espada ceñida al costado (23). ¿Qué es realmente la virtud de la abstinencia? Escuchemos a San Pablo que nos la recomienda en su conducta: "Sé vivir en pobreza, y sé vivir en la abundancia; todo lo he probado y estoy ya hecho a todo, a tener hartura y a sufrir hambre; a tener abundancia y

(20) Mt. 11,19.

(22) Sal. 140,4.

(21) I Tim. 5,23.

(23) Ex. 32,27.

a padecer necesidad (24). "¡Magnífica libertad, al decir. "Todo lo puedo en aquel que me conforta!" (25).

Ea, hermanos, no hay en mi concepto libertad mayor que la proveniente de la virtud de la abstinencia, como tampoco se halla esclavitud más oprimiente como la del vicio de la gula. Refiriéndome a tal esclavitud, por ser tan frecuente, pregunto, ¿qué esclavitud más digna de compasión puede darse, que vivir sometido totalmente a esta pasión, a cuyo imperio se obedece sin chistar, se habla o se calla; ordenándolo ella hay alegría, si ordena lo contrario hay tristeza; cuanto ella manda es dulce y afable, mas, si se le antoja, es turbulento, inquieto o lleno de amargura? ¿Quién deseó jamás alabanzas, que deseara le rebajasen, bien disputando con él, bien murmurando, ora riéndote, ora burlándote de él?

Esta es aquella que en todas las reuniones deja oír su voz, de manera que apenas hemos acabado de llegar, cuando ya queremos llevar la voz cantante en la conversación, sin que la impía bestia se avergüence de interrumpir las palabras santas y edificantes, ni de estampar por escrito, si cuadra, sus inmundicias externas. Mas, escuchemos ya en qué consiste la abstinencia y subamos gradualmente hasta el más alto grado de perfección de esta virtud.

En primer lugar, debe el hombre abstenerse de cosas ilícitas, luego, usar de las lícitas con moderación, según la necesidad, no según el placer.

Conviene entonces preparar el ánimo de tal suerte, que cuando llegare tal vez a faltar lo necesario, no murmure, no infame ni dispute. Este es el primer grado de esta virtud. Mientras te halles interiormente dominado por la pasión de la gula, de manera que se refleje en tu porte exterior, o sea, en la mirada, en el lenguaje, en

(24) Fil. 4,12.

(25) Ibíd. v. 13.

el gesto del rostro, ten en cuenta que no has llegado a este primer grado. Mas, si por el contrario, la amargura interior producida por ella, de tal manera la reprimes, por amor de esta virtud, que no se atreve a salir al exterior, no poco habrás progresado en la virtud, aunque todavía estés lejos de su perfección.

Sube, por tanto, de grado en grado, a fin de que si llegare a faltarte las cosas consideradas indispensables, no sólo no te entristezcas, pero ni admitas la murmuración en tu corazón ni pienses mal de nadie. Caso de tener lo necesario, aspira a practicar el grado más perfecto de la virtud, llegando a regocijarte en la escasez y hasta contristarte en la abundancia.

¿En qué consiste tu gloria, al presente, oh alma mía? Se ha alejado de mí. Escucha, al menos, entra, indaga, sondea detenidamente los repliegues de tu conciencia para ver cómo te conduces interiormente cuando por casualidad te falta lo que apeteces. Si mantienes el mismo semblante, idéntica mirada y un lenguaje no distinto, la misma serenidad que cuando todo era abundante; no te prohíbo gloriarte, mas, debes gloriarte en el Señor.

Pero si has de juzgar de todo conforme al estado de tu vientre, estando él satisfecho, juzgarás bien de todo; por el contrario, si está alterado, todo en el monasterio lo encontrarás en el mismo estado de perturbación; en tal situación, eres esclavo de tu cuerpo, favorecedor de un montón de podredumbre, cohabitador con la basura.

Mas, ¿de qué servirá haber descrito la virtud de la abstinencia, si no enseñamos al mismo tiempo la manera de poderla conseguir? Así pues, le conviene al hombre discernir en diligente examen entre virtud y vicio, comparar la esclavitud de éste con la libertad de aquélla, y

considerar atentamente cuál sea el fin de uno y otro, la honra de la virtud, la ignominia del vicio y, por último, grabar profundamente en lo íntimo del corazón, odio profundo al vicio y deseo ardiente de la virtud.

Entonces, examínese con cuidado a sí mismo, a fin de que cuantas veces el apetito intenta propasarse bien de la tranquilidad honesta, bien de la cantidad debida, si por casualidad no puede menos que ceder, no excuse ni la libertad de ánimo, ni la previsión de la unidad ni el celo de la piedad. Porque con harta frecuencia nos apoyamos en tales excusas, cuando no obstante el deseo de alimento —que previene o acompaña a estas causas— no admite ninguna excusa. ¡Cuánto mejor es alabar al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia! (26).

Dice uno: lejos de mí murmurar de la comida, ni altercar por causa de la bebida, pero es tal la flaqueza de mi carne, tal el desasosiego de mi cuerpo, que no me es posible pasar sin comer carne y pescado. ¿Vas a criticarme de esto? Dice otro: Yo, en verdad, podía abstenerme de estas cosas, pero estoy metido entre aquellos que viven así, y no quiero ser una nota discordante de los demás. Dice un tercero: ¿Acaso he de litigar o enfurecerme por mi causa? Estoy sano e incólume, me bastan las hortalizas y las habas, me da pena de los que no tienen bastante con esto. Me vence la piedad, no la voracidad.

Yo suplicaría que cada uno de por sí se pusiera de acuerdo con su conciencia, para no lisonjearse ni halagarse a sí propio. Por mi parte digo con seguridad lo que siento: El que está libre de pasión, no alterará por causa de sí, ni por causa de los demás, no criticará ni murmurará. Pues, ¿por qué razón dices esto o

(26) Sal. 135,1.

aquello? Ciertamente, porque o lo pide la razón, o lo pide el apetito, no hay un tercero que pida comida. Si dices que la razón, entonces haces caso a la razón para buscar esta o aquella comida, bien por tu flaqueza, bien por cumplir la caridad fraterna. Pues si la razón te persuade, hermano, a pedir o sugerir, ¿acaso ella te persuade a murmurar, criticar, litigar? Luego, si condesciendes con la razón para pedir, ¿por qué condesciendes con ella para criticar o murmurar?; siendo así que al siervo de Dios ni con los herejes le conviene altercar (27), es claro que las críticas y murmuraciones son pecados enormes. Si el cristiano no debe mentir ni siquiera para conservar la propia vida o la ajena, de igual modo el monje debe abstenerse de criticar o murmurar, bien sea por remediar su flaqueza, bien la del prójimo.

En consecuencia, cualquiera que se vea libre de esta pasión, cuando la carne reclame el remedio para su propia flaqueza o la del prójimo, no derrame veneno de discordia ni de murmuración, antes humilde, vergonzosa, tímida y suavemente, en caso de obtenerlo, recíbalo agradecido, si bien con pena de haber perdido ocasión propicia de practicar la virtud.

Luego lo primero es, según hemos dicho, que el hombre deteste tal vicio al cual se ve sometido; después, cuantas veces advirtiere su deleite, se acuse humildemente a sí mismo, de suerte que conceda al cuerpo lo necesario, unas veces con lágrimas, otras con dolor. Después de esto, todavía medite atentamente en este vicio y escuche gustoso a quienes le acusan o se lo echan en cara.

En una palabra, el medio más eficaz de todos es rogar con insistencia y copiosas lágrimas, con gran compunción de corazón, la extinción de semejante vicio a

(27) II Tim. 2,24.

aquel que todo lo puede, considerando dichosos a quienes no gimen bajo la esclavitud de la carne, y considerándose a sí propio como el más miserable, precisamente por hallarse sometido a tal flaqueza.

Existen indudablemente muchos que no aman en los demás la virtud de que ellos carecen, antes les tienen envidia, la ocultan, la ponen a prueba, fingiendo en el compañero algo, bien para ocultar lo que tiene, o que lo que tiene no es de importancia. Verbigracia: ve uno a su vecino contentarse con una vil y escasa cantidad de comida, menos que la que él necesita; observa atentamente si trabaja, vela o canta menos que él. Esto no tiene importancia, exclama: Si yo no trabajara más activamente, de seguro me bastaría la misma exigua cantidad.

¡Cuánto mejor hubiera sido disimular la virtud que tiene y ambicionar aquella que le falta, amando la suya y alabando la del otro, rogando al mismo tiempo para poderla adquirir para sí!

Esta es, indudablemente, la vía recta por la cual podemos ascender a la mencionada virtud, en la cual se encuentra la tranquilidad de espíritu, para que libre de toda preocupación, deje a un lado las cosas temporales, viviendo en carne mortal, está por encima de la carne, tan próxima a Dios y a los espíritus angélicos, cuanto más libre se halle de todos los cuidados de este mundo.

Una vez llegados a esta cima, conviene consultar con calma las reglas de la discreción, con objeto de que, analizadas las posibilidades de la carne, no le neguemos lo necesario, si se puede hallar honestamente, y cuando fuere necesario, cumplamos también el deber de la caridad, pues hallándonos entre hermanos, evitemos ofenderles con cierta nimiedad, ni seamos pródigos

en la abundancia ni inquietos en la escasez, pues nos recomienda el apóstol: "Yo he aprendido a contentarme con lo que tengo"(28). "Todo lo he probado y estoy ya hecho a todo, a tener hartura y a sufrir hambre, a tener abundancia y padecer necesidad" (29).

Según esto, con el freno de la abstinencia y discreción desaparece la lujuria, se adquiere la pureza, y todos los demás vicios se vencen con el llanto. En primer término ordena tus huestes contra Amalec. Lucha con toda seguridad, pues en el día de hoy tu Moisés subió al monte, el bienaventurado Benito al cielo. Sólo hace falta que se sostengan sus brazos, porque los brazos de Moisés estaban cansados (30).

Hermanos: los brazos de nuestro Moisés son su doctrina y su obra; la doctrina en la regla que nos dejó escrita, la obra, en el ejemplo de su vida. Mas, tiene los brazos cansados, en los cuales está la vara de la disciplina, el peso de la abstinencia, el hastío del silencio, la carga de la obediencia, la prolijidad de las vigili-
as, la aspereza del trabajo diario. Están cansados indudablemente los brazos de nuestro Moisés, pero le hemos de poner a uno y otro lado Aarón y Ur, para sostenerlos fácilmente. En Aarón, etimológicamente monte de la fortaleza, está expresada la virtud de la constancia; en Ur, equivalente a incendio, se significa el fervor del espíritu y el ardor de la caridad.

Con estas virtudes fácilmente se pueden sostener los brazos de Moisés hasta tanto que, conseguida la victoria sobre Amalec, te dirijas a combatir contra Seón, rey de los amorreos. Nada se dice acerca del botín de Amalec, quien no será aniquilado hasta la destrucción, antes se espera a más tarde su completa destrucción. Ahora, en cambio, queramos o no, las viandas son para

(28) Fil. 4,11.

(29) Ibíd. v. 12.

(30) Ex. 17,12.

el vientre, y el vientre para las viandas, mas, Dios destruirá a aquél y a éstas (31).

Una vez vencido Amalec, si bien no aniquilado enteramente, mira a ver si por casualidad puedes atravesar por tierra de Seón sin que él lo tome a mal. ¿Quién no deseará carecer en absoluto del fómite de la concupiscencia, para poder ser uno tranquilo poseedor de la propia carne? Pero el fuego de la tentación abrasa la carne, seduce el alma, turba los miembros con incentivos halagadores. Sal a su encuentro, pórtate varonilmente, a fin de mortificar esta pasión en tus miembros, de este modo obtendrás el dominio absoluto sobre la tierra que ella poseyó hasta el momento presente, merced a la virtud de la castidad.

Mas, esta misma debe tener su principio, su progreso y su perfección. El principio radica en el acto, el progreso en el movimiento y la perfección en el afecto. Así pues, sube al primer grado quien aparta sus miembros de todo tacto, movimiento o actos ilícitos. Ascende al segundo, quien aniquila los movimientos naturales de la concupiscencia, mediante el rigor del alma y voluntad de la carne. Suben al grado supremo, aquellos cuyos afectos no están contaminados por ningún placer sensual.

Creo haberos hablado lo suficiente sobre esta virtud, la cual tenía grandes deseos de recomendárosela, por cuanto sabía la conocíais y os era muy dulce y grata.

Derrotado Seón, dirijamos los tiros contra Og, pues-to que se interpreta el que amontona, expresión magnífica para significar el espíritu de avaricia. Es propio de los avaros atesorar dinero, y cuanto más han amontonado, tanto más ansían amontonar mayores riquezas. De ellos dice el profeta: "¡Ay de aquel que amontona lo que no es suyo! ¿Hasta cuándo recogerá la usura para

(31) I Cor. 6,13.

daño suyo?" (32). Mas, ¿qué nos interesa tratar de este espíritu, cuando consta fue sumergido en las aguas del mar a la salida de Egipto? ¿Acaso al dejar una vez todas las cosas por Cristo, no triunfásteis ya del mismo instigador de las riquezas del mundo y de la propia avaricia? ¿Interesará, o no, tratar de esta peste de la avaricia? Así lo creía yo, mas, veo a no pocos que después de renunciar al mundo, a causa de la escasez de comida y bebida, por el rigor del trabajo y prolongadas vigiliass. adolecen de esta pésima enfermedad, de la misma forma que cualquier avaro de este mundo deja pegar el ánimo a cosas tan viles como son ropas, plata, piedras preciosas.

¿Quién de entre los seglares se hallará más deseoso de adquirir cuanto ansía su corazón, más avaro en conservarlo, más inquieto por que no se lo quiten? Por lo tanto, cualquiera cosa que apetece el monje, fuera de lo que se le ofrece, en el vestido, tanto en el color como en la grosura del paño, cualquier cosa que conserva y recibe ora sin licencia, ora con una autorización obtenida con violencia, nadie duda debe atribuirse a esta peste de la avaricia.

Entremos, pues, según esto, en batalla contra este Og, sin permitir quede en nuestro corazón ningún residuo de semejante vicio, para que destruido totalmente, podamos poseer todos sus dominios. La tierra de este espíritu es el corazón del avaro, del cual nadie puede ser dueño mientras residiera en él este vicio. Cuando se le haya arrojado del alma, se podrá ser dueño de sus pensamientos, para que le baste lo que tiene, no busque lo que no tiene, y viva contento con la gloriosa pobreza.

Síguese la batalla contra Madián, o sea, el que se aparta del juicio. Tal es el espíritu de ira sobre el cual dice David: "Mis ojos se consumen irritados" (33). Ahora

(32) Hab. 2,6.

(33) Sal. 6,8.

bien, ¿cómo podrá un ojo oscurecido percibir la verdad sincera? ¿Quién eres tú —pregunto— turbado de ira, que no manifiestas los motivos razonables de irritarte? ¿Quién, cuando está airado, hará caso a quien le corrija? ¿Quién no contradecirá aún las razones propuestas? Como se ve, en todo se aparta del juicio. Es preciso, por lo tanto, refrenar la ira antes de admitir el dictamen del que corrige.

Pero no debe reprimirse toda suerte de pensamientos, antes el buen celo debe contenerse dentro de ciertos límites, mas, no alejar por completo aquella ira que se irrita contra el pecador. Respecto a botín de Madián, una parte debe ser sacrificada al Señor, cosa que no leemos sucediera con los tres reyes precedentes. Porque el espíritu de ira desecha las correcciones o provoca altercados originados no pocas veces entre los que escuchan la corrección, y esta es parte del botín tomado a Madián para ofrecer al Señor.

Hasta aquí todo ha transcurrido a las órdenes de Moisés antes de trasbordar el Jordán para llegar a la tierra de promisión. Dijimos anteriormente cómo por Egipto se significaba la conversión mundana, y por tierra de promisión, la soledad, la vida actual, la dulzura de la contemplación. Según esto, en la vida actual dependemos de Moisés, esto es, de la ley, a la cual llama el apóstol ayo (34) por infundir temor, y señalar el trabajo hasta la llegada de aquel que tiene ocultos sus tesoros, esto es, Jesucristo, quien infundirá la libertad de la caridad, con objeto de que una vez transcurrido todo lo que es mortal por la diversa graduación de las virtudes —cual si se tratara de atravesar las corrientes del Mar Rojo— merezcamos entrar en la tierra de promisión, o sea, la santa contemplación.

(34) Gal. 3,24.

Con mucha razón, pues, al morir Moisés, le sucedió Josué, porque por las obras de caridad perfecta, se arroja lejos el temor (35). ¿Qué más? Cuantos caminamos a la cumbre de la perfección, ¿no sufrimos ninguna contrariedad? Sin duda alguna la vida actual está viciada en exceso de sensualidad, avaricia, ira, y en lo espiritual, de indolencia, tristeza y soberbia.

La primera simboliza Jericó, la segunda Hai, la tercera los cinco reyes. Por consiguiente, a quienes aspiran a la contemplación de las cosas espirituales, les es necesaria, en primer lugar, la tranquilidad, la cual acometida de la indolencia, se esfuerza por llevar la inquietud al alma. Caso de conseguirlo, vuelve al contemplativo murmurador, inconsciente, incapaz de estar sosegado, le oprime el retiro de casa, le atrae vagar por fuera, es causa de pendencias entre sus semejantes, por cuya razón la inconstancia es tachada de veleidad reproachable, porque el necio se muda como la luna (36).

Atiende ahora con qué armas puede ser derribada esta ciudad: no con lanzas ni espadas, sino con el sonido de las trompetas y las vueltas del arca (37). Rodee, pues, el arca todos sus pensamientos y se establezca en un lugar de quietud, guarde dentro de sí el maná, la vara y las tablas, esto es, guardando en la memoria la dulzura de la palabra divina, la severidad de la observancia y la obediencia a los mandatos divinos. Si así lo hace, si añade a manera de trompetas las voces de los profetas y apóstoles, verá con alegría derruirse y quedar aniquilados para siempre los muros de pensamientos vanos forjados en la inacción.

Maldito quien levantara las ruinas de Jericó (38), quien después de haber gustado las delicias espirituales,

(35) I Jn. 4,18.

(37) Jos. 6,20.

(36) Eclo. 27,12.

(38) Ibid. v. 26.

se entretiene voluntariamente en pensamientos vanos y nocivos. Hora es ya de dedicarnos con toda solicitud en la destrucción de Hai, etimológicamente caos, para significar la enfermedad de la tristeza, la cual sumerge al alma en un abismo profundo, alejando de ella toda alegría espiritual, y conduciéndola al borde de la desesperación. En tales circunstancias, ¿qué hace Josué, sucesor de Moisés? quiero decir, el amor que sucedió al temor? Levanta el escudo. Este escudo significa la esperanza, de la cual escribe el apóstol: Gozándose en la esperanza. Hay quienes no levantan el escudo, antes lo desprecian, o sea, aquellos que ponen su confianza en las cosas temporales. Estos confían en su poder y se glorían de la muchedumbre de sus riquezas (39). Quienes confían en el hombre, ponen su fe en el poder de su brazo de carne, apartando de Dios sus corazones (40). Dice el profeta: "Unos confían en sus carros, otros en su caballería, mas, nosotros invocamos el nombre del Señor Dios nuestro" (41).

Levanta, en consecuencia, su escudo, quien coloca su esperanza en el Señor, quien desprecia las cosas terrenas y ambiciona las celestiales para poder decir con el santo Job: "Perdí las esperanzas de poder vivir más" (42), pues tal sujeto puede manifestar en su carne la muerte de Jesús (43), a quien agrada sumamente el desprecio de las cosas temporales. Luego no incline su escudo a las cosas bajas hasta que la esperanza experimente el gozo de las cosas celestiales, y así todos los habitantes de Hai, es decir, los pensamientos forjados en la tristeza, sean desvanecidos al conjuro de la alegría.

Resta por último, entablar guerra contra la soberbia, la cual se divide en cinco vicios, como otros tantos re-

(39) Sal. 48,7.

(41) Sal. 19,8.

(43) II Cor. 4,11.

(40) Jer. 7,15.

(42) Job. 7,16.

yes. A la soberbia, se atribuyen innegablemente la vanidad, la ambición, la jactancia, el desprecio de Dios y el amor de sí mismo. Obra por vanidad, quien se recrea en las alabanzas de los hombres; tiene ambición, el que se inclina a retener lo ajeno; jactancia, es cuando se tiene bienes, publicarlos inconsideradamente; desprecio, es cuando se consideran a los demás hombres más miserables que nosotros; amor de sí es cuando el hombre, haciendo caso omiso del testimonio ajeno, se recrea en sí mismo, no en el Señor.

Contra estos cinco reyes hemos de combatir hasta lograr colocar a Satanás debajo de nuestro pies y recibir poder de caminar sobre serpientes y escorpiones.

Cosa grande es, hermanos, cosa grande es despreciar las alabanzas de los hombres, y que el hombre esté contento sólo con el testimonio de su conciencia. Grande es, igualmente, carecer del ansia de dominar, y anteponer la servidumbre a la libertad. Cuán grande, también, aquello, sepultar en la esperanza las propias virtudes, y querer únicamente que en todas las cosas Dios sólo sea testigo. Mas, si tú peleas varonilmente, el Salvador te asistirá con la gracia del esfuerzo, perseguirá a la soberbia con el granizo de su temor, para que no falte tu luz o se mude como la de la luna tu flaqueza hasta convertirse en polvo tus enemigos, como polvo esparcido al viento, y barridos como el lodo de las plazas.

Preguntarás la manera de pelear. Considera, ante todo, que lo frívolo es nada. Pues ¿habrá cosa más necia que gloriarse de la nada? Pregunto, ¿qué vienen a ser las palabras de los hombres, sino viento arremolinado? Ahora bien, el viento hincha, no llena, esparce en vez de recoger, disgrega, no reúne. Por eso se alimenta de viento quien se deleita en las alabanzas de los hombres.

Tú, que ambicionas cosas grandes, ¿con qué cara deseas ora mandar a los mejores, ora rehusas igualarte a tus semejantes, o te tienes por mejor que ellos? Indudablemente, aquellos a quienes deseas mandar, o son mejores que tú —y en este caso es verdadera locura desear estar al frente de los mejores— o son iguales, y también es contraproducente el estar sobre los buenos.

En caso de considerarlos a todos inferiores a ti, eres un soberbio de remate, digno de ser reprobado por sólo esta fea cualidad.

¿Y qué diremos de la jactancia, de la cual tantas veces somos acometidos? Por casualidad se acaba de hacer un bien a escondidas, ¡cómo sentimos al instante deseos de pregonarlo! Miserable de mí, eché a perder con facilidad lo que encontré, esparcí en vez de recoger. Saco agujereado es el mío, por haber arrojado por el agujero de la boca el bien recibido, y haber perdido, además lo adquirido. Pon, Señor, una guardia en mi boca, un centinela en la puerta de mis labios (44), a fin de que se abra a la confesión y se cierre a la jactancia.

Por otra parte, el más perjudicial de los vicios es el desprecio, cuando el hombre ni teme a Dios ni respeta a sus semejantes, por el cual los hijos se levantan contra los padres (45), los criados contra sus amos, el joven se subleva contra el anciano, el hombre plebeyo contra el noble. Tal vicio rechaza la confesión y conduce de cabeza a la desesperación. De él brotan las blasfemias, la rebelión, la desobediencia y otras mil perversidades.

A este vicio acércase el quinto miembro de la soberbia, el amor de sí, cuando el hombre desprecia el juicio de los demás y del mismo Dios, gloriándose en sí mismo, como si se bastara a sí propio, fingiendo

(44) Sal. 140,3.

(45) Mt. 10,21.

ser lo que no es, saber lo que ignora, y poder lo que no puede, y de esta suerte, mirándose a si mismo lleno de admiración, pretende grandezas que superan su capacidad (46).

Esta batalla, hermanos, es la última de todas en los varones perfectos, a los cuales armándoles emboscadas y penetrando como serpiente astuta en el paraíso de las virtudes, despoja al hombre de la felicidad otorgada y le induce a volver nuevamente a la bajeza de los vicios carnales, a las espinas y abrojos de las pasiones.

Mas, si el Señor hiciere brillar tu justicia como la luz y tu derecho como el mediodía (47), duplicándote el día de la gracia y mitigándote la noche de la tentación, una vez arrojados fuera de la caverna de tu corazón los cinco reyes, los pisotearás alborozado y displicente, y libre ya del poder de tus enemigos, y del poder de Saúl, cantarás el salmo escrito por David para dar gracias con voz alborozada: "Yo te amo Señor, tú eres mi fortaleza, etc." (48). Entonces sabrás por propia experiencia el sentido de aquellas otras palabras: "Bienaventurado aquel hombre que soporta la prueba, porque una vez probado recibirá la corona de vida que Dios tiene prometida a los que le aman" (49). Dígnese nuestro Señor Jesucristo conducirnos a ella, por los méritos de nuestro Padre San Benito.

(46) Sal. 130,1.

(48) Sal. 17,2.

(47) Sal. 36,6.

(49) Sant. 1,12.

VIII

En la misma solemnidad de San Benito

"La boca del justo expone la sabiduría". Bendito sea nuestro Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones (1). Verdaderamente, hermanos, muchas son las tribulaciones de los justos (2), mas, dichoso quien pueda decir con el profeta: "En proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos llenaron mi alma de alegría" (3). Tus consuelos llenaron mi alma de alegría, dice: ¡Ay de vosotros, ricos, que tenéis ya vuestro consuelo! (4). Tienen consolación, mas, con todo eso no pueden decir a Dios: "Tus consuelos llenaron mi alma de alegría", pues tienen su consuelo, no el de Dios; tienen su consuelo en las cosas inconstantes, torpes: Me han cavado fosas los insolentes —añade— ignorando tu voluntad (5).

Hermanos, ya sabéis cómo el hombre, nacido de mujer, vive poco tiempo y está lleno de miserias (6). Muchas son, repito, muchas las miserias de la presente vida. ¿Quién podrá contarlas? El alma no puede soportar estos trabajos sin alguna consolación, en cambio los amadores de este mundo buscan sus consuelos. ¡Ay de vosotros, ricos, que tenéis ya vuestro consuelo! Y el vuestro, ¿cuál es, hermanos carísimos? ¿Acaso os va a dejar sin consuelo el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo? En manera alguna, hermanos, así como son muchas las tribulaciones de los justos (7), del

(1) II Cor. 1,3-4.

(4) Lc. 6,24.

(6) Job. 14,1.

(2) Sal. 33,20.

(5) Sal. 118,85.

(7) Sal. 33,20.

(3) Sal. 93,19.

mismo modo son también muchos los consuelos. Nos consuela la esperanza de las promesas divinas, nos consuela la fecundidad y suavidad de la compunción, nos consuela la luz de la contemplación interna, nos consuela la meditación de la ley divina.

En una palabra, todas las cosas que han sido escritas, para nuestra enseñanza y consuelo fueron escritas, a fin de que mediante la paciencia y el consuelo de las Escrituras, mantengamos la esperanza (8). Y dichosa el alma que al declinar el día sale al campo a meditar a semejanza de Isaac (9). "¡Oh dulce consuelo!" exclama: "Habité en el país de Negueb, y había salido al campo a pasear caído ya el día".

Tres cosas estimo hemos de considerar en este pasaje: la morada del santo patriarca, la salida y la meditación. Habité —dice— en el país de Negueb. Se había apartado, por lo tanto, del aquilón donde tiene su asiento Satanás (10), donde está la olla hirviendo (11), donde hay nieves y hielos. "Pondré mi asiento por el aquilón", exclama el primer prevaricador, y "seré semejante al Altísimo" (12).

Hermanos, la tierra del aquilón es la vida desdichada, vida sin luz de verdad, sin calor de caridad, donde reina viento de soberbia, donde existe frío de iniquidad. Pues donde sobreabundó la maldad, y se resfrió la caridad, allí claramente colocó su asiento, allí erigió su trono, allí estableció su cátedra el que es príncipe de todos los soberbios. "Pondré mi asiento" —dice "por el aquilón y seré semejante al Altísimo, dando a entender cómo este rey tiene diversos lugares y hospedajes en el corazón de los soberbios: Tiene rectorio en el cual se alimenta, tiene galería para pasear,

(8) Rom. 15,4.

(9) Gn. 24,63.

(10) Ap. 2,13.

(11) Jr. 1,13.

(12) Is. 14,14.

tiene dormitorio para descansar, y no le falta cátedra desde donde dicte sus sentencias.

Ahora bien, la envidia es el lugar donde se alimenta; la ira, el lugar donde se pasea; la lujuria, el lugar de descanso. Así es, hermanos míos. Nada alimenta tanto al enemigo, nada le recrea el paladar con más deleite, que la envidia. Contemplad el rostro del envidioso: veis su cara pálida, la frente abatida, ojos hundidos, labios marchitos, piel adherida a los huesos, lengua pegada al paladar, en una palabra, todos sus sentidos se embotan. ¿Dónde ha ido a parar la sangre, dónde la carne? Dentro vive el que se alimenta de todas esas cosas, las devora, se emborracha en sangre, engorda con las carnes.

Desdichada alma que es alimento de Satanás, que para esto recoge, para desparramar él, para esto economiza, para derrochar él. ¡Hijos queridos! guardaos, de esta peste que despoja de todo al hombre, roba al prójimo, quita a Dios y todo lo da al diablo. Creedme, hermanos míos: no hay cosa que tanto disminuya los goces de la vida presente, nada que quite tanto la esperanza en la vida futura, nada más nocivo para todas las virtudes. Porque, ¿cómo es posible al alma envidiosa, poder restablecerse con las dulzuras de la caridad, o ser ilustrada con la luz de la ciencia, cuando todo en ella es amargura y tinieblas?

Decíamos que la terraza donde el enemigo pasea se llama ira. Con razón. Fíjate en un hombre airado, desatado en cólera, cómo se vuelve frenético, le centellean los ojos, le tiemblan los labios, se le agitan los hombros, la cabeza apenas se sostiene en el cuello, los brazos casi no se adaptan a los hombros, le rechinan los dientes, está fuera de sí.

¿No crees se regocije el diablo en todo esto, y discorra por cada uno de esos miembros para darse otros

tantos paseos? Aparecen síntomas de ese maligno regocijo en la lengua, en las manos, en los ojos.

Fuera de esto, el Espíritu Santo pinta maravillosamente en el libro de Job los lugares donde descansa al decir: "El duerme a la sombra, en la espesura de los cañaverales y en lugares húmedos" (12). En estas palabras se refleja al vivo la índole de los libidinosos. El que busca los rincones, se goza de los lugares espesos, ambiciona igualmente los húmedos, provocadores de la sensualidad.

Por último, el lugar donde establece su cátedra de la maldad para juzgar, es la soberbia, apoyada sobre cuatro patas: la primera pata es la perversión de la voluntad, por la cual se ama el mal; la segunda, la astucia de la mente, cuando el mal que se ama se emancipa de la virtud; la tercera, la audacia, por la cual se deja a un lado el obstáculo del temor, y la cuarta, la imprudencia, por la cual se aparta lejos la nobleza del pudor.

En esta cátedra de la maldad está sentado Satanás a la par del aquilón (14), esto es, en el alma cuya caridad languidece, donde reina viento desordenado (15), tempestad horrible de tentaciones. Feliz aquella alma que se apartó del aquilón y habita en el mediodía con el patriarca Isaac (16), donde suele soplar el vendaval, donde el sol brilla y esparce sus rayos, donde no existe temor de tempestad invernal, se atreve a exclamar con regocijo —recordando la tribulación pretérita y saboreando ya la dulzura de la tranquilidad presente— "Ya pasó el invierno, se disiparon y cesaron las lluvias; en nuestra tierra despuntan las flores" (17).

"En nuestra tierra despuntan las flores", dice, o sea, en aquel campo en el cual meditaba Isaac al declinar

(13) Job, 14,16.

(15) Ez., 1,4.

(17) Cant. 2,11.

(14) Sal. 1,1.

(16) Gn. 24,62.

el día. De tres tiempos diurnos habla la Escritura con encomio: de la tarde, de la mañana y del mediodía. La mañana, como todos sabemos, es el comienzo de la jornada; el mediodía, la perfección de la luz divina, y la tarde, el declinar del día. De estos tres tiempos habla el salmista cuando dice: "Por la tarde, en la mañana, al mediodía me quejo gimiendo Dios escucha mi voz" (18). Por la mañana se entiende el inicio de la iluminación, por el mediodía, el ardor del celo y fervor, y por la tarde, la fugacidad del tiempo. En la mañana se halla el comienzo de la vida espiritual, en el mediodía, la perfección de la vida santa, y en la tarde, el ejercicio en las tribulaciones. En la mañana la humildad, en el mediodía la caridad, en la tarde la castidad.

Con razón y propiedad compárase la humildad a la mañana por ser el comienzo de las virtudes, distinguiendo entre día y noche (19), entre luz y tinieblas, entre virtudes y vicios. Cualquiera, pues, que se ve sumergido en las tinieblas de los vicios, le es necesario comenzar por la virtud de la humildad para poder progresar en el perfeccionamiento de las demás virtudes.

En cambio, en la caridad rebrilla el fervor del mediodía, dando a entender la perfección de la luz al hallarse el día en su apogeo.

Respecto a la tarde, se expresa la virtud de la castidad, recibida para bien propio, cuando modera el ardor de la concupiscencia, debilita la carne y disipa —al modo como desaparece el resplandor del día— los deleites y gloria mundanos. En suma, sin estos tiempos, no puede haber día perfecto en el hombre. Sin ellos, no es posible llamar a nadie anciano lleno de días (20).

Para más valorar estas horas, con autoridades de la Sagrada Escritura, Abrahán se alegró a mediodía al

(18) Sal. 54,18.

(19) Gn. 1,14.

(20) Ibíd. 25,8.

mismo modo son también muchos los consuelos. Nos consuela la esperanza de las promesas divinas, nos consuela la fecundidad y suavidad de la compunción, nos consuela la luz de la contemplación interna, nos consuela la meditación de la ley divina.

En una palabra, todas las cosas que han sido escritas, para nuestra enseñanza y consuelo fueron escritas, a fin de que mediante la paciencia y el consuelo de las Escrituras, mantengamos la esperanza (8). Y dichosa el alma que al declinar el día sale al campo a meditar a semejanza de Isaac (9). “¡Oh dulce consuelo!” exclama: “Habité en el país de Negueb, y había salido al campo a pasear caído ya el día”.

Tres cosas estimo hemos de considerar en este pasaje: la morada del santo patriarca, la salida y la meditación. Habité —dice— en el país de Negueb. Se había apartado, por lo tanto, del aquilón donde tiene su asiento Satanás (10), donde está la olla hirviendo (11), donde hay nieves y hielos. “Pondré mi asiento por el aquilón”, exclama el primer prevaricador, y “seré semejante al Altísimo” (12).

Hermanos, la tierra del aquilón es la vida desdichada, vida sin luz de verdad, sin calor de caridad, donde reina viento de soberbia, donde existe frío de iniquidad. Pues donde sobreabundó la maldad, y se resfrió la caridad, allí claramente colocó su asiento, allí erigió su trono, allí estableció su cátedra el que es príncipe de todos los soberbios. “Pondré mi asiento” —dice “por el aquilón y seré semejante al Altísimo, dando a entender cómo este rey tiene diversos lugares y hospedajes en el corazón de los soberbios: Tiene rectorio en el cual se alimenta, tiene galería para pasear,

tiene dormitorio para descansar, y no le falta cátedra desde donde dicte sus sentencias.

Ahora bien, la envidia es el lugar donde se alimenta; la ira, el lugar donde se pasea; la lujuria, el lugar de descanso. Así es, hermanos míos. Nada alimenta tanto al enemigo, nada le recrea el paladar con más deleite, que la envidia. Contemplad el rostro del envidioso: veréis su cara pálida, la frente abatida, ojos hundidos, labios marchitos, piel adherida a los huesos, lengua pegada al paladar, en una palabra, todos sus sentidos se embotan. ¿Dónde ha ido a parar la sangre, dónde la carne? Dentro vive el que se alimenta de todas esas cosas, las devora, se emborracha en sangre, engorda con las carnes.

Desdichada alma que es alimento de Satanás, que para esto recoge, para desparramar él, para esto economiza, para derrochar él. ¡Hijos queridos! guardaos, de esta peste que despoja de todo al hombre; roba al prójimo, quita a Dios y todo lo da al diablo. Creedme, hermanos míos: no hay cosa que tanto disminuya los goces de la vida presente, nada que quite tanto la esperanza en la vida futura, nada más nocivo para todas las virtudes. Porque, ¿cómo es posible al alma envidiosa, poder restablecerse con las dulzuras de la caridad, o ser ilustrada con la luz de la ciencia, cuando todo en ella es amargura y tinieblas?

Decíamos que la terraza donde el enemigo pasea se llama ira. Con razón. Fíjate en un hombre airado, desatado en cólera, cómo se vuelve frenético, le centellean los ojos, le tiemblan los labios, se le agitan los hombros, la cabeza apenas se sostiene en el cuello, los brazos casi no se adaptan a los hombros, le rechinan los dientes, está fuera de sí.

¿No crees se regocije el diablo en todo esto, y discorra por cada uno de esos miembros para darse otros

(8) Rom. 15,4.

(10) Ap. 2,13.

(12) Is. 14,14.

(9) Gn. 24,63.

(11) Jr. 1,13.

tantos paseos? Aparecen síntomas de ese maligno regocijo en la lengua, en las manos, en los ojos.

Fuera de esto, el Espíritu Santo pinta maravillosamente en el libro de Job los lugares donde descansa al decir: "El duerme a la sombra, en la espesura de los cañaverales y en lugares húmedos" (12). En estas palabras se refleja al vivo la índole de los libidinosos. El que busca los rincones, se goza de los lugares espesos, ambiciona igualmente los húmedos, provocadores de la sensualidad.

Por último, el lugar donde establece su cátedra de la maldad para juzgar, es la soberbia, apoyada sobre cuatro patas: la primera pata es la perversión de la voluntad, por la cual se ama el mal; la segunda, la astucia de la mente, cuando el mal que se ama se emancipa de la virtud; la tercera, la audacia, por la cual se deja a un lado el obstáculo del temor, y la cuarta, la imprudencia, por la cual se aparta lejos la nobleza del pudor.

En esta cátedra de la maldad está sentado Satanás a la par del aquilón (14), esto es, en el alma cuya caridad languidece, donde reina viento desordenado (15), tempestad horrible de tentaciones. Feliz aquella alma que se apartó del aquilón y habita en el mediodía con el patriarca Isaac (16), donde suele soplar el vendaval, donde el sol brilla y esparce sus rayos, donde no existe temor de tempestad invernal, se atreve a exclamar con regocijo —recordando la tribulación pretérita y saboreando ya la dulzura de la tranquilidad presente— "Ya pasó el invierno, se disiparon y cesaron las lluvias; en nuestra tierra despuntan las flores" (17).

"En nuestra tierra despuntan las flores", dice, o sea, en aquel campo en el cual meditaba Isaac al declinar

el día. De tres tiempos diurnos habla la Escritura con encomio: de la tarde, de la mañana y del mediodía. La mañana, como todos sabemos, es el comienzo de la jornada; el mediodía, la perfección de la luz divina, y la tarde, el declinar del día. De estos tres tiempos habla el salmista cuando dice: "Por la tarde, en la mañana, al mediodía me quejo gimiendo Dios escucha mi voz" (18). Por la mañana se entiende el inicio de la iluminación, por el mediodía, el ardor del celo y fervor, y por la tarde, la fugacidad del tiempo. En la mañana se halla el comienzo de la vida espiritual, en el mediodía, la perfección de la vida santa, y en la tarde, el ejercicio en las tribulaciones. En la mañana la humildad, en el mediodía la caridad, en la tarde la castidad.

Con razón y propiedad compárase la humildad a la mañana por ser el comienzo de las virtudes, distinguiendo entre día y noche (19), entre luz y tinieblas, entre virtudes y vicios. Cualquiera, pues, que se ve sumergido en las tinieblas de los vicios, le es necesario comenzar por la virtud de la humildad para poder progresar en el perfeccionamiento de las demás virtudes.

En cambio, en la caridad rebrilla el fervor del mediodía, dando a entender la perfección de la luz al hallarse el día en su apogeo.

Respecto a la tarde, se expresa la virtud de la castidad, recibida para bien propio, cuando modera el ardor de la concupiscencia, debilita la carne y disipa —al modo como desaparece el resplandor del día— los deleites y gloria mundanos. En suma, sin estos tiempos, no puede haber día perfecto en el hombre. Sin ellos, no es posible llamar a nadie anciano lleno de días (20).

Para más valorar estas horas, con autoridades de la Sagrada Escritura, Abrahán se alegró a mediodía al

(13) Job, 14,16.

(15) Ez., 1,4.

(17) Cant. 2,11.

(14) Sal. 1,1.

(16) Gn. 24,62.

(18) Sal. 54,18.

(19) Gn. 1,14.

(20) Ibid. 25,8.

ver el día del Señor, lo vio y se alegró (21). Porque entonces vio el día del Señor al recibir en su casa los tres ángeles imagen de la Santísima Trinidad (22). José a su vez recibió a sus hermanos para hacer un banquete, también a mediodía, al decir de la Escritura: "Bebieron y se alegraron con él (23). Esa misma hora es aquella en que el Señor Jesús subió a la cruz, recomendándonos su caridad admirable con estas palabras: "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos" (24).

Por otra parte, según mandato divino, Moisés ofrecía un sacrificio cotidiano mañana y tarde, y en estas mismas horas Elías era alimentado por los cuervos, conforme leemos en la Escritura: "Los cuervos le llevaban pan y carne por la mañana, y asimismo pan y carne por la tarde" (25). "Por la tarde, pues en la mañana, al mediodía me quejo gimiendo..."

Por consiguiente, quien poseyere estas virtudes, a saber, la humildad, que se refiere propiamente al principio de la conversión; la caridad, en la cual consiste la perfección en el trato; y la castidad, que parece como premio de la perfección, ese tal es realmente justo y su boca expone la sabiduría (26). Puede decir con el santo patriarca Isaac: Salí a meditar al declinar el día.

En el ocaso del día pueden significarse las tribulaciones y tentaciones de esta vida. Pues en la mañana de ella hay intranquilidad, a mediodía prosperidad, y a la tarde tribulación y angustia. Hermanos carísimos, el santo patriarca Isaac nos instruye con su ejemplo qué tenemos que hacer en las miserias de esta vida, al decir: "Salió al campo a meditar al declinar el día". ¿Quién habrá, hermanos, a quien alguna vez no se le acabe este día? No solamente quienes no desean el día del

hombre, sino también aquellos que se esfuerzan vigorosamente en alcanzarlo y conservarlo. Interesa, no obstante, en este declinar del día, que cada cual busque su consolación.

¡Ay de vosotros, ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo! (27). Dichoso el justo, cuya boca explica la sabiduría, que sale al campo con el patriarca Isaac a meditar al acabar el día. Este campo, es, a mi entender la Sagrada Escritura, campo fértil, lleno de bendiciones.

"Bien se ve —dice la Escritura— que el olor que sale de mi hijo, es como el olor de un campo florido al cual bendijo el Señor" (28). En este campo percíbese olor de mirra, de incienso y de toda clase de perfumes. Verdaderamente, no hay virtud, no hay sentimiento, no hay sabiduría cuya fragancia no se exhale en este campo. ¿Y quién es el que está lleno de tanta bendición, de tanta fragancia, de tanta plenitud, a quien bendijo el Señor? Vamos a verlo.

No existe ningún santo con plenitud de virtudes. En David se nos recomienda de manera especial la humildad; en Job destaca con maravillosa suavidad la fragancia de la paciencia; José fue casto, Moisés benévolo, Josué valiente, Salomón resplandece por la sabiduría. De ninguno de ellos podemos decir que su fragancia es como la de un campo florido. En cambio, el perfume de mi dulcísimo Señor Jesús excede al de todos los aromas (29), su fragancia es como la de campo florido al cual el Señor echó la bendición.

Cuanto existe de sabiduría, cuanto de virtud y cuanto de gracia en las páginas sagradas, todo lo hallamos en El, en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad (30), en el cual están encerrados todos los

(21) Jn. 8,56.

(23) Gn. 43,34.

(25) 1 R. 17,6.

(22) Gn. 18,1.

(24) Jn. 15,13.

(26) Sal. 36,30.

(27) Lc. 6,24.

(29) Cant. 4,10.

(28) Gn. 27,27.

(30) Col. 2,9.

tesoros de sabiduría y ciencia (31), a quien Dios no le da el espíritu con medida (32), de cuya plenitud hemos participado todos (33).

A este campo acude el justo, sin duda, para meditar su boca la sabiduría (34). Aquí tus consolaciones, oh Jesús, alegran mi alma, las tuyas digo, no las del mundo. En este caso, ay de vosotros, ricos, que tenéis vuestro consuelo fuera de Dios. Lejos de mí ahora mismo cuantos refieren sus fábulas (35). Por mi parte, dulce Señor, yo me alegro con tu promesa, como quien ha encontrado un rico botín, pues la boca del justo meditará la sabiduría, la de los necios, en cambio, hierve en necedades (36).

¿No os parece acaso, sea este campo como paraíso del Señor, donde nacen todas las flores, tantos frutos, donde tiene origen aquella gran fuente que riega toda la superficie del paraíso? La Sagrada Escritura habla de la humanidad, de la castidad y también de la paciencia, de la abstinencia y renuncia del mundo, así como de la limosna; mas sólo una, la sabiduría riega todas las demás, todas las compone, todas las ordena, todas las baña en el rocío de sus sentimientos espirituales.

Dicha sabiduría es sin duda la gran fuente, fuente abierta que se divide en cuatro brazos (37). Estos son aquellas cuatro virtudes, origen de todas las demás, denominadas cardinales o principales: prudencia, templanza, fortaleza y justicia. Sacad ahora con gozo, agua de las fuentes del Salvador (38). En estas fuentes bebe indudablemente el justo para meditar su boca la sabiduría.

Como muy bien se echa de ver, cuatro son las causas o raíces de todos los vicios: ignorancia, concupiscencia, flaqueza y malicia. por la ignorancia somos enga-

ñados, por la concupiscencia, arrastrados, por la flaqueza, frágiles, por la malicia caemos voluntariamente. Todo aquel que peca, o es seducido, o es arrastrado, o es obligado, o, finalmente se aparta conscientemente del bien. Así pues, para remedio de esta cuádruple enfermedad, existen otras cuatro medicinas. Quien se halle cegado por la ignorancia, vaya corriendo y alegre a la fuente de la prudencia, de cuyo manantial parecen brotar dos arroyos, uno de santidad, otro de discreción.

Debido a la ignorancia, sin duda, a veces llamamos mal al bien, y al contrario; otras, un bien mayor lo consideramos menor, o viceversa; por último, estimamos mal menor al mayor, o lo contrario. Es necesario, por lo tanto, que sacando sabiduría de la fuente de la prudencia, aprendamos en primer término qué es el bien, y qué el mal; cuál sea lo menos bueno, y cuál lo más bueno; cuál el mayor mal, y cuál el menor.

Así, la castidad es un bien, la impureza un mal; dar limosna es bueno, pero es mejor la renuncia absoluta del mundo. Es malo llamar a un hermano raza, mucho peor llamarle necio (39). Sobre estas cosas, y otras por el estilo, se ocupa la ciencia, para no incurrir en la maldición del profeta: "¡Ay de vosotros los que llamáis mal al bien y bien al mal, y tomáis las tinieblas por la luz, y la luz por las tinieblas, y tomáis lo amargo por lo dulce y lo dulce por lo amargo" (40).

Existe también otro género de ignorancia no menos peligrosa, no por guardar medida en los mismos bienes o cosas dignas de alabanzas. Sabe de antemano es un gran bien la abstención, mas en el mismo bien ignora la manera de practicarla con provecho. Acérquese a la otra corriente que hemos denominado discreción, porque esta virtud ilumina, en cierto modo, el ojo del corazón, por

(31) *Ibíd.* 2,3.(32) *Jn.* 3,34.(33) *Jn.* 1,16.(34) *Sal.* 36,30.(35) *Sal.* 118,85.(36) *Prov.* 15,2.(37) *Zac.* 13,1.(38) *Is.* 12,3.(39) *Mt.* 5,22.(40) *Is.* 5,20.

lo cual dice el Señor en el Evangelio: "Si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo estará oscurecido" (41). Según esto, la concupiscencia corrompe, en primer lugar la carne, con los placeres, la petulancia, en segundo lugar, endurece el alma. Nada, en efecto, vuelve tan ignorante al hombre como la inveterada costumbre de la impureza.

Contra esta primera enfermedad hemos de correr a la fuente de la templanza, de la cual parecen derivar los salubérrimos arroyuelos, a saber, la continencia que refrena con cierto rigor espiritual y hasta seca la podredumbre de los vicios y la vergüenza, que pone una nota de sinceridad en la frente, aún tratándose de cosas pequeñas, evitando además con cierta severidad interna la materia obscena.

Así pues, libre el alma proficiente, mediante ambas virtudes, de la fosa fatal de la ignorancia y de la charca fangosa (42), es decir, de la ignorancia y de la concupiscencia, comenzará a experimentar la realidad de aquellas palabras del apóstol: "Todos los que quieren vivir piadosamente según Jesucristo, han de padecer persecución" (43). Contra la cual necesita la fortaleza presentar dos arroyos saludables: obediencia y paciencia. Gracias a ellas, nuestra flaqueza puede arrojar lejos de sí su congénita timidez, mediante la obediencia, o bien la fatalidad extrema, mediante el aguante de la paciencia.

Síguese la justicia, consistente en dar a cada cual lo suyo (44), cuya enemiga es la malicia por la que el hombre sin motivo alguno se daña bien a sí propio, bien a sus semejantes. Contra esta doble peste nos proporciona la justicia: inocencia y liberalidad. Así, el varón justo, exento de toda mancha, sale libremente

(41) Mt. 6,23.

(42) Sal. 39,3.

(44) Cic. V: fin 13,65.

(43) II Tim. 3,12.

al campo de las Sagradas Escrituras para meditar allí su boca la sabiduría y su lengua explicar el derecho. Yo quiero que dicha boca entienda aquellas palabras del Señor en el Evangelio: "Las cosas que salen de la boca proceden del corazón, y esto es lo que mancha al hombre" (45). "En efecto, del corazón salen los malos pensamientos, etc." Por eso la boca del justo meditará la sabiduría y su lengua explicará el derecho.

Ea, hermanos, la boca del justo meditará la sabiduría, mas la de los necios abundará en necedades. La lengua del sabio explicará el derecho, en cambio la de los necios las cosas más absurdas. Los juicios del Señor son como el océano inmenso (46), los juicios de los hombres, ambiguos.

En consecuencia, existen cuatro clases de juicios de los cuales el sentimiento humano puede usar o abusar; porque el hombre puede juzgar acerca de sí, acerca del prójimo, entre sí y el prójimo, y entre prójimo y prójimo. Dichoso quien no desbara en ninguno de ellos.

Según esto, existe en el hombre un doble juicio, según el aprecio de sí mismo y según la acción. Juicio del hombre sobre sí mismo es idéntico a la opinión que tenga formada de sí. La misma acción a su vez es un juicio, porque según lo que cada cual siente de sí mismo, de la misma manera obra y se somete a Dios. Por ejemplo: si siente de sí cosas viles y abyectas, no teme padecer esas mismas cosas viles y abyectas; si se considera pecador, no le horrorizará la aspereza de la penitencia.

Debe pues, el juicio del hombre sobre sí ser riguroso en cuanto a su concepto, discreto en cuanto a la acción, con objeto de sentir baja y abyectamente de nosotros, nos reconozcamos pecadores y miserables, y

(45) Mt. 15,11.

(46) Sal. 35,7.

examinemos con espíritu compungido cuánto hemos pecado de palabra, obra o pensamiento. Tal pensamiento excita el llanto, induce y estimula también al alma a tolerar cosas difíciles. Entonces el alma se recrea en las vigili-as, engorda con los ayunos, se nutre con el trabajo, se regocija en las lágrimas. Mas, caso de pasar del juicio de estima al de acción, es necesario también que sea discreto, según aquello: "Nada en demasía" —o en el justo medio— (47).

Síguese el juicio del hombre sobre su prójimo, el cual unas veces debe ser según la intención, otras según el modo de obrar. A veces decimos: ha obrado mal; otras, no está mal lo que ha hecho, sino la intención con que obró. En cambio, el justo, cuya lengua explica el derecho, proferirá de su prójimo un juicio realmente cauto en cuanto a la intención, benévolo en cuanto a la obra realizada; cauto, para no culpar la intención, benévolo, para excusar cuanto pueda la acción.

Respecto del juicio del hombre entre sí y el prójimo, debe ser humilde y puro. Humilde, para no anteponerse nunca al prójimo, puro, para que no le rodee con ninguna malignidad de acusación.

Por último, el hombre juzga a veces entre dos sujetos, y tal juicio debe ser pacífico y justo; pacífico, que se mire por el bien de la paz entre ambos, a ser posible; y justo, que si eso no puede conseguirse, no haga acepción de personas. De este modo la boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua explicará el derecho. Y añade el salmo: "Lleva la ley del Señor en medio del corazón" (48).

Hermanos, la fuente de donde brotan estos bienes es la ley del Señor en el corazón del justo, que todo lo

(47) Terenc.
Adria, 1,34.

(48) Sal. 36,30.

escribe, todo lo enseña, todo lo dicta, todo lo encamina, en una palabra, a estas cosas exteriores conforme a lugar y tiempo oportunos. "Lleva en su corazón la ley del Señor". ¿Cuál es esta ley? ¡Oh ley de Dios, enteramente de Dios, por la cual el mismo Dios en cierto modo se ata, compromete, y para decirlo en una palabra, se somete! Esta ley es el amor, al cual de tal manera desapareció la majestad, que se anonadó a si mismo, tomando forma de siervo (49).

Dichoso el que lleva la ley del Señor en el corazón, ley inmaculada que convierte las almas (50), la cual sugiere pensamientos, dicta palabras y reforma costumbres. Ella, en efecto, es trono de la sabiduría de donde dimanan los ríos espirituales del paraíso, de que habla el Señor en el Evangelio: "Del seno de quien cree en mí, manarán —como dice la Escritura— ríos de agua viva" (51), y añade el evangelista: "Esto lo dijo refiriéndose al Espíritu que habían de recibir cuantos creyesen en El" (52). A eso mismo se refiere aquella otra sentencia: La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (53), por Jesucristo Señor nuestro, el cual vive y reina con Dios Padre y el mismo Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

(49) Fil. 2,7.
(50) Sal. 18,8.

(51) Jn. 7,38.
(52) Ibid.

(53) Rom. 5,5.

IX

En la Anunciación del Señor

De siete dones y de siete virtudes

Hermanos, como muy bien sabe vuestra caridad, aquella fiesta es origen y principio de todas nuestras festividades, que proporcionó al mundo los primeros regocijos festivos, el cual sentado hasta entonces en la tristeza (1), tenía mucho de qué llorar, y poco de qué regocijarse. El cielo quedó atónito, la tierra se estremeció y todos los elementos se maravillaron ante la novedad predicha por Jeremías cuando dijo: "Mirad, el Señor ha hecho una cosa nueva sobre la tierra, una mujer rodeará a un varón" (2). Si el varón deriva su nombre del poder, aquel es realmente varón que recibió el nombre no tanto del poder cuanto de la sabiduría, por cuanto es el poder de Dios, la sabiduría de Dios.

Tal es aquella sabiduría divina que abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas y las ordena todas con suavidad (3). Y añade el profeta: "Yo lleno el cielo y la tierra" (4). Este Dios que llena todas las cosas, las contiene, las gobierna, sin dividirse, sin disgregarse, permaneciendo en toda su integridad y plenitud, perfectísimo; hoy fue rodeado por el vientre de una doncella, se achicó en sus entrañas.

Indudablemente allí siete mujeres apresaron a un varón, a éste, del cual está escrito: "En aquel día", lo explicó antes: "El Señor de los ejércitos privará a Jerusalén y a Judá de todos los varones robustos y fuertes

(1) Is. 66,10.

(2) Jer. 31,22.

(3) Sab. 8,1.

(4) Jer. 23,24.

de todo sustento de pan y todo sustento de agua" (5). Y a renglón seguido: "Les quitará el Señor el adorno del calzado y los anillos y collares" (6). Con las cuales palabras se significa la fuerza del reino y del sacerdocio, cuyo ornato de virtudes y doctrina afirma les ha de ser arrebatado a los judíos para cumplirse la Escritura: "El cetro no será quitado de Judá ni de su posteridad el caudillo hasta que venga el que ha de ser enviado" (7). "En aquel día", pues, cuando les hayan sido arrebatadas todas esas cosas, "siete mujeres apresarán a un varón".

En las siete mujeres están simbolizadas la universalidad de virtudes que descansan plenamente en este varón y en nadie más. Pues en él se dan cita a un mismo tiempo todas las virtudes, porque plugo poner en él toda la plenitud (8), ya que Dios no le ha dado su espíritu con medida (9), pues de su plenitud todos hemos participado (10). A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo (11), el cual da con medida lo que no recibió con medida, otorgando a cada uno según le place.

Si os parece bien, consideremos ahora cómo en el número septenario fulguran las siete virtudes de Cristo de una manera destacada; de las cuales la primera es la humildad, la segunda obediencia, la tercera justicia, la cuarta paciencia, la quinta misericordia, la sexta pureza y la séptima caridad. Por la humildad se acercó a nosotros, por la obediencia se sometió al Padre, por la justicia nos instruyó, por la paciencia redimió al mundo, por la misericordia perdonó los pecados, por la pureza se unió a Dios, por la caridad puso en paz todas las cosas.

(5) Is. 3,1.

(6) Ibid. v. 8.

(7) Gn. 49,10.

(8) Col. 1,19.

(9) Jn. 3,34.

(10) Jn. 1,16.

(11) Ef. 4,7.

Estas siete mujeres apresarán en el día presente a aquel varón único, por encontrar en él lugar de descanso. Por esto, hermanos, David se nos propone por modelo de humildad, Abrahán de obediencia, Elías de justicia, Moisés de mansedumbre y paciencia, Ezequías de misericordia, Daniel de pureza, Samuel de caridad. Todos ellos son santos, buenos, perfectos, mas, ¿quién hay en los cielos comparable al Señor? ¿Quién como el Señor entre los seres divinos? (12). Moisés fue tenido de Faraón por dios; los sacerdotes son llamados dioses, pues dice el salmo: "Yo declaro aunque seáis dioses e hijos del Altísimo todos" (13), mas ¿quién hay en el cielo comparable al Señor, quién entre los hijos de Dios compararse a él? ¿Quién de entre los dioses puede asemejarse a aquel que es hijo de Dios, no por adopción, sino por ser de la misma naturaleza que Dios?

José fue más amado que los demás hermanos a causa de haber sido engendrado en su vejez (14). Ancianidad de Dios, longevidad de Dios, eternidad de Dios. Pues ¿quién habrá entre los hijos de Dios semejante a aquel Hijo, el cual siendo eterno nació del mismo amor con que eternamente ama y es amado del Padre y de cuyo amor procede el Espíritu Santo?

Razón tuvo para hacerle una túnica de diversos colores (15) y talar: talar por causa de su carne, de varios colores por causa de su alma, porque su carne no experimentaría la corrupción (16), y su alma aparecería hermoseada con toda suerte de virtudes.

Estas mujeres han padecido afrentas, jamás estuvieron en la vida exentas de daño a un tiempo. La humildad de David no parece ofendida, en cambio su justicia aparece lesionada. Tampoco aparece perjudicada la

(12) Sal. 88,7.

(13) Sal. 81,6.

(14) Gn. 37,3.

(15) Ibid.

(16) Hech. 2,31.

obediencia de Abrahán, en cambio, cuando la disensión de los pastores, se ve su paciencia si no consumida, al menos lastimada. Si en Moisés no vemos herida la mansedumbre, con todo, muéstrase malparada la fe ante la justicia cuando dice el Señor a Aarón: "Puesto que no quisisteis dar crédito a mis palabras" (17). La misericordia en modo alguno aparece lastimada en Ezequías, en cambio se queja la Escritura de haber quebrantado él la humildad (18). Otro tanto pudiéramos decir de los demás.

Por lo mismo, estas siete mujeres deben sufrir afrentas. En uno la humildad, en otro la justicia, en éste la paciencia, en aquel la pureza, en el de más allá la caridad. ¿Por qué razón dicen: "Comeremos nuestro pan, y nos cubriremos con nuestras ropas"? La humildad tiene un pan para alimentarse y nutrirse, el espíritu de temor de Dios. La obediencia tiene su pan, el espíritu de piedad; la justicia tiene su pan, el espíritu de ciencia; la paciencia tiene su pan, el espíritu de fortaleza; la misericordia tiene su pan, el espíritu de consejo; la pureza tiene su pan, el espíritu de inteligencia; la caridad tiene su pan, el espíritu de sabiduría.

Ahora se explica por qué siete mujeres apresarán a un varón en el cual existe tanta variedad de panes, según aquellas palabras: "Descansará sobre él el espíritu de sabiduría..." Hermanos, imposible que pueda haber humildad en nosotros, si no está alimentada por el temor saludable, ni la obediencia se volverá apacible sin el espíritu de piedad, ni la justicia será ejercida a no ser por el espíritu de ciencia, ni la paciencia se robustecerá sin el espíritu de fortaleza, ni la misericordia se nutrirá sin el espíritu de consejo, ni la pureza de corazón podrá conservarse sin el espíritu de conocimiento

(17) Num. 20,12.

(18) 2 Cro. 32,25.

de las cosas celestiales, ni podrá fomentarse la caridad, sin el don de la sabiduría.

Así pues, dichoso quien está siempre temeroso, porque el temor ahuyenta el pecado, quiero decir, la soberbia de donde tuvo origen todo pecado. Respecto a la obediencia, a la cual no se somete la cerviz altanera, si primero, amansada por el espíritu de piedad, no aprende a hacer su voluntad, sino la de otro. Mas, como está escrito: "No quieras ser demasiado justo" (19), es menester que nuestra justicia sea gobernada por la ciencia, a fin de no llamar malo a lo bueno, o viceversa, coloquemos la luz en las tinieblas o las tinieblas en la luz, supongamos amargo lo dulce o al contrario.

Para conservar la paciencia es menester fortaleza, para que en medio de tantos escándalos, persecuciones y tribulaciones, con que los malos ocasionan al presente bien la fama, bien la hacienda; si faltare la virtud, decaiga también nuestra paciencia.

¿Qué diremos de la misericordia? Si faltare en ella el consejo, o será incauta o negligente, como sucedió a Saúl, quien al parecer llevado de la misericordia perdonó a Amalec, contra el mandato de Dios, reservando los animales para sacrificarlos a Dios. Mas, como dice un santo, tal misericordia desobediente fue rechazada con sobrada razón (20). Lo cual oído por Benadab, rey de Siria, al huir de Acab, se refugió en la ciudad para dejarse prender más fácilmente por él, poniendo su confianza en su débil misericordia diciendo: "He oído decir que los reyes de la casa de Israel son clementes" (21). Como le perdonase Acab, llevado de la misericordia, oyó la amenaza del profeta: "Por cuanto has dejado es-

(19) Ecles. 7,17.

(20) S. Agt.
De anima,
II,12.

(21) 1 R. 20,31.

capar un hombre digno de muerte, tu vida pagará por la suya" (22).

Es necesario, por tanto, gobernar la misericordia por el espíritu de consejo. Tocante a la limpieza de corazón, únicamente se puede perseverar en pureza, si el conocimiento de las cosas espirituales aleja lejos de sí la suciedad de los malos pensamientos con objeto de que el alma, habituada a santas meditaciones, se mantenga constante en su castidad. Referente a la sabiduría, se atribuye a las almas santas, les constituye amigos de Dios, según dice el Señor en el Evangelio: "Vosotros sois mis amigos". La palabra amigo deriva de "amor", cuyo alimento lo constituye la sabiduría, la cual así como por su poder abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas, de idéntico modo por la caridad las ordena todas con suavidad.

Dicen, pues, las mujeres: "Comeremos nuestro pan". Estos son aquellos siete panes con los cuales alimentó el Señor cuatro mil hombres (23), llenando de la gracia septiforme del Espíritu Santo la esencia de la perfección evangélica.

Todas estas virtudes se hallan en Cristo de una manera plena, por no existir en él parte sino plenitud del bien. En su nacimiento manifestó indudablemente la humildad cuando se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y reducido a la condición de hombre (24) en la sumisión a sus padres demostró la obediencia, cuando —interrumpidas todas aquellas cosas que le eran propias— bajó con ellos a Nazaret y les estaba sujeto (25). Del mismo modo fulgura en su doctrina la justicia cuando dice: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (26).

(22) *Ibid.* v. 42.

(24) *Fil.* 2,7.

(26) *Mc.* 12,17.

(23) *Mc.* 8,9.

(25) *Lc.* 2,51.

Por otra parte, pagó tributo a la paciencia al presentar sus espaldas a la flagelación, su rostro a los esputos, su cabeza a las espinas, su mano a empuñar una caña. Con todo, en todas estas cosas —al decir del profeta— no ofreció la menor resistencia, ni levantó la voz, ni se dejó oír en el exterior, antes "fue conducido como oveja al matadero, y guardará silencio sin desplegar siquiera los labios, como cordero mudo delante del que le esquila" (27).

Su misericordia la experimentaron sin duda los ciegos a quienes dio vista, los leprosos curados, los muertos resucitados, pero de una manera especial la mujer adúltera a quien absolvió, la mujer pecadora arrepentida a quien recibió, el paralítico al cual perdonó sus pecados. Referente a su pureza, hallamos testimonios en su carne resucitada, en el ángel que le confortó, en el poder con que introdujo su mismo cuerpo en la mansión celeste.

No habiendo mayor prueba de caridad como amar a los enemigos, hacer bien a los que le aborrecían, rogar por los calumniadores; deduzcamos el grado de su caridad de aquella frase que, ya próximo a exhalar el postrer suspiro por quienes le estaban atormentando, dejó escapar de sus labios diciendo: "Padre, perdónales, no saben lo que hacen" (28).

Aquel su temor casto, permanente por los siglos, acompaña a la humildad; su obediencia se muestra sin coacción alguna, en una piedad connatural, mientras su justicia no es empañada por la más mínima ignorancia. Con todo, el mismo Señor fuerte, poderoso en la batalla (29) conserva su paciencia en la propia fortaleza, vigorizaba la pureza de corazón en el entendimiento divino, dirigía su caridad en la sabiduría. "Dicen", por lo tanto,

(27) *Is.* 53,7.

(28) *Lc.* 23,34.

(29) *Sal.* 23,8.

“comeremos nuestro pan y nos cubriremos con nuestros vestidos”. Estos vestidos son las obras ejecutadas a impulsos de estas virtudes.

Es de todo punto necesario alimentar las virtudes interiormente con la gracia del Espíritu Santo, y adornarse exteriormente por medio de las obras santas. Por eso dicen: “Comeremos nuestro pan y nos cubriremos con nuestros vestidos”.

En consecuencia, hermanos, cuando el Espíritu Santo se digne infundir en nuestros corazones su santo temor, cuidemos de que nuestra humildad se robustezca mediante la asidua meditación —como quien rumia un alimento saludable— con objeto de revestirle exteriormente de honesto lenguaje y procurando a la vez hacer las obras buenas no sólo en presencia de los hombres. Pues si te humillares interiormente, pero en el exterior miras con ojos arrogantes, arrugas la nariz, yergues la cabeza y caminas con paso artificioso, tu humildad aun cuando tenga pan para alimentarse, carece de vestidos con que cubrirse y adornarse.

Del mismo modo, si a tu obediencia no acompaña la sonrisa de rostro, si tarde o temprano (30) ejecutas las cosas mandadas, dicha obediencia carece del ornato adecuado. De idéntica manera podemos juzgar respecto de la justicia consistente en dar a cada cual lo suyo (31), siendo insuficiente manifestar esto en la voluntad, antes es preciso realizarlo en obras.

¿Qué diremos de la paciencia? ¿Crees que es suficiente perdonar a quien te ofendió, no odiar a quien te ocasionó daño, vivir alejado hasta de la pasión de la venganza? En manera alguna. Yo desearía que la virtud alimentada en tu interior por la gracia del Espíritu

Santo, tu habitual serenidad de rostro, afabilidad de trato y porte agradable de todo tu ser, impregnaran en el exterior todas tus obras.

Otro tanto pudiéramos decir de la misericordia y demás virtudes. Las cuales, hallándose plena y completamente en nuestro Señor, estas siete mujeres que en el día de hoy apresaron a un varón, jactándose de la abundancia de pan y de vestidos, dicen: “Comeremos nuestro pan y nos cubriremos con nuestros vestidos”.

El principal modelo para nosotros de todas estas virtudes es la Santísima Virgen María, según el testimonio angélico: “Dios te salve llena de gracia” (32). Llena, ciertamente, de cuya plenitud todos nosotros hemos participado (33). No existe humildad más verdadera que la suya, ninguna obediencia más eficiente, ninguna justicia más exacta, ninguna misericordia más copiosa, ninguna pureza más fructífera, ninguna caridad más ardiente. A todas estas virtudes en modo alguno faltó el pan, es decir, la gracia del Espíritu Santo para alimentarse, ni las ropas, es decir, las obras, y ejercicio de las mismas, para adornarse.

Cuál fuera el ornato de su humildad, al preferir el secreto a la publicidad, el retiro de la habitación a la plaza, la soledad a la concurrencia, la quietud a la actividad; lo explicó el ángel al entrar donde ella estaba: “Dios te salve, María, llena de gracia”. ¿Queréis oír el ornato de la obediencia? “He aquí”, dice, “la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (34).

Hermanos, considerad en primer lugar, cuán grande fue la virtud de la obediencia al recibir como premio el parto divino, la conservación de la integridad corporal, la redención del mundo, la reparación del hombre, la restauración del paraíso, el despojo del infierno, el res-

(30) Reg. S.
Benito c. 5.

(31) Cicer. V,
Fin. 23,65.

(32) Lc. 1,28.

(33) Jn. 1,16.

(34) Lc. 1,38.

tablecimiento del orden celeste, la resurrección de los muertos.

¡Oh, dichosa Virgen! Nadie podrá pagarte dignamente la sublimidad de tus favores, pues en pago de tu obediencia mereciste concebir en tu seno al Autor de nuestra salud. Fijáos, hermanos, cómo la Virgen María fue saludada por el ángel, se le anunció la presencia de Dios, la plenitud de gracia, el acrecentamiento de las bendiciones, al decirle: “Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres”; sin embargo, todavía Dios no había sido concebido, el Verbo no había tomado carne. En seguida le ahuyenta todo temor, le pone delante el tesoro de su gracia, le muestra el fruto que nacería de ella, Jesús, diciendo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor; mira, concebirás y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús (35). Aún todo está en suspenso, se dilata lo que le anuncia a fin de patentizar la virtud de la obediencia, pues continúa con estas palabras: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el santo que nacerá de ti se llamará hijo de Dios” (36).

¿Quieres convencerte cómo aún no se ha realizado el misterio de la encarnación? Escucha el Evangelio: “Le fue puesto por nombre Jesús, nombre que le fue puesto por el ángel antes de ser concebido” (37). ¡Oh santa! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María! (38). Toda la corte celestial tiene fijos en ti los ojos; los ángeles, los arcángeles, querubines y serafines que asisten a Dios, esperan con ansiedad el resultado de este mensaje. La encarnación de Dios, la salvación del mundo, la reparación del linaje humano, la restauración del cielo, la re-

vocación del castigo ha sido ya preparada, ha sido dispuesta de antemano. Todavía se difiere la promesa que al eco de la obediencia, mediante la cooperación del Verbo, obtendrá plena realización. Entonces María exclama: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

Aquí tenéis un espejo de obediencia. Renuncia la libertad, abraza la esclavitud, se somete al mandato ajeno, obedece a la palabra y concibe al Verbo. En el mismo instante despliega sus labios a la obediencia y su seno se abre a la sabiduría. “Aquí está —dice— la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

Magnífica obediencia. Suene esta palabra en nuestros oídos (39), anide esta virtud en vuestro corazón, para así poderos gloriar de la obediencia. Mas, ¡ay de nosotros! Pregunto: ¿de qué alma es dicha palabra: Mirad, yo soy la esclava? ¿Quién de vosotros no apetece más bien aquella pésima libertad de la cual habla el apóstol: “Porque cuando érais esclavos del pecado estuvisteis exentos de justicia? Sí, aquella alma es esclava que ama su propia voluntad, que jamás dice a su prelado “hágase en mí según tu palabra”, a no ser que antes no hubiera repetido bien con los labios, bien con el corazón dicha palabra. Pero pasemos a otro tema.

La obediencia sigue a la justicia, la cual fulgura abundantemente en María dando a cada cual lo suyo. Porque en oyendo de boca del ángel que su prima, anciana y estéril toda su vida, había concebido, al punto se puso en camino para la montaña, se mostró servicial con la anciana, consoladora de la débil, caritativa con su prima.

Respecto a su paciencia, ¿qué diremos? el anciano Simeón nos la recomienda en aquellas palabras: “Tú

(35) Lc. 1,38.

(37) Lc. 2,21.

(36) Ibíd. 35.

(38) Ant. Salve Reg.

(39) Cant. 2,14.

misma alma será traspasada con una espada" (40). Respecto a su misericordia, es superfluo alabarla, por cuanto de ella está llena la tierra, hace dichosos a los miserables, sacrifica a los pecadores, salva a los extraviados, alegra a los tristes, sana a los enfermos, reanima a los desesperados. Ella es refugio singular de los míseros mortales, consoladora en las tribulaciones, auxilio en las adversidades, consejera en las dudas, medicina en los dolores.

Por lo que atañe a su pureza, ¿qué podremos decir de la que concibió virgen, dio a la luz virgen y después del parto permaneció virgen? (41). Su caridad hacia el género humano fue tan grande, que así como su hijo es mediador entre el Padre y el hombre, de la misma manera ella, siendo mediadora entre su hijo y nosotros, aleja su ira, le mueve a misericordia, le pide gracia, retarda el castigo, hasta el punto de que no pocas veces ella ha vuelto a meter en la vaina la espada de la divina justicia levantada contra el hombre.

Con razón, por lo tanto, en su santísimo seno las siete mujeres se apoderarán de un varón por haber hallado allí suficiente pan y vestidos. Quejándose de la afrenta exclamarán: "Comeremos nuestro pan y nos cubriremos con nuestros vestidos, en el momento que sea invocado tu nombre sobre nosotros desaparecerá nuestra afrenta". ¿Cuál es esta afrenta? En ninguna parte hay descanso seguro en esto. Si yo —dice la humildad— soy admitida, es desechada la justicia; si ella es recibida, yo soy excluida. Si la obediencia es honrada, la misericordia queda en mal lugar. Si agrada la paciencia, la pureza es un delito; o si es grata la pureza, la caridad es de menor eficacia.

(40) Lc. 2,35.

(41) Ant. Vísper.
Pur.
B.M.V.

Supuesto que rehusamos habitar juntamente, cada día somos admitidas, cada día rechazadas, cada día somos introducidas, cada día excluidas. Por tal motivo en ninguna parte estamos con seguridad, en ninguna somos estables al buscar descanso y no hallarlo (42), a no ser que invoquemos su nombre sobre nosotros, a fin de hacer desaparecer nuestra afrenta. Tú eres varón único y siempre único, porque eres siempre el mismo y tus años no se acabarán (43). Sea invocado tu nombre sobre nosotros, tu nombre dulce, suave, nombre sin el cual no hay salvación (44). Jesucristo es el Cristo. Invocado este nombre sobre nosotros, hará desaparecer nuestro oprobio.

A Jesús pertenece todo cuanto es propiedad de su persona: la humildad, la obediencia, la paciencia, la pureza. Atendiendo al significado de la palabra Jesús, fue maestro de humildad, espejo de obediencia, ejemplar de paciencia, dechado de castidad. En cuanto a la etimología de Cristo, es decir, ungido por la gracia, santifica al perverso, derrama raudales de misericordia sobre los miserables, y su caridad, al aceptar voluntariamente la muerte, redime a los cautivos. "Sea invocado tu nombre sobre nosotros, quita nuestro oprobio", a fin de que en ti sólo habitemos todos, por tu gracia pasemos a otros, y por ti seamos conservados en otros.

Existe aún otra afrenta que padecían las virtudes, esto es, que no podían justificar al hombre ni menos conducirlo al reino de los cielos, antes de descubrir la virtud del nombre de Cristo, antes de franquear las puertas del paraíso el misterio de la cruz. Por lo demás, muchos no sólo judíos, sino también filósofos, y no filósofos, se creían adornados de muchas virtudes. Mas, porque sin el nombre de Jesús creían conservar las virtudes sin fruto, sin

(42) Mt. 12,43.

(43) Sal. 101,28.

(44) Fil. 2,9-10.

premio, sin recompensa, consideraban en tales casos las virtudes como oprobio, pues para muchos les ocasionaba trabajo y en modo alguno reportaban fruto. Por eso: "Sea invocado tu nombre sobre nosotros, quita nuestro oprobio". Pues debajo del cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el cual debemos salvarnos (45).

Supuesto que ensalzó a su Cristo dándole un nombre sobre todo nombre, y como al nombre de Jesús se dobla toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en el infierno (46), procuremos con gran cautela que nuestras virtudes no sufran ningún oprobio. La humildad será presa de este oprobio, si teniéndola en nuestro corazón, se ve invadida de la soberbia, rehusando someterse a otros, o bien ambicionando el mandar. De idéntica manera la obediencia, cuando resistimos al mandato del superior o lo ejecutamos con negligencia. Así también la justicia, si apetecemos más lo que nos interesa a nosotros mismos que al prójimo. Otro tanto podemos decir de la paciencia, si nos irritamos contra quien nos llama la atención o bien desempeñamos el triste papel de devolver la injuria. Igualmente la misericordia, si no compadecemos al que cae, o perdonamos al arrepentido. No de otra suerte la castidad, si se admiten los malos pensamientos o se emplean alguno de los miembros del organismo para obrar el mal. Finalmente, la caridad no se verá exenta de oprobio, mientras sea juguete de la envidia o del odio.

Por lo tanto, persista siempre en nosotros el recuerdo de tan dulce nombre a fin de que lo que no podemos llevar a cabo por nuestras propias fuerzas, lo realicemos por la virtud del mismo nombre. Este nombre, en efecto, ahuyenta los demonios, destierra los vicios, conserva las virtudes. Este nombre conforta a los miserables, resta-

(45) Hech. 4,12.

(46) Fil. 2,10.

blece a los caídos, reanima a los desesperados. Este nombre lo dictó el Padre, lo santificó el Espíritu Santo, lo recibió el Hijo y lo anunció el ángel. En este nombre se gloria la Virgen santísima, el mundo se salva y el cielo queda restaurado.

Sea para nosotros este sagrado nombre, por los méritos de la Santísima Virgen María, remisión de nuestros pecados, adquisición de las virtudes, recompensa eterna en los cielos. Este dichoso nombre, por el cual son renovados cielos y tierra, sea bendito en el cielo y en la tierra por aquel que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

En la Anunciación de la Santísima Virgen María

De las tres túnicas de José

La fiesta del presente día es el principio de las demás fiestas, y la primera entre todas las solemnidades del año. Siendo la festividad símbolo de regocijo, antes de llegar el presente día, ¿en qué hacían consistir la fiesta de los hijos de Adán, sentados en tinieblas y sombras de muerte (1), cautivos de hierros y miserias? (2). Todas las cosas aparecían, miserables, tristes, deplorables. Con razón este día es el principio de todas las fiestas, el inicio de nuestros gozos, en el cual nos visitó el sol naciente (3) y se cumplió la promesa de Dios por el profeta: "Mirad, yo mismo iré en busca de mis ovejas" (4). Eramos como ovejas descarriadas, cada cual se desvió para seguir su propio camino (5).

Mas, el día presente, aquel padre excelso envió a nosotros al verdadero José para ver cómo marchaban tanto los hermanos como sus rebaños (6). Este es indudablemente aquel José, amado del padre sobre todos sus hermanos, por haberle engendrado en su ancianidad. La senectud es sinónimo de longevidad. La longevidad no es otra cosa sino su eternidad.

Este José, pues, que vino a buscar lo que se había perdido, a salvar lo que había perecido (7), fue engendrado en la ancianidad del padre, es decir, en la eternidad del Padre. Es lógico, por consiguiente, fuese amado

(1) Sal. 87,7.

(2) Sal. 106,10.

(3) Lc. 1,78.

(4) Ez. 34,11.

(5) Is. 53,6.

(6) Gn. 37,14.

(7) Mt. 18,11.

sobre todos, el eterno por el eterno, el omnipotente por el omnipotente, el perfecto por el perfecto. Según esto, ¿quién sobre las nubes se compara a Dios, quién como el Señor entre los seres divinos? (8). ¿Quién? En realidad hay muchos hijos de Dios, como está escrito: "Yo declaro: aunque seais dioses e hijos del Altísimo todos" (9). Mas, ¿quién sobre las nubes se compara a Dios, quién como el Señor entre los seres divinos? Nadie, entre los legisladores, es semejante a El.

Los demás son hijos suyos por la gracia, éste por naturaleza; los otros fueron engendrados por el aliento de su palabra, éste fue engendrado de él entre esplendores sagrados (10). "Yo mismo te engendré —dice— antes de la aurora" (11). Ciertamente Aquel José era de lindo semblante, hermoso talle (12), mas, éste es el más bello de los hombres (13), en quien desean mirarse los ángeles (14), cuya hermosura admiran el sol y la luna (15).

A éste, a éste amado sobre todos, sabio sobre todos, hermoso sobre todos, envió Dios Padre en el presente día a visitar a sus hermanos y rebaños. Antes de él había enviado algunos otros, Abrahán con la circuncisión, a Moisés con la ley; al primero para curar con este cauterio las ovejas enfermas; al segundo, para corregir a las descarriadas mediante la vara de la ley. Pero la circuncisión poco aprovechó, y la ley fue nociva, pues en sobreviniendo la ley, se aumentó el pecado (16).

En vista de esto —dijo Dios Padre— ¿a quién enviaré y quién irá por nosotros? (17). Respondió el Hijo: "Mira, yo mismo iré a buscar a mis ovejas y las visitaré al modo como el pastor visita su rebaño" (18). En consecuencia, enviado desde el valle de Ebrón vino a Siquén. Su

(8) Sal. 88,7.

(12) Gn. 29,17.

(16) Rom. 5,20

(9) Sal. 81,6.

(13) Sal. 44,3.

(17) Is. 6,8.

(10) Sal. 109,3.

(14) I Pe. 1,12.

(18) Ez. 34,10.

(11) Ibid.

(15) Resp. Fies. S. Inés.

salida es desde lo más alto del cielo (19) y su bajada hasta el valle de Ebrón. En primer lugar al valle de Ebrón. Adán había subido al monte de la soberbia: el Hijo de Dios bajó al valle de la humildad.

En el presente día encontró el valle al cual descendería. ¿En dónde lo encontró? No en ti, Eva, madre de nuestra perdición, no en ti, pues el valle de Ebrón es símbolo de la Santísima Virgen María. Ella es valle por su humildad, Ebrón por su fortaleza, por cuanto Ebrón significa participación o aumento perdurable de la fortaleza, fuerte por la participación de aquella fortaleza de la cual está escrito: "El Señor fuerte y poderoso, etc." (20).

Esta es aquella mujer fuerte deseada ardientemente por Salomón cuando decía: " ¿Quién hallará una mujer fuerte?" (21). Fijaba su mirada en aquella mujer cuya flaqueza introdujo la muerte en el mundo; deseaba otra cuya fortaleza restaurase la vida del mundo. Por eso dice: "¿Quién hallará una mujer fuerte?" Aunque Eva fue creada en el paraíso exenta de corrupción, de dolores y enfermedades, sin embargo, fue débil y flaca en demasía. ¿Quién hallará una mujer fuerte? ¿Acaso la podremos encontrar en esta tierra desventurada, cuando no se pudo hallar en la felicidad del paraíso? ¿Podrá hallarse en este valle de lágrimas, la que no fue encontrada en aquella felicidad suprema? ¿Podrá hallarse, repito, en este destierro, lo que no pudo ser hallado en el paraíso? ¿Quién hallará una mujer fuerte?

Tres cosas hicieron a Adán débil en el paraíso: la curiosidad, la vanidad y el placer. Por la curiosidad salió fuera, por la vanidad se llenó de orgullo, por el placer prorrumpió en alabanzas —al decir de la Escritura— diciendo: "Viendo la mujer que el árbol era bueno para comer y de agradable aspecto" (22).

(19) Sal. 18,7.

(21) Prov. 31,10.

(20) Sal. 23,8.

(22) Gn. 3,6.

Considera cómo ella, haciendo caso omiso de su belleza interior, dejóse arrastrar de las cosas exteriores, sufriendo, sin duda, lo que dice el Cantar de los Cantares: "Si no lo sabes, oh tú la más bella de las mujeres, sigue las huellas", etc. (23). El hombre, colocado en la cúspide del honor no lo entendió (24). Tan grande honor debía haberse recreado no en la hermosura terrena y corpórea, sino en la celeste y espiritual. Con todo, Eva colocada en el honor no se percató de ello, y por ese motivo saliendo fuera apacienta los cabritos (25), es decir, los ojos de su cara contemplando el árbol bueno y de aspecto agradable para comer de él.

Entonces, la serpiente antigua, hallando ocasión propicia exclamó: "¿Por qué os ha mandado Dios que no comáis del fruto de este árbol? Comed y seréis como Dioses" (26). Al oír estas palabras el corazón de la mujer comenzó a ensoberbecerse. ¡Oh soberbia! ¿Cómo crees se ha de engreír oyendo que mediante el placer puede escalar la divinidad? Porque no le rechazó en razón de la dulzura que se le ofrecía, de la gloria que se le prometía. Probó, y al punto se hinchó de sí, habiéndosele seguido ignominia en vez de gloria, desventura en lugar de deidad, tristeza en vez de alegría.

Según esto, si la mujer se halló tan débil en el mismo paraíso, en este valle de miseria, ¿quién hallará una mujer fuerte? Hoy, sin embargo, Dios Padre encontró una a quien santificaría; Dios Hijo halló una en la cual habitaría; Dios Espíritu Santo encontró una a la cual adornaría con sus gracias; el ángel encontró una a quien saludaría con estas palabras: "Y habiendo entrado el ángel adonde ella estaba le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo" (27). Aquí tenemos la mujer

(23) Cant. 1,7.

(25) Cant. 1,7.

(27) Lc. 1,28.

(24) Sal. 48,13-21.

(26) Gn. 3,1.

fuerte en la cual vemos gravedad en lugar de curiosidad, humildad en vez de vanidad, virginidad en lugar de sensualidad.

"Habiendo entrado el ángel adonde ella estaba" (28), esto es, según el texto no fue hallada la Virgen derramada al exterior en sus sentidos carnales, ni tampoco en los mercados, sino dentro, en el retiro, en su aposento, orando al eterno Padre desde el fondo de su alma. ¿Me atreveré a suponer lo que estaba haciendo la Virgen en aquel momento, qué meditaciones ocupaban su mente, qué oraciones eran pábulo de su alma? Indudablemente tendría en sus manos el libro de Isaías, y al abrirle coincidiría la lectura de aquel pasaje: "Mirad: una Virgen concebirá y dará a luz un hijo y su nombre será Emmanuel" (29).

A mi modo de ver, en este pasaje de la lectura debió entablarse una lucha en el corazón de la Virgen entre la parte humana y la caridad, pues mientras ésta —que todo lo espera— se enardece en deseos de que Dios apresurase para ella aquel dichoso parto, la parte humana salía al paso de tal deseo considerándose indigna de tamaño beneficio. Mirad, una virgen concebirá. Dichosa virgen —dijo— a quien el cielo le hizo la promesa de engendrar sin lesura de su sello virginal, dichoso vientre en el cual se había de encerrar, dichosos pechos que le habían de amamantar, afortunados brazos que le habían de estrechar contra su corazón. Ojalá fuera yo al menos la criada de tal virgen, ojalá me fuera dado ser sierva de tan grande dulzura y suavidad!

De seguro su corazón se enardece en esta meditación y su pecho prorrumpería en afectos de amor abrazado e impregnados de lágrimas. Es muy posible la

(28) Ibíd. 1R.

(29) Is. 7,14.

encontrara el ángel sumergida en estos pensamientos cuando le dijo: "Dios te salve, llena de gracia".

Con razón, por lo tanto, el valle de Ebrón —como queda dicho —es valle por la humildad y Ebrón por la fortaleza, por cuanto significa aumento perdurable. Efectivamente, antes de saludarla el ángel se advertían en la Santísima Virgen aquellas tres virtudes: gravedad de costumbres, por la cual huía de aparecer en público; humildad de espíritu, por la cual triunfaba de todo atisbo de soberbia y vanidad; continencia perfecta, por cuanto rechazaba lejos de sí toda satisfacción carnal. Pero al saludarla el ángel, al envolverla en sus fulgores el Espíritu Santo, añadió no poco incremento de gracias, pues la humildad mereció la sublimidad, la virginidad, la fecundidad y la gravedad el testimonio de la buena fama.

"Desde ahora —exclamó ella— me llamarán dichosa todas las generaciones" (30), aludiendo a la fama. "Porque el poderoso ha hecho obras grandes por mí" (31), refiriéndose a su fecundidad. "Miró la humillación de su esclava" (32), aludiendo a su humildad profunda.

Por consiguiente, bien se llama aumento de la Madre a nuestro José, cuyo significado es el que aumenta. "Hijo mío José que va en aumento, hijo mío que va en aumento" (33). Indudablemente quien siempre va en aumento al igual de aquella piedra desprendida del monte sin intervención humana alguna (34), la cual fue creciendo hasta llenar la superficie de la tierra. Luego la madre es aumento, el hijo aumenta a este aumento, y la madre es el aumento de los que aumentan.

Descendió, repito, al valle de Ebrón, y saliendo desde el valle de Ebrón llegó a Siquén. Y, ¿de qué manera

fue enviado? En modo alguno desnudo, por haberle hecho su padre una túnica talar de diversos colores (35). Sabéis ya, hermanos, cómo el Verbo del Padre que habita en el mismo corazón del Padre en una luz inaccesible (36), no ha podido ser visto ni conocido de nosotros. Porque, ¿quién es capaz de acercarse al inaccesible, de ver al invisible, hablar al inefable?

Y supuesto que la misma divinidad, por decirlo así, jamás pudo ser vista por el hombre, el Padre le hizo una túnica de varios colores, poniendo delante algo que mitigase a nuestros ojos la irradiación de aquella luz inaccesible, sin ocultar del todo la divinidad. De esta suerte, la divinidad se dejó ver entre nosotros primeramente revestida de criatura, después en la Escritura Sagrada, y por fin en la naturaleza humana. La universalidad de criaturas son a manera de otra túnica que ocultan a nuestro José y a la vez le permiten ver. Esta túnica tiene variedad de colores. Echemos una mirada al firmamento, cuán hermoso y variado aparece, por reinar en él perfecta armonía, donde una es la claridad del sol, otra la de la luna, otra la de las estrellas. Pues una estrella se distingue de otra por su claridad (37).

Consideremos el espacio, con su profusión de animales, cuán bellos en su múltiple variedad, en su forma, colorido, especie. Fijémonos en la tierra, donde hay tanta abundancia de flores con prodigalidad de perfumes, tanta cantidad de árboles, frutos, hierbas, raíces, donde existe aquella diversidad de metales y piedras preciosas. ¿Qué diremos si descendiéramos a tratar de la multitud de peces que pululan por el mar, tanto por la variedad como por la cantidad de cada especie?

En todas estas maravillas se rastrea, se palpa la divina majestad, ora moderando en su origen aquella

(30) Lc. 1,48.

(32) *Ibid.*

(34) Dan. 2,34.

(31) *Ibid.* 49.

(33) Gn. 49,22.

(35) Gn. 37,3.

(36) I Tim. 6,16.

(37) I Cor. 15,41.

luz inaccesible, ora vigorizándolas en su actividad cósmica. A través de esta túnica fue reconocido por algunos nuestro José "En efecto, las cosas invisibles de Dios, aún su eterno poder, y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas" (38). Mas, por cuanto esta hermosura exterior deslumbraba por completo la vista de quienes las contemplaban, en cambio su luz interior no aparecía sino a modo de espejo, muchos, seducidos en gran manera de las cosas presentes, antepusieron la hermosura del ropaje a la realidad del que se cubría con él, colocando de esta suerte la mentira en el lugar de la verdad de Dios, dando culto y sirviendo a las criaturas en lugar de adorar al Creador (39). Nuestro José ha sido realmente muy conocido bajo esta túnica, pero bien poco amado.

No obstante, recibió de su padre otro vestido, a saber, la Sagrada Escritura en la cual bajo ciertos sacrificios impuros, variedad de ceremonias y ritos, para unos aparece oculto, en cambio para otros les sirve de provecho. Así pues, la letra era el vestido exterior, a manera de espíritu vivificante del hombre interior, mas, ora adhiriéndose a esta letra, ora criticando su espíritu, mientras reverencian el vestido, desprecian a quien se cubre con él. Es verdad que sobrevino la ley y con ella se aumentó el pecado (40).

¿Qué hará Dios, por tanto, con los hijos de Adán? No pueden ver desnudo a su Hijo, desprecian el vestido por la calidad del género; impónese la necesidad de tejerle una túnica talar tan semejante a él, que no aparezca diversidad alguna entre la persona revestida y el ropaje que la cubra, con objeto de que no pueda amarse o reverenciarse el vestido sin la persona que lo lleva, y

repercuta en ambos tanto el honor o la injuria dirigidos a cada uno de ellos.

Por esta razón el Hijo de Dios se revistió de nuestra naturaleza mortal, uniéndose tan estrechamente a la naturaleza humana, que según la fe católica no sólo se vistió, sino también se hizo hombre, por cuanto el "Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (41).

Esta es la túnica polimita, refulgente en su doble naturaleza, hermosísima en su variedad de colores, que se muestra en una sola y misma persona, con admirable delicadeza, diversidad de operaciones, como otros tantos colores.

Porque de la naturaleza humana procedía aquella debilidad infantil, a modo de color oscuro, que manifestaba en su majestad divina por el reciente parto de la Santísima Virgen. El vil portal, lleno de mugre oscuro y tétrico, muestra al verdadero hombre; la luz celestial y el coro de ángeles pregonan al verdadero Señor. La estrechez del pesebre y los despreciables pañales muestran la pobreza del hombre; la estrella radiante, los magos acudiendo en tropel a adorarle, proclaman las riquezas celestiales. En el ayuno de cuarenta días brilla cierto color celeste; en el hambre que se le siguió, mostró su realidad terrena, su naturaleza humana. Dios duerme, Dios tiene sed, se entristece y muere, manda a los vientos; hombre, pisa sobre las aguas, multiplica los manjares, resucita muertos: Dios está en el hombre, el hombre está en Dios.

Esta túnica es talar porque abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas (42), pues a causa de la divinidad, su carne no experimentó la corrupción (43). Por consiguiente, contempla, oh Adán, con seguridad, sin temor, en esta túnica a tu Señor y Dios. Adora segu-

(38) Rom. 1,20.

(39) *Ibid.* v. 25.

(40) Rom. 5,20.

(41) Jn. 1,14.

(42) Sab. 8,1.

(43) Hech. 2,31.

ro la túnica del que la lleva y al mismo que la lleva, porque esta túnica, cuanto más próxima está a nosotros, tanto más suave debe ser, pues la omnipotencia hizo la primera, la sabiduría compuso la segunda, pero ésta la tejó la Madre de la misericordia, quien buscó lana y lino y trabajó con ellos (44). Esto es, en el valle de Ebrón encontró la Santísima Virgen lana y lino en el presente día y con ellos trabajó, por resplandecer aquí aquel vellocino en el cual el santo profeta David contempló la lluvia celeste caída sobre él, cuando dijo: "Bajó como lluvia sobre el césped, como llovizna que empapa la tierra" (45).

A la verdad, su sacratísima carne es comparada oportunísimamente a la lana, la cual tiene su origen en la carne, no en el aire, tomó su naturaleza, no la concupiscencia. Así en la carne santísima de esta dichosísima Virgen nada de la concupiscencia carnal introdujo la naturaleza de la carne, porque al cubrirla con su sombra el Espíritu Santo, arrancó toda sensualidad de sus sentidos. Cuando se siembra el lino, cuando nace, cuando crece y se arranca de la tierra, no presenta el menor indicio del empleo que se le ha de dar; mientras espera tal decisión, es fino, suave y blando, a primera vista diferente de como aparecía en un principio. La labor delicada que se realiza en torno a él no es por razón de como se ve en sí, sino conforme a la utilidad que hemos de sacar de él en el futuro.

Por lo cual, así como en la lana está simbolizada la incorrupción de la carne, así también en el lino está simbolizada la incorrupción del espíritu, pues la integridad del alma consiste en la perfección de la fe en las cosas presentes, la cual no es laboriosa, sino más bien codiciosa no de las cosas que se ven, sino de aquellas que se ocultan a su mirada.

(44) Prov. 31,10.

(45) Sal. 71,6.

Así pues, esta mujer fuerte proporcionó esta doble materia a la túnica de nuestro José, a saber, integridad de carne en la encarnación del Señor, y fe de espíritu. Y así como es dichosa la Virgen por haber concebido, dado a luz y permanecido virgen después del parto, así también es ciertamente dichosa la que creyó porque se cumplieron en ella las cosas que le fueron dichas de parte del Señor (46). Con mucha razón el precio de esta mujer es mayor que el de las perlas (47). ¿Pues, cuál es su precio? Indudablemente su Hijo es precio superior a las perlas, por asomar de un extremo del cielo y su órbita llega al otro extremo (48).

Amadísimos hermanos: dos mujeres se nos ofrecen, María y Eva. Aquella fuerte y dichosa, ésta débil y miserable. Una humilde, la otra soberbia. Y también aquí cabe preguntar, ¿quién hallará una mujer fuerte? ¿Quién hallará a un imitador de María, no de Eva? Mirad el paraíso, mirad el árbol de la ciencia del bien y del mal, mirad la serpiente preparada para seducir, mirad a Dios preparado para tomar la venganza.

La soledad del claustro es el paraíso terrenal, realmente no inferior, a mi modo de ver, sino más hermoso que aquel paraíso en el cual fue colocado Adán. Colocados todos nosotros en este paraíso, debemos ofrecer copiosamente, cuál árboles fructíferos, abundancia de frutos espirituales: mientras uno da pruebas de profunda humildad, otro está impregnado de caridad; éste sobresale en la paciencia, aquél está adornado de castidad; uno despliega actividad en la labor de manos, el otro aparece más tranquilo saboreando la quietud y el silencio; finalmente, hay quien se entrega a las lágrimas y compunción del corazón, mientras el de más allá prefiere la lectura y meditación.

(46) Lc. 1,45.

(47) Prov. 31,10.

(48) Sal. 18,7.

Creo debemos preferir este paraíso donde florecen tanta fecundidad de frutos espirituales, a aquel de donde fue arrojado el primer hombre. Existe, además otro paraíso en el corazón del hombre, su misma tranquilidad de conciencia. ¿Habrà alguien que nos pueda explicar fácilmente cuánta alegría, cuánta suavidad, cuánta felicidad se experimenta en este paraíso? Pues el alma, cuantas veces penetra en los repliegues más profundos de su conciencia —como percatándose de sus muchas virtudes— otras tantas conversa felizmente en el paraíso mismo.

Mas, en todo paraíso terreno existe el árbol de la ciencia del bien y del mal, para ser tentado Adán y probado con la tentación, y una vez probado, recibirá la corona de la vida prometida por Dios a quienes le aman (49). El árbol de la ciencia del bien y del mal es la ocasión de pecado, que en la presente vida no puede faltar de ningún claustro.

Ea pues, Adán, comerás de la fruta de todos los árboles del paraíso, mas, no tocarás el árbol de la ciencia del bien y del mal (50). Mirad cuántos hermanos en los cuales se advierten frutos buenos, suaves, útiles, no vaya a suceder que en alguno de ellos aparezca alguna vez fruto inútil, materia de pecado. Comerás, Adán, de todos los frutos del paraíso, mas, no has de comer del fruto de la ciencia del bien y del mal. El que es casto, si tuviera la debilidad de caer en materia de pureza, la misma experiencia le hará conocer el abismo existente entre la dulzura de la castidad y la podredumbre del vicio, entre la libertad de la primera, y la esclavitud del segundo. Otro tanto pudiéramos decir de las otras virtudes y vicios.

Por eso, hermanos, mirad el paraíso, mirad el árbol

(49) Sant. 1,12.

(50) Gn. 2,17.

de la ciencia del bien y del mal, la serpiente ni duerme ni descansa, de continuo está insistiendo a que toquemos lo prohibido, dejemos a un lado lo permitido. “¿Quién, pues, hallará una mujer fuerte?” ¿Qué alma piadosa hay tan fuerte —no imitadora de Eva, sino de María— a quien la serpiente no seduzca, la curiosidad no arrastre, la vanidad no le hinche, el placer no le llene de inquietud? Cuantas veces se sugiere al monje mirar a algún tibio descuidado en el silencio, él mismo se convierte en tibio y negligente; fijar en otro poco recatado en sus costumbres, él mismo se verá arrastrado por el ocio; mirar a un perezoso, también él seguirá su ejemplo merodeando de aquí para allí; cuantas veces se le incita a escuchar libremente al murmurador, consienta en la murmuración, haga señas o pronuncie palabras ociosas, es la serpiente la que le dice: “Gustad y seréis como dioses” (51). Si es Eva, prueba, si es María, no le escucha.

“¿Quién hallará un mujer fuerte? Su precio es mayor que el de las perlas”. ¿Qué pensáis, hermanos míos? ¿Acaso corremos o trabajamos en balde? (52). Pero al presente nada recibimos sino trabajos y dolores. Así es, mas, son de mayor estima que todas las preciosidades traídas de las regiones más apartadas del mundo. ¿Cuándo nos será dado contemplar nuestra paga? Está lejos, muy lejos, pero es grande. Los sufrimientos de la presente vida no tienen comparación con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros (53). ¿Y cuando se ha de manifestar? “Dios la da a sus amigos mientras duermen” (54). Su precio es mayor que el de las perlas.

Sobre estos valores, muchas cosas pudiera deciros,

(51) Gn. 3,5.

(52) Fil. 2,16.

(53) Rom. 8,18.

(54) Sal. 126,2.

mas, como el tiempo no lo permite, interrumpimos aquí el tema, no lo damos por terminado. Entretanto, roguemos hermanos carísimos a la Madre de Dios y Virgen bendita entre todas las mujeres, mujer fuerte, que así como en el presente día concibió al Hijo de Dios por la virtud del Espíritu Santo (55), así también por sus ruegos concibamos la fe, deseemos la esperanza y abracemos por medio de la caridad al mismo Señor nuestro Jesucristo que con el Padre y el mismo Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos.

(55) Pref. B.M.V.

XI

En la Anunciación del Señor

¡Desgraciado de mí, pues soy hombre de labios impuros! (1). ¿Y cómo me atreveré yo, con mis labios manchados, a revelar aquel decreto divino que hoy se dio a conocer en Nazaret? No sé de qué manera poder dar a conocer con mis labios menos puros a oídos castos, aquel dulcísimo coloquio entre la Virgen y el ángel, en el cual se anunció de antemano la salvación del mundo, la redención del linaje humano, la reparación de la ciudad celeste.

¡Oh Nazaret, ciudad santa, ciudad dichosa, ciudad amable, ciudad fructífera, ciudad preciosa, más preciosa que el cielo, más fecunda que el paraíso! En ti nace un árbol bello a la vista, delicado al tacto, suave al gusto, de cuyo fruto no me aparto, antes me invito a gustarlo, porque no ocasiona la muerte, sino da la vida eterna.

Con razón, Nazaret santa, eres más querida para mí que el paraíso en donde las cosas antiguas son renovadas, las ruinas reparadas, las podridas vuelven a florecer, las secas a reverdecir. En el paraíso sonó el consejo de nuestra perdición, de nuestra condenación, de nuestra muerte; en Nazaret, el de nuestra salvación, el de nuestra redención, el de nuestra vida. En el paraíso, la serpiente y Eva tramaron planes contra nosotros (2), y entre ellas el espíritu de las tinieblas; en Nazaret se pusieron de acuerdo el ángel y María, y con ellos el Espíritu Santo. ¡Dichoso día, dichosa hora, dichoso tiempo! Esta es aquella hora que con tanta ansia

(1) Is. 6,1.

(2) Sal. 82,4.

esperaban todos los santos desde el principio del mundo. "Muchos reyes y justos —dice el Evangelio— ansiaron ver lo que vosotros véis y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron" (3). En una palabra, Isaías suspiraba con gran ansia por ver este día, lo vio y se llenó de gozo (4).

Se me ocurre una pregunta: ¿acaso su ojo avizor no había echado una mirada a este día cuando dejó escrito: "Mirad, una Virgen concebirá y dará a luz un hijo"? (5). Indudablemente apenas hay diferencia entre las palabras pronunciadas por el profeta y las que nos pone la Iglesia en el presente día. Dice el profeta: "Mirad, una virgen concebirá y dará a luz un hijo". Y el evangelista: "Fue enviado un ángel a la Virgen y le dijo: mira, concebirás y darás a luz un hijo" (6). Fijaos cómo en la narración sobre nuestra salvación, se pusieron de acuerdo el evangelista, el ángel y el profeta para decir: "Una virgen concebirá".

¡Oh Virgen dichosa sobre todas las vírgenes, bendita más bien sobre todas las criaturas, elegida entre todas ellas para ser santificada por el Espíritu Santo, para ser fecunda permaneciendo virgen, para ser saludada por el ángel! "Dios te salve —le dijo— llena de gracia" (7). Dios te salve, dulce Señora, Dios te salve, llena de gracia, totalmente llena, de cuya plenitud todos nosotros hemos participado (8). En una palabra, habiendo pecado Adán, toda criatura, fue despojada igualmente, en cierto modo, de su dignidad, toda la posteridad de Adán se veía sentenciada al suplicio, se había dilatado la restauración de la ciudad celeste, el cielo, la tierra, el mar, los astros se hallaban como inficionados por la servidumbre del pecado. Mas, en el presente día toda criatura reco-

bró su honor, le fue devuelta su dignidad perdida. Tal es la gracia que todo el mundo recibió hoy de la Santísima Virgen María, cuando le dijo el ángel: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo" (9).

Llena ciertamente, no sólo para sí, sino también para toda la humanidad. Por esta gracia, en efecto, los elementos de la naturaleza se renuevan, los infiernos se vacían, los cielos se restauran, los hombres se ven liberados y los demonios conculcados. Llena de gracia verdaderamente, en cuyo vientre, en cuyo espíritu, en cuyo corazón, en cuya boca fulgura la plenitud de gracia celeste.

Llena de gracia, cuya memoria en nadie pensaba fuera de Dios, cuya inteligencia penetraba en él, cuyo amor le saboreaba. Llena de gracia, a quien el Padre ensalzaba, a quien el Espíritu Santo cubría con su sombra, a quien de su propia carne suministraba la sustancia carnal al hijo de Dios.

¿Por ventura hemos de decir que a causa del saludo del ángel fue pequeña la proporción de la gracia? Efectivamente, así fue, a mi modo de ver, pero para el ángel, no para María. Pues no fue otorgado poco al ángel Gabriel al merecer ser confidente de tal secreto y mensajero en la obra sublime de nuestra salvación, a quien le fue concedido, entre todos los ángeles, conocer y saludar a su señora y la de todo el linaje humano entre las hijas de Eva. Por esta causa creemos le fue impuesto el nombre de Gabriel, fortaleza de Dios, porque hallándose los hijos de Adán debilitados a causa del pecado y sujetos a la muerte, mereció él anunciar al fuerte de quien está escrito: "El Señor héroe valeroso, el Señor héroe de la guerra" (10).

Hasta el presente día, en efecto, aquel valiente

(3) Mt. 13,17.

(5) Is. 7,14.

(7) Ibid. v. 28.

(4) Jn. 8,56.

(6) Lc. 1,27.

(8) Jn. 1,16.

(9) Lc. 1,28.

(10) Sal. 23,8.

armado al guardar la entrada de su casa (11) sin que nadie se lo impidiera, intentaba reducir a esclavitud no sólo a los suyos, sino también a los demás. Este es aquel rey de los asirios, el cual habiendo extendido el veneno de su malicia hasta los habitantes de Jerusalén, ocasionó también no poco terror entre los suyos. Porque de todo el género humano unos son aceptados, otros rechazados, éstos destinados a la vida, aquéllos a la muerte eterna. Tales son los dos bandos: elegidos y réprobos, de los cuales son reyes Cristo y Satanás. El primero tiene sus reales en Jerusalén, el segundo entre los asirios. Por lo mismo, habiendo pecado Adán, aquel rey de los asirios comenzó a presionar con la perversión del pecado original tanto a los réprobos como a los elegidos, es decir, no sólo a los asirios, sino también a los de Jerusalén.

De aquí las lágrimas de los profetas, los suspiros de los patriarcas, la murmuración de los malvados, la desesperación de aquella chusma ingrata. De aquí las palabras de Isaías a Acab, encarnación del tipo de hombres desesperados de la salvación del género humano, que se burlaban del oráculo de los profetas, cuando le dijo: "No temas ni te acobardes a vista de esos dos cabos de tizones humeantes" (12). Tizón humeante es el maligno espíritu, el cual habiendo sido en otro tiempo portador de luz divina, pero apagado por su propia culpa arroja de sí ahora humo horroroso de vicio fétido. Tizón humeante es igualmente el pecado original, por el que nuestra naturaleza toda —contaminada por el humo pestilente de las pasiones carnales— desfiguran en negrura fétida la misma sustancia de nuestra alma.

La ciudad de los elegidos, como de otros dos tiranos, experimenta el peso de la opresión tanto del rey

(11) Lc. 11,21.

(12) Is. 7,4.

de Siria como de Facee, hijo de Romelia, de cuya denominación creyendo no poder verse libres algunos, oyen al profeta que dice a Acab: "No temas ni te acobardes a vista de esos dos tizones humeantes". El remate del animal es la cola, mas, el fin del pecado la muerte, y el término de Satanás el fuego eterno. Dirá Dios: "¡Id, malditos, al fuego eterno!" (13).

No temas, pues, ni te acobardes, pueblo de Dios, ni a la tiranía del diablo ni a la corrupción del pecado original. Escucha una señal nueva y admirable del Señor tu Dios, el parto de la Virgen, cuando dice: "Mira, una Virgen concebirá y dará a luz un hijo" (14). Si crees que la Virgen concibió, no te será dificultoso admitir que la Virgen no dio a luz otro fuera del Hijo de Dios, por cuanto dice Isaías: "Le pondrán por nombre Emmanuel" (15) que significa Dios con nosotros. Dios con nosotros, sin duda alguna.

Hasta aquí Dios estaba sobre nosotros, hasta ahora Dios estaba contra nosotros, mas, desde hoy el Emmanuel, el Dios con nosotros está con nosotros por su gracia, en nuestra misma naturaleza. Con nosotros en nuestra flaqueza, con nosotros en su misericordia; con nosotros, en su benignidad; con nosotros en su caridad, con nosotros en su piedad, con nosotros por su cariño, con nosotros por su compasión. ¡Oh Emmanuel! ¡Oh Dios con nosotros!

¿Qué hacéis, hijos de Adán? Dios con nosotros. ¡Con nosotros! No pudistéis, hijos de Adán, escalar el cielo para estar con Dios, Dios bajó del cielo para ser el Emmanuel, el Dios con nosotros. El mismo se ofreció a ser el Emmanuel, el Dios con nosotros; nosotros disimulábamos llegar hasta Dios para estar en El. "Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo ultrajaréis mi honor, amaréis

(13) Mt. 25,41.

(14) Is. 7,14.

(15) Mt. 1,23.

la falsedad y buscaréis el engaño?" (16). Aquí tenéis la Palabra verdadera y firme, ¿por qué buscáis la mentira? Mirad el Emmanuel, mirad el Dios con nosotros.

¿De qué manera puede estar más conmigo? Se hizo pequeño como yo, enfermo como yo, desnudo como yo, pobre como yo. En todo se hizo semejante a mí (17), tomando lo mío y dándome lo suyo. Estaba yo muerto, no tenía facultad de hablar, carecía de sentido y hasta me faltaba la luz de mis ojos (18). En este día bajó aquel gran varón profeta, poderoso en obras y palabras (19), puso su rostro sobre mi cara, su boca sobre la mía, sus manos sobre mis manos, haciéndose el Emmanuel, el Dios con nosotros. Manteca y miel comerá, para que sepa rehusar el mal y elegir el bien. "Manteca y miel comerá" —dice (20). ¿Quién? El Emmanuel. ¿Quién es el Emmanuel? Como tantas veces lo hemos dicho, el Dios con nosotros.

Este que comerá manteca y miel no es tanto sólo Dios con nosotros, es decir, no tan solo hombre con nosotros, sino Dios con nosotros, o lo que es lo mismo, hombre y Dios. Este hombre Dios y hombre, u hombre Dios, tomará manteca y miel. Nuestro Emmanuel se alimentará de doble grasa, una de la parte superior y otra de la parte inferior; la de la parte superior es la miel, y la de la inferior la manteca, extraída ésta de la leche, y aquélla del rocío del cielo.

Así pues, la miel representa la divina sabiduría, la manteca el amor humano. De estas dos especies de alimento se nutría este nuestro Emmanuel: cuando hombre se gloriaba según la divinidad de su sabiduría y plenitud de poderío divinos, y cuando Dios se regocijaba según hombre, en la dulzura de su amor humano. De esta suerte

(16) Sal. 4,3.

(18) Sal. 37,11.

(20) Is. 7,15.

(17) Heb. 2,17.

(19) Lc. 24,19.

el Emmanuel único, el Cristo único, comió manteca y miel cuando la plenitud de la sabiduría y la suavidad del amor humano le regocijó.

Manteca y miel comerá, para saber rehusar el mal y elegir el bien. Luego comerá manteca, para saber elegir el bien. ¿Qué significa ésto? Es una respuesta al por qué Dios tomó naturaleza humana, y el hombre se unió a la persona divina, para formar de ambas naturalezas un solo Emmanuel que supiese desechar el mal y elegir el bien.

De dos maneras llegan hasta nosotros el conocimiento de las cosas, a través de la sabiduría y mediante la experiencia; también el mal llega a nosotros —según la Sagrada Escritura— por doble camino: pues el pecado se llama un mal y el trabajo o miseria también se consideran como mal. Mas, no hay cristiano que discuta que el bien se toma como justicia. Dice el Señor por el profeta: "Yo soy el Señor que hago la paz y envío los castigos" (21). y otro profeta: "¿Acaso hay en la ciudad algún mal que no haya hecho el Señor?" (22). Aquí se toma el mal en acepción de trabajo y miseria. Y ¡ojalá nuestra miseria, nuestro trabajo, nuestra flaqueza y corrupción hubieran sido siempre conocidas por Dios, pero por la sabiduría, no por experiencia!

En cambio, aquel bien eterno existente en Dios lo pudo conocer por la fe alguno de entre la gran multitud de santos, mas, ninguno pudo llegar a conocerlo por la experiencia. Por consiguiente, el bien pleno, perfecto, eterno, que el hombre no pudo experimentar por su naturaleza, elevado hasta Dios, lo aprendió en la divina; y el mal que Dios no experimentó en su propia naturaleza, al unirse a la persona humana, se dignó experimentarlo en la nuestra.

Consideremos ahora a nuestro Salomón con la dia-

(21) Is. 45,7.

(22) Jr. 21,10.

dema con que le coronó su Madre (23) la sinagoga, la corona de espinas, el manto de púrpura. Considerémosle herido a latigazos, cubierto de esputos, clavado luego en una cruz, traspasado por una lanza, encerrado en un sepulcro. Todo esto se considera un mal, por cuanto los trabajos reciben ese calificativo.

Pero oh Emmanuel, ¿de dónde vino este mal? ¿Por qué sufres, por qué padeces estas cosas? ¿Quién derribó al fortísimo, quién redujo al omnipotente? ¿Sería el judío? Lejos de eso, dices: "Tengo potestad de dar mi vida y de recobrarla de nuevo" (24). Finalmente, ¿por qué razón? Indudablemente has comido manteca para conocer por experiencia nuestro mal, y una vez conocido lo reprobases y reprobándolo lo alejarais caritativamente de nosotros.

Ninguna necesidad, ningún poder, ninguna pasión te obligó a abrazar estas cosas, sino que recreándose su piedad inefable en los tesoros de amor inmenso con que nos previno, quiso experimentar su misericordia el mal que había introducido la justicia en castigo nuestro, a fin de saber por experiencia reprobamos el mal y elegir el bien.

Luego comió manteca para saber reprobamos el mal. ¿Quién comió manteca, quién se tomó este trabajo? Dios en el hombre. ¿Quién comió miel?, el hombre en Dios. ¿Qué clase de miel?, la dulzura de la sabiduría y la plenitud de la divinidad. Por lo cual el hombre, en una maravillosa e inefable degustación, experimentó realmente el bien, antes ignorado, y reteniéndolo enteramente para sí, lo eligió para hacernos a nosotros partícipes de él. Por lo tanto, comió manteca y miel, para saber reprobamos el mal y elegir el bien.

Estas cosas fueron dichas para edificación de nuestra fe. Ahora pasemos a la edificación de las costumbres.

(23) Cant. 3,11.

(24) Jn. 10,18.

Comerá manteca y miel. ¡Oh Emmanuel! ¿En dónde comes? ¡Oh tú, el amado de mi alma, dime dónde tienes los pastos, dónde sesteas a mediodía! (25). Contestación de él: "He aquí que estoy a la puerta y llamo: si alguno escuchare mi voz y me abriere, entraré a él y con él cenaré y él conmigo" (26). Dichoso, oh buen Jesús, quien te abriere la puerta de su corazón, pues entrarás en él para apacentarte y sestear al mediodía.

Tu venida, oh Señor, irradiará en el casto pecho luz celeste de mediodía, y todo afecto del corazón impregnado de paz divina, formará especie de lecho suavísimo donde descanses entre el perfume de olorosas flores espirituales, de suerte que el alma ora sea por tu vista, ora por la dulzura de aquella paz imprevista, prorrumpe en transportes de alegría y reconocimiento: "Tú eres hermoso, amado mío, y agraciado, nuestro pabellón verdega" (27).

Desde entonces están dispuestos los manjares espirituales. ¿Cuáles? Manteca y miel. ¡Oh Señor!, lo que te recrea en nosotros es la devoción de nuestra alma, el amor piadoso y dulce hacia ti proveniente de la doble consideración de tu humanidad y divinidad. Dichosa el alma que come y se alimenta con tal variedad de cosas, que arrastrada por las delicias maravillosas del cielo, descubre la gloria de su Creador, y embriagada por el resplandor de tan divina presencia, por los ardores de un deseo inefable y por las dulzuras de un amor inenarrable, se vuelca toda en Dios, y llena ya de celestes suavidades, gusta y ve cuán suave es el Señor (28), cuán dichoso todo aquel que espera en él (29), prorrumpiendo con el profeta: "El ungido del Señor, alienta ante nuestro rostro" (30).

Mas, como la debilidad de nuestros ojos no pueden

(25) Cant. 1,6.

(27) Cant. 1,15.

(29) Sal. 83,13.

(26) Apc. 3,20.

(28) Sal. 39,9.

(30) Jer. Lam. 4,20.

contemplar largo tiempo el fulgor de tan inmensa gloria, es necesario suceda lo que sigue: "A tu sombra vivimos entre las naciones" (31). Santa y amable sombra es su humanidad, con la cual el alma ora se oculta bajo el fervor de tan inmensa claridad, ora se satura del fruto de los afectos espirituales, por eso dice: "Me senté a la sombra del que había yo deseado y su fruto es dulce a mi paladar" (32).

Semejante alma es la que según la bendición del santísimo patriarca mereció la abundancia de rocío del cielo y de la grosura de la tierra. La miel se recoge del rocío del cielo, la manteca se extrae de la grosura de la tierra. Porque cuando el alma enardecida y abrasada en deseos de las cosas celestiales se siente invadida por la inefable dulzura del amor eterno, de aquella fuente sublime de la Sabiduría, entonces extrae felizmente para sí miel del rocío del cielo. Mas, si de los afectos producidos por la consideración de la humanidad de Cristo crucificado y la contemplación de su resurrección, se satura en las delicias de un amor interno, en este caso recoge para sí manteca de la leche, conforme dice el apóstol: "Porque todavía no érais capaces, os he alimentado con leche" (33). ¿Quién se expresaba así? "Quien se propuso no saber otra cosa entre vosotros, sino a Jesucristo, y éste crucificado" (34).

En consecuencia, ¿Cuántas veces se hallare Cristo en esta doble devoción y amor —o para decirlo con más propiedad y franqueza— donde quiera se hallare Cristo, allí se apacentará, allí seesteará a mediodía diciendo: "Cenaré con él y él conmigo" (35). ¿Qué clase de alimentos? Manteca y miel. Ambas cosas cenaremos ciertamente con él cuando nuestra alma se enardezca en

amor ante la doble consideración. Las mismas cosas cena él también con nosotros al recrearse en este doble amor de nuestra alma. Lo dijo bellamente el profeta: "Comerá miel y manteca, y añade: Para que sepa rehusar el mal y elegir el bien" (36).

Cuando el Señor habló a Abrahán, le dijo: "Ahora conozco que temes a Dios" (37). Lejos de nosotros pensar exista en Dios mutación alguna, como por ejemplo que sabe y luego no sabe, pues no cabe en él mudanza ni sombra de variación (38). Ha de entenderse, pues: Ahora conocí, o sea, confieso que has creado todas las cosas. Porque Abrahán no fue tentado para manifestar su obediencia a Dios, sino más bien para que su perfección —de sólo Dios conocida— fulgurara con nuevos destellos ante la mirada de los hombres.

Resumiendo: según las leyes de la tropología, también aquí tomamos la acepción de la razón por sabiduría, es decir, hace que nosotros sepamos, y en este sentido nos gratifica con la dulzura de su suavidad, para poder discernir por experiencia entre el bien del cielo y el mal de mundo, con objeto de reprobare los males y elegir los bienes.

(31) *Ibid.*

(32) Cant. 2,3.

(33) I Cor. 3,2.

(34) *Ibid.* 2,2.

(35) Apc. 3,20.

(36) Is. 7,15.

(37) Gn. 22,12.

(38) Sant. 1,17.

Fiesta de la Pascua

Ardientemente he deseado comer con vosotros esta pascua (1), y el Señor escuchó el deseo de los humildes (2). Juzgo no ha sido pequeña gracia para mí habérseme dado poder celebrar esta pascua con vosotros, cuando estoy lejos de atreverme a pretender aquella otra sublime y agradabilísima sobre toda ponderación, que los espíritus bienaventurados celebran hoy, al ser admitidos a la mesa celeste de que habla el sagrado Evangelio: “Por eso os preparo yo el reino como mi padre me lo preparó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino” (3). Allí comen los pobres y se sacian (4), a nosotros, en cambio, no será poco si tenemos hambre y sed de justicia, porque teniendo hambre y sed en la tierra, algún día nos veremos saciados en la patria.

Respecto a mi persona, puedo decir que siempre que elevo el pensamiento a contemplar y desear aquellas delicias, me parece escuchar la voz de mi Señor Jesús diciéndome desde el cielo: “No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros (5). Verdad, es, Señor, pero también los perritos comen de las migajas de sus señores” (6). Ojalá, Señor dulcísimo, ojalá cayera hoy alguna migaja de aquella mesa celeste, de la mesa de tus hijos, de mis señores, para este perro tuyo lleno de pulgas, para que las lechugas silvestres, de suyo amargas, —acostumbradas a tomar en la pascua— se volvieran dulces con la suavidad de aquellas migajas.

Sabéis muy bien, hermanos carísimos, es imposible

(1) Lc. 22,15.

(2) Sal. 10,17.

(3) Lc. 22,29.

(4) Sal. 21,27.

(5) Mt. 15,26.

(6) Ibíd.

celebrar la pascua en esta vida sin las lechugas abrestes, es decir, amargas. La pascua, como no ignoráis, equivale a paso (7), y en este sentido nos viene a la memoria un triple paso o tres clases de pascua expresadas en la Sagrada Escritura.

La primera pascua se celebró al salir de Egipto el pueblo de Israel (8) y atravesaron el mar rojo, saliendo de la esclavitud a la libertad, de las ollas de carne, al maná de los ángeles. La segunda pascua tuvo lugar cuando no sólo los judíos, sino también el género humano pasó de la muerte a la vida, del yugo del diablo al de Cristo, de la esclavitud de las tinieblas a la libertad de la gloria de los hijos de Dios, de los manjares inmundos de los vicios, a aquel pan verdadero, pan de ángeles, el que dijo de sí mismo: "Yo soy el pan de vida bajado del cielo" (9).

La tercera pascua tiene lugar al pasar de la mortalidad a la inmortalidad, de la corrupción a la incorrupción, de la aflicción a la felicidad, del trabajo al descanso, del temor a la seguridad. La primera pascua es la de los judíos, la segunda, la de los cristianos, la tercera, la de los santos y perfectos. En la pascua de los judíos fue inmolado un cordero, en nuestra pascua fue inmolado Cristo (10), en la pascua de los santos y de los perfectos, en una palabra, es glorificado Cristo. Y fijáos en la graduación y diferencia entre estas solemnidades, cómo operó Cristo nuestra salvación abarcando fuertemente de un cabo a otro todas las cosas ordenándolas todas con suavidad (11).

Porque en la pascua judía fue inmolado el cordero en el cual hallamos como una figura y sombra de la inmolación de Cristo. En nuestra pascua se inmoló Cristo,

(7) Ex. 12,11.

(9) Jn. 6,41.

(11) Sab. 8,1

(8) Sal. 113,1.

(10) I Cor. 5,7.

no en figura, sino en realidad. En la pascua de los santos y bienaventurados ya no se inmola, sino más bien se da a conocer.

En aquella primera pascua se prefigura la pasión de Cristo, en la segunda se nos manifiesta, en la tercera se nos dan a conocer los frutos de esa misma pasión mediante la resurrección. Así la sabiduría venció la malicia, pues mi Señor Jesús, poder de Dios, sabiduría de Dios, venció sabia, suave y fuertemente la malicia de la serpiente antigua. Porque la malicia es necedad astuta, de suyo madre y origen de dos vicios, soberbia y envidia.

Bien, la soberbia es origen de todo pecado, y por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo. A esa malicia, en la cual se vio sumergido todo el género humano, Cristo Jesús, mi Señor, venció sabia, fuerte y suavemente. Y mirad cómo concuerdan entre sí estas tres cosas, y hasta existe por decirlo así cierta concatenación entre ellas hasta el punto de aprovechar bien poco o nada una sin las otras. En efecto, fortaleza sin sabiduría es temeridad, y sabiduría sin fortaleza, flaqueza. Ahora bien, como la sabiduría sin suavidad es imprudente, así la fortaleza sin esa suavidad es áspera. Del mismo modo, la suavidad sin la sabiduría es necia, y sin fortaleza, desidia. Este es el cordel de tripe ramal, difícil de romper (12) con el cual se cubre de carne aquel anzuelo agudísimo que bajando de su sede celeste y arrojado en este mar ancho y dilatado, quebrantó la voracidad del dragón maligno. Con este cordel fue roto aquel con el cual el hombre miserable yacía aherrojado y encadenado por la tiranía diabólica, ya que el diablo tiene también sus cordeles, según se desprende de la queja del profeta: "Me ciñeron lazos de pecadores" (13).

Aquel gran filisteo pretendió ligar a nuestro Sansón

(12) Ecls. 4,12.

(13) Sal. 118,61.

con semejantes cordeles, pues la palabra Sansón equivale a sol, y ¿a quién corresponde mejor tal nombre fuera de aquel que ilumina a todo hombre que viene a este mundo? (14). El es, ciertamente, el sol de justicia, Cristo, Dios nuestro (15). ¿Queréis saber con qué lazos sujetó aquel enemigo antiguo a nuestro Sansón?

Tiene tres cordeles, indudablemente, con los cuales daña en sumo grado al género humano: concupiscencia o sensualidad, vanidad y avaricia. Estas son sus principales armas y el origen de todas sus acometidas. Aquí tenéis un cordel, lo dice el apóstol: "Cada uno es tentado, atraído y halagado por la propia concupiscencia. Después la concupiscencia, en llegando a concebir, pare el pecado, el cual una vez que se ha consumado, engendra la muerte" (16).

Referente al cordel de la vanidad, dice el profeta: "Ay de vosotros que arrastráis la iniquidad con las cuerdas de la vanidad" (17). Y San Pablo, a su vez: "Los que pretenden enriquecerse caen en el lazo del diablo" (18), lazo indiscutiblemente de la avaricia, que sumerge al hombre en el abismo de la perdición. Armado de este triple lazo, aquel orgulloso filisteo, al ver hambriento a nuestro Sansón por amor al hombre, le dijo: "Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes" (19). Luego añadió el lazo de la vanidad: "Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo" (20). Por fin, no podía faltar la avaricia, al ponerle delante todos los reinos del mundo diciéndole: "Todas estas cosas te daré, si postrándote delante de mí me adorarás" (21). Pero Sansón, superior al filisteo, rompió fácilmente estos lazos echando mano de la espada del espíritu, la palabra de Dios que rompe todas las cosas y aniquila todo el universo (22): "No sólo de pan

(14) Jn. 1,9.

(17) Is. 5,18.

(20) Ibid. 5,6.

(15) Mt. 4,2.

(18) I Tím. 6,9.

(21) Ibid. 5,9.

(16) Sant. 1,14-15.

(19) Mt. 6,3.

(22) Ef. 6,17.

vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios" (23).

Gracias te sean dadas, buen Jesús, por enseñarme estas cosas. Siento, dulce Señor, que con este lenguaje comienza a dar hedor la sensualidad, a asquear el placer, a desaparecer, por decirlo en una palabra, todas las concupiscencias. Me han cavado, Señor, una fosa los insolentes, los que nunca obran según tus leyes (24). ¿Qué pretendes tú, filisteo, con tus delicias, al sugerirme los placeres? ¡Cuán dulce al paladar es tu palabra, más dulce que la miel para mi boca! (25). Digo más: Si te consideras santo en la boca de los hombres, o te tienes por tal a tus ojos, presente está el filisteo con el lazo de la vanidad, sugiriéndote milagros para de este mundo probar y divulgar tu santidad, y así dice: "Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo" (26). Hablad, Señor, y con tu poder dispersa a tus enemigos (27): "No tentarás al Señor tu Dios" (28) —le respondió Jesús.

Roto fue el lazo de la vanidad, porque los que tentaron a Dios, fueron mordidos de serpientes. La avaricia, en cambio, induce a los hombres a abandonar a Dios y a dar culto a las monedas en las cuales están grabadas las efigies de los tiranos: "Todas estas cosas te daré si postrándote delante de mí me adoras". Se postra en realidad para adorar al enemigo quien apartándose de la excelsitud de la humildad y caridad, sirve a la avaricia, rindiendo más culto al dinero que a Dios.

Pero, ¿de qué modo rompió este lazo nuestro Sansón? Diciéndole: "Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás".

En consecuencia, quebrantados los lazos, alejose de él el filisteo, mas, como advierte el evangelista "hasta otra

(23) Mt. 4,4.

(25) Sal. 118,103.

(27) Sal. 58,12.

(24) Sal. 118,85.

(26) Mt. 4,6.

(28) Mt. 4,7.

ocasión" (29). Volvió, en efecto, con nuevos lazos intentando cazarle y buscando la manera de que se postrara para adorarle. Inspiró al pueblo que le proclamara rey (30), forcejeando para aprisionar su voluntad con el lazo de la ambición. Con todo, Sansón rompió las ligaduras al huir al desierto y esconderse de su presencia.

Todavía cavaron otra fosa ante él (31), bloqueando todos sus actos con nuevos lazos. Le dijeron: "Sabemos eres veraz y no miras la cualidad de las personas. ¿Qué te parece, es lícito pagar el tributo al César?" (32) ¡Sansón, el filisteo está sobre ti! Abrieron una fosa ante tus ojos, mientras tú les respondías: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (33). El lazo fue quebrado, y el filisteo quedó prendido en la red que habían preparado (34).

Insistieron en preparar nueva red para que sucumbiera (35), conduciendo a su presencia una mujer sorprendida en adulterio y le dijeron: "Moisés ordenó apedrear a las tales. ¿Tú qué dices a ésto?" (36). ¡Sansón, el filisteo está sobre ti! ¿Qué respuesta darás, Señor mío, que la dejen libre? En tal caso, allí estaba la fosa, el quebrantamiento de la ley mosaica. ¿Qué harán, apedrearla? Esto no cuadra bien con tu modo de ser, con la misericordia que te es propia, con la abundancia de tu piedad. ¡Sansón, el filisteo otra vez sobre ti! Rompe las cadenas, cabalga victorioso por la verdad y la justicia, tu diestra te enseña a realizar proezas (37). "El que de vosotros esté libre de pecado", les contestó— "que arroje la primera piedra contra ella" (38).

Oh amor, muestra tu mansedumbre! "¿Nadie te ha condenado, mujer? tampoco yo te condeno", (39). El pe-

(29) Lc. 4,13.
(30) Jn. 6,15.
(31) Sal. 56,7.
(32) Mt. 22,17.

(33) Ibid. 22,21.
(34) Sal. 56,7.
(35) Ibid.
(36) Jn. 8,3.

(37) Sal. 44,5.
(38) Jn. 8,7.
(39) Jn. 8,7.

cador no debió apedrearla, el justo rehusó hacerlo, el Señor piadoso la excusó, el veraz la corrigió: "Vete en paz y no vuelvas a pecar más" (40).

Gracias te sean dadas, buen Jesús, porque rompiste mis cadenas (41). Estas tus cadenas indudablemente eran mías; no eras tú, sino yo el ^{encadenado} ~~aherrojado~~ con ellas, el abatido con ellas, el vencido con ellas. Mas, ¿qué pasó, Señor mío, Sansón mío, sol mío, luz mía, al dejarte al fin coger, ser atado, vencido? Te has dormido, no hay duda, en el regazo de Dalila la meretriz. ¡Oh amor, ardiente y maravilloso, que derriba, por decirlo así, la misma grandeza, debilita la misma fortaleza, anonada a la misma majestad!

¿Por qué razón permitió todo esto? Indudablemente para granjearse para sí en esta meretriz una esposa sin mácula ni arruga (42), o algo semejante.

Tal es el alma humana que habiéndose prostituido con muchos dioses como con otros tantos amantes, cual mujer disoluta ha fornicado en todo collado y bajo de todo árbol frondoso (43). ¡Oh ramera!, ¿qué darás a tu Señor por tantos beneficios como te ha hecho? (44).

Se durmió, repito, en tu regazo. ¿Acaso no te dabas cuenta que dormía en tu regazo cuando, embargado por el amor y como insensible, soportó tantos sufrimientos aquella fortaleza, aquella potestad? "Encerrado —dice— no puedo salir" (45). Luego en su interior se ocultaba la divinidad, en el exterior soportaba su amor todo esto. Admitido, finalmente, es trasquilado. ¿Quién? El mismo responde: "Mirad cómo satanás os ha reclamado para cribaros como el trigo" (46).

Los cabellos de nuestro Sansón eran los apóstoles, unidos por la fe a su cabeza, es decir, a la divinidad. Estos cabellos los cortó el esquilador, los quemó y dis-

(40) Ibid.

(41) Sal. 115,16.
(42) Ef. 5,27.

(43) Jr. 2,20.

(44) Sal. 115,12.

(45) Sal. 87,9.

(46) Lc. 22,31.

persó, quedando calvo mi Sansón. Entonces sus discípulos, abandonándole todos, huyeron (47). ¡Mírale qué calvo! sube, calvo! (48). ¡El filisteo está sobre ti, Sansón! ¿Por qué te ríes, judío, por qué te ríes? Si Sansón está sujeto, si está ligado, si no puede romper como de costumbre sus ataduras, no es signo de flaqueza, sino de amor, ni depende de ti, sino de su caridad.

Todavía ríe, todavía se chancea; el amor no teme servir de irrisión y ser ultrajado. A aquel Sansón antiguo le sacaron los ojos, a éste se los taparon; aquél fue obligado a dar vueltas a la tahona, éste primero fue llevado a casa de Anás, después a Caifás, más tarde a Pilatos, de Pilatos a Herodes y nuevamente a Pilatos; por último, a donde estaban los soldados que le flagelaron y seguidamente fue destinado a morir crucificado entre dos malhechores.

¡Sansón, el filisteo esá sobre ti! Si eres hijo de Dios, baja de la cruz (49). ¡Tarde piaste, oh filisteo! ¿Quieres que baje de la cruz, que rompa las cadenas? Estás sintiendo, miserable, estás sintiendo ya el anzuelo que tragó tu boca rabiosa. Aquel garfio interior ahoga ya tu garganta, atraviesa tus mandíbulas, ensancha el agujero a través del cual vomitas cuantas impiedades habías tragado. Insistes en que baje de la cruz para que no muera, presintiendo en su muerte tu destrucción, el despojo del infierno, el aniquilamiento de tus entrañas.

¡Sansón, el filisteo sobre ti!: "A otros ha salvado, a sí mismo no se puede salvar" (50). "Cristo, rey de Israel, baje ahora de la cruz". No bajará, oh filisteo. Soportará este mar amplio y dilatado (51), todas tus persecuciones, todas tus burlas, hasta que tú, oh dragón creado para ser escarnecido, tragues entero a Jonás, el cual te sacará

las entrañas para que tu vientre se vea libre de malicia. Sacudirá las dos columnas en las cuales se apoya toda la casa de los filisteos, a fin de que su muerte sea la muerte de ellos, según está escrito: "Oh muerte, yo seré tu destrucción" (52).

Sus cabellos habían crecido, cuando Pedro comenzó a llorar amargamente después de la negación, cuando ya estaba junto a la cruz el discípulo que antes había huido, esto es, aquel a quien ^{había} amado Jesús, cuando el centurión y los acompañantes exclamaron: Verdaderamente este era hijo de Dios (53), cuando el ladrón, desde lo alto del madero, le confesó como Dios y como rey. Más él exclamó: "Muera aquí Sansón con los filisteos" (54). Porque tuvo potestad para dar la vida y recobrarla de nuevo (55).

Sacudió pues, en trance de la muerte, aquellas dos columnas en las cuales se apoyaba aquella morada infernal, ^{encadenando} ~~anclando~~ al príncipe de los demonios y al pecado original, dejándolos vacíos. Con su muerte fueron sujetos por la fuerza los filisteos, al ser arrebatado a Jesús en su muerte el poder por los espíritus inmundos, al ser aniquilada su fortaleza y envuelta su agilidad en la malicia de ellos. Murió ciertamente, mi Jesús, en la Cruz, pero con su muerte queda destruída nuestra muerte, y con su resurrección se recupera la vida (56).

Aquel cetáceo disforme vomitó por fin a Jonás al tercer día, y cuanto había usurpado de los derechos ajenos, se vió obligado a soltarlo en virtud de la resurrección. Pues no resucitó sólo Jesús, sino se abrieron también todos los sepulcros y resucitaron muchos cuerpos de santos que habían muerto (57). ¿Dónde está, oh muerte,

(47) Mt. 26,56.

(49) Mt. 27,40.

(51) Sal. 103,25.

(48) 1 R. 2,23.

(50) Ibíd. 26,42.

(52) Os. 13,14.

(54) Mt. 27,54.

(56) Jn. 10,18.

(53) Jn. 13,23.

(55) Jue. 16,30.

(57) Prf. Res.

tu victoria?, ¿dónde, oh judío, tu sarcasmo?, ¿dónde, oh satanás, tu astucia? Realmente se burló de ti, aniquiló tu astucia, venció tu malicia. La sabiduría, en una palabra, venció a la malicia.

¡Jacob ha derrotado!

(58) Mt. 27,52.

XIII

Ascensión del Señor

Del rapto de Elías

De sobra conoce vuestra caridad, amadísimos hermanos, la manera como nuestro Rey, desde su excelso trono de la gloria, desde aquel palacio de su divinidad, desde aquella intimidad del seno paterno, se dignó bajar a este mundo a salvar lo que había perecido (1), a redimir a los cautivos, a someter de nuevo al imperio de su ley la patria invadida por el astuto enemigo. todo sucedió como había previsto. Venció al enemigo, le destruyó, defendió al desvalido del poderoso, al débil y pobre del explotador (2), libró los cautivos, recuperando la patria una vez ahuyentado el enemigo.

Así pues, una vez realizado todo cuanto había predicho, hoy hizo su entrada triunfal en su ciudad, ostentando los signos de su victoria, siendo recibido por sus moradores con indescriptible gozo. Desde aquel día, la presente festividad es de inmensa alegría para todo el mundo, queriendo imitar de algún modo los regocijos angélicos, cuando en el presente día siguieron rebosantes de alegría y júbilo, a su Señor en su ascensión a los cielos. Todas las milicias angélicas salieron al encuentro y recibieron hoy a su Rey por tanto tiempo deseado. El mismo Padre también habla así a su hijo felicitándole: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies" (3).

Pues este es aquel Jacob verdadero a quien envió su padre a la Mesopotamia de este mundo para tomar dos

(1) Mt. 18,11.

(2) Sal. 34,10.

(3) Sal. 109,1.

mujeres, esto es, a la Iglesia, compuesta de judíos y gentiles. Llegó pobre a Mesopotamia, pero salió de ella extraordinariamente rico y poderoso. El mismo lo dijo: "Pasé con mi cayado solo este Jordán y ahora soy dueño de dos campamentos" (4). Porque vino a este mundo tan pobre, que no hallando lugar en el mesón, nació y fue reclinado en un pesebre (5). Las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, el hijo del hombre en cambio no tiene dónde reclinar la cabeza (6). "Sólo con mi cayado pasé el Jordán". ¿Qué Jordán? Este, éste, sin duda. Jordán etimológicamente significa descenso, expresando a maravillas el caso de aquel que descendió de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones (7).

¡Oh infeliz bajada! Aquel miserable Adán bajó indudablemente de la vida a la muerte, de la seguridad al temor, de la incorrupción a la corrupción, de Jerusalén a Jericó. ¡Oh desdichado Adán qué se te había perdido a ti en Jericó! Acaso en Jerusalén, es decir, en el paraíso donde vivías, ¿no estaban todas las cosas pacíficas, sanas, alegres? ¿Qué buscabas en Jericó?

Jerusalén equivale a visión de paz. ¿Qué clase de paz? Paz para ti, Adán, en la eternidad, en la verdad y en el amor. La eternidad pacificará la naturaleza, la verdad el entendimiento, y el amor la voluntad. Había paz en la naturaleza, a quien la eternidad preservaba de toda alteración; paz en el entendimiento, que era librado por la verdad de todo error; paz en la voluntad, a quien el amor conservaba libre de toda ambición. Del amor se derivaba una voluntad recta, de la verdad un conocimiento radiante, de la eternidad, una incorrupción de la sustancia.

Infeliz Adán, ¿qué tienes que ver con Jericó? Jericó significa "luna". Pues bien, el necio cambia como la

(4) Gn. 32,10.

(6) Lc. 9,58.

(5) Lc. 2,7.

(7) Lc. 10,30.

luna (8). Descendiste, desgraciado, cambiando del amor a las pasiones, de la verdad a la obcecación de la inteligencia, de la eternidad a la muerte. Con mucha razón caíste en manos de ladrones. Ladrón es la ignorancia, ladrón la concupiscencia, ladrón la ira. Estos ladrones despojan al infeliz: la ignorancia despoja de sabiduría a la inteligencia; la concupiscencia roba a la carne la castidad; la ira despoja al alma de tranquilidad.

Cubriéronle también de heridas: la ignorancia es la herida del error; la concupiscencia es la herida de la sensualidad; la ira es la herida del odio y de la amargura. El desdichado Adán yace muerto por todo el mundo, muerto en la mayor parte de su descendencia, vivo en la fe y en las obras en una parte insignificante de sus hijos. Así estaba tendido en el suelo, cuando se acercó a él un varón samaritano, aunque no llevaba la misma ruta. Es decir, el sacerdote y el levita, nacidos en el pecado de Adán, de la carne de Adán, llevaban idéntico camino, mas, no así nuestro Samaritano, quien procedía ciertamente de la carne de Adán, pero no del pecado de éste. Vino pues, al Jordán, nuestro Jacob, descendiendo a la pobreza, no a la iniquidad, por eso dice: "Sólo con mi cayado pasé el Jordán".

¡Oh Jacob mío!, ¿cómo pasaste este Jordán, es decir, cómo descendiste a nuestra debilidad, a nuestra pobreza, a nuestra mortalidad? ¿Cómo? Indudablemente con el cayado; con el cayado, porque estuviste en el madero; en el madero, porque estuviste en la cruz. Este es aquel cayado con el cual, armado el santo rey David, no temió salir al encuentro del filisteo. No importa que se burle de este cayado el soberbio Goliat, diciendo: "¿Acaso soy algún perro para que vengas a mí con un cayado?" (9). ¿Cómo no se va a burlar la soberbia de la humildad, el

(8) Gal. 27,12.

(9) 1 Cro. 17,43.

diablo de la Cruz?, y sin embargo, con este cayado atravesó Jacob el Jordán, David derribó al gigante; Cristo soportó y traspasó la muerte, acometió y venció al diablo.

"Con sólo este cayado pasé el Jordán, y ahora soy dueño de dos campamentos". De la misma manera el profeta Elías, cuando había de ser arrebatado al cielo, vino al Jordán. ¿Por qué camino? Primeramente vino a Betel, luego a Jerusalén y por fin al Jordán. Del mismo modo vino Jesús, del mismo modo el sacramento.

En el rapto de Elías tenemos una premostración de la ascensión de nuestro Salvador. Betel significa casa de Dios. Vino nuestro Elías a Betel, es decir, a la casa de Dios, porque cuando Cristo bajó al mundo, primeramente entró en el seno materno de la Santísima Virgen, templo de la divinidad, reclinatorio de la piedad eterna. De allí pasó a Jericó, al tomar la mutabilidad de nuestra flaqueza, de nuestra pobreza, de nuestra mortalidad. Después partió para el Jordán, descendiendo hasta el oprobio de la carne, hasta el patíbulo de la cruz, hasta el suplicio de la muerte, y así, una vez atravesado el Jordán, es decir, toda corrupción y mortalidad, por virtud de su resurrección, consumada en tal día como hoy, acompañado de ángeles y santos resucitados cuando resucitó él, ascendió a los cielos como en un carro de fuego.

Estos son los dos campamentos en los cuales se gloria nuestro Jacob diciendo: "Ahora soy dueño de dos campamentos" (10), pues atravesó sólo el Jordán, porque añade: "El lagar lo he pisado yo solo" (11), y "ahora soy dueño de dos campamentos". Estos campamentos son aquellos a los cuales se refiere el profeta cuando dice: "Portones, alzad los dinteles, va a entrar el Rey de la gloria" (12). Y cuantos habían acudido a su encuentro, admirados y transformados en sí al efecto, contestaron

(10) Gn. 32,10.

(11) Is. 63,3.

(12) Sal. 23,7.

con inmenso regocijo: "¿Quién es ese Rey de la gloria?" (13).

Desconocía Pilatos a quien había juzgado, ignoraba el judío a quien había acusado, ni sabía el soldado a quien habían crucificado. ¿Quién es este Rey de la gloria? Es aquel que estuvo colgado del madero, el que estuvo encerrado en el sepulcro, el que bajó a los infiernos, el que resucitando al tercer día, hoy ascendió a los cielos. El mismo que bajó, ese mismo subió a los cielos a fin de cumplir todas las cosas (14).

Ahora bien, si os place, vamos a considerar cuatro cosas en Cristo: su trato entre los hombres, su pasión, resurrección y ascensión. En la tierra fue visto conversando con los hombres para elegir a sus discípulos. Padeció para redimirlos, resucitó para justificarlos, subió a los cielos para glorificarlos. Llamó a los discípulos de tres maneras: con su doctrina, ejemplos y milagros. Lo que enseñó de palabra, lo cumplió con el ejemplo y lo confirmó con milagros. Leemos en los Hechos de los Apóstoles: "Comenzó Jesús a obrar y a enseñar" (15). Con estas tres cosas todo el mundo se convirtió a Dios, porque sus apóstoles fueron y predicaron en todas partes, cooperando el Señor y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban (16).

Sigue la pasión muy oportunamente, porque de tal manera debe ser amada la doctrina de Cristo, de tal modo debemos obedecer sus mandatos, tan sabroso debe ser para nosotros el amor de Cristo, que ni la muerte ni la vida ni la tribulación o la angustia sean capaces de separarnos del amor de Dios que está en Cristo (17).

Animados de esta suerte los fieles por los ejemplos de nuestro Salvador, merced a la doctrina que les había

(13) *Ibid.* 10.

(14) Ef. 4,10.

(15) Hech. 1,1.

(16) Mc. 16,20.

(17) Rom. 8,35.

sido transmitida, lucharon felizmente en defensa de la fe, hasta derramar su sangre por ella.

A la pasión siguió la resurrección, porque quien murió con Cristo, es necesario resucite con Cristo. La resurrección es, en consecuencia, la primera justificación del alma, a la cual sigue la segunda, es decir, la glorificación de los cuerpos, de suerte que en ambas seamos partícipes de aquella sublime ascensión del Salvador en la cual Cristo total, esto es, la cabeza y los miembros fueron recibidos en la Jerusalén celeste.

Mas, tornando a nosotros, atended, hermanos, a vuestra vocación, atended al fruto de la misma. Mirad cómo habéis sido llamados y qué utilidad reporta vuestro llamamiento. Fuisteis llamados por Cristo para compadeceros con Cristo a fin de poder reinar también con él para siempre. Además, nosotros hemos sido llamados de tres maneras, por un aviso externo, por un deseo de los bienes eternos, por una inspiración interna.

El aviso externo tiene su fundamento en la doctrina, el deseo de los bienes externos en el ejemplo, y la inspiración interna en el milagro. No puede haber mayor milagro que aquel admirable cambio realizado en nosotros, por el cual el hombre de inmundo se queda súbitamente limpio, de soberbio humilde, de iracundo pacífico, de malvado santo. Tal milagro no debe atribuirse al predicador ni al sabio, ni al hombre que se comporta honradamente ante sus semejantes, sino más bien debe ser alabado aquél que así como sopla donde quiere (18), así también cuando quiere sopla e inspira cuanto de bueno hay en nosotros.

Así pues, para esto hemos sido llamados, para seguir las huellas (19), de quien cuando era maldecido no maldecía (20), cuando sufría no amenazaba. Luego para ase-

mejarse a su pasión, quién dice que mora en él, debe seguir el mismo camino que él siguió (21). Seamos, por tanto, hermanos míos, el verdadero Eliseo que sigue a Elías. Sucedió que cuando el Señor quiso arrebatarse a Elías, iba éste en compañía de Eliseo a Gálgala. De allí partieron para Betel, después, como ya hemos dicho, para Jericó y de allí al Jordán (22). En todos estos lugares le tentaba Elías diciendo: "Quédate aquí, porque el Señor envía hasta el Jordán". Eliseo contestó: "Te juro por el Señor y por tu vida que no me apartaré de ti" (23).

Partieron, pues, de Gálgala, donde se celebró la segunda circuncisión, porque hay dos clases de circuncisiones espirituales. La primera se realiza en el bautismo, a saber, la purificación de todos los pecados; la segunda, tiene lugar en la verdadera conversión, en la renuncia total de todos los bienes materiales. Ciertamente allí no se ha de estar en pie; con todo, reiteradas veces Eliseo es tentado a sentarse aquí seguro y a no caminar a sitios más elevados. Sin embargo, en la voz de Elías no se debe entender una incitación de Dios al mal, sino más bien una permisión manifiesta.

Salga, en consecuencia, el discípulo siguiendo las huellas de Cristo y venga a Betel, es decir, a la casa de Dios. Por casa de Dios entiéndese el lugar de la conversión donde se renuncia al mundo, o bien su misma alma, la cual es necesario se consagre pronto a Dios por virtud de la castidad, porque sin esta virtud, nadie puede aspirar a cosas más elevadas. Bien, en el momento de haberte hecho templo de Dios por la castidad, sal para Jericó, sinónimo de luna, porque así como ésta es considerada a veces mala, a causa de sus mutaciones, otras, en cambio, es buena a causa de su resplandor, ora cuando está en creciente, ora cuando se halla en menguante.

(18) Jn. 3,8.

(19) I Pe. 2,21.

(20) Ibid. 23.

(21) I Jn. 2,6.

(22) I R. 11.

(23) Ibid. 2,6.

Ea, hermanos míos, a la virtud de la castidad debe seguir el resplandor de las buenas obras. El alma experimenta en ello lo que fue dicho a Adán: "Comerás el pan con el sudor de tu rostro" (24). Aquí hay trabajo, dolor, tentación, tribulación con todo, cuanto más se multipliquen las preocupaciones, los consuelos de Cristo son mi delicia (25). Su resplandor está a veces en el defecto, a causa de la tentación, otras, en cambio, en el aprovechamiento, a causa de las consolaciones. En tal situación comienza el hombre a conocerse a sí mismo, y así que va al Jordán, que se interpreta bajada.

Descendió, en efecto, humillándose a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte (26). El primer grado está, por consiguiente, en la renuncia del mundo; el segundo, en la incorrupción de la carne; el tercero, en la prueba en un trabajo provechoso, el cuarto en la virtud de la obediencia.

Referente al primero, es necesario de todo punto, que mediante la renuncia del mundo, se imite la desnudez de Cristo, y de esta suerte se preparan el alma y el cuerpo para merecer ser santuario de Cristo. Después en el tercer grado, ejercitándose en tentaciones y consolaciones, se habitúa a gustar las dulzuras de Cristo, y entonces será cuando a través de la paciencia y obediencia se haga partícipe de la pasión de Cristo (27). En este grado, la cruz es para dicha alma el temor del Señor, el cual mortificando la propia voluntad (28) y siendo sepultado por el bautismo (29), aguardará el día de la resurrección con gran ansiedad de espíritu.

Ahora bien, esta resurrección espiritual se realiza cuando el alma, progresando gradualmente hacia el bien

(24) Gn. 3,19.

(25) Sal. 93,19.

(26) Fil. 2,8.

(27) Regl. S.

Benito.

pról.

(28) *Ibid.*

(29) Col. 2,11.

del temor a la esperanza, segura ya del perdón de los pecados, suspire gozosa por aquellos bienes celestiales. De esta suerte subiendo juntamente con el Señor, al menos con el deseo de los cielos, siguiéndole con el afecto, considérase ya, por decirlo así correinando con él en aquellos reinos eternos. Mas, si tal vez desapareciere de tu vista la figura de Elías y el carro de fuego iluminare con sus fulgores admirables la lucha interior de tu espíritu, entonces no se aparte de tus manos el manto que te dejó (30). Por su virtud las aguas, es decir, las corrupciones de este mundo se secarán al presente, para que en el tiempo en que no puedes adherirte a las cosas celestiales no te manches con las terrenas, antes permanezcas sentado bajo el manto de Elías hasta pasar la calamidad (31), con el auxilio divino. Amén.

(30) 1 R. 2,13.

(31) Sal. 56,2.

XIV

Fiesta de Pentecostés

Mi alma se sobrecoge de pavor al pensar que tengo que preparar un sermón para la presente festividad, por cuanto el corazón y la lengua son incapaces de expresar tanta dulzura. Porque en las demás solemnidades se nos ofrece materia abundante, en ésta en cambio o la llevamos dentro o no existe en ninguna parte. Por ejemplo, en el nacimiento de Cristo se presenta ante mis ojos su humildad, ofreciendo caudal suficiente para un largo discurso; en su pasión, destaca igualmente su paciencia, proporcionando copioso material para hablar; en la resurrección y ascensión resplandece el poder divino, aportando abundancia de ideas para meditar y proferir en el lenguaje.

Sin embargo, la presente festividad —dedicada a la divina dulzura— es incapaz de transmitir al exterior los secretos íntimos del corazón, antes gustándolos primeramente en el interior, transmite al exterior de la abundancia de dulzura saboreada en plenitud interiormente.

Una cosa es contemplar con los ojos manjares almiarados, otra muy distinta paladearlos. Cuánto sabor, cuánta dulzura, cuánta suavidad hay en las demás festividades, todo se traslada hasta el paladar del corazón por virtud del presente día. Por lo tanto, sólo aquel puede hablar sabrosamente de los gozos de este día, que conforme sus palabras externas al dictado rebosante de su interior.

Una cosa, con todo, me viene al pensamiento, con motivo de la presente festividad: aunque las obras de la Trinidad son inseparables —pues cualquier cosa que

hace el Padre se atribuye igualmente al Hijo y no menos al Espíritu Santo— no obstante, por lo que atañe a la distinción de las personas, veo corresponden al Hijo varias festividades, la del presente día se dedica de manera especial al Espíritu Santo, en cambio, no veo ninguna decidada particularmente a la persona del Padre.

A mi modo de ver, el beneficio concedido al género humano no sólo procede del Hijo o del Espíritu Santo, sino de toda la trinidad, es decir, Padre, Hijo y Espíritu Santo, según está claramente demostrado en figuras y enigmas, tanto en el antiguo como en el nuevo testamento. Toda la augusta Trinidad restauró el mundo que ella misma había creado.

Ahora bien, acerca de las cosas hechas por el hombre, se nos ocurre preguntar cinco cosas: quién lo hizo, cómo lo hizo, por qué razón lo hizo, cuándo y cómo lo hizo. La primera hace relación al artífice, la segunda al arte, la tercera a la causa, la cuarta al tiempo y la quinta al lugar. Mas, si pasamos a la creación de todas las creaturas, a que llamamos mundo, se nos ocurren tres preguntas: ¿quién lo hizo?, ¿cómo lo hizo? y ¿por qué lo hizo? Qué artífice único, medios que empleó y finalidad del mismo. Respecto al tiempo, nada podemos preguntar, pues antes de la creación del mundo no existía el tiempo, y acerca del lugar, tampoco, por no existir ningún otro fuera de él.

En consecuencia, sobre las tres cuestiones anunciadas, trata la Sagrada Escritura. Si preguntas quién hizo el mundo, te responde Dios: "En el principio hizo Dios el cielo y la tierra" (1). Si preguntas el modo, te responde: "Lo dijo y fueron creadas" (2). Si interrogas la causa, escucha a la Escritura: "Vio Dios que era bueno" (3). Tenemos, pues, por autor a Dios, a su palabra por modo,

(1) Gn. 1,1. .

(2) Sal. 32,9.

(3) Gn. 1,1.

y por finalidad, ver que era bueno. Y como afirma un santo: "No puede haber autor más excelente que Dios ni arte más eficaz que la palabra de Dios, ni causa mejor que el bien sea creado por el Bien sumo". Por nombre de Dios entendemos al Padre, por el de palabra al Hijo, y por el de bondad al Espíritu Santo. Esto por lo que respecta a la creación del mundo.

Referente a su restauración, si preguntas: "Movido del excesivo amor con que nos amó Dios Padre, envió a su Hijo a este mundo" (4), encontrarás al Padre como autor de la restauración, al Hijo como instrumento y al amor, es decir, al Espíritu Santo, como causa.

¿Cuál es la causa, vuelvo a insistir, por la cual los santos padres nos proporcionaron gozos inefables instituyendo fiestas en honor del Hijo y del Espíritu Santo, y con todo no consagraron ninguna en honor de la persona del Padre, distinta de las otras dos? Escuchad, si tenéis a bien, lo que yo pienso sobre el particular.

Hay cosas que nos otorgó una vez la piedad divina en la presente vida, otras que no cesa de darnos cada día, otras, en cambio, nos las reserva para el futuro. En estas tres cosas se resume la redención, la justificación y la glorificación. Y aunque una vez se realizó la redención nuestra, cada día se efectúa la santificación, y la glorificación esperamos obtenerla de la misericordia divina. La redención humana pertenece indudablemente al Hijo, la santificación al Espíritu Santo, y la glorificación tiene su fundamento en las promesas del Padre, por cuanto a quienes el Hijo llama, el Espíritu Santo les santifica y el Padre les glorifica.

Estas cosas son las que realizó el Hijo de Dios mientras vivió en este mundo en carne mortal, y lo que hará resplandecer con más fulgores en sus discípulos. Anda-

(4) Ef. 2,4.

ban, por decirlo así, como ovejas errantes, mas, fueron llamadas por él al camino de la verdad; estaban muertos en Adán, pero con su muerte recobraron nueva vida; estaban ciegos, en la ignorancia, mas, fueron iluminados por él; en una palabra, apareciéndose a sus discípulos, después de la resurrección, les abrió los sentidos para entender las escrituras.

Fijáos cómo progresaron los apóstoles en tres cosas: en la presencia del Salvador, es decir, en fe, en esperanza justificados, por la ciencia iluminados. Antes de este día no estaban confirmados en todas estas cosas. Porque antes del domingo de Resurrección no sólo estaban prontos para creer, pero flacos para sufrir: unos huyen, otros le niegan, otros desconfían; sino también una vez cerciorados de su resurrección, al darles muchas pruebas de que estaba vivo (5), todavía sobrecogidos por el temor se hallaban encerrados por miedo a los judíos, sin atreverse a salir y menos a predicar. "Mas, al cumplirse el día de Pentecostés..." (6).

He aquí la obra del Espíritu Santo. ¿De qué nos hubiera aprovechado la redención si no se nos hubiera predicado? Pero desde ese día, a toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje (6), se hizo patente la verdadera fe por la cual los malvados son santificados, los justos iluminados, porque el justo vive de fe (7).

En una palabra, el Hijo fue enviado a redimirnos, el Espíritu Santo a vivificarnos, cosas ambas relacionadas con la presente vida. He aquí por qué celebramos acá abajo solemnemente las fiestas en honor del Hijo y del Espíritu Santo.

(5) Hech. 1,3.

(6) Sal. 18,5.

(7) Heb. 10,38.

En la Fiesta de Pentecostés

Preferiría yo, amadísimos hermanos, escuchar en el presente día a otro mejor que hablar yo mismo, escuchar de veras a quien —según la sentencia del filósofo— "mojara su pluma en la sangre del corazón" (1). Pero debiendo tejer un sermón sobre el Espíritu Santo, sin excusa alguna por nuestra parte, guiados de la fe, creemos no pueda existir cosa alguna superior en bondad y suavidad a quien es por naturaleza amor y dulzura divinos. Yo, a la verdad, pecador y como reo de la majestad divina, considerando cuán terrible es el Señor, terrible en sus juicios sobre los hijos de los hombres (2), en su mismo temor aprendí a hablar de su poder; de la hermosura que veo en el orden de las criaturas, me enseña a hablar de su sabiduría igualmente; en cambio, para hablar de su dulzura —a mi modo de ver— me lo enseña la experiencia solamente. Por tratarse de un sabor espiritual, no es posible captarlo con los ojos ni palparlo con las manos ni se escucha con el oído (3), sólo la experiencia puede distinguirlo a través del gusto.

En consecuencia, sólo la memoria es capaz de saborear tan abundante suavidad (4) en aquel que lo ha sabido gustar. A mí, hermanos, a mí no es poco se me haya concedido otear de lejos cuán grande es la abundancia de dulzura del Señor, no ciertamente en su realidad objetiva —por no haber nadie capacitado para ello— sino con relación a mi persona. ¡Oh admirable delicadeza! Me

(1) Arist.
Philobibl.
c. IX.

(2) Sal. 65,5.

(3) I Cor. 2,9.

(4) Sal. 144,7.

parece oír al Señor clamar desde el cielo: “¿Qué más debí hacer por vosotros que no lo haya hecho” (5).

¡Oh hijos de Adán, ingratos! ¿Por qué murmuráis, a qué vienen esos lamentos? ¿Qué más debí hacer por vosotros que no lo haya hecho? Di la vida por vuestros pecados, resucité para vuestra justificación, subí a los cielos para vuestra defensa y, para que no faltara nada, hoy os envío al Espíritu Santo para vuestro consuelo. ¿Qué más debía hacer por vosotros que no lo haya hecho? o más bien, dulcísimo Señor, ¿qué deudas tenías para hacer cosas tan grandes? Y fijaos hermanos, cómo toda la augusta Trinidad se ocupó y en cierto modo se desdobló en nuestro rescate: el Padre no perdonó a su propio Hijo, antes lo entregó a la muerte por todos nosotros (6); el Hijo, llevado del excesivo amor con que nos amó (7), se entregó a la muerte (8) y fue confundido con los facinerosos (9); mas, en el presente día, el amor de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (10).

No debe causarnos sorpresa haya contribuido toda la Trinidad a la restauración de su criatura, cuando vemos contribuyó toda a crearla. Pues aunque las obras de la Trinidad sean de suyo inseparables, ya que cuanto hace el Padre se atribuye igualmente al Hijo y no menos al Espíritu Santo, con todo, unas pertenecen especialmente al Padre, otras al Hijo y otras al Espíritu Santo. En el Padre, en efecto, se dice reside de manera especial el poder, la sabiduría en el Hijo y el amor de uno y otro en el Espíritu Santo.

Ahora bien, si consideras atentamente cualquier criatura, advertirás tres cosas en cada una de ellas: naturaleza, especie y utilidad. La esencia dice relación a

(5) Is. 5,4.

(7) Ef. 2,4.

(9) Is. 53,13.

(6) Rom. 8,32.

(8) Fil. 2,30.

(10) Rom. 5,5.

la naturaleza, la hermosura a la especie, y la utilidad al uso. Todas las cosas existen, son hermosas y útiles. No hay criatura alguna que examinada con diligencia, no manifieste extraordinaria hermosura, ni tampoco se conoce ninguna a la cual el Creador no haya hecho para utilidad del universo. También la inmensidad —en la cual se ve impresa la huella del poder divino— aparece en la naturaleza. La hermosura, en cambio, en que se palpa la especie y ornato de cada criatura, atribúyese a la divina sabiduría de un modo especial. La utilidad de las cosas, a su vez, se achaca propiamente al amor divino, de cuya plenitud excelsa —no hay quien lo ponga en duda—, deriva toda utilidad de cada criatura.

En consecuencia, todo cuanto existe se debe al poder, lo hermoso a la sabiduría, y la utilidad al amor. Mas, la criatura racional, por privilegio especial, aparece creada a imagen y semejanza de su Creador, cuya diferencia se destaca con mayor relieve que en ninguna otra. A mi entender, en efecto, la imagen está relacionada con la naturaleza, la semejanza con la especie y utilidad, pues no puede la criatura tener el mismo ser, la misma hermosura y la misma utilidad que Dios, por cuanto la criatura puede ser y no ser hermosa, puede ser útil o puede también ser inútil.

La belleza de la criatura racional no está indudablemente en los colores, sino en las virtudes, no en la perfección orgánica, sino en la perfecta armonía de las virtudes morales. Vamos a ver ahora en qué consiste, en primer lugar, la esencia del alma racional sin la naturaleza; después examinaremos con diligencia su forma o hermosura; por último, distinguiremos cuidadosamente su utilidad entre los demás seres.

Viniendo a lo primero, tres cosas constituyen la naturaleza del alma racional: memoria, entendimiento y voluntad, las cuales vamos a examinar fijándonos en su

esencia y prescindiendo de todo movimiento y acto. Fíjate en la memoria, cómo sin la representación de las especies, es capaz, sin embargo, de retener imágenes y formas. Otro tanto podemos decir de la voluntad, la cual sin amar el bien ni el mal, con todo tiene actitud para abrazar ambos.

A mi modo de ver, el hombre fue creado a imagen de Dios en estas tres cosas: En la memoria, en primer lugar, la cual no estrecha ante el paso sucesivo de tantas imágenes y formas —capaz de retenerlas todas o capaz de retener una sola, capaz de contener innumerables, cuando no puede ser contenida por ninguno— resplandece al vivo la imagen del poder divino que contiene todas las cosas, las conserva y abarca todas con inefable e infatigable poder. El entendimiento, a su vez, lleva impresa la imagen de la divina sabiduría, de la que es vestigio, pudiendo someter a sí las criaturas a semejanza de la sabiduría creadora, examinar y prevenir entre buenas y malas, distinguiendo con agudeza de ingenio las provechosas y nocivas.

La voluntad o el amor, en cambio, fue creada poderosa, a semejanza del amor sumo, según su modo y hermosura, conforme al modelo del cual es imagen, derivada de su inmensa bondad, al ser hecha consorte de la divina naturaleza, apta para obrar en ciertas circunstancias al modo como obraría aquella suma bondad en orden a toda la creación.

Porque así como cuando tratamos de reproducir en el lienzo la imagen de algún personaje, lo primero que se debe es reflejar al vivo con la mayor exactitud todos sus órganos, según sus funciones propias, pero por más perfecta que te salga la obra, siempre estará muy distante de la realidad de la persona representada. Además, aun cuando hayas puesto con maestría los diversos colores, adecuados al modelo que te habías propuesto, todavía

te falta pregonar tanto la pintura como la persona representada en ella.

De idéntica manera el alma racional fue creada —según hemos dicho— a imagen y semejanza de Dios, conforme a su naturaleza en hermosura, esto es, en mérito. Pues en esta imagen, hablando humanamente, imprimió Dios su semejanza: en la memoria la visión celeste, en el entendimiento el conocimiento de Dios y en la voluntad el amor. De este modo puede el hombre conocer a Dios sin fatiga alguna mediante la memoria, comprenderle sin mezcla de error con el entendimiento y saborearle con el amor sin necesidad de ningún otro objeto saciativo.

En estas tres cosas se desarrollaba sin trabajo alguno la naturaleza y belleza del alma racional, las cuales sacaban vigor del poder sumo: sabiduría del abismo de sabiduría, amor verdadero del hontanar del amor.

Así pues, Dios, aunque se bastaba a sí mismo —por ser el sumo bien— entendió, sin embargo, el exceso de su bondad a la criatura, sacándola de la nada y haciéndola útil a los demás seres. Mas, como el alma racional no podía añadir a Dios nada, fueron creados otros muchos seres de la misma naturaleza, a fin de reflejar igualmente en ellos la huella de la divina bondad expresada en sus múltiples beneficios.

Ahora bien, si has llegado a captar la diferencia existente entre naturaleza, hermosura y utilidad, te será fácil comprender cómo la naturaleza corresponde al poder, esto es, al Padre; la hermosura a la sabiduría, es decir al Hijo; la utilidad al amor, o sea, al Espíritu Santo.

Veamos ahora qué desapareció en el hombre a consecuencia del pecado. En manera alguna la imagen de Dios, la cual constituye la naturaleza y esencia de la criatura racional. Permaneció en el hombre la memoria, si bien con una noción vaga de Dios; permaneció asimis-

mo el entendimiento, mas, distante enormemente de la sabiduría creadora; permaneció, en fin, la voluntad, aunque desfigurada por el ansia de cosas mezquinas. ¿Qué más? El hombre, creado en la opulencia, no se dio cuenta de ello, se asemejó a los jumentos irracionales y se hizo igual a ellos (11), y oscurecida la imagen de Dios, quedó hecho semejante a ellos.

Habiendo, pues, permanecido en su integridad, la cual hemos dicho corresponde al Padre de modo especial, con la caída de nuestros primeros padres desapareció la semejanza, que, según se ha visto, constituye la belleza y hermosura —o forma del alma— atribuida a la la sabiduría de Dios, es decir, a la persona del Hijo. De esta suerte, habiéndose inutilizado para sí mismo, no pudo ser provechoso a los demás.

Desapareció —decimos— la belleza y hermosura con la cual se beneficiaba el hombre a sí propio, desapareció también la utilidad con la que aprovechaba a los demás; pero la hermosura —dijimos— pertenece al Hijo y la utilidad al Espíritu Santo. Con razón, por tanto, el Hijo, poder y sabiduría de Dios, descendió a reparar en el hombre la hermosura y forma que se le había impreso de una manera particular, pero había desaparecido; bajó también el Espíritu Santo mediante el cual ha sido derramado el amor en nuestros corazones con el objeto de reparar con él la utilidad perdida, sin la cual nadie puede ser útil a sus semejantes.

A todo esto nunca se lee descendiera el Padre a este mundo por cuanto la naturaleza que le es propia permanece en su integridad. Pues en su imagen encaminaba el hombre aun cuando se inquiete inútilmente. El Hijo de Dios descendió verdaderamente en forma de hombre; el Espíritu Santo unas veces apareció en la nube, otras en

el fuego y otras en la paloma. El Hijo apareció realmente humanado; el Espíritu Santo en semejanza de cuerpo; el Padre, ni en cuerpo ni en apariencia corporal. El Verbo, en efecto, se hizo carne. El Espíritu Santo no se hizo ni paloma, ni nube, ni fuego. Descendió, sí, el Espíritu Santo en forma corporal —como de paloma— sobre él.

Hoy, sin embargo, hemos leído: “Aparecieron sobre ellos lenguas como de fuego” (12). Allí a manera de paloma, aquí a modo de fuego, indudablemente porque el Espíritu Santo ni es paloma ni es fuego.

Hermanos, estábamos caídos en este valle de miseria, manchados de culpas, aplastados por la flaqueza; por eso sabiamente descendió el Hijo a levantar a los caídos, bajó el Espíritu Santo a fortalecer a los flacos, permaneciendo el Padre en el cielo para recibir a los que llegan a él. Bajó el Hijo acá abajo a los que yacíamos en la miseria, y una vez levantados y jadeantes en la escarpada subida, nos sale al paso con su ayuda el Espíritu Santo, esperándonos el Padre para coronarnos en la patria.

Ahora bien, considerad cómo concuerdan entre sí tanto la restauración llevada a cabo por el Hijo como la consolidación realizada por el Espíritu Santo. Observad, repito, en Cristo, como tres grados dispuestos en beneficio nuestro, no en el suyo. En el primero fue bautizado en el Jordán, se transfiguró en el monte y fue glorificado en el cielo. En su bautismo apareció el Espíritu Santo en figura de paloma; en la transfiguración apareció en la nube; después de su glorificación en el fuego.

En estos tres grados podemos ver una triple graduación de los estados del alma que aprovecha: purgación, probación y coronación. En el bautismo de Cristo, en

(11) Sal. 48,13 y 21.

(12) Hech. 2,3.

efecto, encontramos nuestra purgación,, en su transfiguración nuestra probación y en su glorificación nuestra remuneración. Nos purificamos con la confesión, somos probados en la tentación, remunerados en la plenitud del amor. Pero en todas estas cosas es preciso que el Espíritu Santo ayude nuestra flaqueza (13).

Pasemos ahora a examinar los efectos de la gracia del Espíritu Santo en los tres grados enunciados. Quien se sienta leproso e inmundo, quien desee limpiarse y sanar, horrorizado ante la podredumbre de tal enfermedad, infestado por la inveterada costumbre, envenenado por la sensualidad, inficionado del cáncer de la soberbia; este tal debe salir de Siria, debe ir en busca del verdadero Eliseo y no rehusar su consejo saludable. Vaya a lavarse siete veces al Jordán (14). Jordán significa descenso, y en este sentido cuadra bien a aquel que subsistiendo en forma de Dios, no consideró usurpación hacerse igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando forma de esclavo hecho semejante a los hombres y reducido a la condición de hombre (15). En su descenso, es decir, en el ejemplo de su humildad, en el ejemplo de su abatimiento, hemos de ser nosotros lavados.

¡Ea, leproso inmundo! aunque seas rico en Siria, en soberbia, en arrogancia de espíritu, en propia voluntad, baja, lávate: baja por la humildad, lávate en la confesión y recobrarás la salud. Con todo, no podrá ser humilde esta bajada ni pura la confesión sin la asistencia consoladora del Espíritu Santo.

Descienda, pues, el Espíritu Santo a manera de paloma. En la paloma podemos considerar muchas cualidades, mas, aquí las reduciremos a tres: carece de hiel, gime y vuela en bandada. En ellas tenemos reflejadas

(13) Rom. 8,26.

(14) 1 R. 5,10.

(15) Fil. 2,7.

tres virtudes que el Espíritu Santo obra en los principiantes: mansedumbre, compunción y unidad. Mediante ellas somos limpiados de toda concupiscencia, según dice el apóstol: "Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida" (16).

Estas tres concupiscencias son fuente y origen de todos los males, en los cuales se ve envuelta la malicia humana, de ellos somos limpios en el Jordán por el consejo del Señor que —mediante la ayuda del Espíritu Santo— nos suministra para ello una triple gracia: la mansedumbre calma el cáncer de la soberbia, la compunción, cual gemido de paloma, apaga el fuego de la concupiscencia, la dulzura de la caridad fraterna cohibe el derramamiento de los sentidos.

Desde aquí sube el alma al monte de las virtudes en donde se transfigura con Jesús siendo hermoseada con cierto hálito de la futura bienaventuranza. ¡Dichosa, realmente, saludable transformación! cuando el impuro queda transformado en casto, el colérico en manso, el soberbio en humilde. Con todo, este monte de las virtudes tiene una subida ardua, expuesta a las asechanzas e insidias de los enemigos. Allí el apetito de la sensualidad excita las pasiones carnales, allí la gula sugiere regalar la carne con manjares exquisitos, allí la avaricia despierata sed de riquezas, allí la envidia atormenta el espíritu viendo la felicidad del prójimo.

Se impone, por consiguiente, que el Espíritu ayude a nuestra flaqueza (17). Descienda pues, el Espíritu Santo como nube refrigerante y cual rocío celeste que apague el fuego de las pasiones. Entonces será cuando el rostro del transfigurado resplandecerá como el sol y sus vestidos se volverán blancos como la nieve (18).

(16) I Jn. 2,16.

(17) Rom. 8,26.

(18) Mt. 17,2.

Estas son aquellas dos cosas pertenecientes de modo especial a los proficientes, la luz de la discreción y la pureza de la carne. Y pues en el rostro los ojos, con los cuales se gobiernan todos los miembros, iluminan todo el organismo, y sin su luz todo le serviría de tropiezo, todos serían víctimas de perturbación; así también, cuando el ojo está oscurecido, todo tu cuerpo estará en tinieblas (19).

Hay ciertamente luz de discreción en nuestra alma cuando tomando resplandor y fulgores del sol inconmensurable de sabiduría, hace resplandecer todo el cuerpo en el fulgor de sus obras. Sin este ojo, aun cuando subiere al cielo mi alma (20), la arrojarán de allí sus tinieblas, y si se transfigurare en la cumbre del monte, de nuevo será arrojada al valle de los vicios y oscurecida por ellos. Los miembros de nuestro cuerpo son verdaderamente los vestidos del alma, los cuales tomando candor celeste de la virtud de la castidad, manifiestan, en cierto modo, el estado de la resurrección futura en el cual ni se casan los hombres ni toman mujeres, sino serán como ángeles en el cielo (21).

Pasemos ahora al cenáculo, a aquel local grande y dispuesto en que el Señor va a comer la pascua con sus discípulos, en el cual se reunirán los apóstoles —después de la ascensión del Señor— para la oración y esperar la promesa del padre.

Allí, al cumplirse el día de pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar, cuando de repente sobrevino del cielo un ruido como de viento impetuoso que soplaba y llenó toda la casa donde estaban sentados (22).

¡Hermanos! acerca del número cincuenta, significado de “pentecostés”, pudiéramos decir y pensar muchas

(19) Lc. 11,34.

(21) Mc. 12,25.

(20) Sal. 138,8.

(22) Hech. 2,1.

cosas, por cuanto la ley divina prescribe hablar de aquel a quien se refieren todos los sacramentos. De manera especial, sin embargo, se nos recomienda cierta suspensión y descanso manifestado en aquel dichosísimo estado del alma en el cual está ociosa viendo cuán suave es el Señor (23), encontrando el reposo prometido por el evangelio en aquellas palabras: “Y hallaréis descanso para vuestras almas” (24). Este descanso no lo produce otro más que la caridad, es decir, aquel yugo en verdad suave y carga ligera a los que Cristo nos invita, bajo los cuales no hay trabajo, sino descanso, tranquilidad sabática.

Aquel horno encendido de Babilonia vomita, arroja dardos de fuego de concupiscencia hasta aquí, esparce sus llamas hasta aquí, abrasando e incendiando a todos cuantos están colocados próximos a él, según aquello: “Y alzábase la llama sobre el horno cuarenta y nueve codos y se abrasó a los caldeos que halló cerca del horno” (25). Fijáos cómo no pudo llegar la llama hasta los cincuenta codos. Cuando el alma se halle floja en la caridad, se halla expuesta a las llamas, sujeta a las tentaciones y pasiones babilónicas. Es preciso se arrepienta, llore, se purifique y permanezca siempre en el temor.

Pero cuando se ha trasladado ya a aquel incomparable cenáculo de la caridad, y ha llegado a aquella ininterrumpida tranquilidad de alma de jubileo constante, entonces se destierra el temor, el trabajo conviértese en descanso, el dolor en alegría; entonces es cuando está cierta de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles... serán capaces de separarla de la caridad de Dios (26). Aquí es donde se palpa cuán bueno y agradable es que

(23) I Pe. 2,3.

(25) Dan. 3,47.

(24) Mt. 11,29.

(26) Rom. 8,39.

los hermanos vivan unidos (27). Aquí nos hacemos discípulos de Cristo viviendo en el mismo lugar, porque donde reina la división, allí hay disensiones; donde hay contiendas, discordias, envidias, ambiciones, allí no puede existir el mismo lugar para las almas. Mas, ¿cómo conseguiremos esto, si no es bajando de repente sobre nosotros un viento impetuoso?

Hermanos, la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. Fue dado ciertamente el Espíritu Santo en el Jordán, pero se da en los gemidos, en las lágrimas, en la compunción, en el temor, en la renuncia del mundo, para arrojar fuera nuestras cosas propias y nos abracemos a la vida común. Se da también a muchos ya cansados y fatigados en el monte de la tentación, para consolarlos y refrigerarlos, para que su carne blanquee con la castidad, y su alma se ilumine con la discreción. En todo esto se nos da, por decirlo así, parte del Espíritu Santo, mas, en el cenáculo, en el mismo lugar, se nos otorga la misma plenitud del Espíritu Santo.

Sin embargo, antes no era dado, porque Jesús todavía no había sido glorificado. En el primer estado el Señor Jesús apareció humilde y manso, en el segundo generoso, en el tercero glorioso. Benigno para el que pide; generoso para el proficiente; glorioso para quien se mantiene en la cumbre de la perfección. En este estado se comunica tanta plenitud del Espíritu Santo, que en su comparación en los demás estados ni se da ni se puede tener.

Antes de que Jesús fuera glorificado (28) el Espíritu Santo no había sido dado. Por eso debemos considerar tres señales en dicha expresión: el sonido, el fuego y la lengua. Habiéndose dado en ese feliz estado, suena,

(27) Sal. 132,1.

(28) Jn. 7,39.

arde, habla. Suena para aterrar, arde para encender, habla para instruir. Aquel poema celeste describe el estado de tal alma diciendo: "¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible como un ejército en orden de batalla?" (29).

Mas, se acabó el tiempo y el sermón debe tocar a su fin. Terminemos más que con palabras retóricas, con una oración suplicante. Nos asiste, pues, el Espíritu Santo, de quien hemos hablado, nos asista con su gracia en las adversidades, sea nuestra luz en las incertidumbres, cordura en las prosperidades, consuelo en las tristezas, defensa en las tentaciones, y sea custodio en la disciplina de nuestras obligaciones aquel que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

(29) Cant. 6,9.

De las siete voces del Espíritu Santo el día de Pentecostés

Nuevamente estoy con vosotros, amadísimos hermanos míos, nuevamente vuelvo a estar entre vosotros, atraído por vuestras oraciones, reservado para vuestro adelantamiento espiritual. Reconozco la deuda, por cuanto mi vida, mi sabiduría, mis sentidos, todo es vuestro, nada me pertenece a mí, antes todo os pertenece a vosotros, por quienes y para quienes he sido, en cierto modo, arrancado de las garras de la muerte. Pero mirad, el espíritu está pronto, mas, la carne es flaca (1). Sin embargo, el amor supera a la flaqueza, la caridad a la timidez, y no puede el espíritu reprimir mi ansia de darme a vosotros, despreciando, por decirlo así, la flaqueza de la carne, confiado en la fuerza de vuestras oraciones que ya tengo experimentado. Me anima a hablar también la solemidad santa del presente día, la cual no sólo es venerada por su excelencia, sino también por la dulzura embriagadora que se experimenta en ella.

En ella se nos recomienda de una manera especial el amor, palabra la más dulce que se puede oír y pronunciar en el lenguaje humano. ¡Oh si supieran los hombres —vamos a tratar de manera especial del amor—, cuán dulce, cuán útil, cuán deleitable es este amor! Les parecería vil, hediondo cualquier otro amor, que no es amor, porque solamente este es el amor verdadero, el único amor. Este es el amor que se respira en el cielo. Allí los ángeles, los arcángeles, los principados y potestades, los tronos y dominaciones, entre los cuales

(1) Mc. 14,38.

se dan diversos grados, distintos órdenes, diversos méritos, distintos oficios, pero este amor único a todos los abraza, a todos los une, a todos los llena, a pesar de tanta variedad de grados, de oficios, de méritos: a todos mantiene en verdadera paz, unidad y concordia de ánimo.

Este es el amor que soporta y contiene toda criatura, nada descompuesto, nada desordenado, que a todas conserva en alianza y paz. El fuego es caliente, el agua, fría, el aire diáfano, la tierra oscura; estos elementos, tan contrarios entre sí, reúne y coordina el amor para constituir todos los cuerpos, de tal forma que no sólo exista nada de inconveniencia en los mismos, pero ni tampoco la menor separación natural de sus elementos componentes.

Las hierbas, los árboles, los frutos, las semillas, las bestias y todos los animales, los reptiles, los pájaros que vuelan, los peces del mar que trazan sendas por el mar (2), en una palabra, toda la naturaleza corporal y espiritual, creados y conservados por este amor, cada cual continúa en su ser natural, conservando el orden establecido y las particularidades correspondientes a su especie.

Este amor no es otra cosa que la bondad de Dios, la benignidad, la caridad, digo más, Dios bondad, Dios benignidad, Dios caridad, y la misma bondad de Dios es el Espíritu de Dios, el mismo Dios. Con razón, pues, desde el principio el Espíritu del Señor llenó toda la tierra (3), conteniendo todas las cosas, conservándolas, ordenando y disponiéndolas todas. La tierra estaba informe y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas (4).

Porque toda criatura, sacada de la nada, siendo naturalmente resbaladiza e inestable, propensa a reducirse de nuevo a la nada; únicamente la bondad de Dios, que

es su Espíritu, puede mantenerla, conservarla y comunicarle estabilidad.

Al Padre, en quien de manera especial reside el poder, se atribuye la creación de todas las cosas; al Hijo, sabiduría de Dios, la modelación de todos según su especie y forma; al Espíritu Santo, esto es, a la bondad de la divina sabiduría, la disposición y perfeccionamiento de todas ellas. Y respecto a esta disposición, desde el principio el Espíritu del Señor llenó toda la tierra, abarcando fuertemente de un cabo a otro todas las cosas, y las ordena todas con suavidad (5). En cuanto al perfeccionamiento, en cambio, desde hoy y en lo sucesivo (6) el Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra, pues hoy, el mismo dulce Espíritu fue enviado por el Padre y el Hijo para sanificar a toda criatura en un nuevo orden, en un nuevo género, en una nueva manifestación de su poder y virtud.

Antes el Espíritu Santo no se nos había dado, porque Jesús no había sido aún glorificado (7). Muchas veces, indudablemente, los dones del Espíritu Santo fueron derramados en alguna parte de la tierra, cuando sólo Dios se manifestó en Judá y su fama fue grande en Israel (8), cuando infundió su gracia santificadora en algunas personas, según aquello: "Porque el espíritu del Señor se apoderó de Gedeón" (9) y de David: "Desde aquel día en adelante el espíritu del Señor se difundió en David" (10). Hoy, en cambio, toda la riqueza toda la abundancia descendiendo desde tu trono celestial, se ofreció a todas las almas de los mortales, a fin de que aquel licor divino se derramase por toda la tierra bajo diversos dones de gracias espirituales. Y con razón ha llegado hasta nosotros la plenitud de tal gozo del cielo, por ha-

(2) Sal. 148,10.

(3) Sal. 1,17.

(4) Gn. 1,1.

(5) Sab. 8,1.

(6) Dan. 13,64.

(7) Jn. 7,39.

(8) Sal. 75,1.

(9) Jue. 6,34.

(10) I S. 16,13.

ber cosechado a los pocos días de nuestra tierra fecunda, abundantes frutos de suavidad.

¿Qué cosa puede haber, sino, más dulce, más suave, más agradable, más santa que la producida por nuestra tierra? porque la fidelidad brota de la tierra (11). Antes de estos días, subió a los reinos celestiales el vástago del Señor y fruto sublime de la tierra que había descendido en magnificencia y gloria, con objeto de que podamos poseer, sin pesar alguno, todo cuanto de más dulce existe en el cielo, o sea, la humanidad de Cristo, la cosa más dulce de la tierra, el espíritu de Cristo, la cosa más dulce de los cielos.

Sucedió, por tanto, un trueque saludable: de la tierra subió al cielo la humanidad de Cristo, descendiendo hoy a nosotros desde el cielo el Espíritu de Cristo. Este es el ungüento que baja por la barba de Aarón hasta la franja de su ornamento (12). Cristo cabeza, Cristo sumo sacerdote, sumo pontífice nuestro, posee allí la plenitud de tal ungüento por habitar en él corporalmente la plenitud de la divinidad (13). Desde allí corrió hasta la barba. La barba está colocada entre la boca y la garganta por la cual emitimos los secretos que queremos de nuestro corazón. Tal sucedió en aquella reunión santa de apóstoles y discípulos de Cristo, quienes aprovecharon en su presencia bebiendo y saboreando en el hontanar de su pecho santísimo abundancia de secretos celestes, experimentando cuán suave es el Señor, cuán dichoso el que espera en él (14).

Pero no sólo bajó este ungüento hasta la barba, descendió también hasta la franja de su ornamento. Su vestido — toda la multitud de fieles extendida por toda la tierra — participa de este precioso ungüento exultante y

(11) Sal. 84,12.

(12) Sal. 132,2.

(13) Col. 2,9.

(14) Sal. 83,13.

cantando: “Bálsamo derramado es tu nombre” (15). ¿Pues qué región, qué isla, qué rincón de la tierra puede existir, adonde no llegue el olor de este precioso bálsamo? Porque el Espíritu del Señor llenó todo el universo, comprende todas las cosas, tiene conocimiento de todo (16). El Espíritu obra en todas partes, el Espíritu habla por doquier.

Antes de la ascensión del Señor, en efecto, el Espíritu Santo fue dado a sus discípulos cuando dijo el Señor: “Recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos” (17). En cierto modo, antes de este día no se había oído su voz ni brilló la virtud ni se señalaron en la ciencia los discípulos de Cristo — no confirmados aún en la virtud — antes sobrecogidos por el temor, se hallaban temerosos reunidos en el cenáculo. Mas, desde este día se oyó la voz del Señor sobre las aguas, el Dios de la gloria ha tronado, el Señor sobre las aguas torrenciales (18). Por eso la voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica, la voz del Señor troncha los cedros, la voz del Señor hiende con rayos la voz del Señor sacude el desierto, el Señor sacude el desierto de Cadés, la voz del Señor retuerce los cedros, el Señor descortezas las selvas, en su templo un grito unánime ¡gloria! (19).

Tales son las siete voces del Espíritu Santo. En todas las partes de la tierra se manifiesta su presencia, si hay quien escuche y atienda (20), conocerá su voz. Vuestra caridad conoce quién es el cordero inmolado (21) que tenía siete cuernos y siete ojos — que son los siete espíritus de Dios — aun cuando el apóstol diga hay un sólo

(15) Cant. 1,2.

(16) Sab. 1,7.

(17) Jn. 20,23.

(18) Sal. 28,3.

(19) Ibíd. 4,9.

(20) Lc. 8,8.

(21) Apc. 5,6.

espíritu: "Mas, todas estas cosas las causa el mismo espíritu indivisible" (22). Sin embargo, dícese siete espíritus, por sus siete formas de actuar, simbolizadas bien en los siete ojos, bien en los siete cuernos o bien en las siete voces, por cuanto antes del presente día, cuantas cosas aparecían ocultas —por decirlo así— en alabanza y conocimiento de la augusta Trinidad y santificación interior de las almas; en lo sucesivo, con la ayuda del divino Espíritu, las lenguas de los gentiles, en labios de los apóstoles y discípulos —reunidos para la alabanza en toda la Iglesia esparcida por todo el orbe— pregonarán la unidad de la santificación interior y de las alabanzas divinas.

En ello más podremos advertir —en nuestro concepto— las voces que los ojos y cuernos. Consideremos, ante todo, en qué orden, con qué graduación el Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra e infundió dulcemente en los corazones la plenitud de su gracia, mediante las voces espirituales. Se oyó su voz, en efecto, en palabras, en milagros, en la paciencia de los mártires, en la conversión de los príncipes, en el vencimiento de los enemigos, en la reparación de los caídos, en la doctrina y contemplación de los santos.

En primer lugar, "la voz del Señor sobre las aguas, el Dios de la gloria ha tronado, el Señor sobre las aguas torrenciales" (23). Las aguas torrenciales, la multitud del pueblo, como dice la Escritura; la voz del Señor sobre las aguas cuando el sonido de los apóstoles se extendió a toda la tierra (24). "El Señor dejó oír su voz sobre las aguas torrenciales. Rodaba el estruendo de tu trueno" (25). ¡Oh Espíritu Santo! ¡rodaba el estruendo de tu trueno sobre todo el orbe!

(22) I Cor. 12,11.

(23) Sal. 28,3.

(24) Sal. 18,5.

(25) Sal. 76,19.

¡Voz atronadora! "Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos" (26).

¡Voz atronadora! "El que creyere y se bautizare, se salvará, mas, el que no creyere, será condenado" (27).

¡Voz atronadora! "Ni los fornicarios, ni los avaros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los borrachos, han de poseer el reino de Dios" (28).

El juicio de Dios caerá sobre quienes hicieren tales cosas. Oirán estas palabras: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno" (29). ¡Oh voz atronadora! El Señor dejó oír su voz sobre las aguas torrenciales. Esta voz del Espíritu Santo, hablando o tronando por boca de los apóstoles, con su mismo eco infundía temor en el corazón de los mortales, mas, de poco hubieran servido las palabras si no las hubieran confirmado con milagros.

En consecuencia, siguióse la voz del Señor en el poder, la voz del Señor sobre las aguas cuando marchando los discípulos, predicaron en todas partes (30). La voz del Señor en el poder, cooperando Dios y confirmando su doctrina con los milagros que les acompañaban. ¡Oh, cuánto poder, cuando los enfermos eran colocados en las plazas para que al llegar Pedro, al menos su sombra les tocara, seguros de obtener con ello la curación de sus enfermedades!

La voz del Señor en el poder, cuando Pedro dijo a aquel cojo: "En nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda" (31). Resultado de estas dos voces, predicación y milagros, fue la creencia de una gran multitud de pueblos. Mas, el enemigo de la salvación, llevando muy a mal recobrarán la salud quienes tenían aprisionados en sus garras, mediante el poder del Espíritu Santo, suscitó contra ellos el furor de reyes y príncipes quienes desata-

(26) Mt. 3,2.

(27) Mc. 16,16.

(28) I Cor. 6,10.

(29) Mt. 25,41.

(30) Mc. 16,20.

(31) Hech. 3,6.

rían contra ellos una cruel persecución, hasta el punto de hacerse la fe en Cristo tanto más admirable, cuanto más firme se mostrase en el momento de la persecución.

Los santos, en efecto, sufrieron afrentas y azotes, cadenas y cárceles, unos fueron apedreados, otros degollados; éstos quemados vivos, aquéllos atormentados con inauditos suplicios; con la voz del Espíritu dieron tanta gloria cuanta fue su paciencia. La voz del Señor es magnífica, indudablemente. Verdaderamente magnífica su voz y su poder en las nubes, esto es, en los santos, cuando ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni principados, ni la fuerza, ni la violencia pudieron separarlos del amor de Dios, fundado en Cristo (32). Pero, ¿acaso habían de ser abandonados los mismos perseguidores y habían de separarse de la gracia de Cristo? Oyóse, pues, la voz del Espíritu tronchando los cedros.

Los cedros, como sabéis, son árboles gigantes, semejantes a los poderosos de este mundo, los cuales serán destruidos en el último día por virtud de los milagros y paciencia de los mártires. Serán aniquilados totalmente, porque estaban hinchados de soberbia, por su encumbramiento sobre los demás, ebrios de poder, sin reconocer superior, ni abajarse a los inferiores. Hasta algunos de ellos disfrutaban de oírse llamar dioses por los hombres, y aún empleaban la violencia a trueque de conseguir esto.

Mas, fueron destruidos (33), fueron humillados y quebrantados de corazón hasta tal punto, que lloran los reyes sin corona allí donde se decía que los pescadores habían muerto. Pero para conseguir esto, unos planataban, otros regaban, no obstante, el espíritu hablando y obrando en su interior daba el incremento porque la voz del Señor troncha los cedros.

(32) Rom. 8,39.

(33) Apc. 2,27.

Una vez convertidos a la fe reyes y príncipes, se dio la paz a la Iglesia, se propagó la ley divina, el evangelio fue leído a los cristianos, las escrituras se expusieron en todas partes, y se cantaba por doquier: "Pasó ya el invierno, se disiparon y cesaron las lluvias, llegó el tiempo de la poda" (34). Y mirad cómo se ha trocado en paz mi aflicción amarguísima (35). Pasó el invierno de la persecución, se desvaneció la lluvia de la tribulación, el cortejo de nuevos candidatos salió de la piscina de la salud cuál flores hermosísimas, brotando por todas partes, perfumaban con el olor del Señor de los ejércitos la santa Iglesia, es decir, la viña, diciendo: "Mirad cómo se ha trocado en paz mi aflicción amarguísima" (36).

Y es que las zorras, habiendo penetrado astutamente en la viña, esto es, los herejes, destrozaron con los dientes de su malignidad vides y sarmientos, por llevar en su boca hedor de doctrinas heréticas, falsedad en el corazón y fuego en sus colas. Cazadnos, pues, esas raposillas que están asolando las viñas porque nuestra viña está ya en ciernes (37). Pero ¿quién será capaz de realizar esto? ¿Quién será apto para discernir entre la falsedad herética y la verdad católica?

Entre los herejes, indudablemente —lo mismo que entre los católicos— hay quienes recitan de memoria pasajes de las escrituras, administran sacramentos y hasta han sufrido especie de martirio. Se muestran amantes de Cristo, ejercen obras de caridad, aquel fuego que envió Jesús a la tierra (38) parece encenderse por doquier. De aquí el engaño de los sencillos, el sufrimiento de los buenos, la incertidumbre de los príncipes, la confusión o perturbación de toda la Iglesia. Con todo, la asiste la voz del Espíritu Santo, el cual les hace frente,

(34) Cant. 2,12.

(35) Is. 38,17.

(36) Ibid.

(37) Cant. 2,15.

(38) Lc. 12,49.

es decir, separa la llama del fuego, siendo aniquilados y rendidos como con lingotes de plata (39).

Es conveniente, sin duda, haya herejías para manifestar la virtud probada (40) hablando el Espíritu Santo en ellos y por ellos, para distinguir entre la llama y el fuego, de una y otra parte, entre la caridad, la verdad, las obras, los martirios de una y otra parte. Con todo, en esta doble tentación, o sea, la persecución de los herejes y la doctrina frívola de los herejes, han caído muchos, bien negando la verdad, bien siguiendo el engaño. En ellos apareció la inmensidad del amor de Dios, levantando a los caídos, limpiando a los manchados, recibiendo de nuevo a los prófugos. Esto no sucedería si la voz del Espíritu no estuviera presente sacudiendo el desierto (41), pues el Espíritu, hablando en el interior, sacudió el desierto, esto es, al corazón que despreció la gracia y se convirtió en erial. Sacudido, en efecto, el corazón por el espíritu, síguese la penitencia, a la penitencia la confesión, y a la confesión la reconciliación.

Una vez reconciliados los príncipes, llenos de confusión los herejes, reconciliados los caídos, se oye la voz del Señor preparando a los ciervos. Oh ciervos, los riscos son para las cabras (42). La voz del Señor prepara a los ciervos.

Cimentados, sin duda, todos en cierta paz celestial, adelantados por el continuo vacar al estudio y meditación de las Sagradas Escrituras, se daban a la contemplación y oración y cual cedros gigantes de las cumbres, ascendían de la misma manera a lo más empinado de la perfección como en ciertos saltos espirituales: "Venid a ver las obras de Dios, los prodigios que hace en la tierra" (43). Tal es la voz de los santos, una vez trans-

(39) Sal. 67,31.

(40) I Cor. 11,19.

(41) Sal. 28,8.

(42) Sal. 103,18.

(43) Sal. 45,9.

currida la peste de cruelísima persecución, admirados ante la paz súbita concedida a la Iglesia, alaban la mutación operada por la diestra del Altísimo con estas palabras: "Venid a ver las obras de Dios, los prodigios que hace en la tierra". ¿Qué prodigios? Responde: "Puse fin a la guerra hasta el extremo del orbe" (44). ¡Estupendo prodigio! No hay nadie, en efecto, que fijando su mirada en las crueles e inauditas persecuciones desencadenadas por Nerón, Diocleciano, Maximiano, Daciano contra los cristianos, al ver renacer la paz en la Iglesia, no lo considere como prodigio extraordinario. "Puso fin a la guerra hasta el extremo del orbe, rompe los arcos, quiebra las lanzas, prende fuego a los escudos" (45).

Finalmente, puesto que sonríe la paz en todas partes, la tranquilidad y cierta serenidad celeste por doquier, entregaos al estudio, vacad a la sabiduría, dedicaos a exponer las escrituras, vacad a la contemplación y en todas estas cosas gustad y ved cuán suave es el Señor (46). Pero esto, ¿dependerá de nosotros? No, más bien de la voz del Espíritu que resonando y obrando en el interior de nuestra alma, retorcerá los robles, descortezará las selvas, a fin de que en su templo resuene un grito unánime ¡gloria! (47). Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

(44) Sal. 45,9.

(45) Sal. 45,10.

(46) Sal. 5,10.

(47) Sal. 28,10.

**Las cosas escritas de Elías
se refieren a San Juan Bautista**

En la casa de mi padre hay muchas moradas (1), dice el Señor Jesús. Pregunto, ¿por qué hay allí muchas moradas, si no es porque hay acá abajo muchas profesiones? No todos pueden las mismas cosas. ¿Acaso solamente las vírgenes llegarán al reino de los cielos? Indudablemente llegarán también las viudas, y las casadas no serán excluidas. Al modo como en esta vida existen diversidad de profesiones, de la misma manera en la obra hay varias moradas; por eso hay muchas moradas en la casa de mi padre.

Una es la claridad del sol, otra la de la luna y otra la de las estrellas. También una estrella se diferencia de otra por su claridad (2). Hay quienes usan de este mundo (3), quienes renuncian a él y quienes mandan en él. Las profesiones son distintas, y por este motivo se dan obligaciones distintas en cada uno y se le tiene preparada morada distinta. A los ricos mundanos se les manda no ser soberbios (4), no poner su corazón en las riquezas caducas, ser generosos, repartir con otros sus bienes, atesorar riquezas en el cielo para lograr la vida eterna.

A los que mandan, se les ordena hacerlo con sencillez (5) para atenderse a sí mismos y al rebaño que tienen confiado (6), para alimentarlo y apacentarlo en tiempo oportuno (7).

(1) Jn. 14,2.

(2) I Cor. 15,41.

(3) Ibíd. 7,31.

(4) Ibíd. 6,17.

(5) Rom. 12,8.

(6) Hech. 20,28.

(7) Sal. 144,15

A quienes han renunciado a este mundo se les pide dos cosas: vivir la vida común bajo la disciplina de un superior, y huir de todo comercio humano manteniéndose en soledad. A la primera se refiere el salmista: "Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos" (8); se les manda odiar al padre y a la madre, incluso la propia vida (9) para poder ser discípulos de Cristo.

Acerca de la perfección de la vida solitaria, habla el profeta Jeremías: "Bueno es para el hombre llevar el yugo desde su adolescencia; se sentó solitario y calló porque se elevó sobre sí mismo" (10). En esto fue modelo de virginidad la santísima Virgen María, de viudez Ana la profetisa, de casada Isabel, espejos de ricos Job, dechado de vida común los primeros cristianos en los Hechos de los apóstoles, de los cuales se dijo: "Toda la comunidad de los fieles tenían un mismo corazón, y una misma alma; ni había entre ellos quien considerase como suyo lo que poseía, antes tenían todas las cosas en común" (11).

Tenemos además en el antiguo testamento un modelo perfecto de vida solitaria, Elías, y en el nuevo otro que apareció con la virtud y espíritu de Elías, San Juan Bautista. Y a mi entender, así como San Juan vino con la virtud y espíritu de Elías, así también éste precedió en virtud y espíritu a aquél, por cuanto lo que está escrito de Elías, se entiende en espíritu de San Juan.

Sabéis sin duda, hermanos, cómo Elías fue introducido donde estaba Acab en tiempo de hambre, como dice la Escritura: "Elías tesbita, habitante de Gaad, fue introducido a Acab" (12). Nada dice de su genealogía, de su vida ni de su religión; la Escritura le introduce de súbito sin esperarlo, como si no procediera del hombre

ni se relacionara con el hombre, antes al modo como está escrito de nuestro Elías: "Fue enviado por Dios un hombre llamado Juan" (13). ¿Y cuándo sucedió esto? Precisamente en el reinado de Acab y de su mujer la impía Jezabel, significando el primero la soberbia y la segunda la lujuria. Con razón durante su reinado hubo hambre en la tierra, faltó el agua, no cayó rocío y se secaron todas las plantas.

Imposible hallar gracia en quienes viven dominados de la soberbia que se alimenta en la lujuria. Por eso dijo Elías: "Vive el Señor Dios de Israel, de quien yo soy siervo, que no ha de caer rocío ni lluvia en estos años sino hasta que yo lo dijere" (14).

No ignoráis, carísimos, cómo al tiempo de aparecer en el mundo el Salvador, imperaban en él la soberbia y la lujuria, hasta el punto de que bien pocos se veían libres del dominio de la sensualidad, de la lujuria. Con razón aumentó el hambre, faltó el pan, no se encontraba agua. ¿Cuándo sucedió esto? Con ocasión de aparecer nuestro Elías. La ley y los profetas hasta el tiempo de Juan (15). La ley era el pan, la doctrina de los profetas, el agua, mas, este pan era de cebada, con el cual alimentó el Señor a cinco mil hombres, esto es, a los judíos, quienes según el sentido de la ley eran alimentados con despreciable cebada, alimento de jumentos. También el agua estaba oscura, según aquello: "Agua oscura y nubes espesas" (16). Por consiguiente, la ley y los profetas hasta tiempos de Juan. Hasta tiempos de Juan, ciertamente, fue observada una y otra ley, escuchada la doctrina de los profetas, pero hubo hambre y sed a pesar de ello, no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la palabra de Dios.

(8) Sal. 132,1.

(10) Jer. Tren.

(11) Hech. 4,32.

(9) Lc. 14,26.

3,27.

(12) Lc. 1,17.

(13) I S. 17,1.

(15) Mt. 11,13.

(14) I S. 17,1.

(16) Sal. 17,12.

Huyó Elías de la presencia de Acab y Juan se alejó huyendo y habitó en el desierto (17), como escribe el evangelista: "Habitó en el desierto hasta el tiempo en que debía darse a conocer a Israel" (18). Era conveniente que un profeta que había de ser constituido sobre las naciones y sobre los reinos para arrancar, destruir, arrasar y demoler, edificar y plantar (19), que había de corregir a reyes, matar a los sacerdotes de Baal, que había de hacer caer rocío y lluvia para la tierra, primero debía esconderse en lugares ocultos y formarse en sentimientos espirituales.

Del mismo modo el santo Moisés aprendió en el desierto lo que enseñaría más tarde en Egipto. Así también David, el amigo de Dios, viviendo en la soledad, manejaba la honda y la piedra (20) con las cuales pudo derribar después, en presencia de todo el pueblo, a aquel gigante armado de coraza. Por eso se le dijo a Elías: "Encamínate hacia oriente y escóndete en el arroyo de Carit" (21), que quiere decir calvo. Bebía también agua del arroyo.

En el Génesis leemos el torrente Jaboca, en el libro de los Jueces torrente Cisión y Cadomin, y en el evangelio torrente Cedrón; aquí, en cambio, torrente Carit, pues quien está calvo beberá del torrente Carit. Calvo es aquel cuyos cabellos se le han caído de la cabeza. Los cabellos son cosa superflua en el cuerpo, y por esta razón puede llamarse calvo quien dejó a un lado todo lo superfluo, contentándose solamente con las cosas necesarias.

Así pues, las riquezas y honores del mundo, el adorno del cuerpo y la mesa opípara se consideran cosas superfluas; quien las ha despreciado y tiene el alma libre de toda preocupación, este tal camina como con

(17) Sal. 54,8.

(19) Jer. 1,10.

(21) I S. 17,3.

(18) Lc. 1,80.

(20) I S. 17,50.

la cabeza descubierta, está calvo, pudiendo decir con el profeta: "Mi alma rehusa el consuelo, acordándose de Dios se siente desfallecer" (22). En este torrente de delicias es donde bebe Elías.

Dichosa el alma que acosada del hambre en todas partes, encuentra en la soledad donde apacentarse, hasta poder decir con el profeta: "En verdes praderas me hace recostar" (23). Cambia, Señor, nuestra suerte, como los torrentes del Negueb (24). ¡Dichosa cautividad! A veces se levanta viento del aquilón, frío, que sopla con violencia sobre mi alma miserable (25), apaga el poco fervor de caridad, de espiritualidad, que hay en ella. Se debilita el ánimo, enfríanse los afectos, se congela la voluntad. Cuando sopla de esta suerte el aquilón, como si toda gracia espiritual se alejara del que es azotado por ese vendaval.

Cambia, Señor, nuestra suerte. Experimento otra ley en mis miembros (26), siento en mis pensamientos la propensión al pecado, soy arrastrado cautivo por la ley del pecado que reside en mis miembros. Cambia, Señor, esta nuestra cautividad como los torrentes del Negueb. Levántate aquilón, levántate aquilón; ven viento del mediodía, ven viento del mediodía, sopla sobre mi alma (27) para que se caliente lo que está frío, se disuelva lo endurecido, desaparezca lo que está congelado, corra el torrente.

De esta suerte convierte nuestra estrella como los torrentes del Negueb, por cuanto en soplando el solano, quiero decir, mediante la gracia del Espíritu Santo, revivirá nuestro espíritu, desaparecerá el entorpecimiento, se compungirá el corazón, las lágrimas afluirán a manera de torrente y esta bebida resultará dulce en extremo.

(22) Sal. 76,3.

(24) Sal. 125,4.

(26) Rom. 7,23.

(23) Sal. 22,2.

(25) Cant. 4,16.

(27) Cant. 4,16.

¡Oh, quién pudiera decir fácilmente a este nuestro Elías, cuán dulcemente bebías del torrente de delicias cuando se sentó solo, callaba y se elevaba sobre sí! "Los cuervos —dice la Escritura— le llevaban pan y carne por la mañana, y asimismo pan y carne por la tarde" (28). No eran iguales los que alimentaban a Elías a mediodía. Cuervos eran los publicanos y pecadores que venían a donde estaba Juan, se le acercaban en el desierto, a ellos dijo el Señor: "¿Qué salisteis a ver en el desierto?" (29) a los cuales contestó Juan: "Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos" (30). Y también: "Haced frutos dignos de penitencia" (31). Aquí está la comida de Elías, aquí los panes, aquí la carne. Los alimentados con pan y lágrimas (32) crucifican su carne con sus vicios y apetitos (33). Tal es la comida de Elías.

Está escrito de Juan: "Mirad que envío mi ángel que te guíe" (34). Indudablemente Juan es ángel el cual hace fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente (35). Por lo tanto, la comida de los ángeles es la conversión y el arrepentimiento de los pecados. El corazón se arrepiente, la carne es quebrantada por las lágrimas, tales son los panes y carne que los publicanos llevaron por la mañana, es decir, al comienzo de la conversión, a Elías. El alma se aflige ante las tentaciones, el cuerpo se doma con ayunos, vigiliias y trabajos; tal comida servía para Elías en cierto modo para la tarde. Porque así como la mañana significa el tiempo de la conversión, así el atardecer el de la tribulación y prueba, pues dice la Escritura: "Después de varios días secóse el arroyo" (36).

Hermanos carísimos: si habéis entendido el significado del torrente, también comprenderéis por qué se

(28) I S. 17,6.
(29) Mt. 11,7.
(30) Mt. 3,2.

(31) Ibíd. v. 8.
(32) Sal. 79,6.
(33) Gal. 5,14.

(34) Gn. 23,20.
(35) Lc. 15,7.
(36) I S. 17,1.

secó. La dulzura interior no se experimenta de continuo ni afluyen las lágrimas a nuestro arbitrio. Cesó de correr el torrente, o por mejor decir, se interrumpió, sobre todo cuando Elías, o sea, cualquier varón perfecto se lanza a las cosas exteriores o se prepara para otras más excelentes. Por eso, al secarse el torrente, el Señor dijo a Elías: "Anda y vete a Sarepta, de los sidonios, porque ya tengo allí dispuesto que una mujer viuda te sustente" (37).

Mira cómo el amigo del esposo es enviado a la esposa: Elías a la viuda, Juan al pueblo de Israel, para preparar la esposa al esposo, Cristo, un pueblo bien dispuesto. Por eso dijo de él el ángel: "Delante del cual irá él con el espíritu y la virtud de Elías, a fin de preparar al Señor un pueblo bien dispuesto" (38). Es la misma iglesia primitiva de los judíos, a la cual se dirige este nuestro Elías, para llamarla y prepararla clamando y diciendo: "Haced penitencia, porque se acerca a vosotros el reino de los cielos" (39).

Es llamado, pues, por la misericordia, preparado por la penitencia, por cuya razón se le decía tesbita equivalente a inclinado a la penitencia, por cuanto Juan fue una antorcha que ardía y brillaba (40), a quien aquella mujer de Dios, a saber, la sabiduría, que había perdido una dracma —el género humano— encendió una linterna (41) para examinar la casa, o por mejor decir este mundo, para que se convirtiese mediante la penitencia, y de esta suerte se encontrase aquella dracma significada en la iglesia de los predestinados. "Yo no soy Cristo —respondió— sino el enviado ante él" (42). ¿A dónde fue enviado, y a qué? Indudablemente a la mujer viuda para

(37) Ibíd. 9.
(38) Lc. 1,17.

(39) Mt. 3,2.
(40) Jn. 5,35.

(41) Lc. 15,8.
(42) Jn. 1,6.

presentarla espléndida a su esposo, a la Iglesia, que no tiene mácula ni arruga (43).

A decir verdad, en aquel tiempo la nación judía estaba viuda por carecer del cetro de Judá y del báculo de entre sus pies (44), no tener rey legítimo ni sacerdote santo. Se esperaba aquel que debía ser enviado, aquel esposo legítimo para quien se le preparaba esta esposa, que tiene reservada una poca harina y algo de aceite (45). El grano es separado de la paja y la rueda del molino se agita, lo tritura hasta salir la harina. La letra de la ley es la paja, la penetración espiritual en ella, el grano. Desde los días de Juan el grano está separado de la paja, el espíritu de la letra, la rueda del evangelio se agita para sacar la harina. Añádase el aceite de la gracia del Espíritu Santo, y tenemos ya el pan para alimentar a Elías.

Pero aumentándose el hambre en aquellos días, con razón la viuda tuvo poca harina, el pueblo poco aceite de la palabra de Dios. A pesar de ello, hizo un panecillo cocido debajo del rescoldo (46), esto es, un insignificante conocimiento de Cristo con el cual se alimenta hasta sacrificar a los profetas de Baal, o sea, hasta hacer desaparecer de sus corazones todo error antiguo, y apareció entonces sobre el mar una nubecilla como la palma de la mano de un hombre.

Recordad, hermanos, cómo habiendo muerto los profetas de Baal, apareció una nubecilla subiendo del mar y cayendo una lluvia copiosa (47), restituyó a la tierra su habitual fertilidad. Contemplad ahora a este nuestro Elías ante el Jordán, atajando a los espíritus inmundos que dominaban a los hijos de la desobediencia (48) en aquellos que, confesando sus pecados, eran bautizados

(43) Ef. 5,27.

(44) Gn. 49,10.

(45) I S. 17,12.

(46) Ibid. 13.

(47) I S. 18,44.

(48) Ef. 2,2.

por aquel que predicando, corrigiendo, amonestando, bautizando —con la doctrina del Salvador— como si hubieran muerto, tenían agradablemente —tanto él como el pueblo— la venida del Señor.

Mas, he aquí que una nubecilla apareció en el mar como la palma de la mano de un hombre (49). El mar simboliza la multitud de publicanos y pecadores a quienes se dirigía San Juan “Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira amenazante?” (50). Entre ellos como en el mar, apareció aquella pequeña nubecilla de la que habla Isaías: “Mirad que el Señor montará sobre una nube ligera” (51). Ella es nuestra carne que por nosotros y de nosotros tomó la divina sabiduría; ligera, esto es, inmune de todo lastre de pecado, en la cual ocultándose primero como sol en la nube, se manifestó en primer lugar al glorioso San Juan cuando predicaba y dijo: “He aquí el cordero de Dios” (52), este es aquel pan cocido bajo el rescoldo del cual se alimentó Elías, pues es pan en la ceniza, sol en la nube, Dios en carne humana. Pan pequeño, nubecilla chiquita, porque un párvulo nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Este es Eliseo, a quien Elías ungió por sucesor suyo.

¿Por qué razón en lugar suyo? Indudablemente porque Juan era tal y tan grande, que fue tenido por Cristo. Le ungió en lugar suyo cuando demostró que otro era el ungido, no él. Yo no soy, dijo, aquel que vosotros creéis. ¿Quién eres pues? Contestó: “Yo no sabía, mas, el que me envió a bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu Santo, en forma de paloma, él es. Yo lo he visto” (53). ¿A quién has visto? Al Espíritu Santo que verdaderamente descendía sobre él. Escucha también al ungido: “Está sobre mí el Espíritu del Señor, porque el Señor me ha ungido” (54).

(49) I S. 18,44

(50) Mt. 3,7.

(51) Is. 19,1.

(52) Jn. 1,29.

(53) Ibid. 33.

(54) Is. 61,1.

Por lo tanto, con mucha razón al aparecer la nubecilla, Cristo, en la Iglesia, dado a conocer por nuestro Elías, comenzaron a escucharse en la predicación del Señor los truenos de sus palabras, y relampaguear sus milagros, y descendiendo aquella lluvia copiosa que hizo bajar sobre su heredad (55), regó toda la superficie terrestre, de suerte que desaparecida el hambre, comenzaron a comer los pobres, a saturarse y alabar al Señor los que le buscan (56).

Mas, no faltó la persecución a nuestro Elías. En Herodías tenemos representada al vivo Jezabel, en Herodes otro Acab. Elías se escondió en la gruta, Juan encadenado en la cárcel, y lo que Jezabel amenazó a Elías, lo ejecutó Herodías con San Juan, diciendo "Tratenme los dioses con todo rigor si la cabeza de Elías * quedare hoy sobre sus hombros" (57). Esto se realizó plenamente en Juan, cuando enviando Herodes un soldado, cortó la cabeza del profeta, y se la ofreció en una bandeja a la danzarina y ésta a su madre (58), quien a semejanza de Jezabel, irritada contra el profeta, había dado a su hija este consejo, pedir la cabeza de Juan el Bautista.

(55) Sal. 67,10. (57) II S. 6,31.

(56) Sal. 21,27. (58) Mc. 6,27.

* El texto sagrado dice Eliseo, en lugar de Elías como dice el Santo.

XVIII

San Pedro y San Pablo

Tres puertas y tres templos

Amadísimos hermanos: la gloriosa pasión de los santos apóstoles Pedro y Pablo —a quienes una muerte dichosa trasladó hoy a la gloria, proporcionando inmenso gozo a todo el orbe— hace que el presente día sea solemne para nosotros. Pues no hay cristiano que no reciba con inmenso júbilo la fiesta de estos santos, por medio de los cuales se nos preparan en el cielo delicias inefables. Igualmente para nosotros este día es festivo, pero mucho más para ellos que con el sacrificio generoso de su sangre, entraron hoy en aquel dichoso templo y fueron colocados sobre aquel altar divino, o si preferís mejor, debajo de él cual holocausto gratísimo.

En este día, sin duda, San Pedro y San Pablo subieron al templo para la oración de la tarde (1). ¿Qué he dicho? Debiera haber dicho Pedro y Juan, así lo dice el texto sagrado, tomado de los Hechos de los Apóstoles: "Pedro y Juan subían al templo para la oración de la hora de nona". Mas, tal equivocación tal vez no sea digna de reprensión. Si os parece, veamos si el sentido es idéntico, aun cuando el texto sea distinto.

¿Quién es Pedro, quién es Juan? En Pedro tenemos el fundamento de nuestra fe, en Juan el dechado del amor. "Tú eres Pedro —le dijo el Señor— y sobre esta piedra edificaré mi iglesia" (2). ¿Qué piedra es esa? La fe que confesó Pedro: "Tú eres Cristo, el hijo de Dios vivo" (3).

(1) Hech. 3,1.

(2) Mt. 16,18

(3) Ibíd

Respecto a Juan, tenemos en él un dechado de amor admirable por haberse recostado sobre el pecho de Jesús (4), creyendo no sólo en aquel arcano de divina dulzura, sino también, no deduciendo, sino experimentando y gustando cuán suave es Jesús (5). Con razón Pedro andaba sobre las aguas (6), envuelto por las olas o por mejor decir, con temor de hundirse.

Igualmente nosotros caminamos envueltos por las olas de este mar tempestuoso y dilatado (7), a través de la fe y sin ver claramente (6), y nuestro adversario el diablo, cual león rugiente da vueltas en derredor nuestro buscando a quien devorar, al cual hemos de resistir firmes en la fe (9). Con la fe pisoteamos las riquezas de este mundo, con la fe soportamos las persecuciones del siglo, con la fe despreciamos los honores mundanos, con la fe resistimos a las tentaciones del mundo. Mas, en todo esto, ¿quién puede darse por seguro? ¿Quién no temblará, quién no se llenará de temor? ¿Quién, al contemplar amenazantes y embravecidas las olas de este siglo, no clamará con Pedro: “¡Sálvame, Señor, que perezco”? (10).

El otro, en cambio, con su tierno afecto puesto en Dios, esperando ansioso gracias abundantes, apoyando su cabeza en aquel abismo de caridad, dejando a un lado toda preocupación, calmado todo cuidado, descansa en las delicias de la sabiduría, brotándole un bello poema (12) y diciendo: “Mi amado para mí y yo para mi amado” (13).

Luego bellamente se dijo a Pedro: “Sígueme” (13). ¿Adónde Cuando eras más joven tú mismo te ceñías, mas, en siendo viejo, otro te ceñirá y te conducirá a donde no gustes (14). Según esto, la fe sigue a Cristo,

(4) Mt. 21,20.

(5) Sal. 33,9.

(6) Mt. 14,29.

(7) Sal. 103,25.

(8) II Cor. 5,7.

(9) I Pe. 5,8.

(10) Mt. 14,30.

(11) Sal. 44,2.

(12) Cant. 2,16.

(13) Jn. 21,19.

(14) Ibid.

el amor le encuentra; la fe camina, el amor descansa; la fe se encuentra en la cruz, el amor en el pecho; la fe en Pedro, el amor en Juan, a quien se le dijo: “Y si yo quisiera que se quedare éste, o sea, San Juan, hasta que yo venga” (15).

La fe tiende sin duda al objeto, el trabajo al descanso; ora porque la fe no permanecerá siempre, ora porque las profecías se acaben o cesen las lenguas, el amor nunca fenece (16). “Por eso si yo quiero que se quede éste aquí hasta que yo venga”. ¿Por qué pues? Cuando viniere, ¿ya no quedará? Más bien quiero que permanezca él así. Así, dijo. ¿Cómo así? Progresando, pues cuando viniere el que aprovecha, será adelantado.

Oportunamente, por tanto, Pedro en la cruz colocó los pies delante mirando al cielo. San Juan no pudo ser dueño del sepulcro, porque la fe tiene por objeto a Dios al cual se llega mediante los trabajos y luchas de esta vida, mientras el amor, elevándose sobre las cosas terrenas, coloca todo su afecto en la suavidad del cielo.

Así pues, no distaba mucho de esto la mutación que dijimos: “Pedro y Pablo subían al templo para la oración de nona”. Porque en uno y otro texto figuran Pedro y Juan, esto es, la fe y el amor subían al templo para la oración de nona. ¡Hermosa compañía, en verdad, camino precioso, hora oportuna! Pedro y Juan, no Pedro sin Juan ni viceversa. La fe sin las obras indudablemente está muerta, y el amor sin la fe, o es deforme, o es vanagloria. Una y otro estaban en Pablo, una y otro en Pedro. Que el amor residiera en Pedro, es testigo de ello quien poco antes de finalizar la vida de Jesús, dejó escrito: “Pedro, ¿me amas?”, y para probar la plenitud de su amor, consistente en triple virtud, repitió tres veces la misma pregunta.

(15) Jn. 21,22.

(16) I Cor. 13,8.

En cuanto a Pablo, ningún cristiano puede ponerlo en duda, por eso se dice igualmente de ambos: "Pedro y Juan subían al templo". ¿A qué templo? La iglesia universal, peregrina en el mundo, es realmente templo de Dios, cualquier alma fiel, adherida a Dios por la fe y el amor, es templo de Dios; también aquella sociedad dichosa de ángeles, que reina ya en el cielo, es templo de Dios. Está escrito: "He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres" (17), esto es, la Iglesia, en la cual, como en un tabernáculo, peregrinan los santos, templo en el que se adora el Dios único, se honra a un Dios único, se sacrifica a un Dios único. Lo dice el apóstol: "¿No sabéis que sois templo de Dios?" (18) y en otra parte: "El templo de Dios —que sois vosotros—, es santo" (19). Sin duda el alma santa es templo de Dios en el cual se ofrece a Dios aquel sacrificio que no rechaza, un corazón contrito y humillado (20), en el que también se ofrecen víctimas cebadas, se inmolan bueyes y cabras (21).

Conocéis por experiencia, hermanos, lo que suele obrarse en aquel templo del Señor, vuestro cofazón, cuán suave, cuán perfumado olor de suavidad exhala el altar sublime de vuestro corazón, la devoción, el amor ardiente de una oración pura. Con toda seguridad pensaba en este templo el profeta que decía: "Tu templo es santo, admirable en equidad" (22). ¿En qué es admirable? Acaso en oro, plata, piedras preciosas? ¿Tal vez es de mármol el piso o está tapizado de púrpura? ¿Por ventura hacen admirable el templo sus muros revestidos de damasco, los altares de oro y de piedras preciosas? Tu templo es santo y admirable. ¿En qué? En equidad. ¡Oh equidad! ¿Dónde está la equidad, qué es la equidad? Aquello que

(17) Ap. 21,3.
(18) I Cor. 3,16.

(19) Ibíd.
(20) Sal. 50,10.

(21) Sal. 65,15.
(22) Sal. 64,6.

no injusto, torcido, deforme, decimos que allí hay equidad. Tal equidad no es otra cosa que la caridad y unidad. ¡Oh casa luminosa, amé la hermosura de tu casa, el lugar donde reside tu gloria! (23).

Hermanos míos: no le es fácil a toda alma remon-tarse a aquel templo. En una palabra, la subida al primer grado es común a todos, buenos y malos, elegidos y réprobos; al segundo, sólo pueden subir los buenos; y al tercero únicamente los perfectos. Viniendo a lo primero, se asciende mediante la fe y los sacramentos, porque ninguno puede ser católico si no tiene fe y ha recibido los sacramentos con fe. En cuanto al segundo, llégase por triple graduación —según perfección individual progresiva— mediante el desprecio del mundo, la huida del pecado y desprecio de sí mismo. El alma manchada por el amor del mundo, por afecto al pecado o por el apego de sí misma, se halla llena de arrugas, no puede ser templo de Dios, sagrario del Espíritu Santo.

Para llegar, por fin, a aquel oráculo celeste y divino, cuya entrada solamente es asequible para los perfectos, y a través de tres grados. Porque el alma santa que dejando a un lado todas las cosas terrenas, primero en el amor, luego en la contemplación y por último en la realidad, atravesando las puertas de la Jerusalén celeste, merece también tener acceso en aquel templo en el cual reside Jesús, el Pontífice supremo que vive para interceder por nosotros (24). Se le toca con el amor, se le ve con la contemplación, se le posee en la imagen.

Acerca del primer grado, el profeta había ascendido a él cuando decía: "Señor, he amado la hermosura de tu casa (25), pues lo que antes había creído, lo tocaba ya con el amor. También aspiraba al segundo, al decir:

(23) Sal. 25,8.

(24) Heb. 6,20.
y 7,25.

(25) Sal. 25,8.

"Una cosa pido al Señor y eso buscaré: habitar en la casa del Señor... contemplando su templo (26). Dice "contemplando", porque en esta vida la contemplación de su templo no puede ser continua, ni lo podemos poseer, sino sólo visitar, para que algún día el alma pueda sustentarse, aún cuando no se sacie, ni tampoco se acostumbre a tener hambre y comer hasta que sea trasladada a contemplar la imagen real y pueda decir con el profeta: "Lo que habíamos oído lo hemos visto en la ciudad de nuestro Dios" (27).

El santo Moisés describe, a mi modo de ver, estas no tanto diversidades sino más bien modalidades de un mismo templo en la construcción del tabernáculo. Pues el mismo vestíbulo del tabernáculo, por donde entraba todo el pueblo tenía la misma forma que esta iglesia común a todos los cristianos buenos y malos. En cuanto al tabernáculo, reservado a solos los sacerdotes, demuestra la perfección de los mismos, quienes pasando a través de las cosas exteriores a las interiores, no cesan de ofrecer a Dios víctimas espirituales en el altar del corazón.

Respecto al "sancta sanctorum" —oráculo— en donde sólo podía entrar el pontífice una vez al año, prefiguraba aquel otro celeste en el que entró solo el pontífice, como él mismo dice: Nadie subió al cielo sino es el que descendió del cielo (29).

¿De qué manera, por tanto, Pedro y Pablo subieron al templo? Al modo como subió Cristo, Cabeza, así subieron sus miembros, porque cuando subió la cabeza con sus miembros, entonces verdaderamente subió Cristo solo; luego Pedro y Pablo subieron al templo, o más, bien en Pedro y Pablo subieron Pedro y Juan, es decir, la fe y

(26) Sal. 26,4.

(28) Heb. 6,20.

(27) Sal. 47,9.

(29) Ef. 4,9.

el amor, pues también la fe subió primero, luego la obra, y por fin el amor con la fe. Y era la hora de la oración de nona, precisamente la misma en que aquel padre de familias envió operarios a su viña, según nos refiere el Evangelio. Le habían precedido otras tres horas, prima, tercia y sexta, y le siguió solamente una, la undécima.

La primera hora simboliza el principio del mundo, la hora de tercia, la fe; la de sexta, la ley; la de nona la gracia, y la undécima la venida del anticristo. La primera perduró hasta el diluvio; la segunda hasta el tiempo de Moisés; la tercera hasta la venida de Cristo (30), y la cuarta desde Cristo, tiempo de la gracia, hasta el fin o consumación de los tiempos.

En primera hora se apoyaban los hombres sin duda en la ley natural; en la segunda edad, esto es, después del diluvio, se recomienda la perfección de la fe en la obediencia del patriarca Abrahán; seguidamente fueron impuestas por Moisés al pueblo diversas cargas legales, quedando patente la entrada en el cielo, al llegar Cristo, por obra de la gracia. Antes de llegar esta hora, nadie había subido a este templo, por hallarse colocado ante su puerta un querubín con una fulgurante espada desenvainada (31), la cual no desapareció hasta la hora de nona. De aquí que "Pedro y Juan subieran al templo para la oración de la hora de nona".

En la primera edad del mundo, Abel fue muerto, Enoch trasladado, Noé recluido en el arca; con todo, aquella espada flamante no desapareció. Se nos señala la fe de la hora de tercia en conformidad con el número ternario, cuya profesión de fe en el misterio de la Santísima Trinidad puso de manifiesto el santo patriarca Abrahán, primero de palabra y luego de obra, reconociendo la trinidad en los tres ángeles al hablar y venerar ora

(30) Gal. 3,24.

(31) Gn. 3,24.

uno en los tres, ora los tres en uno. El mismo recibió la ordenación de la circuncisión en señal de su fe, y para aumento de la misma no perdonó ni a su propio hijo (32), y a pesar de ello, tan gran personaje no fue capaz de apartar aquella espada flamígera.

Ahora bien, en el número seis está representado el trabajo y el peso de la ley, pues se dan seis días para trabajar y llevar cargas, y el séptimo se emplea para el descanso. En esta hora Moisés habla con Dios como un amigo con su amigo, construyó el tabernáculo, aprendió de Dios lo que debía hacer, cómo había de juzgar y cómo sacrificar; no obstante, el querubín continuó con la espada de fuego impidiendo la entrada de la luz.

Llegó la hora nona de la oración: "Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino" (33). ¡Adán!, esta voz no es la tuya en el paraíso, sino que al llegar la brisa de la tarde, cuando te reprendió Dios, ¿qué le respondiste? "La mujer que me diste por compañera hizo esto" (34), luego ¿qué mal he hecho? Aquella era la hora nona de la oración, no la hora de excusarte. En cambio, tú, ladrón, ¿qué dijiste? "Nosotros recibimos lo merecido, mas, éste no ha hecho nada malo" (35). Acuérdate de mí" (36). Mirad la hora nona de la oración. Y el Señor, una vez apartado el querubín de la espada flamígera, añadió: "En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso" (37).

Luego también este ladrón subió al templo para la oración de la hora de nona, porque a esa hora, Jesucristo, dando un gran grito (38) salió también del templo de su cuerpo e introdujo al ladrón en el templo del paraíso.

Desde aquella hora, rasgóse además el velo del tem-

(32) Rom. 8,32.

(33) Lc. 23,42.

(34) Gn. 4,12.

(35) Lc. 23,41.

(36) Ibid.

(37) Ibid.

(38) Ibid.

plo, manifestáronse muchos secretos, se juntaron las cosas exteriores con las interiores, se abrieron a Pedro y Juan —la fe y el amor— las puertas del cielo. Por eso "Pedro y Juan subieron al templo para la oración de la hora de nona".

Por lo demás, era para los apóstoles gloriosos Pedro y Pablo la hora primera de su vocación, la hora tercia el conocimiento de la verdad, la hora sexta la perfección en las obras, la hora nona su misma dichosa pasión mediante la cual fueron sublimados a los reinos celestiales. Y por esta causa Pedro y Pablo subieron en el presente día al templo para la oración de la hora de nona. Dice "para la oración de la hora de nona", o sea, para orar hasta el presente no por sí, sino por nosotros, para que los llamados perseveremos, que es la hora primera de la oración; que los creyentes comprendan, que es la hora tercia de la oración; que no cese de hacer el bien, que es la hora sexta de la oración; que subamos felizmente a amar, contemplar y poseer los reinos celestiales, que es la hora nona de la oración.

"Y había un hombre, cojo desde el vientre de su madre, a quien traían a cuestas" (39). ¿Quién es este individuo? Indudablemente soy yo este cojo, y por esto me encuentro débil para caminar, impotente de subir, indigno de entrar, pues cojos y ciegos no entran en el templo. Yo soy el pobre Mifiboset, cojo de ambos pies (40). Este es Mifiboset, quien siendo niño de cinco años, cayó de los brazos de su nodriza y se quedó cojo (41).

Esto me recuerda mi desgracia y desventura. La misma gracia, en efecto, cuando era yo pequeño a mis ojos (42), me tomó para nutrirme, llevó de una parte a otra al enfermo, como otra ama de leche, dio de mamar

(39) Hech. 3,2.

(40) II S. 9,13.

(41) Ibid. 4,4.

(42) I S. 15,17.

al niño, mas, a los cinco años lo abandonó y véisme aquí caído. Me abandonó porque tenía cinco años. Desde entonces, la sensualidad comenzó a enseñorearse de mí, estimulada y fomentada por los cinco sentidos, la concupiscencia suplantó a la gracia. Y heme aquí miserable cojo, y lo que es peor, de ambos pies.

En cambio no sucedió así con el santo patriarca Jacob, quien al contacto del ángel se le paralizó el fémur y desde aquel día se dice cojeaba de una pierna solamente (43).

¿Cuáles son estos pies? Uno de ellos es para caminar por el sendero de la vida actual, el otro para encaramarse a la cumbre de la contemplación. Con razón, por consiguiente, al secarse el nervio femoral de Jacob, es decir, toda la fogosidad de la concupiscencia carnal, uno de los pies se eleva de las cosas actuales para poder apoyar el otro con más seguridad y dirigirse a otras más sublimes.

¡Ay del pobre Mifiboset, que cojeando de ambos pies, se ve impedido de poder subir a contemplar cosas más sublimes! También camina perezoso y remiso tras los bienes actuales. Con todo, hay un rayito de esperanza si es llevado y se le coloca a la puerta preciosa del templo, si pide limosna a los que entran en él.

Hermanos míos: si hubiere entre vosotros esta clase de cojos, soportadlos, tened paciencia con ellos, consoladlos, instruidles con espíritu de mansedumbre (44), a fin de cumplir el mandato del apóstol: "Llevad las cargas unos de otros, así cumpliréis la ley de Cristo (45). Mirad cómo yo, cojo desde el vientre de mi madre, que fui concebido en la iniquidad y en pecado me concibió mi madre (46), llevado por vosotros, por vuestra pacien-

cia, soy llevado por vuestros consejos, soy llevado por vuestras oraciones. Al menos me ha servido para esto, para poder sentarme a la puerta del templo, llamada la preciosa, a fin de pedir limosna a cuantos entran en él.

Tal es la puerta de la penitencia, de la justicia, de la misericordia. La puerta de la penitencia es como la puerta del basurero, por el cual se arroja hediondez de los pecados, mediante la pala de la confesión. La justicia, en cambio, es como puerta de hierro: pues es duro vivir así para poder altercar con Dios como de igual a igual (47), y justificarse con sus obras. Por consiguiente, ¿qué hará este Mifiboset, incapaz de hacer frutos dignos de penitencia ni obras perfectas de justicia, sino es esperar y llamar a las puertas de la misericordia?

Realmente la primera puerta es fructífera, la segunda laboriosa, la tercera preciosa. ¿Y qué cosa más bella puede haber, que tu misericordia, oh el más bello entre los hijos de los hombres (38), que hacen a los deformes hermosos, a los negros brillantes, a los pecadores justos y santos? Razón tiene este cojo para estar sentado a la puerta preciosa del templo, teniendo presente que tu misericordia vale más que la vida (49) y eres compasivo en todas tus obras (50). Por eso pide limosna a todos cuantos entran en el templo.

El que pide limosna no lo hace con exigencia, ni demasiado en juicio, ni menos presume de su propia bondad, antes recurre a la misericordia ajena. Por esta razón se sienta a la puerta preciosa del templo, por eso pide limosna a los que entran en él. Así, pues, buen Jesús, no llames a juicio a tu siervo (51), antes la misericordia sobrepuje a tu juicio (52), porque pide limosna a los que entran en él.

(43) Gn. 32,32.

(45) Hech. 14,7.

(44) Gal. 6,1.

(46) Sal. 50,7.

(47) Job. 39,32.

(49) Sal. 62,4.

(51) Sal. 142,2.

(48) Sal. 44,3.

(50) Sal. 144,9.

(52) Sant. 2,13.

¡Dichoso Pedro, tú eres uno de los que hoy entran en el templo! ¡Y tú también, dichosísimo Pablo, entras en el presente día en aquel sublime templo con tan dichoso acompañamiento! Vosotros, oh santísimos, rebo-santes de fe, consumados en el amor, como con Pedro y Juan, pasáis en este día de la fe a la esperanza, de la esperanza a la visión, entrando en el lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios (53). Mas, tened en cuenta que este cojo os mira esperanzado en recibir algo de vosotros. Y Pedro le contesta: "No tengo oro ni plata, mas, lo que tengo, esto te doy" (54). ¿Qué tienes, oh Pedro, que careces de oro y plata? Tú, que habiendo renunciado todo por seguir a Cristo, ¿qué tienes? No tienes oro ni plata, pues ¿qué es lo que tienes? Escucha sus palabras: "En nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda" (55). ¡Oh insignes riquezas, oh favores que exceden a todos los tesoros de los reyes! Mira lo que tiene el que dejó todo por seguir a Cristo: "En nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda". Y al instante se le consolidaron los pies y los tobillos.

¡Oh hermanos! la intención y la voluntad son los pies de nuestra alma en los cuales se apoya todo el conjunto de nuestros actos, y si estuvieren flojos o enfermos, todo el cuerpo andará a rastras. Igualmente las afecciones son propias del alma, las cuales si estuvieran de continuo manchadas por el vaho malsano de la concupiscencia terrena, no podrán entrar por el camino estrecho ni menos ascender por los quince escalones del templo. Por eso, hasta tanto que se consoliden sus pies y tobillos, el cojo está sentado a la puerta pidiendo limosna a cuantos entran en él. Y al instante se le consolidaron sus pies y tobillos.

Luego si su voluntad está sana y se corrige su in-

(53) Sal. 41,5.

(54) Hech. 3,6.

(55) Ibíd.

tención, entonces quedan consolidados sus pies. Seguidamente si se reprimen a su vez las demasías en los afectos de la concupiscencia carnal, entonces quedan consolidados sus pies. ¿Cómo sucederá esto? En nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda, es decir, se consolidan mediante la voz de Pedro y la virtud de Cristo. La fe ruega, Cristo ayuda y los pies y tobillos quedan consolidados.

Así pues, hermanos carísimos: el que mereció entrar el primero en el templo, o sea, en la Iglesia santa, mediante la fe y los sacramentos —cual si fueran las puertas de la gracia—, no dé sueño a sus ojos ni reposo a sus párpados hasta encontrar —digo más—, hasta construir en sí un lugar para el Señor (56), un tabernáculo al Dios de Jacob, en el cual entrando por las buenas obras, como por sus puertas, queme en el altar del corazón —con el fuego de la compunción y temor divino— el incienso perfumado de la oración y devoción; y progresando gradualmente en la fe, cuando la perfecta caridad excusare el temor, cuando fuere la hora nona de la oración, suspire por entrar en aquel tercer templo, es decir, en la Jerusalén celeste.

La conversión es para nosotros como la hora de prima, la confesión de los pecados como la hora de tercia, la perfección en las obras como la hora de sexta, la recompensa como la hora de nona. Afectivamente, llámase hora de prima la conversión, en la cual arrojamos las obras de las tinieblas para revestirnos de las de la luz (57). En cambio, hora tercia a la confesión de los pecados, la cual debe ser triple, o sea, pensamientos, palabras y obras, o porque entonces será suficiente si el corazón se arrepiente, la boca confiesa y el cuerpo hace penitencia.

(56) Sal. 131,4.

(57) Rom. 13,12.

La hora sexta expresa indudablemente la perfección de las obras, contenida en el número seis que, según hemos dicho, expresa la perfección en las obras de Dios. A la hora nona se le asigna muy razonablemente el premio, porque al número sexto sigue el tres, dando por resultado el premio de la obra buena, la visión y conocimiento de la Trinidad.

La oración de la hora de Prima, significa que los convertidos hemos de perseverar en el servicio del Señor; la de la hora de tertia, que una vez purificados en la confesión, no volvamos a mancharnos; la de la hora de sexta, que no nos acobardemos ante los trabajos de esta vida; mas, la de la hora de nona, que las cosas que ahora vemos como en espejo e imagen, las veamos pronto cara a cara (58). Para ingresar en este templo, es preciso que preceda siempre una dichosa muerte. La muerte es la separación del alma del cuerpo. Esta separación es de tres maneras: en el apego, en el abandono y en el cambio.

También hemos dicho que nosotros podemos subir a la celeste mansión de tres maneras, con el afecto, con la contemplación y con la visión. Por lo tanto, el alma exenta de todo afecto carnal y terreno, rebosa en amor espiritual por el cual progresando en los caminos de Dios, comienza a gustar, gustando a amar, y amando a conocer, y conociendo a ver entrando y ascendiendo si no en la contemplación, ciertamente en el amor y deseo de aquel arcano celeste donde Cristo está sentado a la derecha de Dios Padre (59).

Pero si el alma, dominados no solamente los afectos terrenos, sino también reprimida la divagación de los sentidos, viviere elevada sobre todo lo terreno, sobre todas las cosas invisibles, fantasías y demás criaturas,

(58) I Cor. 13,12.

(59) Col. 3,1.

entonces ya se halla muerta al mundo, vive para Dios, puede entrar a través de la puerta del tercer cielo, a contemplar los secretos del paraíso. No obstante, mientras permanezca el alma unida a los lazos de este cuerpo, es preciso de todo punto que después de tan amigable compañía, aparte sus afectos de las cosas terrenas, hasta que una vez rotos los lazos que sujetan a la tierra por la muerte que ha de llegar, vuele rauda a abrazarse con el Sumo Bien, llevada de la fe a la realidad para contemplarle, no en espejo y en oscuridad, sino cara a cara. Todo esto se da sólo en los varones perfectos.

En cambio, ¿qué haremos de los cojos, cuyos pies están débiles, cuyos tobillos se hallan sin consistencia? Tales son quienes cojean de ambos pies, los que abandonan las cosas corporales y no se elevan a las espirituales, los murmuradores, quejumbrosos, amadores de la propia voluntad en vez de la de Dios, perezosos en el trabajo, prontos al ocio y a la frivolidad, indolentes ante la disciplina monástica, ligeros en las palabras, nada amantes del silencio, prontos a insultar, en cambio, tardos para tolerar las injurias.

Hermanos carísimos, vosotros que lleváis vida espiritual y tratáis de perfección, cargad con tales sujetos, llevad al cojo, llevadlo, os lo suplico. Soportadle con vuestros consejos, con vuestras palabras, con vuestras correcciones, pero de modo especial con vuestras oraciones. Reciba ya desde ahora de nosotros, al entrar en el templo, esta limosna nuestra el cojo, hasta tanto que al conjuro de vuestra plegaria escuche la voz e invocación del nombre de Cristo, se consoliden sus pies y tobillos, para levantarse confesando, caminar progresando, saltar de júbilo, y llevando su alegría por doquier, merezca también algún día entrar en compañía vuestra caminando y saltando de gozo y alabando a Dios, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

En la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo

Aun cuando la necesidad me obligue a hablar, hermanos carísimos, siguiendo la costumbre tradicional, con todo, siento como deseos de hacerlo. Es cierto que mi impericia disfrutaría más guardando silencio, pero el amor me obliga a hablar, tanto porque con ello se ve uno arrastrado a imitar a quienes alaba, como para excitar la alabanza de quienes se ama. ¿Y qué cristiano, máxime tratándose de religiosos, puede haber que no haya hablado u oído hablar dulcemente de estos padres de nuestra fe, de estas columnas de nuestra santa Madre la Iglesia, de estas lumbreras del mundo?

No hay alma que no sienta fruición al oír predicar de aquel que es único, que hace maravillas (1) y se muestra admirable en sus santos (2) y que no quede aturdida ante la divina sabiduría que obró en ellos de una manera inefable, la cual abarcando de un cabo a otro todas las cosas fuertemente, las dispone todas con suavidad (3): suavidad en la elección de uno, fortaleza demostrada en la conversión de otro; fortaleza con suavidad, suavidad con fortaleza en la conversación de ambos.

A todos causa estupor el que un simple pescador, hombre rudo y sin letras, pudiera someter y dictar leyes para los sabios de este mundo, y una vez abandonadas las redes, obtuviera el imperio sobre el mundo, hasta el extremo de ser más honrado un pescador muerto que un emperador con vida.

¿A quién no regocijará contemplar al cruelísimo per-

(1) Sal. 71,18.

(2) Sal. 67,36.

(3) Sab. 8,1.

seguidor del nombre de Cristo, confesar más tarde con intrepidez inaudita, ese mismo nombre entre tormentos de cruces y bestias, entre pedradas y azotes?

Atended, hermanos, a vuestra vocación, pues no hay muchos sabios según la carne ni muchos nobles, antes a los necios según el mundo eligió Dios para confundir a los fuertes, y a las cosas viles y despreciables del mundo y aquellas que no son, para destruir a las que son, a fin de que ningún mortal se jacte ante su acatamiento (4).

Si hubiera elegido en primer término a un filósofo, se complacería de su sabiduría; si a un emperador, se gloriaría de su poder: eligió a un sencillísimo pescador, a fin de que el que se gloria, que se glorie en el Señor (5).

Dice el apóstol: "Este tesoro lo llevamos en vasos de barro, para que la grandeza del poder sea de Dios y no nuestra" (6). Y el judío por el contrario: "¿Acaso alguno de los príncipes y fariseos han creído en él? Sólo ese populacho, que no entiende la ley, es el maldito" (7). Luego la verdad salió al paso de la vanidad, la caridad al paso de la envidia, la sencillez al paso de la suspicacia.

Fue llamado, o por mejor decir, postrado en tierra aquel varón del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo y descendiente de hebreos, fariseo según la ley, ilustrado en la escuela de Gamaliel, y lo que supera a todo esto, perseguidor encarnizado de la Iglesia de Dios, y en cuanto a la justicia consistente en el cumplimiento de la ley, fue su proceder irreprochable (8). La sabiduría obró a todas luces sabiamente, la omnipotencia de manera prodigiosa, de suerte que si alguno alegare que un pescador fácilmente puede equivocarse, admire el prodigio celeste de un perseguidor postrado en tierra.

Ambos son los que, cual nubes del cielo, derraman

(4) I Cor. 1, 26-29.

(5) Ibid.

(6) II Cor. 4, 7.

(7) Jn. 7, 48.

(8) Fil. 3, 6.

sobre la árida tierra una lluvia copiosa, y con el resplandor fulgurante de sus milagros arrojan raudades de luz sobre las conciencias oscurecidas. Estas son dos fuentes con las cuales se riega el campo de la Iglesia mediante los canales caudalosos que, transformando en dulce la amargura de sus arroyuelos, la hacen agradable y potable, según la frase del salmista: "En la asamblea bendecid al Señor Dios, en las fuentes de Israel" (9). Y para manifestar más claramente cómo se refiere a dichas fuentes, añade: "Va delante Benjamín el más pequeño, con sus tropeles, los príncipes de Judá, los príncipes de Zabulón, los príncipes de Neftalí" (10).

El mismo Pablo —llamado primero Saulo por ser de la estirpe de Benjamín— no solamente en este pasaje se titula de Benjamín, sino también se habla sobre el particular en otros lugares de la Escritura. Pues hasta en la misma bendición, dada por el santo patriarca Jacob, se alude claramente a Pablo cuando dice: "Benjamín es un lobo rapaz, por la mañana devora la presa, y por la tarde reparte los despojos" (11). Ahora bien, ¿quién no ve realizado todo esto en Pablo, a no ser cerrando los ojos al relato de los Hechos de los Apóstoles? Pero no queremos pasar el tiempo explicando cosas de suyo clarísimas por no cansaros en vez de excitar la devoción en nosotros, por eso vamos a pasar a otros temas más importantes.

Bien, si consideráis atentamente las palabras del texto sagrado, veréis cómo Benjamín era más amado por el santo patriarca José que todos sus hermanos, y cuando se hallaba ya señor de Egipto, les prohibió volver a comparecer en su presencia sin que llevaran a Benjamín con ellos. Indudablemente el santo patriarca José es imagen de nuestro Salvador, Benjamín de Pablo, la crueldad de los demás hermanos ejercida con José manifiesta la

(9) Sal. 67, 27.

(10) Ibid.

(11) Gn. 49, 27.

perfidia de los judíos. Profundicemos un poco más, hermanos míos.

Nuestro José todavía reina en Egipto, ignorándolo sus hermanos según la carne, y entre los cananeos, esto es, los espíritus inmundos hambrientos de la palabra de Dios; dividió el sustento espiritual entre los egipcios, es decir, entre aquellos que le entregaban sus cosas y sus personas. Y el rostro del que era el más hermoso entre los hijos de los hombres no les fue mostrado hasta tanto que depusieran aquella su perfidia en considerar muerto a quien había sido el salvador de Egipto. Pues hasta el día de hoy —según leemos en Moisés— un velo cubre su corazón (12), pues a nadie de nosotros le ha sido dado contemplar cara a cara la gloria del Señor (13) fuera de Benjamín, quiero decir, a Pablo con ellos, digo más, a ellos caminando con Pablo, o sea, adhiriéndose a su doctrina, aceptando la ley espiritual y cambiando las observancias rituales por los preceptos evangélicos.

Ahora bien, Benjamín quiere decir hijo de la diestra. Por diestra se significa el valor y la fortaleza. Y Pablo, a diferencia de los demás apóstoles no fue llamado con una simple vocación, sino que respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor (14), fue postrado por el poder divino. Esta mutación se debe a la diestra del Altísimo, quien dice: "Saulo todavía respirando amenazas de muerte contra los discípulos del Señor". Tal vez precediera a estos desfuegos su amor futuro: "Le fueron perdonados muchos pecados" (15) no porque amó mucho, sino porque amaría mucho. Ninguna cosa indudablemente sabía mejor en su boca como aquel nombre contra el cual tanta saña había desatado.

Esta es la explicación del por qué al nombre primero

(12) II Cor., 3,15

(13) Ibid.

(14) Hech. 9,1.

(15) Lc. 7,47.

de Saulo añadió y cambió por el de Pablo, para arrancar más de raíz todo cuanto en él había odiado a Cristo, al tiempo que con el nombre se cambiase el de perseguidor. Disfrutaba antes de poder apedrear, encerrar en oscuros calabozos, cargar de cadenas y azotar a los discípulos del Señor, mas, luego pintando una cruz en la frente, decía: "Lejos de mí gloriarme en otra cosa fuera de la Cruz de mi Señor Jesucristo" (16).

¿Quién podrá explicar su amor entrañable a Cristo, cuando no emprende ninguna navegación si no es para llevar a todas partes ese dulcísimo nombre? Todos sus discursos tienen como única finalidad Cristo, y a través de la serie de sus cartas melíferas trasciende el perfume suavísimo de este dulcísimo nombre: "Mi vivir —decía— es Cristo, y el morir una ganancia" (17).

Al hablar de la perfección de la ley que hay en la conversión, en la observancia sabática, en la ofrenda de animales y cosas por el estilo, a las cuales vivió él aferrado según cuenta sin ambages, añade: "Todo lo tengo por pérdida en cotejo del sublime conocimiento de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he perdido todas las cosas y las miro como basura a trueque de ganar a Cristo" (18). ¡Oh hombre superhombre! a quien así abrazó el fuego del amor divino, a quien de esta suerte arrebató el amor celeste, que nada de Pablo se ve en Pablo, ni siquiera se estima como suyo cuanto padece Pablo, sino sólo vive en él Cristo a quien ama. "Vivo yo —exclama— ya no yo, es Cristo quien vive en mí" (19).

También bellísimamente escribe de otro el salmista: "Va delante Benjamín el más pequeño" (20), pues conducido en alas de su amor, fue arrebatado hasta el tercer cielo (21), y no sé qué de inefable degustó su

(16) Gal. 6,14.

(17) Fil. 1,21.

(18) Ibid. 3,8.

(19) Gal. 2,20.

(20) Sal. 67,28.

(21) II Cor. 12,2.

alma cuando dijo: “Ni ojo vio ni oído oyó ni pasó por pensamiento de hombre lo que tiene Dios preparado para aquellos que le aman” (22), sin embargo, a nosotros nos lo reveló el Espíritu Santo.

Dichoso el hombre que recibió auxilio del Señor al preparar su peregrinación (23) para poder el corazón humano ascender a conseguir lo que jamás pudo sospechar. Y añade el salmista: Los príncipes de Judá, los príncipes de Zabulón, los príncipes de Neftalí. Lo que se afirma en estas tres tribus, Judá, Zabulón y Neftalí, aunque puede creerse igualmente de los demás apóstoles que les sucedieron, con todo, yo estimo no puede probarse esto. Pero aun cuando se ignore el origen carnal, con todo, ningún cristiano ignora son designados en la Iglesia con el nombre de príncipes. Quizá por eso no se sepa su generación carnal, para que estos tres nombres enumerados por el profeta, entendidos en sentido espiritual, se adapten cada uno a todos y viceversa.

Si me preguntáis por la interpretación de los nombres, entiendo que al glorioso San Pedro le conviene el de Judá por su confesión, Zabulón por su fortaleza y Neftalí por su caridad, puesto que Judá representa la confesión, Zabulón la fortaleza y Neftalí la anchura y, a su vez, la confesión hace relación a la fe, la fortaleza a la pasión, y la anchura al amor.

Ahora bien, la bendición con que Neftalí fue bendecido por su padre, si la consideramos atentamente, contiene una alusión a todos los demás apóstoles, de manera especial a Pedro, pues la afirmación del santo patriarca Jacob: “Neftalí es un huerto regado, una cierva en libertad, y que da dichos hermosos” (24), cuadra perfectísimamente al glorioso San Pedro, huerto regado, porque ni la carne ni la sangre ni el orín perjudicial de la concu-

piscencia terrena, sino el rocío celeste descendido del hontanar divino, se infundió en su alma al decirle Jesús: “Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en el cielo” (25).

El mismo apareció cual ciervo suelto, matador de serpientes espirituales, arrojándose sobre Ananías y Safira como con cuernos cervunos, hiriéndoles de muerte pavorosa en castigo de su avaricia. Con esos mismos cuernos aventó de oriente a occidente a Simón Mago, sin dejarle siquiera lugar seguro en el aire. Ciervo totalmente suelto, el cual cuando Jesús subió al monte —puesto que los riscos son para los ciervos (26)— le contempló no ya dando vagidos en un pesebre, sino majestuoso y rodeado de resplandores, y a semejanza de un ciervo espiritual, prorrumpió en aquellas palabras: “¡Qué bien se está aquí!” (27).

Como el ciervo sediento busca raudales de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío (28). Acuciado por esta sed, al navegar los apóstoles por el lago, como viese a Jesús caminar sobre las aguas, cual ciervo sediento exclamó: “¡Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas!” (29).

¡Oh sed ardiente con suavidad y deleitadamente atormentadora! ¡Oh ciervo maravillosamente sediento, inefablemente abrasado! a quien ni el furor de las olas encrespadas amedrentó, ni la gravedad del peso físico detuvo en el caminar hacia la fuente de la salud. Mas, ¿qué tiene de particular, pudiera caminar sobre las olas del mar el que, enajenado de sus sentidos por aquel deseo admirable y amor inquieto, se hallase en estado de desconocer en cierto modo que él era hombre? Porque,

(22) I Cor. 2,9.

(23) Sal. 83,6.

(24) Gn. 49,21.

(25) Mt. 16,17.

(27) Mt. 17,4.

(29) Mt. 14,28.

(26) Sal. 103,18.

(28) Sal. 41,2.

¿quién dudará que se hallaba en estado de enajenación y como fuera de sí, cuando no conocía a otro sino solamente aquel que tenía delante de sí? Por eso al reaccionar de su estado, y darse cuenta del peligro a causa del embravecimiento de las olas, comenzó a temblar.

¡Oh cuán grande es la fuerza del amor! El amor fue capaz de conducir a Pablo a contemplar los secretos del tercer cielo, pudo también mostrar las aguas del mar cual camino trillado para caminar Pedro con seguridad. "Como el ciervo sediento busca las corrientes de las aguas, así mi alma te busca a ti Dios mío". Soportando esta sed, o más bien no pudiendo reprimirla, hallándose los siete discípulos pescando en el mar, después de la Resurrección, como Jesús se apareciera a la orilla del mar, en oyendo que era Jesús, al punto se ató la túnica —por estar desnudo— y se arrojó al mar y los demás discípulos se llegaron navegando (30). ¡Oh devoción admirable! Allí estaba también el discípulo a quien amaba Jesús, y no obstante, no se arrojó a las aguas; sólo Pedro, cual siervo abrasado de amor interno e impaciente, haciendo caso omiso de las miradas indiscretas por estar desnudo y sin temor al oleaje, solamente llevaba en el corazón a aquel a quien había visto de lejos.

Y añadió el patriarca Jacob: "Pronunciará palabras hermosas" (31). Cuando preguntó el Señor a sus discípulos quién decían que era el hijo del hombre, y cada cual respondió a su modo, añadió: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo"? Al punto Pedro prorrumpió en esta bellísima respuesta: "Tú eres Cristo, el hijo de Dios vivo" (32).

Pero mirad, al intentar expresar el ímpetu de amor de estos nuestros padres, el alma recapacita en su interior a quién dar la preferencia en el amor de Dios. Porque

el que Pedro amase más que los demás apóstoles, puede comprobarse con el testimonio del mismo Cristo, el cual durante aquella refección efectuada con motivo de la pesca —de la cual hemos hablado— exigió a Pedro el mayor de los juramentos: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos" (33), lo cual, en frase de mi San Agustín, no descansaría ciertamente hasta ver a aquél que su corazón añoraba (34). Y para no dejar lugar a duda, entre los presentes se hallaba Juan —el discípulo amado—, de quien hemos hecho mención, el cual pudo juzgar cómo Pedro ama más que ningún otro discípulo.

Sólo nos resta hablar de Pablo, quien no se halló presente en aquella refección, ni pertenecía aún entonces al colegio apostólico. Ahora bien, ¿quién se atreverá a emitir un juicio improvisado a este respecto? Admirémos a uno y otro, veneremos a ambos, contemplemos afectuosísimamente a ambos como dos serafines próximos al trono de Dios.

Realmente son serafines quienes ardiendo de modo admirable y abrasando a los demás en el fuego del amor divino, habiendo echado los cimientos de la fe entre transportes de alegría, parece cantan ambos a coro: "Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos" (35).

Con todo, destaca en Pedro un amor entrañable a la humanidad de Cristo, en Pablo podemos descubrir una mirada perspicacísima, un fervor hacia la divinidad del mismo Cristo. Porque cuando Cristo les insinuó de algún modo el proceso de su pasión, Pedro, seducido tal vez del sentimiento de dulzura experimentado a su lado, lo llevó muy a mal, sin presentir los frutos que se derivarían de ella, antes horrorizado de que su amado maestro fuera

(30) Jn. 21,7.

(31) Gn. 41,21.

(32) Mt. 16,17.

(33) Jn. 21,15.

(34) S. Agust.

Trat. in

Joannem 123

(35) Is. 6,3.

a morir, respondió: ¡Ah Señor!, de ninguna manera, no ha de verificarse eso en ti (36). En cambio, Pablo, como quien había contemplado el cielo, exclamó: "Si antes conocimos a Cristo en cuanto a la carne, ahora ya no le conocemos así" (37). Si bien, una vez obtenida la glorificación suprema de Jesús y recibida la plenitud del Espíritu Santo, uno y otro conocieron plenamente y amaron cuanto es dable a una criatura humana, el poder de su divinidad y el misterio de su encarnación, con todo, no sin misterio, en Pedro se propone el amor como leche a los párvulos, en Pablo como alimento sólido para los perfectos en la contemplación.

Estas son las dos columnas sobre las cuales nuestro pacífico Jesús apoyó la fábrica de su Iglesia, las cuales, a semejanza del templo de Salomón en Jerusalén erigió dos columnas de bronce a la entrada del templo, según dice la Escritura: "Y alzando que hubo la columna derecha, la llamó Joaquín, es decir, firmeza" (38). Tal fue la firmeza de la fe confesada por Pedro, sobre la cual fue edificada la Iglesia (39), si soplan vientos y caen lluvias y dieren con ímpetu contra la casa, sin embargo no se desplomó, por estar fundada sobre roca (40), nombre que Jesús precisamente dio a Pedro cuando le dijo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

"Levantada igualmente la segunda columna —añade el texto— le puso por nombre Booz, por causa de su fuerza" (41). Escuchad, os ruego, a una columna, no de caña, sino de bronce, fuerte por su energía, firme por su raíz, a la cual no pudo abatir ni la tempestad, ni la adversidad, ni la lisonja de la prosperidad: "Yo he aprendido a vivir con lo que tengo. Sé vivir en pobreza, sé vivir en abundancia, todo lo he probado y estoy ya hecho

(36) Mt. 16,22.

(37) II Cor. 5,16.

(38) I S. 7,21.

(39) Mt. 16,18.

(40) Mt. 7,25.

(41) I S. 7,21.

a todo, a tener hartura y a sufrir hambre, a tener abundancia y a padecer necesidad" (42). "Todo lo puedo en aquel que me conforta" (43). Aquí tenéis un soldado de las huestes angélicas, no polvo como nosotros. Y vigilante, como lo advierte la escritura: "En habiendo levantado la columna derecha, sin añadir la de la izquierda, porque nada izquierdo hay en Pablo, todo Pablo está derecho, por cuanto él mismo es ambidextro, nuestro Auot, el cual utilizando ambas manos por la derecha, mientras va caminando en honras y deshonras, en infamias y buena fama (44), sin andar vagabundo, hiere al gruesísimo Eglón en el vientre, traspasando con la espada de su verbo cálido a los servidores de sus apetitos bajos, diciendo: "Hay muchos, como os decía repetidas veces y ahora os lo digo con lágrimas, que se portan como enemigos de la cruz de Cristo, el paradero de los cuales es la perdición cuyo Dios es el vientre" (45). Y otro pasaje: "No en comisiones y borracheras, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas y envidias, sino revestidos del Señor Jesucristo y no busquéis cómo contentar los antojos de vuestra sensualidad" (47). Indudablemente mejor es fijar el corazón en la gracia que en los manjares, los cuales nada aprovecharán a quienes se entregan con exceso a ellos: "Los alimentos son para el vientre, y el vientre es para los alimentos, mas, Dios acabará con aquél y éstos" (48).

Este es el mesonero a quien aquel piadoso samaritano encomendó al sujeto cubierto de heridas por los ladrones, y le condujo en su propio jumento hasta lograr su curación, encomendando cuidasen de él con gran diligencia, y sacando dos denarios dijo: "Cuidadme este

(42) Fil. 4,11-12.

(43) Ibid.

(44) II Cor. 6,8.

(45) Fil. 3,18-19.

(46) Rom. 16,18.

(47) Rom.

13,13-14.

(48) I Cor. 6,13.

hombre, y todo lo que gastáreis de más, yo os lo abonaré a mi regreso" (49). En estos dos denarios veo simbolizados los preceptos de ambos testamentos que Pablo, al encomendar la curación de aquel herido, no dudó un momento en ofrecer. Pues él mismo expuso con más claridad que ningún otro los preceptos de la ley y del evangelio, trabajó con más fatiga que los otros. Con todo, escucha a quien es más generoso que los otros: "En la ley de Moisés está escrito: no pongas bozal al buey que trilla" (50), lo cual sabemos está mandado no a los bueyes —de los cuales no se ocupa Dios— sino de los predicadores, por cuanto añade el mismo apóstol. "La esperanza hace arar al que ara, y el que trilla lo hace con la esperanza de recibir su fruto" (51), para que quienes siembran en los hombres semillas espirituales, no acaban sustentándose de alimentos carnales. En el Evangelio está escrito igualmente: "El que trabaja merece su propio sustento" (53).

En consecuencia, Pablo pagó dos denarios, el que entregó a sus discípulos para observar los preceptos de ambos testamentos, y el que añadió de su propio trabajo sacrificado a los preceptos mosaicos y evangélicos cuando dice: "Pues yo, de ninguna de esas cosas me he valido, ni ahora escribo esto para que así se haga conmigo, porque tengo por mejor morir antes que alguien desvaneciera mi gloria" (54). Refiriéndose a la promesa del samaritano, asegura: "¿Porque cuál es mi paga?". ¿Acaso destinaré para la curación del enfermo aquellas cosas que mi Samaritano me dio para pagar con ellas? Cuál es pues mi paga, ¿que si yo ofreciere algo, me lo vuelvan a restituir a mi regreso? ¿o sea, que al predicar el evangelio sin costo alguno, utilice el mismo abusando de él

(49) Lc. 10,35.

(50) I Cor. 15,10.

(51) Ibíd. 9,9.

(52) Ibíd.

(53) Mt. 10,10.

(54) I Cor. 9,15.

con mi poder en provecho propio? Cada uno recibirá su salario en la medida de su trabajo (55). Escucha nuevamente al apóstol generoso: "En verdad que estando libre de todos, de todos me he hecho siervo, para ganarlos a todos" (56). Y a renglón seguido: "Me he hecho débil con los débiles para salvar a los débiles" (57).

Se me ocurre preguntar: ¿Qué alma puede haber más preciosa que ésta? Cómo extendidos los brazos de su caridad, patentes sus entrañas de piedad, abierto el seno de la compasión, aparece rodeando todo el mundo, y a la manera de la gallina del evangelio cobijando los polluelos bajo sus alas (58): abraza a griegos y bárbaros, sabios e ignorantes —dilatando el regazo de su amor— a unos daba a luz, a otros —ya nacidos—, los alimenta con bebida suavísima de leche, y una vez adultos, los confirma con alimento sólido de doctrina. Con unos se conduele, con otros balbucea, con los de más allá aparecía como almacén derivado de la sabiduría celeste. El era madre, nodriza y pedagogo. Se le veía superior a todos en santidad, por debajo de todos en humildad, con todos en igualdad, y en todos en caridad. Si alguno sufría, al punto verías a Pablo derramar lágrimas con él; si otro se alegraba, también él sentía regocijo; si por fin otro, estaba enfermo allí a su lado volaba Pablo para servirle de médico con gran solicitud. Con todos colaboraba, con todos se dolía, con todos se congratulaba diciendo: "¿Quién enferma que no enferme yo? ¿Quién es escandalizado que yo no me requeme?" (59).

Corrió la voz de que entre los corintios se había extendido la fornicación —al igual que entre los gentiles— hasta el punto de que la mujer del propio padre no se sentía segura, a los cuales conminó Pablo diciendo:

(55) Ibíd. 3,8.

(56) I Cor. 9,19.

(57) Ibíd., 22.

(58) Mt. 23,37.

(59) II Cor. 11,29.

“¿Qué escogéis, que vaya a vosotros con la vara o con amor y espíritu de mansedumbre?” (60).

Hermanos míos, ¿cómo se portaba, qué actitud tomaba con los castos el mismo que ardía en amenazas contra los incestuosos? El amor no sabe, desconoce la espada, ignora el cuchillo. En cierta ocasión tomó la espada del amor contra Pedro, mas, aunque ardiendo en celo perfectísimamente, sin embargo aún no era prudente con toda la perfección.

Mas, ¿de dónde derivaba la fuente del amor, el manantial de la dulzura, es más, el mismo amor personificado, la misma dulzura, que dijo: “Mete tu espada en la vaina?” (61). Se expresa, además, la espada de la caridad, el cuchillo del amor, mas, esto por razón del estado de ánimo del que lo experimentaba, no por el amor de quien causaba la herida. Con razón, pues, el que entonces no manifestaba deseos de corregirse, experimentó la pasión de la venganza, pero por lo mismo pudo escuchar: “Mete tu espada en la vaina”.

Ahora bien, digna de ser alabada, hermanos, digna de ser alabada es totalmente la devoción de Pedro, digna de ser pregonada aquella su ardiente pasión por el Señor, porque de tal manera llevaba el amor impreso dentro de su alma, que se encendió de manera extraordinaria contra los perseguidores de Cristo. ¿Cuándo? Al tiempo de llegar a Getsemaní Judas con aquella chusma de gente armada, Pedro no pudo soportarlo y salió a ellos haciéndoles frente con la espada. Mas, como dice alguien, “el amor impaciente no emplea el remedio según la dificultad, ni recibe ayuda en la imposibilidad”.

El amor tiene esto de propio, servir largo tiempo a alguno, servir a aquel a quien considera incorregible, a quien se ha perdido toda esperanza de que se corrija,

(60) I Cor. 4,21.

(61) Jn. 18,11.

mas, con todo eso no cesa de colmarle de favores. Así procedió Jesús con aquel criado al que juzgaba incorregible, derrochó con él toda su ternura: tomando su oreja cortada con la espada del amor, se la restituyó de nuevo la mano de la caridad.

Pablo no imitó a éste cuando le perseguían los judíos, cuando le apedreaban y azotaban, porque no habiendo aprovechado en la corrección, intentó conseguirlo por medio de la oración, por eso dice: “Es cierto, hermanos, que siento en mi corazón un singular afecto a Israel y pido a Dios su salvación” (62). Y para que admire de quien pretende excusarle, añade: “Yo les confieso y me consta que tienen celo de las cosas de Dios, pero sin discernimiento” (63).

¡Oh alma superior a su celo, más brillante que el sol, más ardiente que el fuego! No existe cosa más sagrada que aquel pecho, fuera del reclinatorio de la piedad, el vestíbulo de la misericordia, el trono del amor. Porque residiendo allí el amor como en su trono, tenía el cuerpo de Pablo por instrumento y de su voz usaba como de órgano. Pablo nada obraba en Pablo, antes así como se dice Dios por la participación de Dios, así también Pablo ha de llamarse amor por la participación en el amor.

(62) Rom. 10,1.

(63) Ibid., 2.

Sobre la Santísima Virgen María

La memoria de la Santísima Virgen, que reiteradamente celebramos con fruición de nuestras almas, no debe ocasionarnos fastidio por su frecuencia, por cuanto su dulcísimo nombre es suave en la memoria, deleitable en la lengua, dulce en el corazón. Ella es, efectivamente aquel maná del cielo cuya santidad destiló hasta nosotros conteniendo en sí todo deleite y suavidad de todos los sabores (1). De este maná nació el gusanillo cuya voz se percibe en el salmo: "Yo soy un gusano, no un hombre" (2). Es el mismo gusanillo en cuya persona fue dicho a David: "Aunque parece tierno gusanillo que roe el madero, el fue quien de un solo golpe mató ochocientos hombres" (3). Más bien mi David, engendrado cual gusanillo de carne sin mezcla de carne, llevado de un tierno amor y entrañable afecto de piedad, colgado de la cruz, se hizo gusanillo del madero, mató a ochenta de un solo golpe, y despojando a los principados y potestades, los sacó valerosamente y los llevó delante de sí triunfando de ellos en la Cruz (4).

Este nuestro David, teniendo su morada en el cielo, buscaba otra donde poder habitar sobre la tierra; mas, porque todos se apartaron de su senda igualmente obstinados (5), el mismo se creó para sí una casa donde poder habitar, un templo donde poder sacrificar, un trono donde poder sentarse. El es el verdadero Salomón, mucho más que Salomón (6) que construyó para sí un trono

(1) Sab. 16,20.

(2) Sal. 21,7.

(3) II S. 23,8.

(4) Col. 2,15.

(5) Sal. 13,3.

(6) Mt. 12,42.

grande de marfil, revistiéndolo de oro refinado, que tenía siete gradas.

La parte alta del trono, en el respaldo, era redonda, y por uno y otro lado salían dos brazos que sostenían el asiento, y junto a cada uno de dichos brazos había dos leones. Sobre las seis gradas había a uno y otro lado leonzuelos; en ningún lugar de la tierra se fabricó jamás cosa semejante (7).

Nuestro Salomón tiene su trono en el que se sienta a la derecha del Padre donde reina por los siglos. Tiene también su trono en los santos ángeles, por medio de los cuales rige y gobierna todas las cosas con justicia. También hizo para sí un trono hoy en el cuerpo y alma de la Santísima Virgen en el cual administra y distribuye los tesoros de su amor y misericordia. El primer trono es de gracia, el segundo de justicia, el tercero de gloria. Acerquémonos llenos de confianza al trono de la gracia (8). No pudimos acercarnos al sublime que reina en el tempo de su gloria, ni tampoco contemplar al rey en su esplendor (9).

Nos invade el terror sólo pensar en el trono de su justicia, no atreviéndonos desde entonces a entrar en juicio con él, ni a responderle un solo cargo entre mil (10).

Por lo tanto, acerquémonos llenos de confianza al trono de su gracia, es decir, al regazo de la gloriosa Virgen, importunemos llenos de confianza los párvulos al párvulo, los miserables al desvalido, los hombres al hombre, los pobres al pobre. Acerquémonos, repito, a este su trono, a su dulcísima Madre en la cual se dieron cita la misericordia y la verdad. Ella es indudablemente el trono de marfil refinado. El marfil procede de la boca del elefante, animal a todas luces disforme y de extraordi-

naria fortaleza, sin embargo, de naturaleza fría, hasta el punto de servir su sangre —según se dice— para extinguir el virus maligno de la serpiente (11). Tal fue aquel gran patriarca Abraham, Isaac y Jacob, y los demás patriarcas y la Santísima Virgen María, hueso de sus huesos y carne de su carne.

Pero la boca de marfil, en la cual no quedó nada de humor nocivo, nada de pasión adversa, cuya purísima sangre en extremo fría a causa de su castidad, extinguió por la virtud de su virginidad fecunda, el veneno que Eva, engañada por la serpiente antigua, había inoculado en la naturaleza humana.

“Hizo Salomón —dice la Escritura— un trono grande de marfil”. Trono grande sobre toda ponderación fue aquella Santísima Virgen María, porque comprendió en cierto modo al incomprensible, sus entrañas rodearon al inmenso, encerraron al que contiene todas las cosas.

Bien, hermanos, si toda alma santa es trono de Dios, ¿cuánto más santa será aquélla en la cual habitó la plenitud de la divinidad? Con mucha razón este trono fue revestido con oro refinado. Oro significa sabiduría: mira a la mujer revestida del sol (12), rodeada por doquier de sabiduría que envuelve su exterior y conserva todo su interior. Fuente luminosa pura en su interior. Tal es la reina que está en pie a la derecha enojada con oro de Ofir (13), Señor Jesús, pues el trono de Salomón estaba revestido de oro finísimo. Su parte más alta, por el respaldo era dorada (14).

En este trono santísimo hay la parte inferior y la parte superior. La parte inferior la constituyen los sentidos, la superior, el entendimiento. Su misma estructura

(7) I S. 10,18-19.

(9) Is. 33,17.

(8) Heb. 4,16.

(10) Job. 9,3.

(11) Cfr. Honor.

Augst. PL
162, c. 443.

(12) Ap. 12,1.

(13) Sal. 44,10.

(14) I S. 10,19.

alta, se adapta perfectamente a los que son altos. Todo lo que es redondo, es igual por todas partes, carece de aristas, así como de principio y de fin; porque así como juzgamos de las cosas materiales con la parte superior, es decir, con los sentidos, así también distinguimos las espirituales por el entendimiento.

La parte más alta de este trono era redonda por la divinidad misma de la cual era trono refulgente, deificada y, por decirlo así, partcipe de la eternidad divina que carece de principio y de fin en la verdad, que carece del doble ángulo en la caridad, consistente en la ordenación de la santidad y justicia. De esta suerte, en lo más alto del alma virginal, es decir, en la memoria o entendimiento, resplandece la imagen y semejanza de Dios, la cual vigoriza en ella la eternidad, compone la caridad e ilumina la verdad. Mas, ¿por qué razón en la parte de atrás? Porque en ella termina el cuerpo.

Y bien, hermanos, ¿creéis que no faltó nada en esta miserable vida a la Santísima, dulcísima, perfectísima Virgen? No por cierto, tuvo la santidad, mas, careció de felicidad plena; tuvo la verdad en la luz de la sabiduría, tuvo la caridad en su inclinación a la misericordia, tuvo la eternidad en la virtud de la perseverancia, en cuyas virtudes está señalada Señor, la luz de tu rostro (15), pero todavía carece de la semejanza omnimoda en la felicidad perfecta.

Este es el fin de mi obra, el fin de mi trabajo, el fin de mi intención, que nos revistamos de su visión dulcísima, o sea, de su semejanza transparente. La fe, como parte interior en la cual vivimos, precede al fin, la esperanza por la cual nos consolamos, la caridad con la cual nos vestimos, mas, en todo esto no existe plena redondez, porque sólo en la visión de Dios, como en único

(15) Sal. 4,7.

fin de la obra, mejor de todas nuestras obras, consiste la plenitud de la felicidad. Por eso era redonda la parte del trono por detrás. Este trono tiene también su asiento.

Hermanos, pregunto: ¿en dónde está el asiento de Dios en el alma santa? ¿En qué sitio de dicha alma? Conviene que digamos antes cuántas y cuáles son las partes del alma. Como bien sabéis, se halla en tres: en el entendimiento, en la voluntad y en la memoria, porque estas son consideradas como partes de alma, no siendo en realidad partes, sino el alma misma que por su naturaleza es simple, no pudiéndose cortar ni dividir, vigorizando el cuerpo de tal manera, que le mueve de un lugar a otro sin que ella se mueva; del mismo modo, cuando deja el cuerpo no lo hace para pasar de un lugar a otro, sino para existir en su misma naturaleza.

Siendo, pues, idéntica la sustancia del entendimiento, de la voluntad y de la memoria, por lo mismo al entendimiento corresponde la consideración, a la voluntad la elección y a la memoria el recuerdo. Por eso el alma con el entendimiento indaga, considera, reflexiona en Dios; con la voluntad lo acepta, rechaza, ama o le desprecia; con la memoria le recuerda, le posee, le abraza. Así pues, la continua consideración de Dios, está como de asiento en el trono del Salomón de otro tiempo, por cuanto la Santísima Virgen María tanto más plena y perfectamente le poseía que todas las demás criaturas, cuanto más copiosamente lo amaba.

“De uno y otro lado —añade la Escritura— del trono salían dos brazos”. ¿Cuáles son estos brazos? A mi modo de ver son aquellos de los cuales se gloria en otra parte: “Su brazo izquierdo sobre mi cabeza y con su diestra me abraza” (16). Verdaderamente, Señor, nada pudo hacer sin ti, la que mereció llevarte en su propio

(16) Cant. 2,6.

vientre. Por eso tus manos tienen el asiento, por sustentar la cabeza de tu dulcísima Madre, es decir, su santísima Madre, es decir, su santísima alma para que nunca te apartes de su memoria, de un lado infundiéndole el recuerdo de tu pasión, como poniéndole la izquierda, del otro, inspirándole la suavidad de tu divinidad, como abrazándola con la derecha. Indudablemente tus manos sustentan el trono.

Además, a uno y otro lado había dos leones. ¿Será atrevimiento pensar que uno de ellos era Gabriel y el otro Juan Evangelista? Sin duda alguna, Gabriel es león por su fortaleza, al interpretarse fortaleza de Dios (17), y Juan igualmente merece llamarse león a causa de haber proclamado a todos los mortales con su rugido: "En el principio era el Verbo" (18). Muy justamente Gabriel, cual celeste padrino está en pie a su derecha (19), ofreciéndose y asistiéndola en todas sus necesidades espirituales, para que de esta suerte, Satanás huyese aterrado de su presencia antes de cerciorarse del misterio de su virginidad. Verdaderamente Juan mío estaba también en pie a su lado a su izquierda —por mandato del Salvador— para atenderla en todas sus necesidades materiales y al mismo tiempo para hacer de testigo y guardián fidelísimo de su altísima dignidad.

¿Y qué diremos de los doce leoncillos y de las seis gradas? Para la mayoría simbolizan el camino que siguió aquella Majestad al descender desde el trono de su gloria al trono éste de su misericordia. Tales son los distintos peldaños que en el día de hoy habéis oído en el sagrado evangelio: "Libro de la generación de Jesucristo" (20), donde empieza por Abrahán y finaliza en María. Mas, ¿por qué razón seis gradas? Juzgo que a cau-

(17) S. Bern. Hom.
Super Miss.
est.

(18) Jn. 1,1.

(19) Sal. 44,10.

(20) Mt. 1,1.

sa de la distinción de los tiempos destacados desde Abraham hasta Cristo. La primera, desde Abrahán hasta la entrada de los hijos de Israel en Egipto; la segunda, hasta su salida y construcción del tabernáculo en el desierto; la tercera, hasta la construcción del templo en Jerusalén; la cuarta, hasta la destrucción del templo; la quinta, hasta su reedificación; la sexta, hasta la concepción de Cristo, cuando subió al trono de su gracia para obsequiarle con los tesoros de su misericordia.

En los doce leoncillos tenemos reflejados los patriarcas del antiguo testamento en que estaban distribuidas las tribus de Israel, de las cuales proceden todos los demás santos del viejo testamento.

¡Oh hermanos! esta Santísima Virgen no sólo nos fue dada para auxiliarnos, sino también propuesta como modelo, porque era necesario, carísimos, que nuestro Salomón construyera también en nosotros su trono, si no tan grande como aquél, más pequeño. Indudablemente en toda la tierra no hubo obra tan primorosa como este trono del cual hemos hablado: "Muchas son las hijas que han realizado proezas, pero tú, Santísima, las has aventajado a todas" (21). Tú, oh alma, cualquiera que seas, sigue al Señor de lejos, digo más, corre si no en el olor de sus perfumes, al menos tras los perfumes de la Virgen. Ojalá, Señor corramos al olor de tus perfumes (22).

Tú, oh dulcísima, trono excelso de marfil, que posees al Todo, que rodeas al Todo, al sublime, has hallado en él plenitud de la gracia, la anchura de la caridad, la perfección de toda virtud. Ojalá participáramos todos de su plenitud; (23) para ser partícipes de aquella gracia y bendición de las cuales habló el ángel: "Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita eres

(21) Prov. 31,29.

(22) Cant. 1,3.

(23) Jn. 1,16.

entre las mujeres" (24), a fin de ser también nosotros constituidos trono de Salomón, y de marfil.

No tengo la menor duda en considerar a Jesucristo como elefante, por más que se comparase a la avechilla o a la gallina, porque ¿quién hay más fuerte que aquel del cual se dice: "El Señor héroe valeroso, el Señor héroe de la guerra"? (25). El mismo es el que lleva y sostiene sobre sus espaldas la torre, aquella que fue edificada y ceñida de baluarte (26) en la cual se parapetan valerosísimos soldados para luchar contra los enemigos, no contra asirios y antioqueños, como contra carne y contra sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos de las regiones de los aires (27).

El mismo rige y sostiene a la Iglesia, la lleva y la gobierna, el mismo es carro y conductor: "Padre mío, padre mío, carro de Israel y su conductor" (28). Aquel dragón que modeló para retozar (29), deseó con ansia y absorbió la sangre tomada de la carne virginal de un modo singular, y al punto desapareció el veneno que había infestado al mundo, quedó quebrantado todo su poder. El cuerpo de este nuestro elefante, impenetrable al agujón del pecado, inflexible a todo lo agradable y sensual, va a criar en las aguas, estima suyo a quien se lava con el agua del bautismo, se unge con el crisma y fortalece mediante el signo de la santa cruz. Sin embargo, tiene carne y huesos, según aquello del profeta: "Por el ardor de mis gemidos se me pega la piel a los huesos" (30). Se te han pegado, ciertamente, dulcísimo Señor, se te ha pegado la piel a los huesos cuando aquel

(24) Lc. 1,28.

(25) Sal. 23,8.

(26) Cant. 4,4.

(27) Ef. 6,12.

(28) II S. 2,11.

(29) Sal. 103,26.

(30) Sal. 11,6.

valeroso soldado de tus ejércitos —me refiero a Pablo— compadeciendo su hueso vigoroso de los enfermos de tu cuerpo, y condescendiendo con los desamparados, exclamó: "Me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles; me hice todo para todos para ganarlos a todos" (31), en razón de la fuerza de mis quejidos (32), puesto que transformas y conformas a ti a los débiles, tristes y apocados cuando dices: "Mi alma está triste hasta la muerte" (33), y cuando estabas en la cruz: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (34).

Por esta causa el lecho de Salomón estaba rodeado de sesenta valientes de los más esforzados de Israel (35), que aprendieron de Cristo a ser mansos y humildes de corazón (36), viéndole siempre perdonar y compadecerse, llorar ante la ciudad que había de ser destruida, absolver a la mujer adúltera, prometer el paraíso al ladrón arrepentido, lamentar —cuando estaba pendiente de la cruz— el abandono total del género humano, su ejemplo, cual hueso unido a la carne, une a los fuertes con los débiles mediante la piedad, la solicitud y el amor.

Bien hermanos, este trono no está construido con el ejemplo de los débiles que son carnes en el cuerpo de Cristo, sino de robustos, que son comparados a los huesos, con objeto de que resulte un trono grande, apto para la grandeza de quien dijo: "Yo lleno el cielo y la tierra" (37). "Y lo revistió de oro finísimo". Ojalá, Señor, ojalá tu gracia nos revistiera con traje nupcial para no aparecer desnudos, sino vestidos, para que se revele nuestra deshonra y aparezca nuestra torpeza. ¿Pues, qué cosa puede saber más afrentosa, qué más infame que el pecado? Ojalá nuestra alma estuviera revestida de oro

(31) I Cor. 9,22.

(32) Sal. 101,6.

(33) Mt. 26,38

(34) Sal. 27,47.

(35) Cant. 3,7.

(36) Mt. 11,29.

(37) Jer. 23,24.

purísimo a fin de que el amor cubra la multitud de nuestros pecados, porque así como el oro sobrepaja a los demás metales, así la caridad es superior a todas las demás virtudes.

Dórense todos nuestros miembros, la mano, para que sea pródiga en dar y encogida en recibir; el ojo, para que viendo al hermano padecer necesidad, se compadezca de él y se conduela de su estado; la lengua, para enseñar a los ignorantes, confortar a los tristes, animar a los desesperados; el pie, para acudir en socorro del hermano caído en la miseria, mas, no ayude al que fue causa de su ruina. Sea recamado de oro igualmente el oído, para escuchar el gemido del pobre y de esta suerte la oración sea fecunda.

Pero no se descuide el interior, antes el corazón rebose en caridad para compadecerse, perdonar con entrañas de misericordia. Se ame a Dios de todo corazón para que el entendimiento sea iluminado; con toda el alma, para tenerle siempre en la memoria; con todas las fuerzas, a fin de que la voluntad esté ordenada (38).

Y añade la Escritura, hablando de dicho trono: "Su cúspide era redonda por la parte de atrás. En la parte baja tenemos reflejada la acción, en la alta la contemplación. "La cúspide era redonda", dice. Lo que es redondo, es igual por todas partes: desde todas ellas me mira al centro en el cual tienen su comienzo y fin, cuyo principio es sin principio, y fin sin fin. Por lo mismo, el centro —punto convergente de la circunferencia— es algo indivisible, inconmensurable, carente de largura, de anchura y de altura, el cual ni puede aumentar ni disminuir, de él depende el círculo cuya verdad y justicia se ajus-

(38) Sant. 5,20.

tan a la misma regla, al principio de sus líneas y al fin de su cometido (39).

Por consiguiente, cuán rectamente el punto de nuestro Dios pintó figurativamente su imagen, escuchadlo con diligencia: su majestad ni tiene principio ni fin, ni se disminuye ni aumenta, es el comienzo y el fin de todas las cosas, forma y regla de todo, suma verdad y justicia a la cual se han de acomodar todo cuanto existe en el mundo. Por esta razón una criatura es más o menos perfecta, más o menos buena o recta o útil, en cuanto se conforme más o menos a él.

"Volviendo a la Santísima Virgen María, hemos de regocijarnos en gran manera en la contemplación de Dios, tomando de ella normas de rectitud y prudencia. Y aun cuando no somos dignos de acercarnos a su brillantísimo rostro, pasemos a tratar, a la luz de la gracia, sobre la parte más inmediata al dorso. Hasta allí puede decir nuestra alma —mientras peregrina en este cuerpo mortal lejos del Señor— que la parte posterior del trono es redonda, según aquello de Moisés: "Verás mis espaldas, pero mi rostro no podrás verlo" (40), "pues me verá y vivirá". En consecuencia, todo cuanto en esta vida podemos considerar en Dios, son como a modo de cosas posteriores, de las cuales la contemplación es a modo de medio o vehículo para los que están cansados, lecho para el que está fatigado; mas, su rostro lo reserva para quienes trabajan para obtener el descanso, luchan para conseguir el premio, tienen sed de ser saciados, para los que abrazan la pobreza por la felicidad eterna.

Señor, me saciaré verdaderamente de tu semblante cuando apareciere tu gloria (41). Entretanto, gustaré de

(39) Cfr. Boecio,
in cant. Arist.
I, p. 117.

(40) Ex. 33,22.

(41) Sal. 16,15.

la suavidad que me ofrecen las cosas terrenas mas, "yo Señor, buscaré tu rostro, buscaré tu rostro, Señor", porque ahora te conozco en parte (42), a través de las cosas posteriores en las cuales nos recreamos momentáneamente, mas, entonces le conoceré a la manera como yo soy conocido (43), porque allí le veremos tal cual es. Al presente le vemos como en un espejo y en imagen, mas, entonces cara a cara.

Ahora bien, aun cuando las cosas existen en Cristo por razón de su divinidad, y no hay en él pasado ni futuro, con todo, respecto de nosotros pueden llamarse posteriores aquellas cosas del mundo que creó e hizo por nosotros, para contemplar a su espalda. Dando un paso más hallaremos también en su trato entre los hombres cierta redondez admirable, porque a quien las prosperidades no elevaron ni las adversidades abatieron, se halla dispuesto por la justicia y la constancia a ser considerado en la vida actual, en cuanto es posible —como si fuera la parte posterior— el mismo como lo más agradable de la participación de aquella justicia.

Mas, hemos de tratar ya con mucho agrado sobre aquel asiento que para mí no es otro que la tranquilidad y sosiego del alma en la cual acostumbra a recrearse gozosa aquella divina majestad, estableciendo su morada en ella, no alejándose, a pesar de las ofensas, sino sintiéndose en ella como si descansara con cierta fruición. Dichoso, feliz quien merezca tener por huésped tal caballero, que le pueda introducir afortunadamente sentado sobre la asnila y su pollino en la Jersualén celeste.

Hermanos, su morada está en la paz (44), esto es, la de Dios, por eso no prefiere en el alma otro lugar fuera de la paz del corazón y el sosiego del espíritu. A tal asiento se sube por seis gradas, de las cuales la pri-

(42) I Cor. 13,12.

(43) Ibid.

(44) Sal. 75,3.

mera es el desprecio del mundo, la segunda el desprecio de sí mismo, la tercera la consideración de la propia flaqueza, la cuarta la experiencia de esa propia flaqueza, la quinta la guarda de la lengua, la sexta la quietud del cuerpo.

Por lo tanto, si suspiras por la paz, si deseas fomentar la tranquilidad incesante, no ames al mundo (45) ni las cosas que son del mundo, porque quien ama el mundo, o está pervertida su voluntad, o se esfuerza por conseguir placeres o le ciega la ambición de los honores, o vive atormentado por todas o alguna de estas cosas. En tal situación no es posible hallar descanso ni la menor tranquilidad. Porque, ¡cuántos vemos zarandeados por el látigo de las sospechas, cuántos trabajos atormentando sin cesar a los hombres!

Aquellos que a su vez anteponen el dinero a la honradez, caminan al retornero como los impíos (46), pasando de un pueblo a otro, de un reino a otra nación (47), en peligros de inundaciones, en peligros de ladrones (48), peligros del mar, peligros de tempestades, no aborreciendo la esperanza de lucro. La envidia a su vez atormenta y un fuego voraz devora a los ambiciosos; nada más indigno puede haber, nada más torpe, nada más indecoroso para quienes desaprovechan la ocasión de adquirir gloria.

Arrojadas del alma proficiente tales pasiones, cuando el mundo se le haga despreciable, cuando la sensualidad esté dominada, cuando la avaricia haya desaparecido, en una palabra, cuando los honores causen hastío, entonces podemos decir está ya puesto el cimiento de la paz y sosiego. Mas, si eras de aquellos de quienes dice el apóstol: "Se levantarán hombres amadores de sí mis-

(45) I Jn. 2,15.

(46) Sal. 11,9.

(47) I Cro. 16,20.

(48) II Cor. 11,26.

(49) II Tim. 3,2.

mo" (50), no encontrarás descanso, te habrás convertido en carga para ti mismo (51).

Tales son quienes por lo mismo que desprecian los halagos de la carne, pisotean las riquezas, desprecian los honores, se glorían en sí mismos, no en el Señor (51) y si se regoldean en sus pensamientos, incurriendo en aquel abismo de soberbia farisaica: "Gracias te doy, Señor Dios, porque no soy como los demás hombres ni como este publicano" (52). Condena, por lo tanto, el hombre al mundo, se condena a sí mismo considerándose el último de los hombres no sólo en las palabras, sino creyéndolo en lo íntimo del corazón (53). Pero, ¿cómo puede hacerse esto? De una manera fácil. Porque, o eres santo o eres pecador; si eres pecador, tienes motivos suficientes para condenarte a ti mismo en vez de a los demás, teniendo en cuenta que tus pecados son ciertos, y los de los otros ocultos. Podemos creer que sean pecadores, pero en manera alguna saberlo si lo son. En el caso de que sean tan claros que no los podamos disimular, con todo eso, los tuyos —que te parecen menores— son mucho mayores que los del otro, que tal vez tuvo al obrar una intención más correcta, se vio presionado de mayor necesidad, bien se dejó llevar de una ignorancia supina.

En caso de que seas santo, ¿qué tienes que no hayas recibido? (54). Tanto más deudor debes sentirte. La ingratitud, en este caso, revestiría gravedad mayor que la sensualidad y fornicación. Tienes, indudablemente, muchas razones para humillarte, para despreciarte, para anteponer a ti cualquier otra criatura. Por esto nada hay en el mundo, nada en el hombre, capaz de disminuir o turbar la paz y sosiego de tu alma.

(50) Job. 7,20.
(51) I Cor. 1,31.
(52) Luc. 18,10.

(53) S. Ben.
Regl. c. 7.
(54) I Cor. 4,7.

Huye, alma mía, de la soberbia, se trata de escoger entre ti y Dios. ¿De qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? Piensa un poco en tu inevitable necesidad, oh estómago voraz. Comes, bebes, digieres los manjares, y otra vez vuelves a tener hambre y sed. Por lo tanto, eres carne, no espíritu. Di a la podredumbre, tú eres mi padre, mi madre y mis hermanos los gusanos (55). ¿No es suficiente esto para llenarte de confusión y hacer doblegar tu dura cerviz? Mas, a todo esto, quien está en pie, vea no caiga. No te creas muy elevado, antes teme, fijándote no sólo en tu flaqueza, pues eres súbdito, sino también en tu debilidad, por ser miserable y más que miserable.

¿Te crees capaz de poder apartarte de tus vicios y adquirir las virtudes? Tu misma experiencia demuestra lo contrario. Dice: no es necesario, ¿quién no sabe esto? Hermanos: una cosa es creer, otra saber, otra experimentar. Está probado y consta de testigos idóneos que tú crees, que sabes aquellas cosas comprendidas con el entendimiento, y las experimentas bien por los sentidos, bien por el deseo del corazón. Sabes muy bien —y así lo crees también— que sin Dios nada podéis hacer (56), mas, no es menos difícil la experiencia de esto que la consecución de la misma virtud. Pues cuando orares mucho, derremares abundantes lágrimas, atormentares el cuerpo con trabajos, lo domares con ayunos, agotares con vigiliias, en todo esto no se sigue inmediatamente el fruto del deseo, cuando en ello se interpone alguna razón y necesidad y el Señor abre su mano y llena tu alma de bendiciones (57); entonces experimentarás cómo no depende del que quiere o del que corre, sino del que Dios quiere y usa con él de misericordia (58).

Existen, además, experiencias espirituales que se

(55) Job. 17,14.
(56) Jn. 15,5.

(57) Sal. 144,16.
(58) Rom. 9,16.

sienten, mas, no es posible explicar. Ascendiendo por estos grados y colocados en la atalaya del mismo asierito, pon una guardia a tu boca y un centinela a la puerta de tus labios (59), porque nadie puede ascender a la paz, si no tuviere una guardia a su boca, por cuanto el silencio es el culto de la justicia (60), y la mala lengua no durará en mi presencia (61). Indudablemente el frecuente cambio de lugar origina la disipación de espíritu, por tal motivo se debe castigar el cuerpo sometándolo a la ley a fin de que, acallado el bullicio exterior, se pueda conservar más fácilmente la paz interior.

Y dos brazos sostenían el asiento. Hermanos, ¿de qué nos servirán tantos trabajos, el subir tantas gradas, y disfrutar de la suavidad de tal asiento, si acontece que dejadas estas cosas se satisfacen estas inclinaciones y cuidados terrenos? Por eso es conveniente sostener el asiento con ambas manos, no suceda que la quietud interior, cual asiento de Dios, a la más leve tempestad, pueda derribarle. ¿Y cuáles son estas manos? Es corriente designarse con el nombre de manos las obras exteriores. En realidad la virtud se adquiere con gran trabajo y no se conserva sin gran solicitud.

Hay, a mi modo de ver, dos operaciones, corporal y espiritual, a manera de manos, sin las cuales no puede permanecer estable el asiento. Porque el ejercitarse el alma en las cosas corporales, es necesario refrene la incontinencia y se alimente la constancia en las espirituales. Este es el motivo del por qué sostenían el asiento dos manos. Mas, tú, que todo el día andas vagando de una parte a otra, acaparando —por decirlo así— objetos de inquietud, de suerte que las imágenes de las cosas penetran en el alma, no la dejan sosegar, ora abaten en la tristeza, ora desatan la turbación, bien surgen

(59) Sal. 38,2.

(60) Is. 32,17.

(61) Sal. 139,12.

en una alegría necia, bien desatan la ira, de suerte que no se sienta Cristo en el alma de quien no purifica sus obras exteriores y adorne su interior. Esta es la razón por la que el asiento debe tener esta doble acción, como si fueran manos, de las cuales una aleje las inmundicias, y la otra reprima los movimientos desordenados.

“Y tenía dos leones a uno y otro lado junto a los brazos”. El león es formidable y a su rugido se amedrentan los demás animales, pero también el león es de la tribu de Judá, el cual abre el libro y levanta sus sellos (62). Igualmente es nuestro adversario aquel león rugiente que anda buscando a quien devorar (63). Hermanos, tengamos ante los ojos uno y otro bien, temamos a ambos, pues aquel león rugiente arma asechanzas a la derecha, que suele tomarse como doble prosperidad, a saber, prosperidad temporal y prosperidad espiritual. Indudablemente está en pie a nuestra derecha el león para sugerirnos la prosperidad corporal, para despertar la sensualidad, o llenarnos de soberbia en el espíritu.

Mas, aquel león de la tribu de Judá ora pone en orden las cosas prósperas, ora refrena las adversas, es generoso para ayudar en la prosperidad, y fuerte en defender ante la adversidad. No debe causar admiración hayamos dicho que el diablo está en pie a la derecha de los fieles, cuando está escrito: “Y estaba Satanás a su derecha para oponérsele” (64). Por lo mismo necesitamos mayor piedad, en cierto modo, a la izquierda, para ser protegidos en las tentaciones, consolados en las tristezas, fortalecidos en las adversidades, iluminados en las dudas.

Además, siendo terrible esta bestia, procura tener temor a los dos leones: teme la tentación del diablo, teme a Dios no sea que te desampare; teme no seas arreba-

(62) Ap. 5,2.

(63) I Pe. 5,8.

(64) Zac. 3,1.

tado del primero, teme al segundo, no suceda que te deje de su mano. Teme al diablo para que no te engañe, teme a Dios no te deje en tinieblas. Y había doce leoncillos sobre las gradas a uno y otro lado. En nuestro aprovechamiento espiritual, sobre todo en la ascensión por los diversos grados de virtud en virtud (65), hemos de tener mucha cautela. En la senda por donde caminaba, los soberbios me escondieron trampas (66). No pocas veces Satanás se transforma en ángel de luz (67), proponiéndonos caminos rectos al parecer, cuyo paradero es lo profundo del infierno (68).

Por lo tanto, es necesario que todo nuestro propósito, todos nuestros pensamientos, movimientos internos y deseos, los orientemos al examen de la Sagrada Escritura, para que subiendo de grado en grado a través de los once leoncillos, esto es, de los hijos del león grande de Judá, de quienes se ha dicho: "No pueden los amigos del esposo estar tristes mientras está con ellos el esposo" (69); observemos con gran cuidado, aceptando su doctrina, juzgando que todo cuanto ocurre en nuestra alma deriva de su luz. Hagamos, pues, hermanos, esfuerzos en imitar a aquellos que están en el cuerpo de nuestro elefante, hagamos para nuestro Salomón no carne sino huesos. Aún más, el mismo Salomón haga para sí un trono grande capaz de contenerle, que llene el cielo y la tierra (70), lo revista todo él de oro, o sea, ilumine todo nuestro interior y exterior con los fulgores de su sabiduría, sea la parte alta redonda a fin de que nuestra alma se esfuerce en ver las cosas posteriores con el ojo interior en aquello que ha sido realizado por la parte humana.

Finalmente, coloque y aderece en el alma la paz y

(65) Sal. 83,8.

(66) Sal. 139,6.

(67) II Cor. 11,14.

(68) Prov. 16,25.

(69) Mt. 9,15.

(70) Jer. 23,24.

la tranquilidad, cual asiento de Dios, y sostenga la felicidad del alma con el doble ejercicio corporal y espiritual, cual si fueran dos manos. Pero el que está en pie, mire de no caer (71), por cuya razón no te engrías, antes teme (72). Teme a los dos leones, al de la tribu de Judá y al que anda alrededor buscando a quien devorar (73), los ocultos juicios del primero, la astucia maligna del segundo.

Así pues, apresúrese cada uno de nosotros a subir el asiento de la paz y tranquilidad por los seis grados, despreciando el mundo, despreciándose a sí propio, considerando las inevitables concupiscencias de nuestra naturaleza, y experimentando las flaquezas, de suerte que por la guarda de la boca y sosiego externo, se llegue a la paz del corazón. Con todo, nunca se ha de confiar en el propio valer o virtud, antes, conforme a la doctrina del apóstol, a causa de los doce leonzuelos, la gracia debe iluminar toda su vida y costumbres, el adelantamiento o estancamiento en la vida espiritual. Mas, no pudiendo obtener todo esto como conviene, acerquémonos cada uno de nosotros llenos de confianza a aquel trono de la gracia (74) de Cristo, la Santísima Virgen María a quien eligió entre todas las demás criaturas, rogándole que lo que no pueden nuestros méritos (75) lo podamos alcanzar por sus ruegos y méritos sagrados, con la ayuda de su Hijo mismo, nuestro Señor Jesucristo que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios por los siglos de los siglos.

(71) I Cor. 10,12.

(72) Rom. 11,20.

(73) I Pe. 5,8.

(74) Heb. 4,16.

(75) Off. collect.
comm. abbat.

Fiesta de todos los Santos

Hoy aparece cuán preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (1), como por el contrario, cuán pésima es la muerte de los pecadores (2). Porque, ¿dónde está un Julio César, un Augusto, un Nerón, un Juliano el Apóstata? Desapareció su memoria juntamente con su nombre; en cambio, la memoria del justo es eterna (3). Nada tiene de particular sea eterna la memoria de aquellos cuya vida es eterna, pues dice la Escritura: "El Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob. No es Dios de muertos, sino de vivos" (4), puesto que todos ellos viven. También viven los santos y viven felizmente.

Viven para Dios, viven para los ángeles, viven también para nosotros. Viven para Dios, repito, de cuya eternidad gozan, de cuya claridad son iluminados, con cuyo amor son alimentados. Viven para los ángeles, de cuya compañía se regocijan. Viven para nosotros, que en el presente día los honramos con extraordinario regocijo.

En realidad pueden ser alabados ahora con toda seguridad por haber terminado ya su carrera, de suerte que no hay temor experimenten fatiga quienes finalizaron la lucha, ni deben temer lo más mínimo sobre su victoria, quienes llegaron felizmente al puerto, ni deben temer el naufragio quienes penetraron por las puertas de la justicia (5), ni menos el rigor de la justicia. Dios enjugó ya de sus ojos toda lágrima, y no habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor (6).

En esta esperanza corrieron para alcanzar la felici-

(1) Sal. 115,15.

(2) Sal., 33,22.

(3) Sal. 111,7.

(4) Lc. 20,38.

(5) Sal. 117,19.

(6) Ap. 21,4.

dad, en esta esperanza lucharon para vencer, en esta esperanza resistieron al pecado para triunfar de él. Hasta ahora abundaron las lágrimas, hasta ahora el dolor, hasta ahora padecieron hambre y sed, hasta ahora soportaron el peso de la jornada y el calor, mas, ahora ya no volverán a tener hambre y sed, ni descargará sobre ellos el sol ni el bochorno (7). Sumergido fue para ellos el Faraón con sus caballos en el mar, sin embargo, este ejército del Señor, esto es, los hijos de Israel, caminaron a pie enjuto por medio del mar.

Bien, hermanos, ya sabéis que ahora se entiende por mar el siglo presente, mar grande, sin duda, y espacioso, mar rojo donde todo está lleno de sangre, inundado de pecado. Por eso decía el salmista: "Librame de la sangre" (8). Atravesó este mar aquel ejército de santos que perseguía a los egipcios. Se me ocurre preguntar, ¿quién de los santos no fue perseguido de Faraón, es decir, del diablo? ¿A quién no atormentó el ejército de espíritus inmundos? Dichosos, felices aquéllos a quienes no sumergió este mar, a quienes el Faraón no venció, a quienes este ejército no logró alcanzar. Estos son los triunfadores y amigos de Dios (9), quienes llegados ya a lugar seguro, pueden cantar con gran regocijo: "Cantemos al Señor porque ha hecho brillar su gloria y grandeza y ha precipitado en el mar al caballo y al caballero" (10).

Ahora bien, Faraón tenía carros y caballeros, caballos y jinetes de los mismos. Mirad, carísimos, cómo hay dos vicios con los cuales el Faraón espiritual tienta de modo especial al género humano: soberbia y lujuria. En los carros se simbolizan indudablemente aquellos que subieron a la soberbia, y en los caballos quienes fueron

(7) Ibid. 7,16.

(8) Sal. 50,16.

(9) Ant. Vesp.

Mart.

(10) Ex. 15,1.

deshonrados por la lujuria. Fijate en el soberbio: camina dando vueltas, habla por signos, pisa con violencia, agita la mirada, mira con desprecio a los demás sabiéndose en lugar más elevado, se irrita ante cualquier circunstancia adversa, es insensible a los ruegos, se pone frenético por las contradicciones. Este tal, es el carro del Faraón.

Por otra parte, aquéllos de quienes dice el profeta: "Cada cual persigue con ardor la mujer de su prójimo" (11), ¿qué otra cosa son sino los caballos de Faraón? Tales fueron los perseguidores de los santos, tales los verdugos de los mártires. Tales fueron ciertamente aquellos a quienes el Faraón espiritual, montado en su caballo, incitaba a perseguir la fe en Cristo. Mas, ¿qué dijeron los santos? "Aquéllos en sus caballos, éstos en su caballería, pero nosotros invocamos el nombre del Señor Dios nuestro" (12). ¿Dónde están los carros? ¿Dónde los caballos? Indudablemente ellos fueron derribados y cayeron (13), perecieron sin duda en el mar rojo, en los vicios mundanos. "Aquéllos en sus carros, éstos en su caballería".

¡Fíjese vuestra caridad: de dos maneras fueron tentados los santos, con tormentos y con halagos; la soberbia preparaba los primeros, la lujuria sugería los segundos. Considerad a los hijos de Israel según la carne. Contra ellos pelea Amalet y Balaac, el primero con espadas, el segundo con halagos, y aquellos que habían vencido las espadas, fueron vencidos de la lujuria. ¡Tan grande es la fuerza del placer!

Pero volvamos a nuestro Israel espiritual, cuya imagen carnal precedió aquélla en que el santo Moisés —como ya sabéis— estableció por mandato de Dios cuatro campamentos, como está escrito: "Ellos llevarán el

(11) Jer. 5,8.

(12) Sal. 19,8.

(13) Ibid.

tabernáculo y tendrán sus campamentos alrededor de él" (14). En el primer campamento estaba Judá, Isacar, Zabulón; en el segundo, Rubén, Simeón, Gad; en el tercero, Efraín, Manasés y Benjamín; en el cuarto, Dan, Aser y Neftalí. El primer campamento estaba al oriente, el segundo al mediodía, el tercero al poniente, el cuarto al norte. Todas estas cosas les acontecieron en figura, fueron indudablemente escritas por causa nuestra (15).

Sabéis muy bien de qué tabernáculo habla la Escritura: "Mirad el tabernáculo de Dios entre los hombres" (16). Es la misma Iglesia, peregrina en la tierra, en la cual Cristo aún no reina totalmente, antes bien combate, en la que no está detenido, sino camina sin cesar, en la que trabaja mientras camina, mas, todavía no descansa en la patria. Alrededor de este tabernáculo está acampado todo el ejército de santos, custodiándolo con su industria, adornándolo con doctrina, sublimándole con su ejemplo, defendiéndole con su sangre. Mas, no todo lo hacen a un mismo tiempo. Porque la Iglesia tiene en esta vida cuatro tiempos: tiempo de citación, tiempo de prueba, tiempo de consuelo y tiempo de consumación. En primer lugar se reúne, después se prueba, una vez probada se consuela, y tras la consolación viene el perfeccionamiento. La llamada la tenemos en el oficio de los predicadores, la prueba en la crueldad de los tiranos, obtenida la paz viene el consuelo, y la perfección tras la última persecución.

El tiempo de la citación o llamada tuvo lugar en la predicación de Cristo, el de la prueba en la dispersión de sus discípulos, el tiempo de la consolación en la conversión de los príncipes, y el tiempo de la consumación se iniciará con la aparición del anticristo.

Veamos ahora, cómo en cada uno de estos tiempos

están simbolizados los cuatro campamentos. El primer campamento está formado con los apóstoles y discípulos; el segundo con los mártires, el tercero con los doctores y almas consagradas, el cuarto con los santos al fin de los tiempos. El primer campamento mira al oriente, el segundo al mediodía, el tercero al poniente, el cuarto al norte. El tiempo de la llamada es como escuadrón situado al oriente, puesto que entonces nació primero para el mundo el sol de justicia y el fulgor de la verdad para el ministerio de la predicación apostólica. La facción situada al mediodía es la de la persecución, en la cual se irritó el fuego de la tribulación, cuando desató toda su astucia y vigor aquel contagio devastador del mediodía. La situada en la parte del poniente, simboliza el tiempo de paz, cuando convertidos a la fe de los príncipes, disminuyó el fuego de la persecución. Por lo que respecta al campamento del norte, alude al fin del presente siglo, en el cual sobreabundará la maldad y se enfriará el amor (17), porque será tan horrible la tribulación entonces, como no la hubo jamás desde el comienzo del mundo (18).

En el primer campamento están Judá, Isacar y Zabulón: Judá significa confesión, Isacar premio, Zabulón fortaleza. La confesión se refiere, indudablemente a la fe, el premio mira a la esperanza, la fortaleza a la caridad. Por eso es verdadera la fe de aquel que cree en el corazón para justificarse, y confiesa con las palabras para salvarse (19). Esta fe a la primera llamada de Cristo persuadió a los apóstoles a seguir sus huellas. Mas, ¿por qué recompensa, por qué premio, por qué esperanza? "Vosotros que dejásteis todas las cosas y me habéis seguido, recibiréis el ciento por uno y poseeréis la vida

(14) Num. 1,50.

(15) I Cor. 10,11.

(16) Ap. 21,3.

(17) Mt. 24,12.

(18) Ibíd. 24,21.

(19) Rom. 10,10.

eterna" (20). Isacar, aquí tienes tu paga. Pero como para mantener esta fe se han de tolerar toda suerte de adversidades, se necesita fortaleza que sólo la da el amor, fuerte como la muerte (21). En consecuencia, esté Isacar con Judá, es decir, la paga con la confesión, la esperanza con la fe, y con ambas la caridad.

Estas virtudes aparecieron especiales en el primer campamento, esto es, en los apóstoles, según vemos en el Evangelio: "Dijo Jesús a sus discípulos: ¿Quién dicen las gentes que es el hijo del hombre? Le contestaron: unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías" (22). Mirad cómo faltaba la fe en los hombres, por no haber hecho mención en ellos el Espíritu de Cristo, porque eran carne. En cambio, aquellos que vivían ya sobre las exigencias de la carne y habían recibido las primicias del Espíritu (23), ¿qué respondieron? Les pregunto: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Le contestaron: "Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo". Esta fe condujo a la renuncia del mundo, la renuncia del mundo a la esperanza, la esperanza a la caridad.

Pedro, erigido en cierto modo sobre la certeza de la esperanza, dijo: "Mira, Señor, que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué nos vas a dar por eso?" (24). Escucha, Isacar: "Os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (25). Esta esperanza no falla (26) porque la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. Por eso preguntó: "Pedro, ¿me amas?", a lo cual contestó: "Tú, Señor, sabes que te amo" (27). O sea, este amor produjo aquella fortaleza insensible a las amenazas, enemiga de lisonjas, que se

(20) Mt. 19,29.

(21) Cant. 8,6.

(22) Mt. 16,13.

(23) Rom. 8,23.

(24) Mt. 19,27.

(25) *Ibid.*

(26) Rom. 5,5.

(27) Jn. 21,17.

burló de los azotes y no le horrorizó el oprobio de la cruz.

El ejemplo que hemos puesto de Pedro podemos aplicarlo también a los demás apóstoles, de los cuales se dice que están colocados en el campamento oriental, la primera parte del mundo patente a los rayos solares, a cuyo influjo huyen las tinieblas y calientan de nuevo el suelo invadido por el hielo. De esta suerte son inundados en primer lugar de la luz de la sabiduría del Divino Salvador, y quienes antes se hallaban algo tibios en la fe, se enardecieron en el ardor del fuego evangélico. Porque tu palabra, Señor Jesús es fuego abrasador (28), por eso tus siervos con quienes conversas en el camino, dicen: "¿Acaso no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?" (29).

Sigue el campamento del norte, que señalamos para los santos mártires. A mediodía, como bien sabéis, se enciende un fuego implacable, significando el tiempo de la persecución, a cuyo ardor se seca la simiente caída sobre pedregal (30). Refiérese, sin duda, a aquellos que creyeron en tiempo de paz, mas, al desencadenarse la persecución renegaron de su fe. No sucedió así en los mártires, no así, antes como tierra buena y fecunda recibieron la semilla y en la perseverancia dieron fruto sazonado (31).

Con razón está allí Rubén, sinónimo de visión, está allí Simeón, o sea, mensaje de tristeza, está allí Gad, que se interpreta tentación. ¿Pensáis, hermanos míos, que los mártires hubieran soportado tan indecibles tormentos, si sólo hubieran contemplado las cosas presentes? De seguro había en ellos cierta visión espiritual que les hacía olvidar las cosas presentes y ambicionar las futuras. De aquí el apóstol: "Las aflicciones de esta vida son

(28) Sal. 118,140.

(29) Lc. 24,32.

(30) Mt. 13,6.

(31) Lc. 8,15.

(32) II Cor. 4,17.

breves y ligeras" (32). ¿Qué dices, glorioso Pablo? Te veo zarandeado a latigazos, apedreado, cargado de cadenas, encarcelado, expuesto a mil peligros, abrumado de afrentas, y con todo, ¿consideras pequeñas estas tribulaciones? Tanto tiempo luchando y bregando, no comprendo cómo lo pueden llamar momentáneo. Se me ocurre preguntar, ¿qué has podido ver de importancia, en cuya comparación estimas momentáneo todo lo de acá abajo? Contestación: "Porque las aflicciones tan breves y ligeras en la presente vida, nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria. Mirad el peso en cuya comparación todo cuanto se padece es leve, mirad lo eterno en cuya comparación es momentáneo todo cuanto se haya podido soportar en la vida.

¿A quiénes va dirigido esto? Indudablemente a quienes poseen la visión, o sea, la contemplación no de las cosas presentes, sino de las venideras, no de las temporales, sino de las eternas, no de las visibles, sino de las invisibles. "Nos producen —dice— un eterno peso de sublime e incomparable gloria". Y añade: "No ponemos nosotros la mirada en las cosas visibles, sino en las invisibles" (33).

En consecuencia, aquí tienes a Rubén en los mártires, tienes también a Simeón. Simeón quiere decir mensaje de tristeza, y ¿qué dice Jesús de sus mártires? "En verdad, en verdad os digo que vosotros lloraréis y plañiréis mientras el mundo se regocijará, mas, vosotros os contristaréis" (34), mas, por cuanto Simeón se interpreta mensaje de tristeza, añade: Vuestra tristeza se convertirá en gozo (35). Escucha la tristeza: "Al ir iban llorando llevando sus semillas". Oye igualmente el mensaje de la tristeza: "Al volver vuelven cantando, trayendo sus gavillas (36).

(33) *Ibid.*

(34) Jn. 16,20.

(35) *Ibid.*

(36) Sal. 125,6.

Sigue Gad, cuyo significado es tentación. Sobre los mártires está escrito: los santos soportaron burlas, azotes, cadenas, cárceles: Fueron apedreados, tronzados sus cuerpos, tentados de mil formas. Nadie hubo jamás más tentado que el mártir, a quien o no se le promete nada, o bien se le ofrecen toda suerte de halagos. De una parte se les prepara fuego, espada, fieras, planchas candentes; de otro, se les promete honores, riquezas, todas las comodidades de este mundo. No pocas veces, mientras el enemigo cruel le amenazaba con el suplicio, estaba en pie, al lado del mártir, la propia esposa llorando, acariciándole, con el niño pequeño entristecido colgado de su cuello...

¡Oh tentación! ¿Qué será de nosotros, pobres y miserables, a quienes la más leve promesa saca de quicio, y el más leve trabajo nos aterra y deprime? Nosotros somos los que nos entristecemos, por no decir murmuramos, cuando la comida se nos sirve tarde o con descuido, si el color o la grosura del hábito no son de nuestro gusto si despiertan para las vigiliass un poco más pronto de lo debido, si por algún motivo nos vemos molestos por el horario, si un signo o una palabra pronunciada al azar, nos airamos y enfurecemos contra aquellos que ejercitaron la corrección fraterna, y lo que es peor, cuando a causa de la misma corrección fraterna llevamos la amargura en el corazón, el escudo en los hombros, la palidez en el rostro.

Mas, volvamos al tercer campamento del ejército celeste. Tal es el colocado al poniente, el cual una vez sosegado el fuego de la persecución es regado por el rocío de la paz y tranquilidad. Mas, atendamos a la profundidad del texto sagrado, cómo todo en la Escritura rebosa en profundos misterios.

Sobre el primer campamento ya dispuesto, añade

la Escritura: "Estos partirán los primeros". Del mismo modo el segundo: "En segundo lugar se pondrá en marcha el tabernáculo de la reunión" (37). Dijimos que el primer campamento en este ejército de los santos estaba formado por los apóstoles y discípulos. Ellos marcharán los primeros. Caminarán realmente de este mundo al Padre, de la muerte a la vida, de la carne a Dios, mas, aún no se habrá levantado el tabernáculo. Todavía permanece la Iglesia entre los hombres en oscuridad, y aherrajada de sus enemigos.

Partió el segundo campamento formado de santos mártires, unos en pos de otros, hasta completar el número que se juzgaba suficiente para ornato de la misma Iglesia; los que antes habían sido perseguidores, tornáronse respetuosos con la fe cristiana. Y una vez convertidos a la fe los príncipes, elevaron a gran altura el prestigio de la Iglesia, sometiendo a ella pueblos y naciones, cumpliéndose el vaticinio de Isaías cuando dijo: "A tu luz caminarán las naciones, y los reyes al resplandor de tu claridad naciente" (38). Y en otra parte: "Los reyes serán quienes te alimenten, y las reinas tus amas de leche. Te adorarán rostro en tierra y besarán el polvo de tus pies" (39).

Mirad que sale ya el tercer campamento, el de los santos que gozan de la vida en la paz de la Iglesia. En este campamento descubro tres jerarquías: la de los doctores al frente, seguidos de los que renunciaron al mundo, y en tercer lugar los casados que supieron distribuir entre los pobres sus bienes. En consecuencia, tenemos aquí a Efraín, Manasés y Benjamín. Efraín significa fructificación, dando a entender la cosecha ubérrima de los doctores, de los cuales dijo el Señor en el evangelio: "La mies es mucha, los obreros pocos, rogad pues,

(37) Núm. 2,17.

(38) Is. 60,3.

(39) Ibíd. 49,23.

al dueño de la mies que mande obreros a su mies" (40). Tales son los labradores de los cuales se dice en otro lugar: "Hará que esta gente tan mala perezca miserablemente, y arrendará su viña a otros labradores que le paguen sus frutos a su tiempo" (41). ¿Quién podrá calibrar fácilmente el fruto inmenso reportado a esta viña por un Agustín, un Ambrosio, un Gregorio y tantos otros?

Respecto a los que renunciaron al mundo, dice el Espíritu Santo: "Olvida tu pueblo y la casa paterna" (42). Olvidaron, en efecto, los verdaderos monjes las cosas terrenas por las celestiales, las temporales por las eternas, las humanas por las divinas, diciendo con el apóstol: "Mi única mira es olvidando las cosas de atrás y mirando sólo a las que están adelante, ir corriendo hacia la meta con la mirada en el premio a que Dios llama por Jesucristo" (43).

Muchos, sin embargo, no se muestran así, como son aquellos que arrastrados por el amor a los parientes o llevados de la curiosidad, se esfuerzan por volver otra vez a Egipto, bien de corazón, bien con el deseo, incluso con el cuerpo. Estos no cesan de importunar a sus maestros para que les manden al mundo; en caso contrario, murmuran, se entristecen, juzgan y hablan mal, viven amargados se vuelven insolentes en el lenguaje, y enfurecidos cometen los mayores desmanes. ¿Dónde está aquí Manasés, sinónimo de olvido? A estos no se les puede decir: "Han olvidado las cosas de atrás", y por tal motivo como pusieron la mano en el arado y miraron atrás, no son aptos para el reino de los cielos (44).

En cambio, quienes poseyendo bienes materiales, usaron de ellos moderadamente, los administraron de manera equitativa, los distribuyeron caritativamente; con

(40) Mt. 9,37.

(41) Ibíd. 21,41.

(42) Sal. 44,11.

(43) Fil. 3,14.

(44) Lc. 9,62.

mucha propiedad son llamados hijos de la diestra, como se interpreta Benjamín. Tales sujetos, colocados el día del juicio a la derecha del Juez, merecerán oír de sus labios: "Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me distéis de comer, tuve sed y me distéis de beber" (45).

Con todo, en los últimos días vendrán tiempos malos en que abundarán los vicios y se enfriará no poco la caridad (46), hasta que muchos, endurecidos por el viento del aquilón, contemplen ante sus ojos aquella olla colgada mirando el norte (47). Tal es aquella persecución postrera, cuando el enemigo antiguo desate de súbito —por medio del anticristo, hijo de la perdición— todas sus fuerzas contra la Iglesia de Cristo. Acerca de lo cual dice el señor por Job: Va delante de él la miseria²(48). A pesar de ello, no faltará entonces el perfectísimo escuadrón de los santos, los cuales recibirán todos sus embates, y de tal manera anularán el esfuerzo diabólico, que se vea claramente cómo todo aquel esfuerzo más bien es permisión divina, que poder propio del enemigo. Por eso allí está Dan, es decir, el juicio. Y escuchemos cuán terrible y tremendo es este juicio: "Aquel inicuo que vendrá con el poder de Satanás —escribe San Pablo— con todo poder, señales y prodigios falsos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden por no haber aceptado el amor a la verdad con el fin de salvarse" (49). Te cantaré, Señor, la misericordia y la justicia (50), misericordia por aquellos que se salvan, justicia, por los que se condenan.

Pregunto, ¿por qué juicio se condenan? Por no haber recibido la caridad de la verdad para poder salvarse. Y para no dejar lugar a duda o excusarse, escucha lo

(45) Mt. 25,35.

(47) Jer. 1,13.

(49) II Tes. 2,9.

(46) Mt. 24,12.

(48) Job. 41,13.

(50) Sal. 100,4.

siguiente: "Por eso Dios les enviará el artificio del error con que crean a la mentira y para que sean juzgados todos los que no obedecieron al evangelio de Dios" (51). Esta justicia se manifestará indudablemente en el valor de este glorioso escuadrón cuando nada de señales y prodigios nada de amenazas o promesas, a no ser que se prueba que la divina justicia estimare contra aquellos que puede castigar con tal pena. Por tal motivo allí está de manera especial Aser, es decir, los bienaventurados, pues si son bienaventurados todos cuantos padecen persecución (52), mucho más lo serán quienes no sólo pelean contra los tormentos, sino también contra los portentos.

Dichosos, dichosos en verdad, quienes la túnica de Jesús —tejida al presente de muchos fieles— se perfecciona por el signo de un triunfo más glorioso, logrando por doquier lugar superior, cuando más arriesgado fue el combate donde vencieron. Mas, ¿de dónde puede proceder esto, a no ser de la inmensidad del amor en que reboen sus corazones? Por eso allí está Neftalí, esto es, la anchura, porque tu mandato se dilata sin término" (53), así se dilató el amor de ellos, hasta el punto que ni la muerte ni la vida pudieran separarles de la caridad de Cristo (54). Muera yo con la muerte de los justos para que mis postrimerías sean idénticas a las de ellos.

¡Oh hermanos! Estos son los triunfadores y los amigos de Dios (55), cuya solemnidad celebramos hoy, a cuya imitación si no nos atrevemos a aspirar, sin embargo podemos esperar tenerles por compañeros en el cielo con tal que imitemos la pureza de su vida en la medida de nuestras fuerzas, porque nosotros ocupamos nuestro

(51) II Tes. 2,10.

(53) Sal. 118,96.

(55) Visp. Mart.

(52) Mt. 5,10.

(54) Rom. 8,39.

tiempo distribuidos por los campamentos para celebrar nuestras velas alrededor del tabernáculo de Dios.

Pero ha pasado ya la hora, esta consideración se abre a un tema de disciplina moral que dejaremos para otra ocasión.

XXII

En el Sínodo: el pastor y el asalariado, el ladrón y el lobo

Pido perdón por mi presencia aquí, pues sabéis todos de sobra mi incapacidad y no ignoráis los sentimientos que bullen en mi mente. Sin embargo, confieso la verdad: no es para mí poco costoso este cometido por hallarse mi alma sumida en la tristeza (1), sabiendo por experiencia cómo el Señor no ha comunicado a mi voz el vigor necesario, antes estoy —como dice el profeta— al modo como el que recoge una espiga en el rastrojo.

Porque, ¿de qué pueden servir mis palabras? ¿Cuál va a ser el objeto de ellas?, ¿qué fruto se va a reportar de las mismas? ¿Acaso para cumplir una práctica —realmente hay en la Iglesia costumbre de que en estas asambleas se hable al pueblo— para infundir en él aquella piedad que apenas reside en nosotros? Porque, ¿dónde está el vigor de la palabra, cuando por todas partes la simiente sagrada bien fue comida de las aves, bien la secó el ardor del sol, bien fue sofocada por las espinas? En consecuencia, ¿qué he de decir yo? Señor Jesús, habla tú más bien por mí, puesto que en ti la palabra es vigorosa, quebranta los cedros, el Señor quebranta los cedros del Líbano (2).

“Yo —dice— soy el buen Pastor; el buen pastor da la vida por sus ovejas” (3). Oíd, pastores, al buen Pastor: “Los ojos del Sabio —dice Salomón— están en su cabeza” (4). Y a su vez el Señor: “Tengo otras ovejas que no

(1) Sal. 118,28.

(2) Sal. 28,5.

(3) Jn. 10,12.

(4) Ecles. 2,14.

son de este rebaño, las cuales debo yo recoger, y se hará un solo rebaño y un solo pastor" (5). Luego aquel buen Pastor, con todos los buenos pastores, es el único pastor. "Todos cuantos hasta ahora han venido —dice— son ladrones y salteadores" (6). Verdaderamente fuera de este pastor, que con todos sus miembros es el único pastor, cuantos vinieron después de él son ladrones y salteadores. Luego si él es la cabeza, vosotros sois los miembros (7): estén vuestros ojos fijos en vuestra cabeza para que sigáis las huellas (8) del que dijo: "El buen pastor da la vida por sus ovejas". ¿Qué hace el mercenario? Huye, indudablemente, por ser asalariado y no importarle lo más mínimo las ovejas (9).

¿Qué hace el ladrón? Robar, matar y hacer estragos (10). ¿Y el lobo? Las arrebató y dispersa el rebaño (11). Nadie se lisonjee, nadie se ilusione, que la propia boca no sea para nadie como el óleo del impío que perfuma su cabeza (12). Aquí está el modelo. Te ruego que examines diligentemente y mires la faz de tu alma en este espejo. Si das la vida por tus ovejas, eres buen pastor, si las apacientas por el salario y no te importan gran cosa las ovejas, eres asalariado; por eso, en viendo venir al lobo las abandonas y huyes. Además, si no has entrado por la puerta, sino lo hiciste por algún otro sitio, eres ladrón y salteador. Por esto las robas, matas y haces estragos. El pastor ama, el asalariado ambiciona, el ladrón odia.

El pastor busca aquellas ovejas que son de Jesucristo, el mercenario las suyas, el ladrón las ajenas. Ahora bien, nadie tiene a Cristo por pastor si no supo amar, ya que nadie tiene mayor amor que quien da la vida por

sus amigos (13), los amigos son las mismas ovejas. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Tal fue el amor que exigió de aquel a quien encomendó apacentar en primer término a las ovejas cuando le dijo: Pedro, ¿me amas? Le respondió: Te amo, Señor. Entonces le dijo el Señor: Apacienta mis ovejas. Esto lo repitió por tres veces, luego añadió Jesús: Sé muy bien que me amas, y por eso, como buen pastor, da la vida por tus ovejas. Luego añadió: Cuando eras joven tú mismo te ceñías e ibas a donde tú querías, mas, cuando seas viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te conducirá adonde tú no quieras (14). Y continúa el evangelista: Esto lo dijo para indicar con qué género de muerte había Pedro de glorificar a Dios (15), es decir, dando la vida por sus ovejas.

Mas, ¿por qué le preguntó tres veces si le amaba? ¡Oh hermanos y padres! el amor sacerdotal debe estar revestido de tres virtudes, a mi modo de ver: necesita ser prudente, dulce y fuerte. Prudente, para no dejarse engañar; dulce, para no ser arrastrado a error; fuerte, para no desfallecer. Prudente por la discreción, dulce por la compasión, fuerte por la generosidad. Le conviene al sacerdote ante todo apartar los males de sus súbditos, o bien cortarlos con prudencia, soportar pacientemente las flaquezas, tolerar con entereza de ánimo las malas intenciones. Este es el cordel de tres ramales que con dificultad se rompe, según frase de Salomón (16).

Este cordel sirvió para arrojar al mar ancho y dilatado el anzuelo del cual dijo el santo Job: "¿Acaso pescarás el leviatán con el anzuelo?". Tened en cuenta, hermanos, que para pescar peces a anzuelo, se necesitan cuatro cosas: caña, cordel, cebo y anzuelo. A la caña se

(5) Jn. 10,16.

(6) Jn. 10,16.

(7) Ibíd.

(8) Ef. 5,30.

(9) I Pe. 2,21.

(10) Jn. 10,13.

(11) Ibíd. 10,5.

(12) Ibíd. 10,12.

(13) Sal. 140,5.

(14) Jn. 10,1.

(15) Jn. 15,13.

(16) Jn. 21,17.

ata el cordel, el anzuelo se ata al cordel, y dicho anzuelo se cubre con un gusano o un trozo de carne. En el anzuelo está simbolizado el poder divino que descendió hasta nosotros revestido del gusanillo de nuestra flaqueza, sirviéndose del cordel del amor, dejando ante el Padre la vara de la justicia. Por el exceso de amor con que nos amó, Dios Padre envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado (17). Este cordel lo tienes en el exceso de amor, en el Hijo, poder divino. El gusano de nuestra flaqueza lo tienes en la semejanza de carne pecadora que adoptó.

En definitiva, con mucha razón el buen pastor, cuyo amor hacia sus ovejas fue tan grande, que no pudiendo con su naturaleza divina, tomó la humana para poder dar la vida por sus ovejas. Amor que se mostró prudente, para engañar al enemigo, dulce para redimir a las ovejas, fuerte, para superar la muerte.

A este amor se le opone el amor mundano, que está tejido con triple cordel: "No queráis —dice San Juan— amar el mundo ni las cosas mundanas, porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida" (18). El profeta se queja de la opresión de estos tres cordeles, cuando dice: "Me envuelven los lazos de los malvados" (19). Armado de estos lazos se presentó a nuestro Sansón aquel gran filisteo, para recrearse con Dalila, que le estaba asediando. Conocéis, hermanos, el desarrollo de la lucha entre Sansón y los filisteos, cómo hasta tres veces logró desatar las cuerdas y romperlas, quedándose libre. Cuando le gritaron: "Sansón, los filisteos sobre ti" (20), todos los intentos de éstos quedaron frustrados. Por fin, al quedarse dormido, sobre las rodillas

(17) Jn. 21,18.

(18) Ibíd.

(19) Eclo. 4,12.

(20) Rom. 8,3.

(21) I Jn. 2,16.

(18) Sal. 118,61.

(19) Jue. 16,9.

(20) Jn. 1,9.

de aquella ramera, llamó ésta a un esquilador, le cortó los cabellos, le sacaron los ojos y le pusieron a dar vueltas a una tahona.

Más tarde, fue el juguete e irrisión de los filisteos, quienes le llevaron al salón de diversión y él agarrándose a las columnas que sostenían la techumbre, las derribó, cayendo el techo y muriendo él y muchos de sus enemigos. Sansón significa sol, adaptándose perfectamente al sol de justicia, Cristo Señor, luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (21). Este es indudablemente el sol de sol, luz de luz, Dios de Dios (22), cubierto con el gusanillo de nuestra flaqueza, descendiendo al valle de Soret, es decir, a este mundo, por el cordel de la caridad, buscando los abrazos de la meretriz Dalila, o sea, la iglesia gentil, la cual había fornicado ante todo leño y piedra, debajo de todo árbol frondoso (23), y cual meretriz te prosternabas en todo collado cubierto de bosque. Sin embargo, se le dice a Dalila, esto es, a la infeliz a quien clama Isafas: "Pobrecilla combatida por los vientos, privada de todo consuelo" (24).

Tal es aquella oveja única de entre las cien, en que dejadas las noventa y nueve en los montes, se prendó de ella el buen pastor, acudió en su busca al valle de Soret y a ofrecer su vida por ella. Mas, está presente el filisteo con sus cuerdas dispuestas para aprisionar al segundo Adán, así como había hecho con el primero seduciéndole con la tentación. Estas cuerdas son la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. El primer cordel es el del placer, el segundo el de la vanidad, el tercero el de la ambición.

Según esto, el filisteo acometiendo a nuestro San-

(21) Símbolo
Niceno.

(22) Ibíd.

(23) II S. 16,4.

(24) Is. 54,11.

són con el lazo del placer, cuando aquel sacrosanto ayuno de los cuarenta días, transformando en sí el apetito de nuestra flaqueza, le dijo: "Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan" (25); ¡Sansón los filisteos están sobre ti! Mas, él, hambriento no de manjares, sino de amor, echando mano a la espada del espíritu, o sea a la palabra de Dios (26), cortó el lazo y dejó confundido al filisteo: "No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios" (27), fue su respuesta.

Una vez quebrantado el lazo del placer, se le acercó el filisteo con el de la vanidad. Llevó a lo más alto del templo al fuerte Sansón, diciéndole: "Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo" (28). Sansón, los filisteos están sobre ti! Nada adelantas, filisteo, nada adelantas. Nuestro Sansón es puente para llevarte a engaño, fuerte para romper todas tus ligaduras. Le respondió: "No tentarás al Señor tu Dios" (29). ¿Dónde está aquí el lazo? Indudablemente lo rompió, indudablemente lo hizo desaparecer, indudablemente se escapó de sus manos.

¿Por qué insistes, filisteo? Le tiendes el lazo de la ambición, presentándole todos los reinos de la tierra y sus riquezas. ¿Pretendes —oh desventurado— cazar con riquezas a quien despreció las delicias del mundo, y el que en la primera tentación no hizo caso de las alabanzas, va a desear los honores de este mundo? "Todas estas cosas te daré si postrándote me adoras" (30). ¡Sansón, los filisteos están sobre ti! Y Sansón le contestó: "Apártate de mí, Satanás", pues está escrito: "A tu Señor adorarás y a él sólo servirás" (31).

Como resultado, rotos los lazos, ¿qué camino tomará el filisteo? Nos lo apunta el evangelista: "Se retiró de él

hasta otra ocasión propicia" (32), hasta ocasión que no se haría esperar. Volvió, en efecto, a tentarle, y como había sido vencido en sí, acometió a nuestro Sansón por medio de sus súbditos y miembros suyos, los judíos, quienes se le acercaron para preguntarle: "Sabemos que eres veraz y enseñas el camino de Dios, conforme a la pura verdad sin respeto a nadie. Que te parece, ¿es lícito dar el tributo al César o no? (33). Aquí tenemos un lazo de soberbia: le preparaste, oh filisteo, una fosa ante sus ojos, mas, has caído tú en ella (34). ¿Es lícito pagar tributo al César o no? ¡Sansón, los filisteos están sobre ti! ¿Por dónde saldrás ahora, por dónde saldrás, Sansón mío? ¿Qué vas a responder? ¡Sansón, los filisteos están sobre ti! ¿Acaso vas a quedar cautivo en este lazo? ¿Qué respondes?

¿No es lícito? pues en tal caso vas contra la autoridad y, por lo tanto, contra el mandato de Dios. ¿Es lícito? Pues entonces vas contra la libertad del pueblo, ¡Sansón, los filisteos están sobre ti! Si disuades pagar el tributo, te enemistas con el gobernador de Roma; si lo apruebas, como es una esclavitud, entonces te acarreas el odio del pueblo. ¡Sansón, los filisteos están sobre ti!

No te envanezcas, filisteo, conoció bien pronto de dónde procedía tal ardiz, conoció el medio de hacer trizas tales ligaduras; de su boca procedió la espada de dos filos, con la cual abriéndose paso por una y otra parte exclamó "Dad a César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios". Todavía el filisteo le armó una nueva trampa. Condujeron a su presencia una mujer sorprendida en adulterio: "Moisés mandó apedrear a ésta. ¿Tú qué dices?" ¡Sansón, el filisteo está sobre ti! En este nuevo lazo que le has tendido, quedó prendido tu pie, oh

(25) Mt. 4,3.

(26) Ef. 6,17.

(27) Mt. 4,4.

(28) Ibíd.

(29) Ibíd.

(30) Ibíd.

(31) Mt. 8,3.

(32) Lc. 4,13.

(33) Mt. 22,17.

(34) Sal. 56,7

y 7,16.

filisteo. ¡Oh el más bello entre los hijos de los hombres! tu diestra te enseña a realizar proezas, cabalga victorioso por la verdad y la justicia. Moisés mandó lapidar a las tales: ¿qué dices a esto? ¡Los filisteos están sobre ti! Si mandas soltarla, el filisteo te acusará de despreciar la ley de Moisés. Si mandas apedrearla, entonces te contradices, pues el hijo del hombre no vino a perder las almas, sino a salvarlas (35). Cabalga victorioso por la verdad y la justicia, tu diestra te enseña a realizar proezas (36).

Despliegue sus labios la verdad, practique la mansedumbre, cumpla la justicia: "El que se halle sin pecado, que arroje sobre ella la primera piedra" (37). Tu palabra, oh Verdad: el judío queda confundido por esta palabra, a causa de la verdad, la pecadora es absuelta por la mansedumbre, la justicia deja intacta la ley. Sentencia adecuada a la verdad, la pecadora deberá ser castigada, mas, en manera alguna por los pecadores. ¿Qué añadió luego la mansedumbre? "¿Nadie te ha condenado, mujer? Tampoco yo te condeno" (38). Si Dios justifica, ¿quién se atreverá a condenar? Mas, cuando se pone en juego la justicia, escucha su respuesta: "Vete y no vuelvas a pecar más" (39). Pero, ¿qué ha pasado, Señor y Dios mío? ¡Oh Jesús mío, Sansón mío, sol mío!, ¿qué es lo que has tomado, has comprendido, para quedar de esta suerte vencido? Indudablemente te has dormido en el regazo, mejor dicho, en los afectos de Dalila, la ramera. ¡Oh amor ardiente en suavidad, que abrasa de maravilla, que abaja a la suma alteza, delibita a la fortaleza, anonada a la majestad! Oh amor embriagador, que sumerge, por decirlo así, en cierta especie de letargo a la potencia divina, hasta el punto de ignorar que él es

la potencia, con tal de entregarse con fruición al amor del alma amante. El mismo lo dice: "Encerrado no puedo salir" (40): se oculta la majestad aparentando flaqueza, no siente la magnitud del dolor, con tal de reconocer la magnitud de su amor. Y esto, ¿por qué? Indudablemente para dar la vida por sus ovejas y conseguir hacer de esta meretriz una iglesia gloriosa sin mancha ni arruga (41).

Y así fue introducido el esquilador. San Lucas nos dice quién es: "Mirad que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo" (42). Sus cabellos fueron rapados. Estos significan sus discípulos unidos a la cabeza por la fe y el amor, o sea, a su divinidad. Fueron raídos indudablemente sus cabellos cuando huyeron dejándole solo.

Al primer Sansón le arrancaron los ojos, a este segundo se los vendaron. Aquel fue puesto a dar vueltas a la tahona, a éste le llevaron al retortero, del huerto a casa de Anás, de Anás a Caifás, de Caifás a Pilatos, de Pilatos a Herodes, seguidamente se burlaron de él y por fin le crucificaron. Mirad cómo nuestro Sansón fue el juguete de los filisteos; de tal manera la sabiduría divina sirvió de escarnio a los mortales, que fue burlada de la sabiduría humana.

"El leviatán que modelste para que retoce" (43). Fue engañado a todas luces mientras era débil, a manera de gusano por estar encubierta su divinidad, y quedó estrangulado al tragar el dardo encubierto. ¡Sansón, los filisteos están sobre ti!. "Si eres hijo de Dios, baja de la cruz" (44). No te defenderé, oh filisteo. Es el buen pastor que dará también la vida por sus ovejas, porque nadie tiene mayor amor que quien da su vida por sus amigos (45). Y su

(35) Lc. 9,56.
(36) Sal. 44,45.

(37) Jn. 8,7.
(38) Ibid.

(39) Ibid.

(40) Sal. 87,9.
(41) Ef. 5,27.

(42) Lc. 22,31.
(43) Sal. 103,26.

(44) Mt. 27,42.
(45) Jn. 15,13.

amor fue prudente, por haber engañado así al enemigo; fue dulce, por haber ofrendado su vida; fue fuerte, por haber soportado tantos tormentos.

Oh tú, cualquiera que seas, pastor del rebaño de Cristo ve y obra conforme a este modelo (46), pues al modo como Cristo dio su vida por nosotros, de la misma manera debemos nosotros dar la vida también por nuestros hermanos (47), ya que el buen pastor da la vida por sus ovejas. Tal vez me repliques: ¿qué haré yo? No tengo perseguidor, no tengo tirano, no encuentro enemigo manifiesto del nombre de Cristo (48), que me proporcione dar mi vida por las ovejas de Cristo.

Examina, hermano, a ver si tienes el corazón puesto en el dinero, digo más, ojalá no lo exijas, ojalá no vivas atormentado por él, ojalá no se lo arrebatas a tus ovejas. Porque si es mal pastor quien no da la vida por sus ovejas, todavía es peor quien antepone el dinero a las mismas ovejas. ¿Quién es el que exige, quién el que vive preocupado. quién es el que arrebató el dinero? No deben los hijos en manera alguna atesorar riquezas para sus padres, sino al contrario; mas, he aquí que los padres expolian a sus hijos, están más prestos a vaciarles la bolsa que a corregir sus vicios.

Dejando a un lado, de momento, el tema de dar la vida, el que da su dinero por sus ovejas, es pastor; el que tal vez se lo exige, es mercenario; quien vive preocupado por el dinero es ladrón, y el que se lo arrebató es lobo. Por razón de que quien es pastor ama, quien ama no perdona el dinero por el mismo motivo de que no perdona su vida. Escucha a cierto pastor bueno —me refiero a San Pablo—: “Yo por mí expondré gustosísimo cuánto tengo y me entregaré a mí mismo por vuestras

almas” (49). Ama también tú y no fingirás hacer otro tanto, mas, este tu amor debe estar tejido de tres cordones para no romperse. Sea prudente, para no dejarse engañar, suave para no exasperarse, fuerte, para no quebrantarse ante las murmuraciones. Este filisteo no te dejará solo, te instará de continuo a separarte decepcionado del camino de la verdad; bien a dar con la carga en el suelo, arrastrado del placer, bien a ceder ante las adversidades, vencido de la pusilanimidad de espíritu o la desgracia.

Fuera de esto, tienes ovejas errantes, enfermas, y no faltan otras que te serán contrarias. Debes pues ser prudente para atraer a las descarriadas, piadoso médico para curar las enfermas, fuerte y valeroso para soportar a las perversas. Guárdate del filisteo, guárdate también de todos los tuyos. Primero para ti, después para ellas. Porque el que es malo para sí, ¿cómo es posible sea bueno con los demás? Si se acercare a ti con sus lazos, procura no ser cazado, no ser maniatado, no ser abatido. ¿Quieres saber cuáles son estos lazos? Aquí están: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida (50). Con estos lazos no cesa de acercarse a ti, no cesa de venir a sus ovejas: viene con la sugestión, caza con la deleitación, abate con la acción y encadena con la costumbre.

En consecuencia, si tu espíritu se estremece ante una hermosura femenina, si la carne se excita, si el afecto te halaga, indudablemente está presente el filisteo carnal con el lazo de la sensualidad. Si te recrea lo que te sugiere, si estás dudando en hacerlo, si buscas tiempo y lugar oportuno, el filisteo te ha echado el lazo: si te lanzas desbocado a realizar la obra, piensa que te venció el enemigo. Mas, vuélvete rápidamente, levántate,

(46) Lc. 10,37.

(47) I Jn. 3,16.

(48) Fil. 3,18.

(49) II Cor. 12,15.

(50) I Jn. 2,16.

desenrédate como Sansón, empleando la espada de la compunción, acude al remedio de la confesión, no te dejes encadenar de manera indisoluble por la mala costumbre, pues los lazos del filisteo, con tal de no estar endurecidos con la mala costumbre del vicio, se ablandan con la compunción, se desatan con la confesión y desaparecen con los ayunos, vigiliias y obras de misericordia. Con todo, la fuerza de la costumbre tiene tal poder, que a quien una vez ha hecho caer, de tal modo le tiene sometido a una vil esclavitud, que muchas veces arrastra a hacer aquello malo aun cuando sea contrario y ajeno a la voluntad.

Lo dicho sobre la concupiscencia de la carne, creemos podemos aplicarlo también a la concupiscencia de los ojos que consiste en la vanidad del mundo. En cambio, por lo que respecta a la ambición, ¿qué diré? Acaba de vacar una prebenda, un arcedianato, un episcopado, al punto acude el filisteo con el lazo de la ambición, sugiriendo se solicite, lo sugiere de un modo incansable, hasta que por fin se desea. Si cedes a la sugestión, caíste en el lazo, si te inquieta su adquisición, te has precipitado; si lo adquiriste con dinero, te has podrido por completo. Por eso, cual pastor prudente, evita los lazos de suerte que mortificando tu propia voluntad, des la vida por tus ovejas.

Me atrevo a pedirte más: quien se abstiene de los vicios, para que el ejemplo no contamine al prójimo, este tal ha dado la vida por sus ovejas. No hace así el mercenario, el cual de tal modo se arrogó el nombre de pastor, que a todos exige con qué satisfacer sus apetitos. Puesto que el asalariado busca medio de satisfacer su voluntad, el ladrón su codicia, y el lobo su crueldad. El buen pastor busca una paga eterna, el asalariado temporal, el ladrón y el lobo la condenación eterna.

Supuesto que hemos tratado, carísimos hermanos, de

la distinción entre el pastor, el asalariado, el ladrón y el lobo, hemos de rogar a Dios y al Señor Nuestro Jesucristo detestemos las cosas propias del lobo y del ladrón, nos guardemos con su auxilio de las del asalariado, y ejecutemos con el mayor esmero las propias del buen pastor, hasta tanto que podamos recibir el premio del Buen Pastor, con la ayuda del mismo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amán.

En el Sínodo: de Aarón y de sus hijos

Yo no soy sabio, no soy letrado, sino un pobre hombre ignorante y casi sin letras, más parecido a un pescador que a un predicador, y con todo eso me veo en la precisión de tener que dirigir la palabra a hombres y sabios y prudentes, a escritores y letrados, y lo que todavía es mucho más difícil, a sacerdotes. ¿Y qué os puedo decir? También un cuervo sustentaba a Elías (1). Hermanos, no sólo un ángel, no sólo una viuda, sino también un cuervo proporcionó alimento a Elías. Confieso que no soy ángel, pero esta viuda es mi alma, la cual tuvo cinco maridos, y posiblemente el que tiene ahora no es su marido (2). Luego soy el cuervo, cría de cuervos pecadores, hijo de pecadores.

Señor, que das alimento a los jumentos y a las crías de cuervo que graznan, dame lo que he de poner a Elías. Porque nuestro Elías sintió necesidad en su cuerpo, de modo especial durante el tiempo en que el Señor envió hambre a la tierra, no hambre de pan material ni sed de agua, sino de oír la palabra de Dios. Dame, oh Señor, pan y carnes con las cuales sea alimentado de este cuervo. Mas, he aquí que tomamos pan y carne de las despensas del santo Moisés a quien dijo Dios: "Une contigo a tu hermano Aarón con sus hijos, a la puerta del tabernáculo; cuando hubieres lavado al padre con sus hijos con agua, les vestirás los ornamentos sagrados y derramarás sobre la cabeza de ellos el óleo de la unción" (3). Aquí está la carne y el pan, la letra y el espíritu.

(1) † S. 17,6.

(2) Jn. 4,18.

(3) Ex. 28,1.

¿Quién es este Aarón y sus hijos? A mi modo de ver tenemos figurados en ellos al esposo y a sus hijos. "No pueden los hijos del esposo llorar mientras el esposo esté presente" (4). El esposo es Cristo, los hijos del esposo los discípulos de Cristo. Así pues, tenemos a Cristo y a Aarón, que es sinónimo de monte de fortaleza, del cual dice Isafas: "Sucederá que en los últimos tiempos el monte de la casa del Señor será fundado sobre las cimas de los montes" (5).

Aarón, Cristo y sus sucesores los obispos, los hijos de Aarón, los discípulos de Cristo y sus antecesores los presbíteros. Pues el santo Aarón en el antiguo testamento, revestido de los ornamentos pontificales ocupaba una jerarquía muy elevada y cumplía un ministerio oculto y en cierto modo divino. Sus hijos, en cambio, revestidos de estolas sacerdotales, servían a las órdenes del pontífice en los ministerios inferiores, por decirlo así más vulgares. Vosotros, hijos de Aarón, vosotros sacerdotes del Señor (6), porque mi palabra no se dirige a los obispos. Os veo en el tabernáculo del Señor, no en cualquier lugar, sino en lo más íntimo de los secretos divinos, donde se une la bajeza con la altaeza, lo humano con lo divino, donde están presentes los ángeles, donde la misma majestad de la augusta Trinidad invisiblemente obra maravillas invisibles.

Amigo, ¿cómo has entrado aquí? Si te has agregado a la puerta, si te has lavado con agua, si te has encubierto de vestiduras sagradas, si bañado debidamente en la unción sagrada, útilmente, sabiamente. Porque este orden legítimo jamás debe mudarse por la presunción de nadie. "Une contigo —le dijo Dios— a tu hermano Aarón a la puerta del tabernáculo" (7). ¿Cuál es este

tabernáculo y dónde tiene su puerta? El tabernáculo de Cristo es la Iglesia de Cristo. ¿Sabíais esto? "Mirad el tabernáculo de Dios con los hombres" (8), tabernáculo en el cual indudablemente Cristo peregrina en sus miembros hasta llegar a la tierra prometida donde se edifica Jerusalén, no como tabernáculo, sino como ciudad (9) bien compacta. El mismo es la puerta de este tabernáculo, según aquello: "Yo soy la puerta, y el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino por otra parte, este tal vez es ladrón y salteador" (10). Luego quien se acerque a la puerta, indudablemente se acerca a Cristo. Mas, advierte San Pablo: "Nadie se arrogue esta dignidad, si no es llamado por Dios como Aarón" (11).

En consecuencia, el que es llamado por Dios, elegido por los hermanos, conducido por los hermanos, este tal se acerca a la puerta y es elevado legítimamente al sacerdocio; porque quien es acercado no se mete por sí mismo, antes se acerca al impulso de mano extraña. ¡Ay de quienes entran por otra parte! Estos son, sin duda, salteadores y ladrones. No vienen a otra cosa más que a robar, matar y hacer estragos.

Con todo, el que se acerca a la puerta es necesario esté lavado con agua, y se le puedan aplicar con toda propiedad aquellas palabras: "Todo pontífice entresacado de los hombres es constituido en beneficio de los hombres, a fin de ofrecer dones y sacrificios por los pecados" (12).

Y bien, constituido sacerdote para lavar las manchas de los demás, ¿con qué espíritu, con qué atrevimiento se va a meter uno a lavar a los demás, si se halla él manchado de arriba abajo? ¿Será posible que tenga yo paciencia para ser lavado de tus manos que veo llenas

(4) Lc. 5,34.

(6) Is. 61,6.

(5) Miq. 4,1.

(7) Ex. 28,1.

(8) Ap. 21,3.

(10) Jn. 10,1.

(9) Sal. 121,3.

(11) Heb. 5,4.

(12) Ibid.

de lodo, repletas de estiércol, acaso podré convencerme de que sean capaces de lavar unas manos de las cuales dice el profeta: "Vuestras manos están llenas de sangre"? (13). Lávense, por lo tanto con agua, los hijos de Aarón. Pero es preciso tener en cuenta la clase de agua que cada cual necesita; porque hay agua en el Jordán en la cual quedó limpio el leproso; también la hay en la piscina de Siloé donde recobró la vista el ciego; y también aquella con la que Cristo lavó los pies a sus discípulos; otra, finalmente, la que brotó de su santísimo costado. La primera purifica, la segunda sana, la tercera conserva, la cuarta santifica.

¡Oh hijo de Aarón! si eres leproso, lávate siete veces en el Jordán y quedarás limpio (14); si estás ciego, acude a lavarte en la piscina de Siloé; el que se ha lavado, no necesita sino lavar los pies, por estar todo limpio (15). Jordán quiere decir bajada, descenso; por el agua del Jordán entendemos la humildad de la confesión y de la penitencia; por la de Siloé, la doctrina de la sabiduría; por aquella con que Jesucristo lavó los pies a sus discípulos, la caridad con el prójimo; por la que brotó de su costado, entendemos la piedad para con Dios. Luego si eres leproso, baja, lávate siete veces en el Jordán. Ya sabes que las manchas del alma son los pecados.

Ahora bien, hay tres clases de pecados: mortales, originales y veniales. Los veniales proceden de ignorancia o flaqueza. El pecado mortal es la lepra del alma que mancha y corrompe toda la naturaleza humana. Se inicia el mal por la sugestión, se recibe con deleitación, se admite mediante el consentimiento, penetra hasta en lo más vivo del hombre por el consentimiento, y llega la corrupción cuando se convierte en costumbre. En este caso, tenemos el leproso que debe bajar a lavarse siete

veces en el Jordán. Baja pues, y lávate. El comienzo de todo pecado no hay duda que es la soberbia. El que es soberbio es altanero, se eleva sobre la ciencia de Cristo (16), quien enseñó de manera patente la humildad, detestando la soberbia.

Baja, por tanto, leproso, pues ya sabes que Jordán equivale a bajada, para significar el descenso de aquel que siendo impronta de Dios tomó formas de siervo bajando, esto es, humillándose a sí mismo hasta la muerte y muerte de cruz (17). Tú que te tienes por alto, por sublime, vete y haz otro tanto (18), abájate. El soberbio no se arrepiente, no se duele, no se confiesa, no satisface. Desciende del carro como Naamán, del carro de tu soberbia, límpiase con la confesión, lávate con la compunción, hallarás la salud mediante la satisfacción. Baja, repito, compungido interiormente, confiéstate debidamente, satisface por tus pecados y lávate siete veces. Tal vez preguntes por qué razón siete veces. Sencillamente porque toda la naturaleza del hombre viene a resumirse en el número siete. Tres se refieren al alma, a causa de su triple facultad: memoria, entendimiento y voluntad, y las otras cuatro se refieren al cuerpo en razón de los cuatro elementos que integran su constitución.

Hermanos, hemos dicho que la lepra del alma es el pecado mortal, por corromper todo el organismo, es decir, cuerpo y alma. Por tal motivo debe lavarse siete veces el que se halla de esa manera corroído por la podredumbre, y diga con el profeta: "De noche riego mi lecho con lágrimas" (19). Porque si el alma se arrepiente con espíritu de humildad, si se confiesa, si se impone un castigo corporal adecuado, si el remedio fuere proporcionado a la culpa, desaparecerá sin duda la lepra.

(13) Is. 1,15.

(14) II S. 5,10.

(15) Jn. 9,7.

(16) II Cor. 10,5.

(18) Mt. 10,37.

(17) Fil. 2,8.

(19) Sal. 6,7.

En caso de ser ciego, vete a la piscina de Siloé y lávate. Hermanos, así como la ciencia es luz del alma, así la ignorancia es la ceguera de la inteligencia, la cual debe evitar a toda costa el sacerdote, pues la ignorancia en el sacerdote ocasiona la muerte espiritual de sus súbditos, ya que si un ciego conduce a otro ciego, ambos caerán en la fosa (20). Dice el profeta: "Por haberles faltado inteligencia a los sacerdotes, por eso se ha dispersado su grey" (21); y en otra parte: "Todos sus guardianes son ciegos" (22) ¿Dónde podrá recobrar la vista este ciego? Indudablemente en las aguas de Siloé, sinónimo de enviado, dando a entender al mismo a quien el Padre Dios santificó y envió al mundo (23). Este Siloé, este enviado tiene aguas que nos invitan a beber cuando dice: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba" (24). Isaías da la razón: "Porque las aguas de Siloé corren en silencio" (25). Tal es la doctrina de Jesús, contenida en las sagradas letras, dictada por aquel Espíritu que va de tal manera en silencio, que no sabes de dónde sale o adónde va (26).

No así, no así si los ríos de Egipto, ni tampoco los de Asiria que corren impetuosos (27) en sabiduría de palabras, en la cual queda desvirtuada la cruz de Cristo (28). Toda aquella ciencia consiste en ambigüedad de palabras y vana elocuencia, que con su diversidad de sectas y sofismas más bien ciega a las almas que las ilumina. No así tu doctrina, buen Jesús, que es como agua tranquila que discurre con silencio. Pues tu doctrina, oh Señor, no ha sido ofrecida a nuestros oídos por una lengua jactanciosa, sino más bien fue inspirada en nuestras almas por el espíritu suave, puesto que sobre ti

(20) Mt. 15,14.

(21) Jer., 10,21.

(22) Is. 56,10.

(23) Gal. 4,4.

(24) Jn. 7,37.

(25) Is. 3,6.

(26) Jn. 3,8.

(27) Cant. 4,15.

(28) I Cor. 1,17.

se ha escrito: "No contendrá con nadie, no voceará ni dejará oír su voz en las plazas" (29). Se deja oír en el interior, se oye en el corazón, en el silencio, pues dice el profeta: "Escucharé lo que el Señor Dios habla en mí" (30).

Quizás tengas, oh sacerdote, una mancha en tus ojos: no comprendo cómo te atreves a enseñar, a amonestar, a corregir, a castigar; cómo te atreves a liar lo que no se debe liar; a soltar, lo que no se debe soltar, a seguir tus sentidos, las exigencias de tu estómago. ¡Oh ciego! ¿cómo te pones a conducir a otros, cuando tú mismo caminas errante por senderos inadecuados? Vete, en consecuencia, a las aguas de Siloé y lávate, puesto que la palabra de Dios lava sin duda alguna, según aquello del Evangelio: "Ya vosotros estáis limpios, en virtud de la doctrina que os he predicado" (31). Yo pregunto: ¿dónde hay un sacerdote que siempre que tenga que predicar al pueblo, a semejanza de Moisés penetre en el tabernáculo para que entre los dos querubines, esto es, entre la ciencia de uno y otro testamento, consulte la voluntad divina? No hacen así, no obran así muchos sacerdotes de nuestros días, los cuales con más frecuencia manejan cálices de gran precio, que los libros santos; más asiduos a manejar dinero que a penetrar el sentido de las Sagradas Escrituras; más entretenidos en negocios seculares que ocupados en la lectura de libros santos.

Dichoso, feliz aquel que en todas las cosas en las cuales se le osurece el ojo interior, en todos sus asuntos, en todas sus obras y enseñanzas, acude a las aguas de Siloé y al oráculo divino a fin de que alejada la ceguera interior, salga al público con vista radiante y rostro iluminado, aparezca ante los hijos de Israel con el rostro rebosante de luz, y diga con el profeta: "Señor, ha sido

(29) Mt. 12,19.

(30) Sal. 84,9.

(31) Jn. 15,3.

fijada sobre nosotros la luz de tu rostro" (32). Quien está así limpio, no necesita sino lavarse los pies (33). Hermanos, aún a los limpios les desaparece la mancha de los pies, aquella que se temía cuando al clamor de Cristo a que se le abriese la puerta, respondió: "Lavé mis pies, ¿y me los he de volver a ensuciar?" (34).

Mirad, hermanos, yo os hablo a mi modo para exponeros la doctrina de Cristo, mas, siento tal vez que mis pies no están limpios. Entiendo por pies, las afecciones del alma, con las cuales ora se acerca uno, ora se aleja, aprueba o desaprueba, quiere o rehusa, ama u odia. En efecto, se me manchan los pies cuando soy apremiado por la obediencia a abrir a Cristo que lo exige; se manchan indudablemente por el temor, si callare aquellas cosas que se sugieren han de decirse a fin de no ofender a otros; se manchan en la modestia si hablando como ignorante, temiere reprender; se manchan en la vanidad si deseara ser alabado.

¡Señor, echa agua en la jofaina y lava los pies de tus discípulos; igualmente la cara si nosotros nos lavamos mutuamente los pies! (25). Lava, Señor, los pies de tus discípulos; lava, Señor, nuestros pies, así como también nos los lavamos mutuamente. Perdónanos nuestras deudas, así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (36). ¿Qué menos? ¿Acaso todo está lavado? Aún así, todavía la flaqueza se hace insoportable. Experimento en mis miembros otra ley que hace resistencia a la ley de mi alma y me sojuzga a la ley del pecado (37). ¿Qué hacer? Correré, sin duda, a aquel baño saludable, al agua que fluye del costado sublime de Cristo, en la cual una vez bautizado y limpio, mereceré aquella bienaventuranza de que habla el profeta:

(32) Sal. 4,7.
(33) Jn. 13,10.

(34) Cant. 5,3.
(35) Jn. 13,14.

(36) Mt. 6,12.
(37) Rom. 7,23.

"Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los pecadores" (38).

También nos proporciona este otro baño de la gracia, o sea, que los pecados procedentes de nuestra perversidad naturaleza por más que se sientan, no nos serán imputados a no ser en caso de consentimiento por parte de nuestra depravada voluntad, pues en tal caso ya no son pecados inherentes a nuestra flaqueza, sino más bien actuales. El que esté limpio de ellos, es digno de ser adornado con vestiduras sagradas, esto es, con calzones, túnica de lino, cingulo, tiara. Con tales vestiduras, al decir de la Escritura, se vestían los hijos de aquel Aarón antiguo. Mas, todo esto es en figura. Es preciso que los hijos espirituales de Aarón espiritual resplandezcan en cuatro géneros de virtudes: por cuanto hay cuatro virtudes muy necesarias a todos, de manera especial a los sacerdotes: templanza, justicia, fortaleza y prudencia.

La templanza refrena la sensualidad, la justicia temple la maldad, la fortaleza soporta las adversidades, la prudencia preserva de los errores. La templanza está simbolizada en los calzones, la justicia en la túnica, la fortaleza en el cingulo, la prudencia en la tiara. Razón hay para poner el símbolo de la templanza en los calzones, por estar éstos más en contacto con aquellos órganos donde radica de manera especial la sensualidad, la cual corta o reprime cualquier movimiento desordenado o menos honesto que se suscita en la carne, no permitiendo extender su empleo a no ser en lo necesario, reprimiendo las cosas ilícitas que se ofrecieren.

En cuanto a la túnica talar, que cubre todo el cuerpo, representa para nosotros la justicia, la cual conviene conservar en todas nuestras obras, dando a cada cual lo suyo, honrando a Dios en todos nuestros actos, pro-

(38) Sal. 1,1.

curando nuestra salvación y el provecho del prójimo. Síguese la fortaleza, comparada al cingulo, no sin gran acierto, con el cual acostumbra a ceñir el hombre, a mi modo de ver, las empresas nobles que acomete.

La tiara es ornamento de la cabeza, pues ésta es como la inteligencia de nuestra alma, por cuanto en ella radica la razón, cuyo ornamento es indudablemente la prudencia. Ahora bien, aquella inteligencia que no está adornada de prudencia, está invadida de necedad, y el sacerdote, cuya cabeza está desordenada, desprovista de prudencia, está en peligro su alma de sumergirse en la estupidez. Por tanto, haya prudencia en el sacerdote en precaverse de los errores, sea valiente en soportar adversidades, moderado de refrenar la sensualidad, justo en dar a cada cual lo suyo. Pues los mismos hombres están sujetos a otros hombres que a su vez tienen mando sobre otros (39) y no faltan otros que tienen entre sí la misma graduación. Por eso el sacerdote dé pruebas de sumisión al obispo, mantenga sumisas a sus ovejas mediante su doctrina y disciplina, y conviva con los demás sacerdotes en amor y reverencia.

¿Basta esto a los sacerdotes? Sí, ciertamente, con tal de estar bañados en el óleo de la unción sagrada, porque ni es conveniente ni decoroso que falte esa unción al sacerdote, por cuanto el óleo se compara a la misericordia. Y ¿qué sacerdote puede haber que no quiera tener misericordia consigo mismo? "Dichosos los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia" (40). ¿Quién de nosotros podrá decir esté limpio completamente, adornado con estas virtudes? ¿Qué esperanza puede haber en nosotros, a no ser en el óleo de aquel a quien Dios Padre ungió con el óleo de la alegría sobre todos sus compañeros? (41).

(39) Mt. 8,9.

(40) Mt. 5,7.

(41) Sal. 44,8]

Derramad también vosotros el óleo de la misericordia y piedad, para no comprar el óleo del pecador, ni necesitéis pedirlo a las vírgenes necias que fueron rechazadas(42). Antes hallándose rebosantes de él, lo podáis distribuir y distribuyéndolo abundéis más en él, para que lo que os falte en el baño y en las vestiduras, lo reparéis con la abundancia de la sagrada unción. Y como la naturaleza del óleo es tal que flota sobre todos aquellos líquidos con que se mezcla, debéis juzgar sobre este óleo espiritual lo que está escrito: "El Señor es compasivo sobre todas sus obras" (43), a fin de que revestidos de esta suerte de misericordia y piedad, podáis llegar felizmente a aquel que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

(42) Mt. 25,2.

(43) Sal. 144,9.

En la Asunción de la Santísima Virgen María

Llegaron hombres de Quiriat-Yearín y tomaron el arca del Señor y la llevaron a casa de Aminadaba de Gabaa (1)

Hermanos, ¿quién será capaz de hablar en este día de las virtudes de Santa María, y de pregonar todas sus alabanzas? (2). Estoy seguro que no hay nadie, nacido de mujer (3), aunque hable todos los idiomas, incluso el lenguaje de los ángeles (4), capaz de expresar con palabras todas esas alabanzas, ni aún comprenderlas en su corazón. ¿Qué podré decir yo, por tanto, en alabanza de aquél'a en cuya fiesta se alegran los ángeles y alaban al Hijo de Dios? (5). ¿Qué diré, o qué podré añadir en alabanza de Aquella, a quien tanta multitud de ángeles reciben en triunfo entre flores y palmas? (6). Realmente habiendo transcurrido su vida como lirio entre espinas, y cual rosa fructífera plantada junto a las corrientes de las aguas (7), ahora ya no le faltan ni rosas ni lirios (8), pudiendo decir con verdad: 'Mi amado es para mí y yo para mi amado, el cual se recrea entre azucenas' (9).

Rodeada pues de flores, refrescada de manzanas, cercada de lirios, sube del desierto rebosando de delicias y apoyada en su amado (10). Así pues, ¿quién podrá pregonar dignamente la sublimidad de tantas gracias y alabanzas de aquella, a quien miles y miles de ángeles le sirven, y mil millones asisten ante su trono (11).

(1) I Cro. 13,5.

(2) Sal. 105,2.

(3) Job. 14,1.

(4) I Cor. 13,1.

(5) Intr. Asunc.

(6) Ant. Dom.

Ram..

(7) Eclo. 39,17.

(8) Fest. Omn.

Sanc.

(9) Cant. 2,16.

(10) Ibíd.

(11) Dan. 7,10.

Mucho tiempo antes de ser concebida, consta que ella fue ensalzada por los patriarcas y profetas, y ahora, ¡cuán grande es la acción de gracias y las alabanzas que se le tributan, superiores a todo entendimiento (12), imposible poderlo expresar con palabras!

Ahora bien, si antes de concebir y dar a luz al Hijo de Dios, fue saludada por el ángel digna de alabanza, después de haber nacido de ella el sol de justicia, Cristo Dios nuestro (13), ¿de qué alabanzas no será digna? Si santa María Magdalena, que había sido pecadora, de la cual arrojó el Señor siete demonios, mereció ser ensalzada de tal suerte de Jesús, que su alabanza permanecerá siempre en la reunión de los santos; de Santa María, que no conoció varón (14), que mantuvo inmaculado su lecho (15), que vivió en el mundo permaneciendo virgen, de cuerpo y alma, ¿quién podrá comprender dignamente, cómo se alegrarán y regocijarán los justos en la presencia del Señor? (16)

Si San Pedro apóstol, quien no pudo vigilar ni una hora con Cristo, antes también le negó, obtuvo después tal cúmulo de gracias que hasta le entregó las llaves del reino de los cielos; Santa María, que mereció llevar en su seno al mismo Rey de los ángeles, a quien el cielo y la tierra no pueden contener, ¿de qué alabanzas no será acreedora? (17). Si Saulo, todavía respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor (18), obtuvo tan grande misericordia, que se gloriaba después en la esperanza de los hijos de Dios (19), y si en el cuerpo o fuera del cuerpo fue arrebatado al tercer cielo (20); no causará la menor admiración si la Madre Santa de Dios, que desde la misma cuna permaneció con él en sus tenta-

(12) Fil. 4,7.

(13) Mal. 4,2.

(14) Lc. 1,34.

(15) Sab. 3,13.

(16) Sal. 67,4.

(17) Resp.

Annunc.

(18) Hech. 9,1.

(19) I Cor. 7,25.

(20) II Cor. 12,1.

ciones, fuera asumpta al cielo aún en el cuerpo y exaltada sobre los coros de los ángeles (21).

Si hay gozo en el cielo por un pecador que se convierte (22), la Santísima Virgen, que jamás pecó ni se halló el menor engaño en sus labios (23), ¿quién será capaz de pregonar cuán grande sea la alabanza regocijante que merece? (24). Pues si aquellos que en otro tiempo fueron tinieblas mas, algún día han de ser luz en el Señor (25) refuigirán como el sol en el reino del Padre (26), ¿quién se atreverá a sondear el peso eterno de gloria de Santa María, llegada a este mundo cual aurora luciente, bella como la luna, brillante como el sol (27), y de la cual nació la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo? (28). Si dijo el Señor: "El que me sirve sígame, que donde yo estoy, allí estará el que me sirve" (29), ¿dónde creéis debe estar su Madre que tan cuidadosa y fielmente le sirvió? Si le siguió a él y le siguió hasta la muerte, no tiene nada de extraño que ahora siga al cordero delante de todos adonde quiera que vaya (30).

Muchas otras comparaciones pudiéramos hacer al tenor de las precedentes, en alabanza de la Santísima Virgen, mas, las omitimos, dada la brevedad del tiempo. Sin embargo, hemos de tener en cuenta que todo cuanto se dice en alabanza de Cristo, lo podemos aplicar en alabanza de su Madre. Con todo, hemos de tener presente que las alabanzas tributadas al Salvador, solamente se pueden tributar a la Virgen Santísima en virtud de sus méritos. Y aunque en diferentes ocasiones y de muchas maneras (31) se han de tributar al Salvador, muchas de ellas pueden tributarse también a la Santísima Virgen.

(21) Fest. Asumpc.

(22) Lc. 15,7.

(23) Is. 53,9.

(24) Sal. 146,1.

(25) Ef. 5,8.

(26) Mt. 13,43.

(27) Cant. 6,9.

(28) Jn. 1,9.

(29) Jn. 12,26.

(30) Ap. 14,4.

(31) Heb. 1,1.

Muchas son, en efecto, las hijas que hicieron proezas, mas, a todas has aventajado tú (32), porque así como su virginidad fue singular e incomparable su castidad, de igual suerte aventaja a todos su santidad. Es la única en el mundo a quien se pudo decir con verdad: "Toda hermosa eres, amiga mía, en ti no hay mácula alguna" (33). Y también "Eres hermosa, amiga mía, suave y encantadora como Jerusalén" (34). Por esta razón es la única de quien se dijo: "Una sola es la paloma mía, la perfecta mía, la única de su madre, la escogida de la que dio a luz" (35).

De este cúmulo de alabanzas en honor de Santa María que hemos tocado ligeramente, pasemos ya a desarrollar el tema principal enunciado en un principio: "Llegaron hombres de Quiriat-Yearin", etc (36). Por hombres entendemos unos buenos y otros malos, mas, dejando a un lado los malos, vamos a fijarnos en los buenos. La acepción hombre aplícase unas veces a Dios, otras al ángel, otras a cualquier justo. Se aplica a Dios, cuando está escrito: "Convertíos a mí, hijos rebeldes, porque yo soy vuestro varón" (37). Esto lo decía el pueblo de Israel. A la manera como el varón se une a su mujer y procrea hijos, así el Señor Dios unió a él, mediante su ley, al pueblo de Israel, y le alimentó, como el mismo lo dice: "Hijos crié y engrandecí, mas, ellos me han despreciado" (38). Reiteradamente aquel pueblo, considerado como esposa del Señor, según está escrito: "La alegría que halla el esposo con la esposa, así la tendrá Dios contigo" (39), despreciando a su Dios, se prostituyó con muchos amantes prevaricando en todo monte elevado y debajo de todo árbol frondoso (40), conforme está escrito:

(32) Prov. 31,29.

(35) *Ibid.*

(38) Is. 1,2.

(33) Cant. 4,7.

(36) I Cro. 13,5.

(39) Is. 52,5.

(34) Cant. 6,3.

(37) Jer. 3,14.

(40) Jer. 3,13.

"Envanecida con tu hermosura, te prostituiste como si fueras dueña de ti, y te ofreciste lujuriosa a todo el que pasaba, entregándote a él" (41). "Tú, sin embargo, has fornicado con muchos amantes, con todo, vuélvete a mí, dice el Señor".

Pero habiendo rehusado volver a su primer marido, ni siquiera quiso escuchar las voces que detrás de ella iban dando para avisarla, su marido le dio libelo de repudio arrojándola de su lado.

También nuestro Dios es considerado esposo por la Iglesia, porque así como marido y mujer son dos en una misma carne, del mismo modo Cristo y la Iglesia, de quienes está escrito: "Su esposo hará un papel brillante en las puertas, sentado entre los senadores del país" (42). Este es aquel personaje que marchó a un país lejano a tomar posesión de un reino y volvió. Este es, repito, de quien se dijo: "Dichosa la tierra cuyo rey es noble y cuyos príncipes comen a su tiempo" (43). Este rey noble ha de juzgar a "vivos y muertos y al mundo por el fuego" (44). Entendemos por senadores y príncipes a los apóstoles y varones apostólicos, los cuales se han de sentar sobre tronos para juzgar a los doce tribus de Israel (45).

Se llaman senadores los ancianos sensatos cuyo oficio es regir al pueblo, corregir a los que yerran, levantar a los débiles, tratar los asuntos del estado y mirar por el bienestar tanto propio como de sus semejantes. A ellos se asemejan los abades cuya misión es gobernar al pueblo de Dios. Por eso si quieren sentarse con los senadores de la tierra, gobiernen a sus súbditos con toda solitud, corrijan a los que caen, levanten a los caídos,

(41) Ez. 16,15.

(44) Ofic.

(45) Mt. 19,28.

(42) Prov. 31,23.

Defunc.

(43) Eccles. 10,17.

(45) Mt. 19,28.

amen a los justos (46). Si tal vez alguno le pidiera visitar a sus padres, saludar a sus deudos, recorrer pueblos y ciudades, tomar parte en ferias y bodas, darse a comidas y borracheras —o entregarse a otras cosas por el estilo— el abad que permitiere tales abusos, indudablemente estará obligado doblemente a responder de él. En una palabra, se les pedirá cuenta de aquellas cosas que debían haberse hecho en casa y se omitieron, así como de los males que no estaban permitidos en el exterior.

Cuente luego con sumo cuidado, mientras el hermano estuviera fuera, las misas omitidas, los salmos suprimidos, las lecciones sagradas, las oraciones privadas, los sentimientos divididos, el silencio que es el culto de la justicia (47), el fruto de la salmodia y todo lo demás que haya sido omitido de sus obligaciones monásticas, y sepa y tengo por cierto que de todas estas cosas ha de dar cuenta algún día en el juicio riguroso.

Examine igualmente las conversaciones ociosas sobre el hermano ausente, las bebidas innecesarias, los viajes inútiles, las miradas curiosas, los sentimientos peligrosos, las risas inmoderadas y todo lo demás que suele acontecer en los viajes, teniendo presente que se le imputará a él cuanto de malo hicieren sus discípulos (48).

Al contrario, pueden encontrarse alguien en el monasterio a quien la vida religiosa ocasione fastidio, le sepa mal el olor de suavidad que se respira en él, le canse la lectio divina, le cause hastío la oración, le parezca un presidio el encierro del claustro, se le vuelva yugo pesado la paz monástica y el silencio se le antoje gran suplicio. Este tal muchas veces se fingirá enfermo, dirá que le duele la cabeza, busca medio de poder salir a airearse y pide con importunidad licencia para hablar.

(46) Sal. 145,8.

(47) Is. 32,17.

(48) Reg. S.

Benito C.36.

En una palabra, habiendo obtenido con gran dificultad lo que desean, olvídanse luego más y más de sus compromisos, se entregan a mil ocupaciones, dejan a un lado la piedad, murmuran de los ausentes, halagan a los presentes, maquinan desórdenes entre ellos, engañan a los superiores, desprecian a los hermanos, insultan a los buenos, quebrantan la unidad, la paz, la concordia, huyen de los buenos, favorecen a los malos, amaestran a los perversos, planean banquetes, excursiones, y si no se les llena el vientre, no cesan de murmurar.

Pudiéramos añadir muchas otras cosas al tenor de las precedentes, de las cuales ha de dar cuenta el abad, y por lo mismo cuando se sentare con los senadores, debe procurar apartar a tales religiosos del mal, o bien exhortarles a practicar siempre lo mejor.

Igualmente está escrito de este noble esposo: “Dichosa la tierra cuyo rey es noble y cuyos príncipes comen a su tiempo” (49). No es dichosa aquella tierra productora de cardos y espinas, convertida en salobre por la depravación de sus habitantes (50); no es dichosa aquella tierra donde unos están hambrientos, otros borrachos, éstos se visten de púrpura y lino, y banquetean opíparamente a diario, aquéllos pasan frío y desnudez, padecen hambre y sed. Finalmente, no es dichosa aquella tierra donde es alabado el pecador en los deseos de su alma y bendecido al malvado (51), y donde el justo perece y no hay quien lo reconozca. Por el contrario, se llama dichosa aquella tierra en la cual siempre se vive santamente, de la cual se dice: “Espero ver los bienes del Señor en la tierra de los vivos” (52). Es dichosa aquella tierra donde hay abundancia y variedad de bienes, en la que nadie padece necesidad, nadie tiene sed, ninguno

(49) Ecles. 10,17.

(50) Sal. 106,34.

(51) Sal. 10,3.

(52) Sal. 26,13.

engaña ni es engañado, en la cual hay paz, alegría verdadera y plena, seguridad perpetua, caridad perfecta, y donde todos serán cual ángeles de Dios (53), transformado el vil cuerpo conforme a la claridad de Cristo (54).

El rey de esta tierra es indudablemente noble, porque es grande y manso, sublime y humilde, poderoso y benigno, rico y espléndido, justo y compasivo, fuerte y pacífico. Es noble no sólo por no querer la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (55), sino también por haber dado su vida por sus amigos (56). La madre de este rey es aquella reina de la cual está escrito: "De pie está la reina a tu derecha, enojada", etc. (57). A la izquierda del Señor están los que le sirvieron por los bienes temporales, quienes recibieron en la vida esos bienes, los que pasan sus días entregados a disfrutar de esos bienes y seguidamente bajarán al infierno.

Mas, la Virgen Santísima, que no recibió en vano su vida (58), antes buscó siempre las cosas de arriba en vez de las de la tierra (59), cuya conversación estaba en los cielos (60), está en pie a la derecha del Señor, vestida de perlas y brocado (61). Por el vestido de perlas y brocado se entienden las buenas obras hermoeadas por la gracia divina. Ahora bien, así como todo lo que es dorado por los rayos solares resplandece con mayores fulgores, así Santa María, que en todo momento vivió solícita en la práctica de las buenas obras, a quien saludó el ángel y la virtud del Altísimo cubrió con su sombra (62), resplandeció más y más cada día con fulgores de buenas obras. Sus ojos se mantuvieron vigilantes en sumo grado, con gran solicitud y asiduidad afligió su alma con ayunos (63), exhalaba su plegaria ardiente en el retiro

(53) Mt. 22,30.

(57) Sal. 44,10.

(61) Sal. 44,10.

(54) Fil. 3,21.

(58) Sal. 23,4.

(62) Lc. 1,35.

(55) Ez. 33,2.

(59) Col. 3,2.

(63) Sal. 34,3.

(56) Jn. 15,13.

(60) Fil. 3,20.

de su aposento, vivía de continuo entregada en la meditación de salmos, himnos y cánticos espirituales, ocupándose con ardor en practicar obras de misericordia. Por tal motivo desde el primer momento en que fue revestida de virtud por el cielo, su luz resplandecía ante los hombres más que el oro.

También estuvo revestida de variedad. Tal vez el profeta no pudo nombrar ninguna clase de hermosura en quien se le había concedido tal abundancia y no es de admirar, por ser mucho más preciosa que todas las riquezas, porque su precio es superior al de las perlas (64), ni sabe el hombre cuál es su precio, a no ser que le fuese dado desde el cielo. Con ella no pueden parangonarse los colores más ricos de Ofir, ni la piedra sardónica más preciosa. No se compra con oro finísimo ni se cambia a peso de plata (65). Aún me atrevo a añadir: ni Salomón —en medio de toda su gloria— se vistió con tan rica variedad (66).

Ahora bien, entendemos por esta variedad el conjunto verdadero y diverso de toda clase de virtudes. Pues desde el momento en que descendió a ella la plenitud de la divinidad corporalmente (67), descendió al mismo tiempo a ella toda la plenitud de virtudes santas. Desde entonces también su vientre quedó constituido con toda verdad en montoncito de trigo rodeado de azucenas (68), del cual brotó la flor del campo y el lirio de los valles. Por eso de todas partes se veía rodeada de rosas de primavera y lirios de los valles (69).

Por flores y lirios se designan varias clases de virtudes excelsas, de las cuales fue creada hermosa y suave, rebosante de delicias, la santa madre de Dios (70). Bien, yo creo que en cierto modo no hay hombre bajo el

(64) Prov. 31,10.

(67) Col. 2,9.

(70) Off. B.

(65) Job. 28,15.

(68) Cant. 7,2.

María.

(66) Mt. 6,29.

(69) Eclo. 50,8.

cielo capaz de contemplar en toda su perfección tal cúmulo de virtudes, ni menos expresar con palabras su profundo sentido. En primer lugar, nadie se atreverá a explicar cuán santa e inmaculada fue su virginidad, cuán pura e incomparable la castidad de su cuerpo, cuán devota la virtud de la sobriedad en su vida, cuán agradable en todo su pobreza voluntaria.

¿Quién será capaz de pregonar dignamente la humildad de su corazón, la pureza de conciencia, la mansedumbre de su espíritu, la dulzura de su corazón, la santidad de su vida, la suavidad de sus costumbres? Además, haciendo caso omiso de muchas otras cosas, ¿quién podrá ensalzar su excelsa benignidad, su incansable bondad, su rebotante piedad y —para decirlo en una palabra— su caridad, que todo lo cree, todo lo espera, y todo lo soporta? (71). Siendo cosa sabida que el espíritu del Señor descansa sobre el humilde y manso (72) y temeroso de su palabra, sobre la Virgen Santísima descansa el espíritu del Señor de una manera inefable, espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, y la llenó del espíritu del temor del Señor (73).

En consecuencia, confirmada con tal espíritu, es decir, con el espíritu firme, quedó hermosísima, rodeada de variedad. Grande, ciertamente, es su gloria en su auxilio (74); el Señor puso en ella majestad y esplendor (75) para poder decir con Job: “Mi gloria se irá siempre renovando” (76); en una palabra, porque el que la creó descansó en su tabernáculo (77), su gloria indudablemente está en su interior, la orla de sus vestidos está recamada de oro (78). De esta variedad de tejidos distintos,

(71) I Cor. 13,7.

(74) Sal. 20,6.

(77) Ecles. 24,12.

(72) Is. 11,2.

(75) *Ibid.*

(78) Sal. 44,14.

(73) *Ibid.*

(76) Job. 29,20.

con su orla recamada de oro, habla el apóstol de modo claro cuando dice: “Los frutos del espíritu son: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, fe, mansedumbre, modestia, continencia y castidad” (79). Todas estas fimbrias de virtudes nadie se atreverá a negar residieran y fulguraran en la Virgen Santísima.

Sin embargo, no es dada a mi cortedad poder expresar —ni vosotros podéis llegar a comprender— cómo han resplandecido cada una de estas virtudes en su propiedad y qué clase de fulgores han despedido. Porque si el rostro de Moisés se volvió tan resplandeciente de solo conversar con el Señor, hasta el punto de no poder mirarle los hijos de Israel por el fulgor de su cara, el cual no era duradero (80), la Virgen Santísima, ¿cómo no había de iluminar a todo el orbe, hallándose en ella la gloria de todas las virtudes, que es el esplendor de la gloria del Padre, luz de luz y fuente de luz? (81). Por lo demás, así como en esta vida está a la derecha de Dios, cubierta de variedad y hermosura, y ahora se sienta a la derecha de la virtud de Dios, entre el poder de los santos, cubierta de luz como de manto (82), donde Dios se sienta sobre su trono sagrado (83) y también ella se sienta con él en el trono de su majestad.

Al modo como en otro tiempo el rey Salomón se sentó en su trono y mandó colocar a su derecha el trono de su madre que se sentó en él, así también ahora el Señor en el cielo, preparó su trono y su reino domina sobre todos (84), y reside junto a él su madre, habita bajo el amparo del Altísimo, mora en la sombra del Omnipotente (85). según está escrito. “Puse mi morada en los lugares más elevados, y mi trono sobre una columna de luz” (86).

(79) Gal. 5,22.

S. Ambro.

(84) Sal. 102,19.

(80) II Cor. 3,7.

(82) Sal. 103,2.

(85) Sal. 90,1.

(81) Himn.

(83) Sal. 46,9.

(86) Ecles. 24,7.

Acerquémonos, por tanto, llenos de confianza al trono de su gracia, a fin de obtener misericordia y hallar gracia en el auxilio oportuno (87). Imposible que su Hijo le niegue nada. Si alguno padece alguna tentación, que le pida ayuda y le será dada, pues a todos la presta rápidamente. Es también madre de misericordia, por eso siempre está dispuesta a atender de buena gana las súplicas y a prestarles la ayuda deseada. Si alguno, una vez calmadas las tentaciones, desea agua para regar la tierra norteña y árida de su corazón, o las tierras altas irregables (88), pídale con fe a Santa María, sin dudar lo más mínimo, y le dará en abundancia del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra (89), y su alma será cual jardín bien regado (90), inscrustará sus raíces en la tierra y dará fruto arriba.

Porque si después de derramar Dios sobre ella una lluvia copiosa (91), propusiere en su corazón caminar superándose en este valle de lágrimas e ir de virtud en virtud hasta ver en Sión al Dios de los dioses (92), si tuviere de su parte a la Virgen Santísima, multiplicará indudablemente el Señor las virtudes en su alma, le bendecirá y será bendito y enriquecido, caminará adelantando y crecerá hasta llegar a ser el más grande entre todos los orientales.

Por eso, guárdese muy mucho Adonías de no aparecer pidiendo a Abisac en presencia de la madre del rey, porque no sólo no hallará gracia, en su presencia, pero incurrirá en la ira del verdadero Salomón. En Adonías están representados todos aquellos que en la religión son soberbios, ambiciosos de honores, sensuales. Adonías significa señor dominante. Tal es el que ambiciona dominar a otros y ser tenido por señor, quien desea

(87) Heb. 4,16.

(89) Gn. 27,28.

(91) Sal. 67,10.

(88) Jue. 1,15.

(90) Is. 58,11.

(92) Sal. 83,8.

que todos le den el título de maestro (93), el que no vino a servir, sino a ser servido (94), el que a pesar de ser inaguantable, con todo se esfuerza en anteponerse a los demás, o al menos aparentar cierta autoridad. Tal es el que ama ser saludado en las plazas, tener el primer asiento en el coro, ambicionar el primer puesto en los banquetes (95), desear ser honrado de los demás, llevar la voz cantante en las conversaciones, tomar una medida rebosante en las copas y fuentes, suspirar por el encumbramiento, aspirar al mando, ansiar honores inmerecidos. Por eso está escrito: "Se levantó Adonías y dijo: Yo reinaré" (96).

Sus obras correspondieron al significado de su nombre, pues fue soberbio, pretendió ser tenido en grande y formidable por todos aquellos que estaban en derredor suyo, planeó arrebatar el reino, deponer a su padre, su plantar a su hermano. Le imitan quienes están de su parte. Indudablemente imitan a Adonías quienes pretenden anteponerse a los demás, cuantos maquinan en depone a los superiores, los que se consumen al ver la promoción de los buenos. Y ten en cuenta que quienes están dominados por el apetito del mando, igualmente están perseguidos por los deseos de la carne, por eso Adonías, con objeto de poder llegar más fácilmente a reinar, sacrificó los carneros, becerros y toda suerte de animales cebados, se entregó a banquetear y convocar a los poderosos para entregarse a borracheras. De la misma manera, todo aquel que desea subir, se entrega a toda clase de comidas y bebidas y se conquista los ánimos con regalitos. Leemos que Adonías llamó al banquete, con los hijos del rey al sacerdote Abiatar y al príncipe Joab, que eran partidarios suyos, no para tratar de la paz del reino, ni para ir los primeros a la guerra

(93) Mt. 23,7.

(95) Mt. 23,6.

(94) Mc. 10,45.

(96) I R. 1,5.

como militares, ni para alejar del reino a los enemigos, por cuya causa no fue digno ni apto para reinar.

Del mismo modo, todo el que condesciende libremente a la carne o sangre (97), satisface los deseos de la carne, procura comer carnes grasas y bebe vino dulce (98), y banquetea opíparamente a diario, el que para engañar a los hermanos fomenta y favorece en ellos todas aquellas cosas que juzga él mismo son dignas de que existan en un prelado. Por hijos del rey podemos entender a los sencillos, simples y pacíficos, llamados hijos de Dios, cuyo factor obtiene el que quiere subir alto, a quienes para mejor conseguir su ayuda, les halaga con regalos, les hace promesas diciendo: Nuestro superior es duro, quiere segar donde no sembró, pretende imponer un yugo sobre los hombros de sus discípulos que ni nuestros padres ni nosotros podemos llevar, lía cargas pesadas e insoportables y las pone sobre nuestros hombros, cuando ellos ni con el dedo se atreven a moverlas (99). Pero si queréis escucharme, comeréis buenos manjares, y vuestra alma se recreará en lo más sustancioso (100). Muchos escuchan con gusto estas cosas y le dan crédito.

Por Abiatar podemos entender los viejos inveterados. Abiatar ciertamente cuán valeroso fue en su juventud. Llevó el arca del Señor y soportó con David muchas fatigas: en su ancianidad se hizo reo de muerte y de ser privado del sacerdocio porque se entregó al banqueteo, prestando auxilio a un malvado. De esta suerte, quizá haya todavía algunos ancianos que en su juventud llevaron el peso del día y el calor, mas, desde el momento que apuntaron las canas, se enfriaron en la virtud, amortiguándose en ellos tanto las fuerzas del cuerpo

(97) Gal. 1,16.

(99) Mt. 23,4.

(101) Sal. 105,2.

(98) II Esd. 8,10.

(100) Is. 55,2.

como las virtudes del corazón. Habiendo comenzado en espíritu, acaban en carne, cambiando su gloria en la semejanza de un toro que come hierba (101). Mudan su gloria, esto es, el testimonio de su conciencia en la semejanza de un toro quienes procuran vivir a la manera de este animal. Los toros suelen alimentarse de leche, y habiendo abandonado los pastos abundantísimos y las palabras vigorosas, libres del peso del yugo, se permiten vagar por donde les da la gana. De idéntica forma, muchos ancianos arrojan de sus hombros el yugo suave y la carga ligera del Señor (102), buscan igualmente los pastos verdequeantes, experimentan las cosas carnales, apetecen las aves del cielo y los peces del mar, la manteca de la vaca y la leche de ovejas, con grasa de corderos y carneros, tienen hambre y sed de la sangre fermentada de la uva (103).

Abiatar significa padre vicioso o superfluo, en el cual están reflejados los ancianos predichos. Teniendo qué comer y con qué vestirse, no están satisfechos con esto (104), antes contristan a los hermanos para que les sirvan en sus exigencias. Nuestro Adonías seduce con palabras suaves y bendiciones a tales sujetos, a fin de tenerlos a su lado, tanto por la autoridad de tiempo como por el rango de su antigüedad.

En Joab están simbolizados igualmente los audaces, insolentes, mentirosos. Hubo cierto sujeto audaz que clavó tres estocadas atrevidas en el corazón del hijo del rey, contra la orden de éste. Fue descaradamente atrevido el que ni temió ni se avergonzó de acometer con amenazas al rey que lloraba amargamente a su hijo. Fue mentiroso igualmente quien sirviéndose de engaños mató a sus dos mejores príncipes. Todavía este Job tiene muchos secuaces, por cuanto hay muchos que obran des-

(102) Mt. 11,30.

(103) Deut. 32,15.

(104) I Tim. 6,8.

caradamente contra las prohibiciones reales, desprecian sus mandatos, cometen a diario las faltas que debieran desterrar, no corrigen las cometidas, endurecen su corazón para con Dios, al modo de Faraón, y conforme a la dureza de este corazón, se granjean para sí ira, hasta que sean sumergidos en lo profundo de los males, al modo del plomo en las aguas formidables (105).

Pues así como en otro tiempo los hijos de Israel y los egipcios, habiendo entrado por el mismo camino, unos se salvaron y otros perecieron, así también ahora: los que temen a Dios caminan por un camino llano y espacioso, los que tienen endurecido el corazón por el ímpetu de las tentaciones, son aniquilados como por una rueda. Porque a los primeros los protege a derecha e izquierda una especie de muro, mientras a los segundos se les convierte en peligro de anegación. Pues así como los primeros se defienden con las armas de la justicia que tienen a derecha e izquierda (106), del mismo modo los segundos ofenden a Dios con las armas de Dios. ¿De qué manera sucede esto? Los que temen a Dios se deleitan en las estrecheces de la regla, mientras los endurecidos de corazón son atormentados en ellas; aquellos aman la sobriedad, éstos murmuran de ella; los primeros se privan de lo necesario, los segundos andan a caza de lo superfluo; aquellos se mortifican entre suspiros y lágrimas, éstos se entregan a disipaciones u orgías; unos se regocijan ante la concordia y caridad fraternas, otros se consumen de maldad y envidia; en una palabra, aquéllos siempre están dispuestos a soportar todas las adversidades y a obrar el bien, mientras éstos al contrario, todo les embota más y más el corazón. Baste lo que llevamos dicho hasta aquí sobre los audaces.

Entretanto, en Joab están simbolizados los procaces

(105) Ex. 15,10.

(106) II Cor. 6,7.

o insolentes, que ni están limpios en su interior ni avergonzados en su exterior, quienes ni temen a Dios ni respetan a los hombres, no tienen temor en su alma ni vergüenza en el rostro. Ahora bien, creo que Joab, impulsado de la necesidad —y más bien para atenderse a sí mismo que para socorrer a David— se acogió a éste, y luego, por consejo del mismo David, consta se quedó de mandatario en el reino, el segundo después del rey. Finalmente, no temió reprender al propio rey de una manera descarada, ni se ruborizó en armarle asechanzas.

De la misma manera, muchos en el siglo, hambrientos y cargados de necesidades y sin tener dónde reclinar sus cabezas (107), cubiertos de roña y de miseria, se acogieron a los monasterios, toleran las dificultades puestas a la entrada y prometieron cumplir en todo cuanto se les ordenase. Después, con el transcurso del tiempo, olvidados de su condición y de las promesas hechas, como si se hubieran criado rodeados de delicias, ansían tener más de lo debido que tuvieron en el siglo, no les basta la cantidad de la comida común, ni les satisface el modo de vivir, olvidan el temor y la vergüenza, llénanse de audacia e insolencia, se enzarzan en conversaciones, se arman con el escudo de la obstinación, defiéndense con el báculo de la rivalidad, dirigen sus invectivas a capricho: a unos ponen por las nubes alabándoles; a otros rebajan hasta el ínfimo vituperándoles; se enfurecen si les llaman atrevidos, cuando se habla de su insolencia lo toman a broma, consienten con prodigalidad en todo. ¡Viva el rey Adonías!, gritan, y con todo no se apartan luego de Salomón cuyo poder les es formidable.

Aman la buena mesa, impiden la promoción de los mejores, cuya religión temen no poco. Llenos de furor,

(107) Mt. 8,28.

no soportan a los prelados ni perdonan de corazón a sus compañeros: a unos afrentan, de otros se burlan, riñen ásperamente a los ancianos, irritan a los sencillos, insultan a los enfermos.

Finalmente, se ha de notar que Joab no por amor de la religión, sino por temor de Salomón huyó a la tienda de su señor, se agarró al borde del altar y se propuso morir allí (108). Del mismo modo éstos son intolerables en el trabajo e insoportables en la ociosidad. Muchas veces se acogen a la paz del monasterio arrasados y contra su voluntad, echan sobre sí la carga de la vida monástica, y para perseverar en ella se las arreglan con astucia.

Pasemos ahora a decir algo sobre los mentirosos, cuyo modelo tienen en Joab cuando dijo a Amasa: "Dios te guarde, hermano mío", y haciendo ademán de besarle, echó por tierra sus intestinos (109). Ahora bien, por el saludo se recibe honor, por el nombre de hermano se expresa el amor, en el beso se promete seguridad pacífica, en el derramamiento de las entrañas por el suelo se expresan las afrentas proferidas. Fingidas para ocultar su falsedad, y para realizar con más facilidad lo que envidian, no pocas veces aparentan honrar, saludan engañosamente, muestran rostro sonriente, y hasta aparentan humillarse hasta el ínfimo, disculpan sus faltas, alaban sus obras, recomiendan sus costumbres, ensalzan su piedad, ponderan su sabiduría, multiplican sus méritos.

Estas y otras cosas por el estilo urden los mentirosos a fin de que no se descubra su doblez. Cuando se llama hermano, se expresa el amor fraterno. Por tal motivo los mentirosos, a quienes desean favorecer, les previenen con un amor fingido, les descubren ciertos secretos en señal de confianza, les piden humildemente

(108) I S. 2,28.

(109) II S. 20,9.

consejo, prometen hacer todo cuanto se les ordenare: establecen con ellos un pacto de paz, ofrecen seguridad de amor de una manera firme, no pocas veces les entregan regalillos, soportan trabajos por ellos, les defienden en conversaciones y altercados, hasta llegan a humillarse neciamente, pero en su corazón están llenos de engaño.

Por más que te halaguen tales sujetos, no condesciendas con ellos (110), porque te hablan con paz, mas, en su corazón la ira urde el engaño; si se acercaren a ti para que les des cabida en tu seno, cierra la puerta de tu boca, porque son amigos de la buena mesa, mas, no permanecerá a tu lado el día de la necesidad: predicán la paz y muerden con los dientes, y si alguno rehúsa dar crédito a sus palabras, le declaran la guerra. En consecuencia, si te besaren, es decir, si te prometen seguridad de paz, atiende a la espada, pues su lengua es como espada afilada. En vano tramarán males contra ti cuando pusieres tu confianza en ellos. Con tal confianza, o por mejor decir malicia, engañado y cautivo Sansón perdió sus cabellos, vencido y manitado perdió los ojos, y una vez extenuado sufrió la muerte. Por eso ten mucho cuidado no te vaya a suceder a ti lo mismo. Porque si les hacen mil beneficios, pero les ofendieres una sola vez, habrás perdido todos sus favores. Al punto brotará la maldad de su corazón obstinado (111), y no tendrán reparo en decir de ti todo lo peor y más vergonzoso que podemos pensar y decir.

Es preciso, por tanto, atender a la espada de su lengua antes que caigas traspasado y confundido en su presencia. Confiado y confundido Adonías por semejante auxilio, perdió el reino que pensaba obtener, y al no poderlo conseguir, deseó a Abisac. Todavía este Abisac arrastra a muchos ahora a hacer cosas ilícitas.

(110) Prov. 1,10.

(111) Sal. 72,7.

Tal vez podemos entender en nuestro caso por Abisac la concupiscencia de la carne. Indudablemente hay algunos que no habiendo podido escalar la prelación, caminan con ansiedad en seguimiento de sus concupiscencias, y cuantas veces les vienen a la imaginación deseos de carne, otras tantas como que están mirando a Abisac. Pero no llegan a sus brazos, porque en lo que respecta a los placeres carnales no pueden realizar sus deseos por más que lo intenten, cumpliéndose la sentencia del verdadero Sabio cuando dice a este propósito: "Ardieron de avidez en el desierto y tentaron a Dios en la estepa" (112). Y poco más abajo añade: "Y el fuego abrasó a su banda" (113). Así pues, no deseéis los males como ellos los desearon.

Digamos, por último, que David, anciano venerable, ni conoció ni deseó a Abisac: así también aquellos en quienes la ancianidad —no la contada por el número de años— es venerable, que crucificaron su carne con sus vicios y apetitos, rehusaron la impiedad y deseos carnales, viven en este mundo sobria y santamente (114); no desearon con el afecto y menos experimentaron de hecho, las cosas de la carne.

Dijimos ya cómo por Cristo entendemos al varón; digamos ahora cómo también los ángeles se toman por varones. "Alzando los ojos Abrahan vio cerca de él tres personajes" (115), pues queriendo el Señor aparecérselo para premiar la virtud de su obediencia, tomando forma de varón, fue visto semejante a los hombres, reduciéndose a la condición de hombre (116). Por eso se dijo: "Abrahán vuestro padre se regocijó de ver mi día; vio y se llenó de gozo" (117). Por lo tanto, si deseas que el Señor se te aparezca a ti con sus ángeles, sal primero de tu tierra y de tu parentela, y de la casa paterna y

(112) Sal. 105,14.

(113) *Ibid.* 18.

(114) Tit., 2,12.

(115) Gn. 18,2.

(116) Fil. 2,7.

(117) Jn. 8,56.

ven a la tierra que el Señor te mostrará (118).

Indudablemente por haber salido así Santa María de su tierra, fue digna de gozar del coloquio de su Señor y de la compañía de los ángeles.

Sale ciertamente de la tierra, quien renuncia a todas las cosas que posee y ya no ama el mundo ni las cosas del mundo, antes todo lo estima como estiércol con tal de ganar a Cristo (119). Sale de entre sus parientes, quien crucificó ya su carne con sus vicios y apetitos y mortifica sus miembros terrenos (120), el que corrige sus actos y afectos, el que reprime sus costumbres depravadas y movimientos sensuales, el que convierte en rectos los caminos torcidos y los ásperos en llanos (121). En una palabra, sale de casa de sus padres quien se olvida del mundo y de todas las cosas que quedaron allá y atendiendo sólo a las de adelante (122), eligió más ser el ínfimo en la casa del Señor, que habitar en las tiendas de los pecadores (123).

Tiende a todas luces hacia la tierra que le muestra el Señor, el que adelantando cada día, busca las cosas que están arriba (124), gusta de las cosas de Dios y desea habitar con los santos que moran en su tierra. Sobre esta tierra se dice: "Los justos heredarán la tierra, habitarán en ella por los siglos de los siglos" (125). Y en otro lugar: "Los mansos heredarán la tierra, y se recrearán en su abundante paz" (126). Por eso, si deseas poseer esta tierra de promisión, espera solícito al Señor guarda sus caminos y él te hará dueño de la tierra (127), según está escrito: "Los que esperan en el Señor poseerán la tierra" (128), porque si tuvieses en poco esta tierra apetecible, tal vez Dios te destruirá para siempre y te

(118) Gn. 12,1.

(119) Fil. 3,8.

(120) Col. 3,5.

(121) Is. 40,4.

(122) Fil. 3,13.

(123) Sal. 83,11.

(124) Col. 3,1.

(125) Sal. 36,29.

(126) *Ibid.* 11.(127) *Ibid.* 34.(128) *Ibid.* 5.

alejara de su tabernáculo (129), te arrojará a la tierra tenebrosa cubierta de oscuridad y muerte.

Interesa detenernos algo más a considerar cuán preciosa fue la virtud de la obediencia en el corazón de Abrahán, el cual al eco de una sola palabra no sólo dejó todas las cosas y siguió al Señor, sino también no perdonó a su propio hijo, anteponiendo a él la virtud de la obediencia. Podemos decir sin temor a duda que si se le hubiera dado opción, de mejor gana se hubiera inmolidado a sí mismo en holocausto a Dios, que a su hijo. Y ciertamente, todo aquel que dejare padre, madre y las demás cosas, recibirá el cien doblado y poseerá la vida eterna (130).

Todavía no había leído el: "Cristo se hizo por nosotros obediente hasta la muerte y muerte de cruz" (131). Tampoco a él se le dijo como se nos ha dicho a nosotros: "Cristo padeció por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas" (132). ¿Qué diremos a esto quienes hemos oído todas estas cosas? Hermano, cuando alguno te rogare, en virtud de una obediencia mutua, ora que leas una lección, ora entonar un verso o hacer alguna otra cosa por el estilo; si tú le respondieres con rostro ceñudo y ojos saltantes y al mismo tiempo le desprecias, ¿cómo vas a emprender un camino de tres días —al igual que lo hizo Abrahán— para ofrecerte a Dios en holocausto sobre un monte, bien tú mismo, bien alguno de los que tú amas? Cuando acudes de mala gana a oír misa, a la cual has sido llamado, en donde se inmola por ti el Hijo de Dios, donde se dan cita el coro de los ángeles y los ejércitos de santos —en favor tuyo pero no te socorren—, ¿cómo vas a permitir ser colgado en un madero, traspasado gustosamente el

(129) Sal. 151,7.

(130) Mt. 19,29.

(131) Fil. 2,8.

(132) I Pe. 2,21.

costado, taladrados manos y pies? Si reiteradamente persigues sin razón a aquellos que te aman, ¿cómo vas a orar por tus enemigos y verdugos que te sujetan a la cruz?

Por esta razón, si deseamos seguir las huellas de Cristo es necesario ser por su amor obedientes hasta la muerte (133). Mas, si no podemos seguir sus huellas en todo, al menos en las cosas menudas hemos de ser obedientes no sólo a los superiores, sino también a los compañeros, porque desobedecer es calificado pecado como de magia, y no querer someterse, como crimen de idolatría (134). Si llegare a tus oídos que alguno cometió un pecado de magia, consultó al demonio o sirve abiertamente a la idolatría —que es sacrificar abiertamente al diablo— ¿te atreverías a comer con él o comunicar en algo? Y si nada te importa entre la idolatría, por la cual se rinde culto al diablo, y la desobediencia en que se desprecia a Dios, ¿qué piensas será de aquel que no solamente una vez al día, sino de continuo no sólo no obedece los preceptos del Señor, pero también los resiste con su desobediencia? ¿Acaso Coré y los de su banda, por haber murmurado de Moisés, no bajaron vivos al abismo? (135). De la misma manera toda alma que resiste a la autoridad, es decir, a quien está constituido en superior de ella, resiste al mismo Dios, y el que resiste se pone en camino de condenación.

Por eso hemos de poner sumo cuidado, no nos sirva de condenación lo que nos había de proporcionar la vida eterna, y lo que se nos ha dado para resurrección, no se trueque para nosotros en ruina (136). Por otra parte, es cierto que se llega más fácilmente al amor de Dios y del prójimo mediante la verdadera obediencia, según aquello:

(133) Fil. 2,8.

(134) I S. 15,23.

(135) Sal. 54,16.

(136) Lc. 2,34.

“Vosotros sois mis amigos si hiciereis lo que yo os mando” (137). Mirad de dónde procede el amor de Dios, del amor del prójimo. Igualmente está escrito: “Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado (138). ¿Qué cosa más deseable o deleitosa puede haber como estos dos preceptos, de los cuales pende toda la ley y los profetas? (139). ¡Y cómo nos amó el Señor! Mayor caridad —dijo— no tiene nadie que el que dio su vida por sus amigos (140).

Ahora bien, ¿cómo vas tú a dar la vida por mí, si cuando estoy necesitado no eres sapaz de prestarme una aguja o un cuchillo? ¿Cómo darás la sangre por mí, si rehusas ofrecirme un vaso de agua fría, si tienes pereza en levantarte del seno tu mano por amor de mí, si te niegas a pronunciar una sola palabra en favor mío?

Realmente en estas cosas pequeñas podemos ver cuánto hemos progresado en la obediencia, o cuán lejos estamos del amor a Dios y del prójimo, del cual pende toda la ley y los profetas. Por consiguiente, obedezcámonos mutuamente, amémonos unos a otros, porque la plenitud de la ley es el amor (141), y el que ama a su prójimo ha cumplido la ley, el que no ama permanece en la muerte (142). Al modo como permanece en la vida y en el reino de Dios aquel en que reina la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo; de la misma manera permanece en la muerte y en el reino del diablo aquel en que reina la injusticia, la discordia, la tristeza que ocasiona la muerte. Por estas señales se podrá discernir claramente entre el reino de Dios y el del enemigo. En efecto, cuando uno permanece en el reino del diablo, o sea, en la muerte del alma, no podrán alabar al Señor por estar muerto, según aquello: “Los muertos no te

alabarán, Señor” (143), por cuanto nadie que admita aquello que desagrade al Señor le puede alabar, ni puede considerarse de veras siervo de aquel cuyos preceptos desprecia. En consecuencia, la misma distancia que hay entre un hombre vivo y un cadáver, existe entre el que ama y el que no ama. Todos sabemos cómo un cadáver huele pronto y no tarda en hacerse insoportable su hedor a todos cuantos se acercan a él. Pues si Lázaro ya hedía en el sepulcro ¿cuánto crees podrá oler mal aquel que permanece muerto en el sepulcro, de su malicia, no ya cuatro días, sino cuatro años, por no decir cuarenta? Tal cual fuere el hedor mortal de pecado en el momento de morir, en proporción de ese mismo hedor sufrirá muerte eterna, a no ser que sea resucitado antes por la gracia de la conversión.

Igualmente se expresan los ángeles con el nombre de varones, según se le dijo a Lot: “¿Dónde están aquellos hombres que al anochecer entraron en tu casa?” (145), de los cuales se había dicho poco antes: “Los dos ángeles llegaron a Sodoma al caer de la tarde, al tiempo que Lot estaba sentado a la puerta de la ciudad” (145). Ciertamente, Lot era de la familia de Abrahán y salió con él de su tierra, por cuya causa estaba sin duda con él el Espíritu Santo, y agradaba al Señor recibiendo a los ángeles en su casa. Mas, hemos de notar de cuánta caridad fue este varón, cuya puerta no sólo se abrió al caminante, sino que estaba sentado fuera de la ciudad a fin de conducir a su casa a los pobres y necesitados, no sucediera que los recibiera otro que no saliera al camino o bien fueran despreciados.

Considera, además, cómo no sólo los recibía, sino los obligaba también a entrar, según está escrito: “Con vivas instancias les obligó a que se encaminasen a su

(137) Jn. 15,14.

(139) Mt. 22,40.

(141) Rom. 13,10.

(138) Ibid. 12.

(140) Jn. 15,13.

(142) I Jn. 3,14.

(143) Sal. 113,17.

(144) Gn. 19,5.

(145) Ibid. 1.

casa" (146). Indudablemente no había leído: "Oblígaes a entrar" (147), ni aquella otra frase: "Lo que hicistéis con uno de estos pequeños, conmigo lo hicistéis" (148). O la siguiente: "Soportaos recíprocamente, así como Cristo os ha soportado" (149).

Hemos de aprender en este ejemplo magnífico a ser hospitalarios unos con otros, sin murmuración, viendo cómo éste no teniendo ley que se lo impusiera, obró lo mismo que si la tuviera, cumpliendo la ley natural recibiendo a los ángeles en la persona de los huéspedes. Nosotros, que tenemos la ley escrita, no sólo en códigos, sino también en el corazón (150), con cuánta amabilidad y temor del Señor, con cuánta caridad interna debemos salir a recibir a los huéspedes.

Hay algunos que a la llegada de los poderosos, cuya sola presencia infunde respeto y exige honor (151), recorren mar y tierra para no adquirir lo necesario, sino más bien para buscar cosas superfluas, disponiendo toda suerte de manjares y multiplicando las viandas. Todo esto lo hacen bien para suavizar su fiereza, bien para sacarle los cuartos, bien para conseguir alabanza y reputación. En cambio, cuando llaman a la puerta los pobres y necesitados, en los cuales se refleja de manera especial la persona de Cristo (152), no sólo no se les obliga a entrar, antes se les fuerza a permanecer afuera, y no será poco si al menos logran recibir de nosotros las migajas de nuestra mesa (153).

También hay otros que desean la llegada de algún abad de nuestra Orden, y se alegran cuando llega uno, echándole en cara como quejándose de que venga tan raras veces, y para obtener ellos mejor partido de la vi-

sita, les invitan a permanecer hasta el día siguiente, por más que no se preocupen de que se les sirva. Pero si a ellos no les sirven con tanta abundancia como desean, llaman ignorantes a los cillereros, tachan de inhumanos a los superiores, juzgando se ha cometido una gran injuria a la Orden.

Cuando llegan estos tales a algún monasterio nuestro, se fijan en todo aquello que es menos ordenado, pero no examinan cuán fervorosamente se canta en el coro, con cuánta compostura se asiste a lectio divina en el claustro, y el orden con que se desarrollan los demás ejercicios. Y una vez que se han alejado del monasterio, como si el reino de Dios estuviera en comer y beber (154), comentan con sus compañeros, bien con palabras, bien con signos, cuán grande y hermosa es la libra de pan de aquellos monjes, ponderan la medida rebosante de vino, comentan la abundancia y variedad de viandas y pescados, se chancan de la grosura de algunos monjes.

Entiéndese por varones igualmente los justos, según aquello: "Dichoso el varón que fue hallado sin mácula" (155), el cual puede llamarse de veras dichoso y justo. Mas, ¿quién es este y le alabaremos? (156). Porque hay algunos que parecen justos ante los hombres, y con todo están saturados de inmundicia, limpios en el exterior, mas su corazón y su conciencia están inmundos. Por esta causa puede llamarse justo no el que es hombre, sino a quien Dios no le apunta el delito, según aquello: "Dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito" (157). Por cuyo motivo todo viviente no es justo en su presencia (158), que se justifica a sí mismo delante de los hombres, sino aquel que mora de continuo

(146) *Ibid.* 3.

(149) Rom. 15,7.

(151) **Reg. S.**

(147) Lc. 14,23.

(150) II Cor. 3,2.

Benito C.53.

(148) Mt. 10,42.

(152) *Ibid.*

(153) Mt. 15,27.

(154) Rom. 14,17.

(156) Eclo. 31,9.

(158) Sal. 142,2.

(155) Sal. 14,2.

(157) Sal. 31,2.

en la sabiduría y medita en la justicia y considera en su mente a Dios que ve todas las cosas (159), podrá ser justo. De este tal se dice: "Dichoso el hombre que pone en ti su confianza al preparar su peregrinación" (160). Tal fue aquel varón que no siguió el consejo de los impíos ni se detuvo en la senda de los pecadores ni se sentó en la reunión de los cínicos, sino que su voluntad permanece en la ley del Señor (161). A quienes vieres que se portan así, no dudes estén marcados con el signo de la justicia. Estos fueron indudablemente aquellos de quienes está escrito: "Varones de Galilea, ¿por qué estáis mirando al cielo?" (162).

Eran varones porque, ceñidos de virtud, en todo obraban varonilmente. Eran galileos, porque todas las cosas que había en el mundo, una vez finalizada la cautividad, rodaban debajo de los pies. Estaban en pie por haberse levantado contra sus adversarios; miraban al cielo, porque buscaban las cosas de arriba, no las que están sobre la tierra (163). Fuera de esto, podemos entender por los que están en pie, los entregados a la vida activa, y por los que miran al cielo los entregados a la vida contemplativa. Quienes son de esta suerte, en todo se conducen como ministros de Dios, en mucha paciencia, con las armas de la justicia, a derecha e izquierda (164), esto es, en honras y deshonras, en infamia y buena fama (165), se pertrechan el brazo izquierdo del esposo bajo su cabeza y con su diestra los abraza (166).

Estos han sido formados por doquier en todo, para vivir saciados y sufrir necesidad, para nadar en la abundancia y padecer hambre, en una palabra, todo lo pueden en aquel que les conforta (167). El profeta nos trazó

los rasgos de ellos cuando dijo: "Yo estaré alerta haciendo mi centinela, y estaré firme sobre el muro para ver lo que me dice y qué responde a mi argumento" (168). Están de centinelas quienes resisten el tumulto de las tentaciones, cuantos extinguen el fuego de los apetitos carnales, quienes no sucumben ante el fuego de la ira, los que no ceden a la soberbia, quienes no se abaten ante la tristeza o entorpecimiento, antes fervientes en el espíritu, hacen guerra a todos sus vicios, y cual extranjeros y peregrinos, seguros del triunfo, se abstienen de todo deseo carnal que combate contra el alma (169).

Así están de centinelas los que enseñan al necio palabras de sabiduría, los que conducen por el camino de la verdad a cuantos se han apartado de ella, los que presentan al soberbio el rostro de la humildad. Consiguen un buen partido quienes se establecen en el bien de una manera estable, y perseverante. Están mirando al cielo y contemplan lo que se les dice, quienes levantados de la tierra, observan y desprecian todas las cosas presentes y terrenas como humo inconsistente y pura sombra, quienes suspiran por los gozos futuros del cielo no sólo por el exceso del alma, sino también los buscan insistentemente; quienes de tal modo ven a Dios en el cielo, que se recrean de modo inefable en las divinas dulzuras y gozan en gran abundancia de las delicias celestiales. De aquí su fervor cuando cantan en el coro, las oraciones puras elevadas a Dios, y a veces tan abrasados están en el fuego del Espíritu Santo, tan pertrechados de virtud, que se lanzan incontenibles con todo el ardor de sus almas a practicar aquellas cosas que son del cielo y para la eternidad, hasta el punto de creerse que no puedan subsistir en la carne. Estos sí que merecen de veras el nombre de varones.

(168) Hab. 2,1.

(169) I Pe. 2,11.

(159) Eclo. 14,22.

(160) Sal. 83,6.

(161) Sal. 1,1.

(162) Hech. 1,11.

(163) Col. 3,2.

(164) II Cor. 6,7.

(166) Cant. 2,6.

(167) Fil. 4,13.

Diga pues: "Vinieron hombres de Cariatin para trasladar el arca de Dios (170). Cariatin significa ciudad selvática, por la cual se entiende la ciudad del gran rey. Tal es aquella ciudad futura que buscamos y que está arriba, la cual es nuestra madre (172). Con razón se ha escrito de esta ciudad: "Grandes cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios" (172). Esta es aquella que está edificada como ciudad bien compacta (173), cuyos cimientos están en los montes santos (174), cuyas puertas ama el Señor más que las tiendas de Jacob (175), y el pavimento estaba hecho de oro puro (176), cuya estructura de los muros es de piedra de jaspe, y sus puertas no se cerrarán jamás porque no habrá allí noche (177). Por último, esta es aquella que no necesita sol ni luna que alumbren en ella, porque la claridad de Dios la tiene iluminada (178), y su lumbrera es el cordero, como está escrito: Ya no habrá menester sol que te dé luz, durante el día, ni te alumbre el resplandor de la luna, sino que el Señor será la luz sempiterna tuya y el mismo Dios tu gloria (179). Porque Cariatin es denominada ciudad selvática, significa que así como en la ciudad se construyen edificios de diversas maderas, así también la ciudad del gran rey, cuando Dios sea conocido en sus mansiones, cuando la reciba (180), será edificada de diversos hombres, de diversas clases de hombres. Por eso está escrita ante la presencia del Señor (181).

En el arca hallamos un simbolismo de la Virgen Santísima, porque así como el arca está construida de madera incorruptible, recamada de oro por todas partes, así también Santa María, la cual nunca pudo estar corrupta,

(170) I Cro. 13,5.

(171) Gal. 4,26.

(172) Sal. 86,3.

(173) Sal. 121,3.

(174) Sal. 86,1.

(175) Ibíd. 2.

(176) Ap. 21,21.

(177) Ibíd. 25.

(178) Ibíd. 23.

(179) Is. 60,19.

(180) Sal. 47,4.

(181) Sal. 95,12.

brilló por todas partes rodeada de los destellos de la divina sabiduría.

Por Aminadab, sinónimo de padre mío voluntario, se entiende nuestro Padre que está en los cielos (182), el cual nos ha engendrado por su voluntad mediante la palabra de la verdad, a fin de que seamos como primicias de sus criaturas (183). En una palabra, Gabaa, que quiere decir colina, significa un lugar más elevado e inaccesible de luz, en donde se sienta la santa Madre de Dios en las alturas, a la derecha de la majestad divina, porque así como la colina es más elevada que el terreno próximo a ella, así la Madre del Señor, en el reino de su hijo aventajó ella sola sin ejemplo a muchas hijas que hicieron proezas (184).

Digamos, por fin, "vinieron unos hombres de Cariatin para trasladar el arca de Dios a casa de Aminadab, en Gabaa" (185), o lo que es lo mismo, vino Cristo con sus ángeles y justos, que habían existido hasta entonces en el mundo, y condujo a su Madre hasta el tercer cielo, donde ahora se regocija exaltada sobre los coros de los ángeles (186), tanto más encumbrada sobre todos los santos, cuanto heredó un nombre mucho más diferente de ellos de Madre de Dios para siempre. Creo haber explicado ya suficientemente el verso.

Por lo demás, por ser ya tarde, y aún nos resta mucho camino por andar (187), en este día, mientras rumiáis cuanto sobre el verso hemos dicho —si bien no tanto cuanto reclama la magnitud del tema— sino en cuanto admite la premura del tiempo, o quizá lo que ha podido captar la cortedad de mi ingenio y espíritu, os prometo volver sobre el tema con la ayuda de Dios, cuando esté

(182) Mt. 6,9.

(183) Sant. 1,10.

(184) Prov. 31,29.

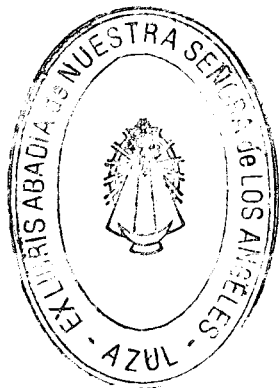
(185) I Cro. 13,5.

(186) Of. Asunc.

B.M.V.

(187) I R. 19,7.

más desocupado, insistiendo sobre el arca del Señor en Cariatin, de la casa de Aminadab y de Gabaa. Roguemos a Dios, finalmente, que su amor inquietante permanezca siempre en nosotros, para que en todo podamos agradecerle, nos guarde siempre libres de las acometidas del enemigo, para que con su ayuda podamos vernos libres de sus lazos en la hora de la muerte (188).



(188) Sal. 17,6.

INDICE BIBLICO

	Páginas		Páginas		Páginas
GENESIS		EXODO		I SAMUEL	
1,1	38; 206;	3,5	61	2,28	354
	224	4,10	51	7,21	270
1,14	133	4,13	61	10,18	278
1,22	48	12	110	10,19	278; 279
2,17	170	12,11	186	15,23	359
3,1	162	15,1	298	16,13	255
3,5	49; 171	15,10	352	17,1	237; 240
3,6	161	17,12	120	17,3	238
3,18	34	21,24	94	17,6	240; 325
3,19	88; 202	28,1	325; 326	17,9	241
3,24	251	32,16	83	17,12	242
4,12	252	32,27	114	17,50	238
12,1	357	33,22	287	18,44	242; 243
18,1	134			II SAMUEL	
18,2	356	LEVITICO		2,11	284
19,1	361	3,4	60	4,4	253
19,3	362	3,10	60	5,10	328
19,5	361	4,7	60	6,31	244
22,12	183	23,29	98	9,13	253
23,20	240	NUMEROS		16,4	315
24,62	132	1,50	300	20,9	354
24,63	130	2,17	306	23,8	277
25,8	133	20,12	146		
27,27	135	DEUTERONOMIO		I REYES	
27,28	348	18,18	56	1,5	3,49
29,17	160	32,15	351	2,6	201
32,10	196; 198	JOSUE		2,13	203
32,32	254	6,20	124	2,23	192
37,3	145; 165	6,26	124	4,34	73
37,14	159	JUECES		5,10	216
41,21	268	1,15	348	17,6	134
43,34	134	6,34	225	19,7	367
49,10	144; 242	16,30	193	19,9	83
49,21	266			20,31	147
49,22	164				
49,27	263				

Páginas		Páginas		Páginas		Páginas		Páginas		Páginas	
20,42	148	4,9	227	28,5	311	44,12	54	71,19	34	105,14	356
I CRONICAS		5,10	233	28,8	232	44,14	346	72,7	355	105,18	356
13,5	337; 340;	6,7	329	28,10	233	44,45	318	75,1	225	106,10	111; 159
	367	6,8	122	30,20	35	45,9	232; 233	75,3	288	106,34	343
16,20	289	7,10	78	31,2	42; 363	45,10	233	76,3	239	109,1	195
17,43	197	7,16	317	32,9	206	46,9	347	76,10	50; 86	109,3	160
		8,5	47	32,14	33; 54	47,4	366	76,19	228	111,7	297
II CRONICAS		8,8	33	33,9	246	47,9	36; 250	78,11	50	113,1	186
32,25	146	10,3	343	33,20	129	48,7	125	79,4	62	113,17	361
		10,17	185	33,22	297	48,13	31; 162;	79,6	240	115,12	191
ESDRAS		11,2	51	34,3	344		214	79,8	62	115,15	297
8,10	350	11,6	51; 284	34,10	195	48,21	162; 214	81,6	145; 160	115,16	191
		11,9	289	35,7	139	49,14	36	82,4	173	117,15	35
JUDIT		13,3	277	36,5	357	49,18	68	83,5	45; 90	117,19	297
5,10	58	16,15	287	36,6	128	49,23	36	83,6	266; 364	118,28	311
		14,2	363	36,11	357	50,5	89	83,8	294; 348	118,61	187; 314
JOB		17,2	128	36,29	357	50,7	254	83,11	357	118,85	129; 136;
7,16	125	17,6	368	36,30	134; 136;	50,10	248	83,13	181; 226		189
7,20	290	17,12	237		140	50,16	298	84,8	62	118,96	309
9,3	278	17,45	68	36,34	357	50,18	67	84,9	331	118,103	189
13,28	89	18,5	208; 228	37,11	178	50,19	36; 68	84,12	226	118,105	31
14,1	129; 337	18,6	53	38,3	292	54,8	238	86,1	366	118,140	303
14,16	132	18,7	161; 169	38,12	56	54,16	359	86,2	366	119,5	86
16,2	77	18,8	141	39,3	41; 138	54,18	133	86,3	366	121,3	327; 366
17,14	291	19,8	125; 299	39,7	65; 67	56,2	203	87,7	159	125,1	37
28,15	345	20,6	346	39,9	181	56,7	190; 317	87,9	191; 319	125,4	239
29,20	346	21,7	277	39,18	62	58,12	189	88,7	145; 160	125,6	304
30,19	89	21,27	185; 244	41,2	267	61,12	31	90,1	347	126,2	171
33,15	78	22,2	239	41,3	62	62,4	255	93,19	129; 202	130,1	128
39,32	255	23,1	56	41,4	76	62,6	76	95,12	366	131,4	257
41,13	308	23,4	344	41,5	80; 107;	64,6	248	97,3	77	132,1	220; 236
		23,7	148		256	65,5	209	100,1	31	132,2	226
SALMOS		23,8	149; 161;	41,6	34	65,15	248	100,4	308	135,1	117
			175; 284	44,2	246	67,4	338	101,6	285	136,1	90
1,1	132; 333;	23,10	199	44,3	56; 74;	67,10	244; 348	101,28	155	136,4	91
	364	23,12	47		160; 255	67,27	263	102,19	347	138,8	218
1,17	224	25,8	249	44,5	190	67,28	265	103,2	347	139,6	294
4,3	178	26,4	250	44,8	334	67,31	232	103,18	232; 267	139,12	292
4,7	280; 332	26,13	343	44,10	279; 282;	67,36	261	103,25	192; 246	140,3	127
		27,47	285		344	71,6	168	103,26	284; 319	140,4	114
		28,3	227; 228	44,11	307	71,188	261	105,2	377; 350	140,5	313

Páginas	Páginas	Páginas
142,2 255; 363	2,3 182	24,27 74
144,7 209	2,6 281; 364	27,12 124
144,9 76; 255;	2,11 35; 132	31,9 363
335	2,12 231	34,9 110
144,15 235	2,14 153	39,17 337
144,16 291	2,15 231	40,1 37
145,6 37	2,16 246; 337	50,8 345
145,8 342	3,1 78	
146,1 339	3,2 79	ISAIAS
146,5 56	3,3 79	1,2 340
148,10 224	3,4 80; 81	1,15 328
148,12 37	3,7 285	3,1 144
PROVERBIOS	3,11 180	3,6 330
1,10 355	4,4 284	3,8 144
1,17 41	4,7 340	5,4 210
15,2 136	4,10 135	5,18 188
16,25 294	4,15 330	5,20 137
31,10 161; 168;	4,16 239	6,1 32; 173
169; 345	5,3 332	6,2 35; 38;
31,23 341	6,3 340	42; 44
31,29 283; 340;	6,8 55	6,3 45; 269
367	6,9 221; 339	6,5 51
	7,2 345	6,8 51; 160
	8,6 302	7,4 176
ECLESIASTES		7,14 163; 174;
1,8 92	SABIDURIA	177
2,14 311	1,7 227	7,15 178; 183
4,12 187	3,13 388	8,18 63
7,17 147	7,25 42; 44	9,6 53
10,17 341; 343	8,1 38; 143;	11,2 346
24,7 347	167; 186;	12,3 136
24,12 346	225; 261	14,1 62
CANTAR DE	16,20 277	14,14 130
LOS CANTARES	ECLESIASTICO	19,1 243
1,1 63	1,14 88	24,16 81
1,2 227	2,1 111	24,23 56
1,3 283	4,12 314	32,17 292; 324
1,6 181	7,40 88	33,17 278
1,7 162	14,22 364	38,15 75
1,15 181	24,11 78	38,17 231
		40,4 357

Páginas	Páginas	Páginas
40,12 56	7,15 125	5,5 101
40,17 47	10,21 330	8,19 98; 100
42,3 57	21,10 179	13,1 136
45,7 179	23,24 47; 143;	18,19 105
49,23 306	285; 294	
52,2 37	29,11 50	MALAQIAS
52,4 58	31,22 143	2,7 56
52,5 340		4,2 338
53,2 32	LAMENTACIONES	
53,6 159	4,20 181; 182	MATEO
53,7 149		1,1 282
53,9 339		1,23 177
53,13 210	BARUC	3,2 229; 240;
53,15 105	3,36 57	241
54,11 315		3,7 243
55,2 350	EZEQUIEL	3,8 240
56,10 330	1,4 132	4,2 83; 188
58,3 92	16,15 341	4,3 316
58,4 94	20,25 69	4,4 189; 316
58,5 100	33,2 344	4,6 189
58,6 100; 103;	34,10 160	4,7 189
104	34,11 159	5,3 109
58,7 106	DANIEL	5,6 106; 188
58,11 348	1,8 105	5,7 334
60,3 306	2,34 164	5,9 188
60,19 366	3,47 219	5,10 309
61,1 243	7,10 337	5,17 66
61,6 326	13,64 225	5,22 137
63,1 47	OSEAS	5,38 94
63,3 198	13,14 193	5,45 40
64,1 62		6,2 97
66,10 143	MIQUEAS	6,3 188
JEREMIAS	4,1 326	6,6 107
1,6 51		6,9 367
1,10 238	HABACUC	6,10 34
1,13 130; 308	2,1 365	6,12 94; 332
2,20 191	2,6 122	6,17 98
3,13 340	ZACARIAS	6,23 138
3,14 340	1,14 59	6,29 345
3,27 236	3,1 293	6,34 104
5,18 299		7,8 80

Páginas	Páginas	Páginas
7,14 109	19,11 71	16,20 199; 229
7,25 270	19,27 302	
8,3 66; 316	19,28 341	LUCAS
8,9 334	19,29 302; 356	1,17 54; 236;
8,28 353	20,12 102	241
9,15 294	21,20 246	1,27 174
9,37 307	21,41 307	1,28 151; 162;
10,10 272	22,17 190; 317	163; 174;
10,21 127	22,21 190	175; 284
10,37 329	22,30 344	1,34 338
10,42 362	22,37 40	1,35 152; 344
11,7 240	22,40 360	1,38 151; 152
11,10 56	23,4 350	1,45 169
11,13 237	23,6 79; 349	1,48 164
11,19 114	23,7 349	1,49 164
11,29 74; 76;	23,37 273	1,78 159
219; 285	24,12 301; 308	1,80 238
11,30 351	24,15 71	2,7 196
12,19 331	24,21 301	2,15 47
12,42 277	25,2 335	2,17 47
12,43 155	25,35 308	2,21 152
13,6 303	25,41 85; 177;	2,26 73; 77
13,13 61	299	2,27 80
13,17 174	26,38 285	2,29 81
13,43 339	26,42 192	2,34 359
14,28 267	26,56 192	2,35 154
14,29 246	27,40 192	2,51 148
14,30 246	27,42 319	4,13 190; 317
15,11 139	27,52 194	5,34 326
15,14 330	27,54 193	6,24 129; 135
15,26 185		6,45 79
15,27 362	MARCOS	7,47 75; 264
16,13 302	2,19 99	8,8 227
16,17 267; 268	6,27 244	8,15 303
16,18 245; 270	8,9 148	9,56 318
16,22 270	10,45 349	9,58 196
17,2 217	12,17 148	9,62 307
17,4 267	12,25 218	10,23 32
17,20 97	14,38 223	10,30 196
18,10 44	15,38 90	10,35 272
18,11 169; 195	16,16 229	10,37 320

Páginas	Páginas	Páginas
11,21 336; 176	5,35 241	HECHOS DE LOS APOSTOLES
11,34 218	6,15 190	1,1 199
12,49 231	6,41 186	1,3 208
14,11 112	7,37 330	1,11 364
14,23 362	7,38 141	2,1 218
14,26 236	7,39 220; 225	2,3 215
15,7 240; 339	7,48 262	2,31 145; 167
15,8 241	8,3 190	3,1 245
17,17 67	8,7 190; 191;	3,2 253
18,10 290	318	3,6 229; 256
20,38 297	8,11 75	4,12 156
22,15 185	8,56 134; 174;	4,32 236
22,29 185	356	8,55 32
22,31 191; 319	9,7 328	9,1 264; 338
23,34 149	10,1 313; 327	14,7 254
23,41 252	10,5 312	14,21 109
23,42 252	10,12 311; 312	20,28 235
24,19 178	10,13 312	
24,32 303	10,16 312	ROMANOS
	10,18 180; 193	1,20 166
JUAN	12,26 339	1,25 166
1,1 282	13,10 332	5,5 38; 141;
1,6 241	13,14 332	210; 302
1,9 188; 314;	13,23 193	5,20 160; 166
339	14,2 235	7,18 42
1,14 73; 167	15,3 331	7,20 42
1,16 136; 144;	15,5 291	7,23 239; 332
151; 174;	15,12 360	8,3 314
283	15,13 134; 313;	8,8 80
1,29 243	319; 344;	8,10 35
1,33 243	360	8,18 171
2,1 53; 54;	15,14 360	8,23 302
57	16,20 304	8,26 216; 217
2,4 64	18,11 274	8,28 37
2,7 66	20,23 227	8,32 210; 252
2,8 69	21,7 268	8,35 199
2,10 65; 69	21,15 269	8,39 219; 230
3,8 200; 330	21,17 302; 313	309
3,29 69	21,18 314	9,16 291
3,34 136; 144	21,19 246	9,25 65
4,18 325	21,22 247	

Páginas		Páginas		Páginas		Páginas		Páginas		Páginas	
10,1	275	9,15	272	12,1	338	2,16	171	6,9	188	2,21	200; 312;
10,2	275	9,19	273	12,2	265	2,30	210	6,16	165		358
10,10	301	9,22	273; 285	12,15	321	3,3	67			2,23	200
10,17	32	10,7	111			3,6	262	II TIMOTEO		5,8	246; 293;
11,20	295	10,11	58; 111;	GALATAS		3,8	265; 357	2,24	118		295
11,25	65		300	1,16	350	3,13	357	3,2	289	I JUAN	
12,8	235	10,12	295	2,20	90; 265	3,14	307	3,12	109;138	1,6	31
13,10	360	11,19	232	3,5	73	3,18	271; 320			2,6	201
13,12	257	11,20	79	3,24	123; 251	3,19	271	TITO		2,15	289
13,14	271	12,6	45	4,4	330	3,20	344	1,15	66	2,16	217; 314;
14,17	363	12,11	228	4,26	366	3,21	35; 344	2,12	356		321
15,4	31; 130	13,1	337	5,2	65	4,7	338	HEBREOS		3,2	44
15,7	362	13,7	77; 346	5,14	240	4,8	84	1,1	339	3,14	360
16,18	271	13,8	247	5,17	34; 48	4,11	120; 271	2,17	178	3,16	320
		13,12	90; 258;	5,22	347	4,12	115; 120;	4,16	278; 295	4,18	124
I CORINTIOS			288	6,1	254	4,13	115; 364		348	5,8	45
1,17	330	15,10	272	6,14	265			5,4	327	APOCALIPSIS	
1,26	262	15,22	59; 88	EFESIOS		COLOSENSES		6,20	249; 250	2,13	130
1,31	290	15,41	165; 235	1,4	55	1,19	144	7,25	249	2,27	230
2,2	182	15,54	33	2,2	34; 242	2,3	136	9,10	66	3,20	181; 182
2,9	40; 90;	15,55	33	2,4	207; 210	2,9	135; 226;	10,23	77	5,2	293
	299; 266			3,18	55		345	10,38	208	5,6	227
2,11	84	II CORINTIOS		4,7	144	2,11	67; 202	SANTIAGO		7,16	298
3,2	182	1,3-4	129	4,9	250	2,15	277	1,10	367	12,1	279
3,3	94	3,2	362	4,10	199	3,1	258; 357	1,12	109; 110;	12,10	33
3,8	273	3,7	347	5,8	111; 319	3,2	344; 364		128; 170	14,4	339
3,16	248	3,15	264	5,27	191; 242;	3,3	90			14,13	42
3,17	36	3,18	87		319	3,5	357	1,14	188	21,3	248; 300;
4,7	290	4,7	262	5,30	312	II TESALO-NICENSES		1,17	183		327
4,21	274	4,11	125	6,12	112; 284	2,9	308	2,13	255	21,4	36; 297
5,7	69; 186	4,17	303; 304	6,17	188; 316	2,10	309	5,20	43; 286	21,5	34; 69
5,16	84	5,6	90			I TIMOTEO				21,11	36
6,10	229	5,7	90; 246	FILIPENSES		5,23	114	1,12	44; 77;	21,21	366
6,13	121; 271	5,16	270	1,21	265	6,4	79	2,3	44; 79;	21,23	366
6,16	72	6,5	91	2,7	141; 148;	6,8	351		219	21,25	366
6,17	63; 235	6,7	352; 364	2,8	202; 329;			2,11	365	22,12	42
6,18	101	6,8	271	2,9-10	155; 156						
7,25	338	10,5	325								
7,31	235	11,14	294								
8,12	94	11,26	289								
9,9	272	11,29	273								

INDICE GENERAL

Contenido	7
Nota del Editor	9

HOMILIAS LITURGICAS

Introducción	13
1. Fuentes	15
2. Historia de la Salvación	16
3. Cristología	19
4. Mariología	21
5. Ascésis monástica	25
6. Peculiaridades	28
I Adviento	31
II Navidad	47
III Epifanía: Tres clases de bodas	53
IV Encuentro de Simeón con el Señor	71
V Del ayuno cuaresmal	83
VI De tres clases de ayunos	97
VII Fiesta de San Benito	109
VIII En la misma solemnidad de San Benito	129
IX Anunciación del Señor	143

X	Anunciación de la Santísima Virgen	159
XI	En la Anunciación del Señor	173
XII	Fiesta de Pascua	185
XIII	Ascensión del Señor	195
XIV	Fiesta de Pentecostés	205
XV	En la fiesta de Pentecostés	209
XVI	De las siete veces del Espíritu Santo en el día de Pentecostés	223
XVII	Las cosas escritas de Elías se refieren a S. Juan Bautista	245
XVIII	San Pedro y San Pablo	245
XIX	En la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo	261
XX	Sobre la Santísima Virgen	277
XXI	Fiesta de Todos los Santos	297
XXII	En el sínodo: El pastor y el asalariado, el ladrón y el lobo	211
XXIII	En el sínodo: De Aarón y sus hijos	325
XXIV	En la Asunción de la Santísima Virgen María	337
	INDICE BIBLICO	369
	INDICE GENERAL	379
	SIGLAS Y ABREVIATURAS	381

SIGLAS

Spec.	Espejo de la caridad	P. L. 195,501-620 *
CSpec.	Compendio del Espejo de la Caridad	" " 195,621-658 *
GReg.	Genealogía de los reyes de Inglaterra	" " 195-712-736
Jesu.	Cuando Jesús tenía doce años	" " 184,849-870 *
Nin.	Vida de san Ninian	Mabillon, ASB t., I, p. 204
Stand.	Sobre la batalla de Standard	P. L. 195-701-712
SOner	Sermones de Onéribus	" " 195-361-500
Watt	Sobre las monjas de Watton	" " 195,789
Am.	La amistad espiritual	" " 195,609-702 *
Inst.	La vida de la reclusa	S. C. 76 *
VEd	Vida de san Eduardo, rey y confesor	P. L. 195,757-790
MHag.	Sobre los milagros de los santos de la iglesia de Hagulsdt	Mabillon, ASB t., I, p. 204
Anima.	Sobre el alma	Medieval and Renaissance Studies, Supplement I, London 1952 *
STemp.	25 Sermones de Tiempo y Santos	P. L. 195,210-360
OPast.	Oración Pastoral	S. C. 76 *
SIned.	Sermones inéditos (Homilias Litúrgicas)	Series Scriptorum S.O.C., volum. I, Editorial Talbot, Romae 1952.

* Indica las obras publicadas en el CORPUS CHRISTIANORUM CONTINUATIO MEDIAEVALIS, Turnhout, Brepols, 1971.

Para una introducción a la persona, obra y doctrina de Elredo de Rievall, consultar PADRES CISTERCIENSES 4.

Abreviaturas

P. C.: Serie Padres Cistercienses, Azul, Argentina.

P. L.: Patrología Latina, ed. J. B. Migne, París.

S. C.: Colección Sources Chrétienues, ed. du Cerf, París.

ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EN LOS
ESTABLECIMIENTOS GRAFICOS ESMERALDA S.A.C.I.
CALLE CHILE 2331/47
BUENOS AIRES
REPUBLICA ARGENTINA
EN EL MES DE FEBRERO
DE MIL NOVECIENTOS SETENTA Y NUEVE

